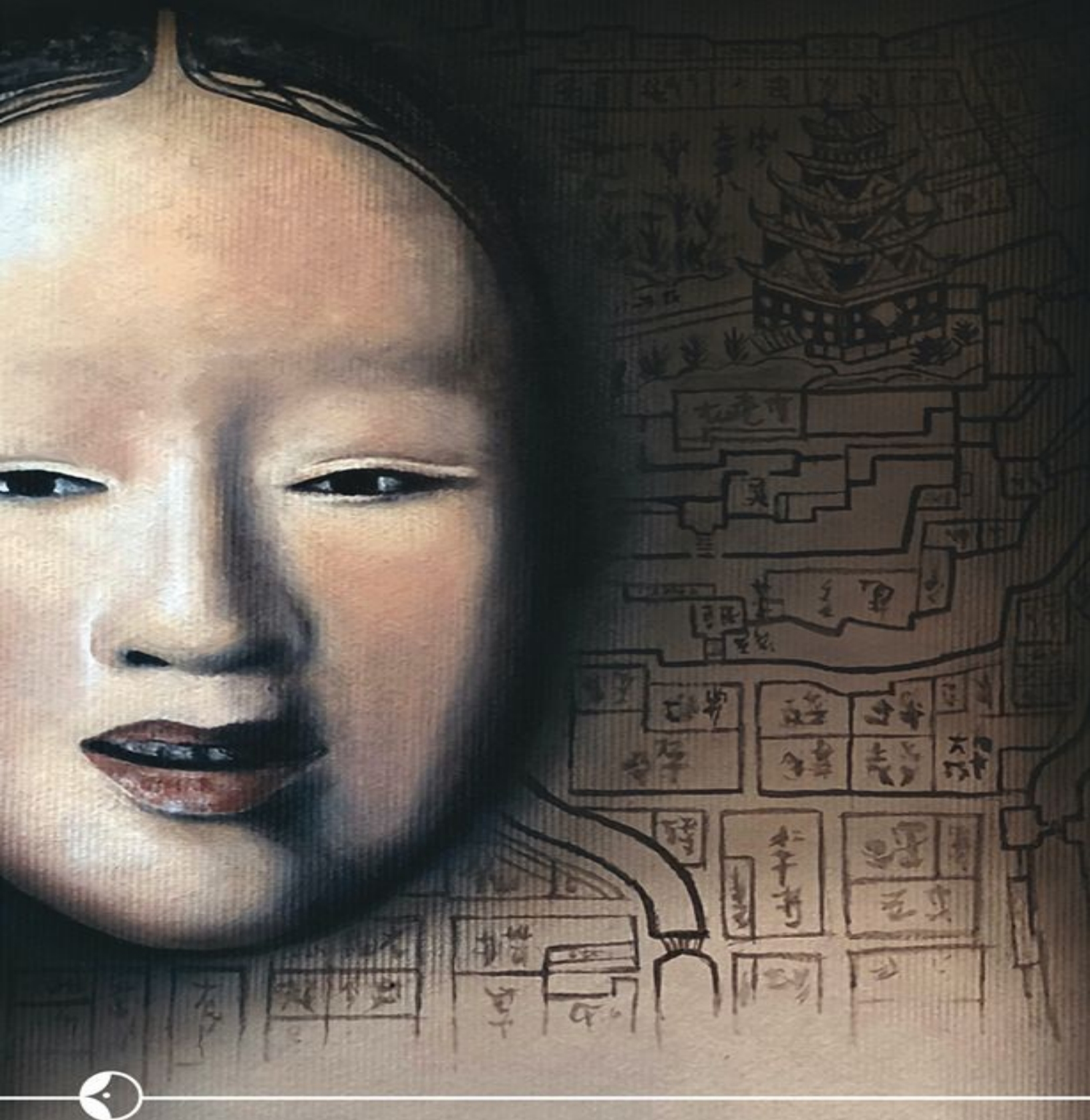




El último de los Akamatsu
Sergio Vega

EL ÚLTIMO DE LOS AKAMATSU

El fantasma de los Nanjō

EL ÚLTIMO DE LOS AKAMATSU

Sergio Vega

Chidori  Books

© Sergio Vega, 2022

© de la ilustración de cubierta: Alba Pérez Mansilla, 2022

© de la presente edición: Chidori Books S. L., 2023

Archiduque Carlos, 64-1-4, 46014 Valencia

<http://chidoribooks.com>

Corrección: Margarita Adobes

Diseño de cubierta: Terelo

Maquetación: Booqlab

ISBN: 978-84-124692-4-0

Quedan reservados todos los derechos. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización previa por escrito de los titulares del *copyright*, cualquier forma de comunicación pública, transformación, reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, y la distribución de ejemplares.

Para Elena,
en recuerdo de días soleados
y por darme cobijo en los de tormenta.

Para Alba,
con la esperanza de que
perciba las almas
ocultas tras las máscaras.

ÍNDICE

[LA ELECCIÓN DEL ABAD](#)

[EL INFORTUNIO DE LA DAMA HINODE](#)

[LA CASA DE TÉ](#)

[TRIBUTO AL HONOR](#)

[EL NUEVO TSUYOI](#)

[ENCUENTRO INESPERADO](#)

[EL RŌNIN](#)

[LA PRESENCIA](#)

[MASUME](#)

[LAS TUMBAS DE LOS NO NACIDOS](#)

[LA MALDICIÓN DE LOS AKAMATSU](#)

[REFLEJO FLOTANTE](#)

[LA DECISIÓN DE FURUI DAIKU](#)

[SIGUIENDO LAS HUELLAS](#)

[LOS HOMBRES DEL RÍO](#)

[LUNA DE SANGRE](#)

[EL ESPECTRO COBRA VIDA](#)

[EL HONOR DE UN DAIMIO](#)

[PÉRDIDA](#)

[LA AUDIENCIA](#)

[UN NUEVO ENEMIGO](#)

[EL DESTINO DE LOS AKAMATSU](#)

[LA DECISIÓN DE TSUYOI](#)

VENGANZA

LA VOLUNTAD DE LA MÁSCARA

TRAMPA PARA UN FANTASMA

EL ÚLTIMO VERSO

Agradecimientos

Han pasado diez años desde que el Fantasma de los Nanjō acabara con la vida del líder de los Akamatsu en la ruta Nakasendō. Cumplida su venganza, el espectro se retiró al mundo de los muertos y ningún ojo humano volvió a ver su espantoso rostro. Sin embargo, la historia de cómo doblegó a tan poderoso daimio, acabando con la vida o con la cordura de todos los samuráis que trataron de evitarlo, sigue pasando de boca en boca. Su historia se cuenta alrededor de las hogueras nocturnas de los boyeros, se susurra en las casas de los humildes durante los largos inviernos, se narra para corregir el comportamiento de los niños díscolos, la ensalzan los cantores de gestas, la repiten los campesinos oprimidos que anhelan justicia... Porque es la creencia de muchos que el Fantasma castiga al injusto de forma implacable, sin que lo detengan los altos muros o los ejércitos que se interpongan en su camino. No importa el tiempo transcurrido. Un espectro es un volcán dormido, presto para liberar su furia en cualquier momento. Pobre, entonces, de aquel que sea objeto de su interés, porque nada de este mundo será capaz de detenerlo.

Escuchad, pues, su segundo despertar. Esta es la historia.

LA ELECCIÓN DEL ABAD

El monasterio de Chīsanayama ya existía cuando las guerras Genkō dividían el país. Se mantuvo en pie durante el conflicto posterior entre las cortes del norte y el sur y también durante el auge y la caída del clan Ashikaga y el largo período de guerras endémicas posterior. Nada de todo aquello había traspasado su entrada ni alterado el modo de vida de sus monjes.

Durante más de trescientos años, las sombras de la montaña no habían dejado de mecer los terrenos de la comunidad religiosa, ahogando los sonidos del mundo en las inmensidades del bosque milenario donde se cobijaba. El pulso del tiempo allí lo daba el chirriar de los insectos, la transformación de los colores de la floresta, el paso de las densas nieblas, la nieve o las lluvias y el ulular del viento entre las altas ramas.

El esfuerzo de aquellos bonzos no era difundir la palabra del Iluminado, alcanzar influencia entre la comunidad budista o interceder en la política del país y sus luchas de poder. La austeridad y el trabajo meditativo eran su sello de identidad y, pese a no encontrarse muy lejos de la ruta Nakasendō, una de las principales vías que recorrían el país, eran pocos los que sabían de su existencia.

En el huerto, la tarde transcurría acompañada del trinar de los pájaros y el susurro de las hojas entre las ramas. Los tres monjes que trabajaban allí no despegaban los labios, plenamente entregados a su tarea. Al contrario de lo que los hombres vulgares pensaban, la meditación no acababa en el silencio de una postración solitaria. El verdadero acto contemplativo era dedicarse a la labor cotidiana de forma plenamente consciente, despreciando cualquier pensamiento o inquietud ajena a la misma.

Por ese motivo, tardaron unos instantes en percatarse de que otro monje se había acercado para comunicarles un requerimiento del abad. Solicitaba la presencia de Egao, el más joven de los tres. El bonzo poco podía saber del motivo, pero abandonó lo que estaba haciendo de inmediato. No se despidió de sus compañeros ni a ellos les importó que su marcha provocara más trabajo. La vida religiosa implicaba una negación del ego y la idea de separación, por lo que no existía un yo perjudicado ni un otro al que culpar por ello.

Egao se alejó del huerto con pasos rápidos y llegó al pabellón de oración sin apenas levantar la mirada. Desde el interior, llegaba el susurro de los que a esa hora se abandonaban a la recitación de las palabras sagradas y el humo purificador del incienso. El bonzo continuó por la avenida enlosada que dividía los terrenos del recinto. Sus oscuros hábitos se confundían con las sombras que proyectaban los árboles centenarios que arañaban el mismo cielo.

Saludó a otro bonzo que salía de la capilla y avanzó hasta dejar atrás la fuente de abluciones y la gran campana del templo. Todo a su alrededor rezumaba orden y una profunda serenidad. Era un mundo rutinario, delimitado en un espacio demasiado pequeño para las aspiraciones mundanas, pero que para él se traducía en seguridad y equilibrio.

Junto al depósito de *sutras*¹, tomó una angosta vereda que partía de entre unos arbustos, casi

oculta a la vista. Siguió hasta un pequeño edificio con techo de tejas grises y se descalzó antes de entrar.

Como era su costumbre, el superior de la comunidad lo esperaba tras dos habitaciones diáfanas, en la galería abierta al exterior de la parte posterior de la casa. Al contrario del exquisito cuidado dedicado a los jardines de los grandes señores, aquel espacio de exuberante vegetación apenas había sido alterado, y solo para evitar que el edificio fuera engullido por el bosque.

—¿Me habéis llamado? —se anunció Egao.

—Así es —respondió el abad, invitando con la mano extendida a que se acercara. Permaneció unos momentos en silencio antes de volver a tomar la palabra—: Importantes acontecimientos se vienen sucediendo en este mundo doliente. He tenido una revelación, un sueño en el que la diosa Kannon se manifestaba tan nítidamente como el suelo que pisamos. Ha llegado el momento de asumir nuestra responsabilidad.

Aunque el tono despreocupado del abad parecía el mismo de siempre, las graves palabras pronunciadas aceleraron el ritmo del corazón de Egao. Todos y cada uno de los sueños de Kyūri eran proféticos.

—¿La mismísima diosa de la compasión? —interrogó Egao, alarmado. Aquel ser celestial percibía las alteraciones en el tejido del mundo de los mortales, siempre vigilante en su afán por protegerlos. Su manifestación solo podía significar la llegada de un grave peligro.

Egao apenas pudo contener su impaciencia mientras se sentaba junto al superior de la comunidad y esperaba a que continuara.

La cabeza tonsurada del abad mantenía la forma de pepino que lo había hecho célebre entre los novicios, pero hacía mucho que no despertaba la hilaridad de Egao. Lo respetaba demasiado, precisamente porque jamás había exigido ni obediencia ciega ni manifestaciones de sumisión.

—Hoy no ha venido la alegre bandada de anteojitos —volvió a hablar Kyūri sin apartar la vista de los matorrales y la tupida maleza frente a ellos. A Egao no le extrañó que cambiara radicalmente la dirección de la conversación nada más empezar. Romper el orden o la forma, tanto en las palabras como en sus actos, era usual en él—. Están ocupados en la crianza de sus polluelos —prosiguió—. Resulta acertado entender que todos los seres vivos ajenos a la búsqueda del Despertar actúan según el ritmo de las estaciones, atendiendo a las obligaciones y las necesidades que el ciclo del universo les exige.

Egao esperó, sin molestarse en interpretar sus palabras, sabedor de que aquella introducción desencadenaría alguna inesperada revelación.

—Dichosos aquellos seres que, libres de la obsesión por buscar aquello que ya poseen, pueden manifestar su verdadera esencia llevando a cabo la tarea para la que han sido creados.

El abad tomó aire muy despacio antes de continuar.

—Al contrario que el anteojito, que vive despreocupado todo el año hasta la época de

apareamiento, nuestro trabajo ha sido largo e intenso, sin que viéramos el final de nuestro esfuerzo y preparación. Tú lo sabes bien, Egao. Eres uno de los elegidos.

El bonzo no se atrevió a expresar con palabras una respuesta y, en su lugar, optó por inclinar levemente la cabeza como gesto de sumisión. Ser uno de los designados era un honor reservado únicamente a un selecto grupo de entre todos ellos.

—Sí —prosiguió el abad—, desde luego que conoces el precio de nuestro camino. Has dedicado tu vida a la formación y el cultivo del carácter, esperando el momento de desarrollar tus habilidades. Hoy vengo a anunciarte que ese momento ha llegado y que debes abandonar las puertas de este sagrado recinto.

—¿Yo? —respondió Egao, perplejo—. Hay mejores candidatos. Mi valía es superada en muchos aspectos por varios de mis hermanos. Debéis perdonarme, pero no acierto a entender el criterio que habéis usado para discriminar entre todos nosotros.

—No es necesaria ninguna prueba entre hombres con los que convivo cada día. Más allá del resultado, puedo comprender lo que motiva cada una de vuestras acciones. A mis ojos, camináis desnudos, me ofrecéis vuestros sueños, pensáis a gritos. No hay duda, tú serás quien emprenda la búsqueda. Partirás de inmediato, sin decir nada a nadie. Ya me ocuparé yo de justificar tu ausencia el tiempo suficiente para que ningún otro sienta la tentación de seguir tus pasos. Una peregrinación a algún templo hermano, por ejemplo.

—¿Por quéirme de forma tan precipitada? Necesito, al menos, meditar y equilibrar mi espíritu. La notica es... inesperada.

—No puede ser. Al igual que yo, muchos de nuestros hermanos han aprendido a leer en el semblante de los miembros de nuestra comunidad. No deben interferir. Este viaje es solo para uno, tanto física como espiritualmente.

Egao guardó silencio, sin ver más allá de su propio interior. En él, se sucedían las dudas que era incapaz de expresar en voz alta por respeto al abad. Pero, como bien aseguraba Kyūri, no era necesario hacerlo para que este las adivinara.

—Atesoras un rasgo que te hace diferente a todos los demás —aseguró el abad.

—No imagino cuál es.

—Se trata simplemente de tus raíces. Al contrario que el resto de los elegidos, no fuiste samurái. Cuando, siendo niño, llegaste a las puertas de este monasterio, fue un pobre campesino quien te entregó. Todos los que estamos aquí hemos aceptado los sagrados votos y muerto en vida, hemos renunciado a nuestro nombre, a lo que conocimos y lo que éramos, por lo que algo así no debería suponer una diferencia. Sin embargo, nuestro limitado entendimiento no termina de deshacerse de lo que fuimos. Estamos muy lejos aún de alcanzar la budeidad. ¿No lo crees así?

Egao lo miró, para descubrir una amplia sonrisa en el semblante de Kyūri.

—Somos muchos los que caminamos la senda hacia la iluminación —prosiguió el abad—.

Seguimos, ilusionados, las huellas de los sabios, olvidando que ellos renacieron innumerables veces sin alcanzar el final del viaje. Creemos que, cargados con nuestra imperfección, llegaremos más lejos. ¡Qué estúpidos!

—Perdonadme, pero todo esto... Solo lográis que comprenda aún menos...

—¡No! —gritó de pronto Kyūri, sobresaltando a Egao—. ¡No pretendas aventurarte más allá de lo tangible! Quieres una explicación lógica, pues bien, ya te la he dado. Pero, si quieres alcanzar la verdad, no puedes analizarla por el tamiz de la razón.

—Ya sé lo que pretendéis. Habéis logrado confundirme lo suficiente para retirar el velo de los prejuicios y así aceptar plenamente lo que está por venir.

El abad volvió a sonreír, de nuevo sereno, como si su explosión de ira no hubiera sido más que un espejismo.

—¿Quieres saber por qué eres el elegido? Es muy fácil conducirse con virtud cuando no existen distracciones o tentaciones. Aventurarse en el mundo más allá de este recinto es encontrarse con todas ellas y los demás no están preparados.

—¿Y yo sí? Insisto en que no soy más sabio que ningún otro, ni tampoco más diestro.

—En efecto, no lo eres —respondió, categórico.

—¿Entonces...? —preguntó Egao, cada vez más desorientado.

—La tarea que debe ser realizada implicará, en primer lugar, confraternizar o espiar a los Akamatsu, uno de los grandes clanes victoriosos tras la batalla de Sekigahara. Todos los que en otro tiempo fuimos samuráis y estamos aquí pertenecíamos a alguno de los clanes derrotados en aquella decisiva confrontación que cambió el rumbo de nuestra nación. Tras esos sucesos, tuvimos dos opciones: *seppuku*² o renunciar al mundo abrazando la religión. La mayoría de los que viven aquí tuvieron que sobrevivir a sus señores, padres y hermanos, mientras estos se suicidaban, eran asesinados o acababan desterrados. Hubieran preferido morir en batalla, abandonar este mundo doliente para seguir en la próxima existencia a quienes habían jurado servir. Pero alguien debía rezar por el renacimiento en la Tierra Pura de todos los que perecieron. Por eso no tuvieron permiso de sus señores para quitarse la vida. Si envió a alguno de los otros elegidos, tendrá delante a los culpables de la vergüenza y el deshonor de la vida que dejaron atrás. Semejante carga emocional nublaría su visión, restaría claridad de juicio y conduciría a decisiones equivocadas. Probar su fe enviándolos de vuelta al pasado sería algo cruel y, además, pondría en peligro nuestra misión.

—¿Por qué un solo hombre?

—La búsqueda no necesita de cientos de ojos, solo del discernimiento o la intuición adecuados. Si son muchos los que siguen su rastro, será fácil que nuestro enemigo perciba nuestra presencia. Para esta tarea, es necesario mimetizarse con el mundo, evitar la mínima sospecha, incluso de los inocentes, porque su ignorancia los convierte también en enemigos. Deberás ser prudente y esperar el momento adecuado para revelarte. Pero recuerda: si la situación te supera, no pierdas

la vida inútilmente. Regresa hasta aquí y pide la ayuda que solo tus hermanos pueden ofrecerte.

—¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?

El abad torció el gesto, lo que alarmó a Egao. Quizá había ido demasiado lejos. Pero, tras tomar aire profundamente, Kyūri volvió a hablar con voz pausada y rostro calmado.

—Esa no es la pregunta adecuada. ¿No te atreves a pronunciar en voz alta tu mayor duda? ¿Temes con ello escandalizarme, tal vez contrariarme? —Kyūri volvía a sonreír.

Egao nunca había intercambiado tantas palabras con el abad, ni tampoco había obtenido tal sinceridad en sus respuestas. La condición de los bonzos allí era devoción absoluta a su sagrada misión, hasta el punto de considerar una falta de virtud cuestionarla, así que tuvo que armarse de valor antes de expresar en voz alta lo que pensaba.

—Ser bonzo significa renunciar al mundo de los seres sufrientes —recitó—. Siempre creí que la máscara no era real, que la preparación para enfrentarse a ella era una parte de nuestra formación espiritual, una motivación para dirigir nuestra voluntad. Hasta hoy mismo no he comprendido que estaba equivocado. La pregunta es: ¿debería importarnos si la humanidad sufre, si es corrompida más allá de estos muros? Nos enseñó, maestro, que todos somos uno, por lo que basta una sola iluminación para que todos los seres mortales la alcancen. En lugar de correr a ayudar a otros, deberíamos centrarnos en buscar nuestra realización, pues será la mejor forma de servir a toda la humanidad.

—Ah, querido Egao —soltó el abad ante el franco estupor de su acólito por aquel trato despreocupado—. No soy un hombre tan virtuoso como crees. Una noche de hace demasiados años, en mitad de mi sueño, atisé la realidad última de la existencia. Me sobrevino una revelación tan plena que desperté súbitamente, como si cayera del cielo sobre mis huesos. Fue un estallido que sacudió todo mi ser. Vislumbré en un solo instante que la realización de Buda se manifiesta en cada uno de los seres y que gracias a esta comprensión podía sentir un amor incondicional por todos ellos, desde el insecto más ínfimo. Sé que esa visión solo representa el primer paso hacia la iluminación, pues el fin último es interiorizar plenamente que la naturaleza original es vacuidad, que todo es impermanente y no tiene objeto salvar de su ignorancia o su dolor a nadie, pues esos conceptos no son más que ilusión.

—¿Y qué pasó después de esa revelación? —preguntó Egao con beatífico respeto.

—No quise seguir progresando en mi realización. Preferí regresar a mi imperfección y no olvidar mis pecados.

Egao estaba atónito. ¿Renunciar a la iluminación? ¿Era eso posible? Y, llegado el caso, ¿era un ejercicio de valor, locura o irresponsabilidad?

—Una mentalidad destructiva muy samurái —habló el abad—: preferí pagar mis culpas mundanas a elevar mi espíritu. Mi conciencia no me lo permitió.

—¿Qué culpas son esas? Sois un hombre santo.

Kyūri estalló en una sonora carcajada.

—No soy nada de eso. Aún dispongo de muchas vidas para intentarlo —confesó—. Pero antes debo librarme de la culpa, procurar la paz a cuantos hombres, mujeres y niños he puesto en peligro por mi negligencia. Soy el mayor de los egoístas, pues renuncio a la iluminación por atención a mi ego.

El abad perdió la vista en el exuberante bosque frente a ellos antes de proseguir.

—Muchas son las ocasiones en las que he soñado con el rostro maldito desde que estuvo entre mis manos. Me reproché una y mil veces que no tuviera valor para enfrentarme a él y que el miedo me empujara a apartarlo de mi custodia. Sé, también, que está a punto de regresar. Las cadenas que lo habían mantenido lejos del mundo mortal se han roto y su advenimiento está próximo. De nada hubiera servido buscarlo antes, pero ahora siento que no tenemos tiempo que perder. No volveré a cometer el mismo error. La máscara del Fantasma de los Nanjō nunca debió abandonar este sagrado recinto. La única pista es ese clan: los Akamatsu. Debes ir a su encuentro. La máscara volverá a través de ellos, como ya sucedió en el pasado.

Egao inclinó el rostro en una sentida reverencia, conmovido por el reconocimiento de flaqueza, de imperfección y, por tanto, de humildad de su abad.

—Empiezo a comprender, maestro...

—En ese caso, olvídalo todo: lo que crees saber, lo que dejas atrás, las limitaciones de la voluntad, incluso que respiras y que una vez tuviste nombre. Solo recuerda qué debes hacer. Ese es tu único sentido de existencia ahora, como el de la luna brillar cada noche y el del sol despertar cada día. Sé como el curso del río de montaña, sorteas las barreras que impidan tu paso o supéralas, pero no te detengas hasta lograr tu objetivo. La salvación de muchos depende de ello.

—Así será. Podéis confiar en mí, maestro.

El abad asintió satisfecho.

—Te tendré presente en mis oraciones, Egao. Ahora, vete. Busca la máscara del Fantasma de los Nanjō.

¹ *Sutra*: textos sagrados donde se recogen las enseñanzas de Buda en parábolas y sermones, tanto en prosa como en verso.

² *Seppuku*: suicidio ritual con el objetivo de expiar una falta grave o elevar una protesta.

EL INFORTUNIO DE LA DAMA HINODE

Edo se desdibujaba bajo el cielo nocturno del séptimo día del octavo mes³. El miedo a los incendios restringía el uso de farolas y hachones, por lo que los guardias que custodiaban la entrada a la villa de los Akamatsu apenas distinguían la calle. No hacía falta. Quince años después de que Tokugawa Ieyasu aplastara el último foco de oposición a su poder, las guerras endémicas del país habían terminado. Además, el señor de aquellos hombres, el daimio Akamatsu Muneaki, hacía un mes que había regresado a la provincia de Shinano, finalizado el tiempo obligado de residencia alterna en Edo impuesto a los grandes apellidos por los sogunes Tokugawa. La mayoría de los servidores y guerreros se habían marchado con él. Lejos de los populosos barrios del centro de la gran urbe, la hora del tigre⁴ pasaba tranquila una noche más y podían relajarse dentro de sus garitas, esperando el relevo de la mañana.

Unos pasos apresurados en el patio rompieron la calma. Tres samuráis corrían como si sus vidas dependieran de ello. Desde sus posiciones, los vigilantes se pusieron en guardia, alarmados, pero los guerreros provenientes del interior de la mansión no se dignaron a explicar su comportamiento. Sin detenerse, alcanzaron el *nagaya*⁵ integrado en el muro exterior de la villa.

Llegaron ante la puerta corredera de la residencia del médico del clan sin aliento y con el pulso acelerado. Uno de ellos penetró en la estancia iluminándola con la linterna que portaba y zarandeó violentamente a la persona que dormía en su interior.

—¡Despierta! ¡El clan te necesita!

El cuerpo de Ishi reaccionó de inmediato, pero su mente tardó en cobrar plena consciencia de la realidad. El sofocante verano de Edo había quedado atrás, pero seguía costándole descansar. No era hasta la madrugada cuando caía en un sueño profundo, aunque solo fuera por un corto espacio de tiempo. Sin embargo, hoy no podría disfrutar de aquel breve solaz. ¡Ah, qué desdicha para un espíritu cansado como el suyo!

—Ya voy, ya voy —acertó a responder, aún abotargado.

—¡Rápido! —insistió el joven samurái que lo apremiaba impaciente.

—Espera —pidió el anciano—. Todavía tengo que vestirme y tendré que encender una linterna. Eso es algo que no se puede hacer a la ligera. ¿O quieres que la mansión de tu señor arda por los cuatro costados?

El aludido contuvo a duras penas su furia. Aquel viejo, lejos de temer la ira de un guerrero, se comportaba con una intolerable indiferencia que rayaba el insulto.

—¡No hay tiempo para eso! ¿Te atreves a demorar la atención debida al dirigente de la casa? El propio Toshimoto es el que reclama tu presencia.

—¿Toshimoto? ¿A estas horas de la noche?

Esta vez, Ishi fue capaz de despejar las tinieblas del sueño en un solo instante. Toshimoto era alguien a quien no podía permitirse contrariar. La mano derecha del señor del clan y dueño de las vidas de todos los que se encontraban en la mansión mientras durara la ausencia del daimio Muneaki era hombre de poca paciencia y fuerte carácter.

—Ya te he dicho que es urgente —insistió el guerrero.

—Pero ¿cuál es la naturaleza de su llamamiento? ¿Qué mal lo aqueja?

—Basta de preguntas. ¡Tu deber es obedecer sin dilación!

Detrás de aquel jovenzuelo con ínfulas de autoridad descubrió a dos guerreros más, casi a oscuras en la larga veranda del edificio donde dormían los cerca de cincuenta sirvientes y guerreros de la mansión. El médico estaba acostumbrado a que lo llamaran a horas intempestivas para atender a alguno de los habitantes de la casa, pero aquello tenía una notoriedad especial. ¿Qué podía haber ocurrido?

Ishi se vistió con prendas teñidas de índigo, la tonalidad oficial de los doctos en la sanación, con la mayor celeridad que le permitieron sus gastados músculos. Dejó abandonada su ropa de cama sobre el futón y buscó sus medicinas.

—¡No es necesario que lleves nada más! —lo amonestó el samurái.

—Pero —protestó Ishi—, sin mis herramientas, no podré practicar mi oficio. Debes comprender lo inútil de mi asistencia si no...

—¡Está bien! Pero hazlo rápido, antes de que la ira de nuestros superiores se desate.

—¿Cómo? ¿Acaso hay alguien más enfermo?

—El subcomandante Kita también nos espera.

¿El jefe de la guardia también lo llamaba? El viejo estaba completamente desconcertado.

Siguió a los samuráis por el largo y estrecho corredor. El suelo de oscura madera crujía bajo el enérgico paso de los guerreros y alguna luz cobraba vida desde el otro lado de las puertas correderas que dejaban atrás. Sin embargo, nadie se atrevía a asomarse para protestar por aquel alboroto. Los gritos del alterado samurái habían llegado claramente hasta al interior de las estancias cerradas y todos sabían ya que los dos máximos responsables de la villa exigían un servicio urgente del viejo médico.

A Ishi le costaba seguir la carrera de los guerreros. Le dolían los huesos a cada paso y tenía dificultades para respirar, pero no osó quejarse. Juntos, dejaron atrás el edificio de paredes enyesadas para salir al patio y alcanzar un porche de techo ornamental al estilo chino, mantenido por gruesos pilares. Jadeaba cuando subió a la plataforma que daba acceso al edificio principal y comenzó a sudar copiosamente mientras cruzaban las salas desiertas.

A medida que recorrían pasillos y dejaban atrás diversas estancias, su preocupación aumentaba.

Se dirigían a la zona privada del daimio y allí solo había una persona con derecho a ocuparla en su ausencia: la dama Hinode, esposa consorte del señor de los Akamatsu.

Su peor sospecha se confirmó cuando llegaron a una antesala, custodiada por dos nuevos samuráis.

—Debes pasar tú solo —le anunció el mismo joven que lo había despertado.

—¿Yo solo? ¿Y el permiso de la primera esposa de nuestro señor?

El samurái no supo contestar a eso. En ese momento, el viejo médico comprendió que ninguno de ellos conocía la naturaleza del requerimiento.

—Esa es la orden de Toshimoto —insistió el samurái, testarudo.

Lo de pensar no iba con la casta de los guerreros. Ellos solo obedecían ciegamente las órdenes de sus superiores, incluso ahora que la paz reinaba en toda la nación. No servía de nada dilatar más la espera. No averiguaría más de ninguno de ellos.

—Está bien —accedió Ishi corriendo el *fusuma*⁶ y penetrando en el interior.

La amplia sala, al otro lado, tenía todos los postigos cerrados, iluminada por linternas que revelaban murales y biombos decorados con motivos ornamentales, paisajes de montaña o hermosas flores de llamativos colores. Destacaban las pantallas con escenas de la *Historia de Genji*, de mano del maestro Sotatsu, del que se decía predilecto del mismísimo emperador Go-Mizunō. Abundaban los cofres y los armarios empotrados, además de cojines y mesas esmaltadas con incrustaciones de oro. Sin embargo, lo que atrapó de inmediato toda la atención del médico fue la figura de su señora, vencida sobre un escritorio, inerte.

Alarmado, hizo ademán de correr hacia ella, pero una voz atronó en la sala.

—¡Quieto, Ishi!

El viejo médico se sobresaltó, sorprendido por la cercanía de la imperiosa orden. Los nervios le habían jugado una mala pasada, pues en su precipitación no había visto que no estaba solo. Dos samuráis estaban sentados en el suelo, a un lado. El que había hablado era Toshimoto, el comandante más importante del clan y mano derecha de Muneaki.

Toshimoto ya no era joven. Que los años restaran vitalidad y que sus deberes de administración no le permitieran ejercitarse como antaño habían dado al traste con su condición física. Había dejado atrás los tiempos en los que lideraba a los guerreros en la batalla y una voluminosa barriga atestiguaba lo lejano de aquellas jornadas de valor, sangre y muerte. A su lado, con mirada arrogante, estaba Kita, subcomandante y jefe de la guardia en la villa. Mucho más joven, heredaba la posición social encumbrada de la casta guerrera, pese a no haber participado jamás en una batalla. Eso no le impedía sentirse superior a quien no compartiera el camino de la milicia.

—Perdonadme —respondió Ishi, apesadumbrado por su falta—. No los había visto.

Se arrodilló para inclinarse respetuosamente, lo que fue correspondido con leves asentimientos de los samuráis.

—He acudido lo más pronto posible —continuó Ishi—, pero no acierto a comprender por qué... Quiero decir... No sé si la dama... Debería acercarme.

—La dama Hinode, esposa consorte de nuestro señor, ha muerto —anunció sin tapujos Toshimoto—, así que no tienes necesidad de correr hasta ella para intentar restaurar su salud.

El viejo médico sintió una fuerte sacudida y su boca se abrió desmesuradamente, con gran estupor. No podía retomar la palabra.

—Estamos perdiendo el tiempo —intervino Kita con los brazos cruzados sobre el pecho, beligerante—. Está claro que la dama se suicidó, incapaz de seguir manteniendo su vergüenza por más tiempo. No necesitamos al médico del clan para confirmar algo tan obvio.

Toshimoto no se alteró por el tono áspero de Kita. Él también había sido un inflexible guerrero, pero el paso de los años había suavizado su carácter. En cambio, conservaba su legendario pragmatismo y resolución. Salvo el daimio de los Akamatsu, no existía hombre o demonio a quien permitiera cuestionar su criterio.

—Ya lo hemos hablado —respondió a Kita sin despegar la mirada de Ishi—. No podemos dar por supuesto lo evidente cuando hay formas sencillas de corroborarlo. Precipitar nuestro juicio, cuando no hay necesidad, puede hacer que pasemos algo por alto. ¿No estás de acuerdo?

—Repito que la dama solo hizo lo correcto —insistió Kita—. Al igual que todos los vasallos de nuestro señor, está obligada a servirlo. Si yo no fuera capaz de atender los deberes que se esperan de mí, también me quitaría la vida.

Ishi sabía a lo que se refería. La dama Hinode había sufrido dos abortos, el segundo de ellos hacía tan solo una semana. No ser capaz de dar descendencia a su marido era uno de los motivos por los que una mujer podía ser repudiada. Teniendo en cuenta que el señor de los Akamatsu tenía varias esposas, su favor podía ser retirado sin ninguna otra consideración. El único motivo por el que el médico no había acompañado a su señor de vuelta a la sede del clan, en la provincia de Shinano, era cuidar de la dama Hinode y vigilar la salud del heredero de los Akamatsu en su vientre.

—Olvidas que es Akamatsu Muneaki —amonestó Toshimoto con voz gélida— quien debe determinar quién cumple y quién no cumple con sus deberes y que seré yo quien le informe de lo acontecido esta noche.

Kita no era estúpido. Supo ver en las palabras de Toshimoto la velada amenaza. Sin embargo, su orgullo no podía ceder tan fácilmente delante del médico. Por eso fue a este a quien redirigió su ira.

—Solo digo que Ishi no ha sido capaz de evitar los dos abortos de la dama Hinode. Es el menos apropiado para ser tomado en consideración. ¿Cómo confiar en alguien que no ha sabido cumplir con su cometido?

—Mi señor lo hace, ¿por qué debería ser yo quien lo contradiga? —Con la última amonestación de Toshimoto, el samurái palideció, acallando definitivamente sus protestas. El comandante se incorporó con cierto esfuerzo para caminar hacia el médico—. Escúchame, Ishi. Acércate a la dama Hinode y dinos qué ves. Olvida las palabras del jefe de la guardia. Ignoramos lo sucedido, salvo que la esposa consorte de nuestro señor está muerta. Necesitamos saber qué ha ocurrido. Estoy seguro de que eres consciente de la trascendencia de tus observaciones.

El viejo médico interpretó lo que realmente pasaba. La muerte era algo impuro, que manchaba el espíritu de todo el que se relacionaba con ella. No en vano, los despreciados de la sociedad, los hombres sin casta, se dedicaban a tareas como curtir las pieles de los animales, actuar como verdugos de los condenados por la justicia o enterrar los cadáveres. Toshimoto quería estar seguro de lo que había sucedido, pero ni él ni Kita se atrevían a acercarse a la dama Hinode. Para eso lo habían llamado a él. No pensaban que su juicio fuera más acertado, dados sus conocimientos de anatomía humana, simplemente querían evitar el pernicioso contacto con la muerte.

Ni siquiera tenía cerca un puñado de sal purificadora para protegerse, pero Ishi aceptó la demanda bajando una vez más su cabeza. Al tiempo que se acercaba al cuerpo de la primera esposa del daimio, sus pasos se hicieron más inseguros y el aire entró con más dificultad en su pecho. Se sentía sucio, rompiendo sin permiso el aura invisible de privacidad que envolvía la honra de la dama. Cerró los ojos por un instante y mentalmente solicitó su perdón. De haber estado solo, no hubiera dudado en arrodillarse y pegar la frente al suelo, pero sentía el frío escrutinio de los dos hombres a su espalda y temía despertar su ira si demostraba tal respeto por una mujer.

Lo primero en lo que se fijó fue en que la dama Hinode había estado practicando la caligrafía y que a su lado seguía encendido un brasero. Estaba vencida sobre la mesa, pero ninguno de los pinceles había caído al suelo. El frasco de agua y la piedra de tinta también seguían sobre la pequeña escribanía, junto a un rollo de papel. La linterna que usara para escribir estaba apagada. Era como si, asaltada por el sueño, se hubiera tomado un instante de descanso, cuidando de no tocar los objetos de la mesa.

—¡Perdonad! —pidió el médico en voz alta para hacerse oír—. ¿Se ha cambiado algo?

—La sirvienta que la descubrió asegura que ella no tocó nada —manifestó Toshimoto—. Nosotros tampoco lo hemos hecho y nadie más ha entrado en la habitación. ¿Qué es lo que te extraña? Habla.

Ishi arrugó la frente. Pasada la congoja inicial, su metódica profesionalidad había tomado el mando y se dedicaba a estudiar lo ocurrido con mirada crítica.

—No te calles nada —lo apremió Toshimoto—. Dinos en voz alta lo que interpretas y si de alguna forma podemos inferir la causa de su muerte.

—Bueno, simplemente no veo ningún signo de violencia. Y me llama la atención que apagara la linterna que la alumbraba. La tinta aún está líquida, preparada para escribir, por lo que no ha pasado mucho tiempo desde que dejara de usarla.

—Eso no prueba nada —interrumpió Kita.

—Demuestra que, si fue sometida a algún tipo de violencia, no ocurrió aquí —objetó Ishi—, pues es fácil hacer caer alguno de los objetos de la mesa.

—Podría ser un engaño —intervino Toshimoto—. Bastaría con colocar primero el cuerpo y luego los utensilios sobre la mesa.

Ishi no contestó. En su lugar, se arrodilló para mirar por debajo de la escribanía.

—¿Qué hace? —censuró Kita dirigiéndose en voz baja a Toshimoto.

Pero este no despegó los labios. Ahora era él quien cruzaba los brazos sobre su prominente barriga. Pese a la distancia, estudiaba con ojo crítico los movimientos del médico, esperando.

—Tiene las piernas atadas —observó Ishi.

—¡Os lo dije! —recordó Kita a su superior—. Que se anudara los muslos para evitar que su cuerpo quedara en una posición indecorosa es una de las precauciones del *jigai*⁷.

En efecto, la visión de una dama con las piernas separadas era deshonrosa, pero el veterano samurái siguió sin decir nada, fija la mirada en el médico del clan.

Ishi pasó al otro lado de la escribanía. La ilusión de que la dama Hinode dormía se truncó al descubrir la sangre derramada.

—Hay demasiada sangre para que haya muerto en otro lugar —interpretó el médico en voz alta—. La sangre no puede ser recogida una vez vertida y aquí hay suficiente para provocar la muerte.

En esta ocasión, ninguno de los samuráis objetó nada.

Tomando aire para armarse de valor, Ishi alargó las manos y apartó la abundante cabellera que caía en cascada hasta el suelo. El rostro de la dama parecía de jade, casi transparente.

La dama Hinode había muerto a los dieciocho años, en el máximo esplendor de su belleza. Ishi había tenido una relación cercana con ella, en especial durante todo su segundo embarazo, y había tenido oportunidad de conocerla mejor. La calidez de su trato y la contenida vitalidad que emanaba de su presencia en vida se habían roto definitivamente. Allí solo quedaba un cascarón vacío, una grotesca imitación de la belleza y dulzura que había encandilado al viejo médico.

—¿Qué ocurre? —interrogó Toshimoto salvando la distancia que los separaba.

El médico no contestó de inmediato. Con delicadeza, soltó los cabellos y se dispuso a alejarse. Antes de eso, reparó en un papel sobre la mesa, pulcramente doblado. Creyó adivinar su contenido y, despacio, lo tomó antes de regresar con los samuráis.

—¿Y bien? —insistió Toshimoto cuando llegó hasta ellos.

—Se ha suicidado, en efecto —declaró el anciano—. Tiene una incisión en su cuello. La arteria carótida está seccionada y por ella perdió la mayor parte de la sangre de su cuerpo. En su mano aún sostenía el *kaiken*⁸.

—¿Murió desangrada, entonces? —preguntó el comandante de los Akamatsu.

—Así es. Eso explica la ausencia de desorden. Es una muerte indolora. Tras la punción, el cuerpo va perdiendo su vitalidad rápidamente, mientras la consciencia se desvanece. Tuvo que ser en el lugar donde se encuentra. La gran cantidad de sangre que se extiende a sus pies hace pensar que no fue trasladada hasta aquí por otra persona tras su muerte. Debí de apagar ella misma la lámpara antes de apoyar su cabeza sobre la mesa para estar segura de la imagen que mostraría tras su muerte. También encontré esto.

Sin atreverse a desdoblar la hoja de papel, inclinó el rostro antes de entregársela al máximo responsable de la casa en ausencia del daimio.

—¿Qué es?

—Esta es la última caligrafía de la dama Hinode. Estaba sobre la escribanía, a su lado.

Toshimoto dudó unos instantes, pero finalmente tomó la hoja y leyó los trazos:

Si la bendición

del venerado Jizō⁹

me es negada,

¿cómo alentar por más

tiempo mi esperanza?

El samurái tomó aire con gesto grave antes de volver a hablar.

—No debes mencionar nada de lo ocurrido en esta habitación —exigió al médico—. No hace falta que te explique lo comprometido de la situación y lo que puede desencadenar su publicidad. Ahora, vete.

Ishi se dobló por la cintura respetuosamente una última vez antes de salir a la antesala y dejar a los dos hombres solos en la habitación.

—¿Qué decía la nota? —preguntó Kita.

—No puedo revelar su contenido por respeto al espíritu de la dama, pero es una prueba más para reforzar la idea del suicidio.

Esta vez, Kita no volvió a crispar su tono al responder. La situación era demasiado grave para seguir pensando en su orgullo.

—La maldición nos persigue. No hay nada que nosotros, meros humanos, podamos hacer al respecto —afirmó.

—No debes pronunciar palabras tan funestas en voz alta —lo recriminó Toshimoto—. Con ellas, podrías alterar la armonía de esta casa aún más. El destino de muchos hombres está marcado desde el nacimiento, en efecto, y, por añadidura, el de los que los servimos, pero no por ello nuestra lealtad debe resentirse. Al contrario, adquiere mayor valor. Somos samuráis y nuestra vida está ligada al servicio a nuestro señor, sin buscar beneficio propio por ello.

Kita aceptó, inclinando solemne el rostro.

—Perdonadme, estáis en lo cierto. Lamento mi pasajero estado de debilidad. No volverá a suceder.

—Estoy seguro de ello, Kita. Y, ahora, nuestro único pensamiento debe ser asistir a nuestro señor en esta hora sombría. Dime, ¿qué has averiguado?

—Las damas de compañía aseguran que su señora estaba esta noche muy serena, al contrario que los días pasados, en los que estuvo encerrada en sí misma por el dolor tras la pérdida de su hijo. Se retiró pronto y pidió que la dejaran sola. Ni siquiera quiso que quedara alguna sirvienta para que dispusiera el lecho. Fue una de las doncellas más jóvenes la que se atrevió a venir aquí mucho después de que todas se hubieran marchado.

—¿Quién era?

—Una tal Amai. Al parecer, entró en el servicio de la casa no hace mucho.

Con esa afirmación, daba a entender que no era de fiar. Los Akamatsu ya no eran el clan de antaño, favorecido por Tokugawa Ieyasu tras la batalla de Sekigahara. Los innumerables acontecimientos que habían protagonizado la locura del padre de Muneaki y el asesinato de su hermano Fujifusa, el anterior daimio, habían condenado el buen nombre del apellido Akamatsu. De nada había servido la intachable conducta de Muneaki desde que se hiciera con las riendas del clan. Las habladurías y el temor a la supuesta maldición que perseguía al clan desde entonces los apartaban del favor del nuevo régimen. Ya no residían en el interior del castillo, como en los primeros días del establecimiento del sogunado Tokugawa. Ahora, la mansión de los Akamatsu en Edo estaba situada en un barrio favorecido, solo para señores cercanos al régimen, pero fuera de la protección de los muros de la fortaleza y del valor simbólico que eso representaba. Mientras otros prosperaban, los Akamatsu iban perdiendo poder. Por ese motivo, ya no había familias destacadas que enviaran a sus hijas a servir a su casa con la esperanza de ganar prosperidad y buen nombre. Había pocas damas de honor y las nuevas sirvientas en la mansión carecían de apellido, algo impensable para un clan de abolengo como el Akamatsu.

—¿Has hablado personalmente con ella? —preguntó Toshimoto.

—No ha dicho mucho, solo que encontró muerta a su señora. No parece muy despierta. Me extrañaría que dijera algo de importancia.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo la sirvienta mayor. Fue ella la que, con buen juicio, acudió a mí.

La sirvienta mayor era la mujer de más categoría entre las que servían en la casa, directamente responsable de la atención de la dama Hinode, entre otros cometidos.

—Está bien. Trae a esa doncella hasta aquí. Quiero oír de su boca lo que me has dicho.

Kita inclinó el rostro antes de salir. Cuando regresó, lo acompañaba una niña de apenas nueve años, aterrada por estar en presencia de Toshimoto y en la misma sala donde había un cadáver.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Toshimoto.

Amai, arrodillada frente a él, no levantaba la vista del suelo por temor a encontrarse con la imagen de la dama Hinode. Como respuesta, se limitó a inclinar la cabeza.

—Bien. Entonces, conoces mi posición en esta mansión y que debes obedecerme en todo lo que te ordene. Al mismo tiempo, debes saber que no has de temer nada. Solo tratamos de comprender qué ha ocurrido. Ahora, dime, ¿cuándo encontraste a la dama Hinode?

Amai tardó en hablar y, cuando lo hizo, su voz era un susurro entrecortado.

—Creo que a mitad de la hora del buey¹⁰.

—¿Y por qué viniste hasta aquí? Tu señora había pedido que no se la molestara, ¿verdad? Era una hora muy inapropiada para andar por los pasillos de la casa principal.

La niña empezó a gimotear, sin atreverse aún a mirarlo a la cara.

Toshimoto levantó la mano para detener a Kita, que, exasperado, parecía a punto de reprender a la niña por su tardanza en ofrecer una respuesta.

—No te preocupes —pidió Toshimoto—, no serás castigada por tu comportamiento. Es más importante saber lo que viste. Vamos, contesta a la pregunta, ¿por qué viniste hasta aquí?

—No... no lo sé...

Toshimoto sabía que de nada serviría amenazar a Amai. Si no lo había dicho ya, era que no tenía ninguna justificación para curiosear en la alcoba de su señora. Su conducta, ahora descubierta, podría acarrearle la expulsión de la casa. Seguramente acabaría mendigando en la calle. Su familia la habría enviado a la mansión porque era incapaz de mantenerla y no la aceptaría de nuevo. Eso era lo que realmente preocupaba a la niña, así que a Toshimoto le daba igual que inventara una mentira o que guardara silencio. No era importante, y la paciencia era la única arma de la que Toshimoto disponía en ese momento.

—Está bien. —Trató de tranquilizarla—: Supongamos que no podías dormir y que, imaginando que tu señora podría necesitar alguna cosa, te acercaste hasta aquí.

—Sí, sí —corroboró la niña, visiblemente aliviada.

—Y, después, ¿qué pasó?

—Corrí el panel y entré.

—¿Qué fue lo que viste?

Amai temblaba, incapaz de hablar. Toshimoto esperó, mientras Kita no dejaba de resoplar, unos pasos más atrás, tratando de no perder su escasa paciencia.

—La señora estaba muerta —anunció la niña por fin.

—¿Viste a alguien? Quizá, una persona que abandonara la habitación o que estuviera cerca cuando llegaste...

—No, no había nadie.

Toshimoto creyó a Amai. No se hubiera atrevido a entrar, de haber encontrado a otra persona. Entonces, recordó las observaciones de Ishi al revisar el cuerpo de la dama Hinode.

—¿Y la luz? ¿Estaba encendida?

—¿Qué luz?

—Tu señora estaba escribiendo. ¿Tenía la luz de la lámpara encendida cuando entraste?

—Sí, sí... —afirmó.

—¿Cómo sabías que estaba muerta?

—Yo... No se movía. La llamé y no contestó.

—Pero no te acercaste hasta ella para comprobarlo.

—Tenía miedo...

—Ya... ¿Y qué hiciste a continuación?

—Corrí para avisar a la sirvienta mayor.

—¿No hablaste con nadie más?

—No...

La niña rompió por fin a llorar, sin poder reprimir los sollozos.

—Está bien —concedió Toshimoto—. Puedes marcharte.

Amai casi corrió para alejarse de la habitación. Cuando estuvieron de nuevo a solas, fue Kita quien tomó la palabra.

—¿Qué pensáis sobre la lámpara? ¿Alguien más vino y la apagó?

—En el supuesto de que fuera así, ¿qué buscaría con ello? Creo, más bien, que la niña estaba asustada y que da por supuesto que, si su señora escribía antes de morir, la luz debía seguir encendida. También pudo acercarse, aunque no lo recuerde, y apagarla al huir corriendo. Un soplo de aire hubiera sido suficiente. En realidad, le pregunté sobre ese extremo para desviar su atención de la verdadera cuestión.

—¿Y cuál era?

—Si vio a alguien merodeando por la habitación.

—¿Creéis en la posibilidad de que fuera asesinada?

—Yo no creo nada, Kita. Solo trato de averiguar lo ocurrido. Dime, ¿algún guardia vio algo inusual esta noche?

—Mandé a un samurái para que hablara con los vigilantes. Todos estaban despiertos y nadie se percató de nada anormal.

—Bien... Si nadie entró ni salió esta noche de la mansión y tampoco hay el menor indicio de violencia alrededor del cuerpo de la dama Hinode, podemos concluir que se quitó la vida.

—Bueno... Debéis perdonarme, pero sí salió alguien.

Toshimoto giró el rostro para mirarlo directamente.

—¿Por qué no lo has mencionado hasta ahora?

—No creí que fuera relevante... Se trata de Oki y... Tsuyoi. Abandonaron la mansión en cuanto se fue el sol. Los vio uno de los hombres que custodian el muro, pero ya estaban demasiado lejos cuando estuvo seguro de que eran ellos. Al instante, se perdieron tras doblar una esquina. No salieron por ninguna de las puertas. Debieron de escalar el muro y saltar al otro lado. Aún no han regresado.

El veterano samurái comprendió de inmediato el motivo de la prudencia de Kita y no lo censuró por su reserva. Ambos sabían lo que estarían haciendo en la ciudad en mitad de la noche.

—Ya veo... Envía a Tsuyoi a mi presencia en cuanto regresen. No me importa la hora.

—¿Y Oki?

—Aplica el castigo que creas más oportuno. No es necesario que hagas lo mismo con los guardias. Esos dos ya han generado suficientes quebraderos de cabeza. Son los únicos responsables de su comportamiento y necesitamos que nuestros hombres sigan comprometidos con nuestra casa más que nunca.

La lealtad de los samuráis Akamatsu corría el mismo peligro que el del servicio, aunque fuera un asunto que no se pudiera tratar abiertamente. Puede que hubieran jurado fidelidad al clan

Akamatsu hasta la muerte, pero esos compromisos ya no tenían el valor de antaño. La moral era baja y convenía ser prudentes a la hora de imponer castigos o rescindir privilegios.

—Por supuesto —corroboró Kita.

Toshimoto suspiró antes de estirar su espalda. Había asuntos mucho más urgentes que atender que la salida nocturna de Tsuyoi, por muy doloroso que pudiera resultar.

—Y ahora, regresando a la tragedia de esta noche, debo comunicárselo de inmediato a nuestro señor. Saldré con las primeras luces del nuevo día. Bastará una escolta de tres samuráis. Prepáralo todo.

—¿No se debería enviar a un emisario? Si sale de inmediato a galope tendido y cambia de montura regularmente, podría llegar a Shinano mañana al mediodía.

—La noticia es demasiado importante para delegar la responsabilidad. Debo comunicarla personalmente. Mientras, clausura estos aposentos. Que nadie entre hasta que el daimio o yo mismo ordenemos lo contrario. Soy consciente de que los chismorreos del servicio son irrefrenables, así que prohíbe que nadie abandone la casa hasta nueva orden. Mantén a toda costa el secreto de la muerte de la dama Hinode dentro de estos muros.

Toshimoto se incorporó para marcharse. Kita lo miró, sin atreverse a pronunciar en voz alta las implicaciones de ese nuevo revés para el prestigio del clan.

—Prepárate —ordenó Toshimoto, adivinando su turbación—. Es nuestra hora más sombría y debes estar a la altura de tu posición. Tuyo será ahora el mando de la villa. Viajaré hasta Shinano y consultaré a nuestro señor sobre las medidas que debemos tomar.

—Así lo haré —manifestó Kita inclinándose marcialmente, como si acabara de recibir la orden de atacar al enemigo—. No os fallaré.

—Estoy seguro de ello.

Y, dicho esto, abandonó la habitación.

³ Octavo mes: de mediados de septiembre a mediados de octubre en el calendario gregoriano.

⁴ Hora del tigre: entre las 03:00 y las 05:00.

⁵ *Nagaya*: edificio estrecho con un corredor exterior por el que se accedía a pequeñas residencias independientes.

⁶ *Fusuma*: panel deslizante opaco, en ocasiones decorado con pinturas, que separaba las estancias interiores.

⁷ *Jigai*: nombre formal del suicidio femenino, mucho menos ritualizado que su homólogo

masculino y que se practica siempre en solitario.

⁸ *Kaiken*: puñal corto de uso femenino que las mujeres samuráis llevaban siempre consigo en la manga o fajín.

⁹ Jizō: En la religión budista, *bodhisattva* o santo patrón de las parturientas.

¹⁰ A mitad de la hora del buey: sobre las 02:00.

LA CASA DE TÉ

Dos cuerpos entrelazados, pero con espíritus a un mundo de distancia. Búsqueda visceral de placer inmediato para uno, resignación forzada para el otro. El mismo vacío al terminar la escenificación violenta de un anhelo insatisfecho.

Tsuyoi se separó de la *oiran*¹¹ nada más alcanzar el clímax con una brusquedad que arrancó un airado grito de protesta de la mujer. Aliviado su apetito, la oscura y poderosa lascivia que lo había llevado hasta aquel sucio lecho había sido extirpada, como el aire restado al sumergirse súbitamente bajo el agua. En ese instante, cobraba verdadera consciencia del repulsivo tacto de la piel ardiente bajo su cuerpo, del hedor malsano de la estancia, de las risas y resuellos de las habitaciones contiguas, separadas por un fino tabique de papel. Mientras se incorporaba, reparó en las manchas del lecho, vestigios del paso de otros hombres esa misma noche.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —demandó la *oiran*—. ¿Acaso no te he chupado la verga? ¿No te he dejado hacer lo que has querido? No me vengas ahora con que no te ha gustado. Has disfrutado como un animal y ahora tienes que pagarme.

—No temas, te pagaré. ¿Por quién me has tomado?

—Déjame adivinarlo... Por tu edad, diría que eres un gran samurái. Todos los que vienen por aquí con menos de treinta años lo repiten sin parar. Sin embargo, según van pasando los años, el discurso cambia.

—No seas tan descarada —contestó el joven mientras se vestía todo lo rápido que podía. Necesitaba salir de allí cuanto antes, librarse de la sensación de continuar adherido al cuerpo de aquella mujer, como un insecto atrapado en la tela de una araña—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de que la juventud grita lo que le gustaría ser y que la vejez llora lo que nunca fue. Ahora me miras con desprecio, pero créeme: algún día volverás a mí lamentándote de las oportunidades de prosperar que perdiste por la mala fortuna o por la inquina de algún otro. No habrá el menor resto de la soberbia que leo en tus ojos y no pararás de desahogar penas y más penas sin el menor pudor, suplicando una de mis caricias.

—Te equivocas, yo no soy una persona vulgar y no volveré por aquí nunca más.

—Ya. Seguro. Te crees mejor que yo, que cualquiera de los que están aquí, pero hace tan solo un instante implorabas toda mi atención, como un perro famélico a la puerta de una casa de comidas. ¡Bah! Tanto da. Tú págame y sé todo lo que quieras.

Tsuyoi se volvió hacia ella, furibundo por aquella repentina condescendencia. Estuvo a punto de abofetearla, gritando a pleno pulmón que él era un auténtico samurái, que su apellido estaba ligado al clan Akamatsu, pero tuvo fuerzas para reprimirse. ¿Qué era lo que esperaba? Aquella no era más que una *moza de té* en un antro para aquellos que no podían permitirse nada mejor o que tenían prohibida su entrada al barrio del placer de Yoshiwara. Reconocer su verdadera

condición le habría acarreado aún más vergüenza. Estaba allí de incógnito, sin blasón en su kimono desgastado, sin portar sus sables de vainas lacadas, ocultando el peinado propio de su casta. ¿Quién iba a creerlo?

En ese momento, la cortina que hacía las veces de puerta se echó a un lado y asomó un hombre con el rostro marcado por una cicatriz que descendía por la mejilla desde la frente. El corte terminaba donde hubiera estado el lóbulo de la oreja cercenada. En su mano portaba una linterna.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué oigo de que no vas a pagar, jovenzuelo?

Tsuyoi pasó las manos por su cabeza para asegurarse de que la peluca no se había movido. Era habitual entre la clase samurái recurrir a estrategias parecidas para evitar ser reconocidos en lugares como aquel. Tenía ya veintiún años, pero no era muy alto y, para su contrariedad, su cara aniñada y la falta de gravedad en su voz confundían a muchos.

Terminó de ajustarse el kimono aún más molesto con aquel nuevo insulto, reteniendo a duras penas la respuesta mordaz que rondaba por su cabeza. Aquel malnacido era un *rōnin*, un samurái deshonrado que ya no tenía señor y que trabajaba como matón en aquel tugurio. Aunque no fuera otra cosa que escoria, portaba los dos sables, mientras que él estaba desarmado. Cualquier falta de respeto justificaría un rápido desenvaine y su cabeza rodando por el suelo, así que, por mucho que lo incomodara, no tenía más remedio que bajar los humos.

—¡Está bien! —contestó—. Nadie ha hablado aquí de no pagar. Toma tu dinero y déjame en paz. —Dos monedas de cobre pasaron a la mano extendida del *rōnin*—. ¿Puedoirme ya?

El hombre de la cicatriz asintió con un gruñido y se apartó a un lado para dejarlo salir al pasillo.

Tsuyoi accedió a un estrecho corredor. Estaba en el primer piso del edificio. En el lado que daba a la calle, los postigos estaban siempre cerrados para ocultar lo que allí sucedía, impidiendo la ventilación y haciendo el aire irrespirable. No había ningún farol, por lo que tuvo que caminar guiado por el tenue resplandor que emanaba de los cuartuchos que iba dejando atrás. Apresuró su marcha, huyendo de los susurros y jadeos.

Cuando bajó por la escalera a la sala principal de la casa de té, buscó a su amigo Oki entre la multitud de hombres que se entretenían bebiendo o comiendo tirados por el suelo cubierto de esteras, pero no lo vio por ninguna parte. Estaría todavía arriba, exprimiendo al máximo el precio del servicio. Para su disgusto, le tocaba esperar.

—¿Un poco de sake? —ofreció una joven con un kimono de vivos colores. Las más agraciadas se dedicaban a servir en la planta baja de la casa de té, estimulando la entropierna de los clientes y ofreciendo su cuerpo en contadas ocasiones. Con el tiempo, perdían su encanto y acababan sustituyendo a las que se afanaban en la primera planta. Sin embargo, a esas alturas, a Tsuyoi le parecían todas igual de repulsivas.

—Sí —pidió—. Tráeme algo para pasar el rato hasta que salga mi amigo.

Se dejó caer sobre un cojín descolorido junto a la pared, bajando la mirada y maldiciendo en su interior. Siempre se juraba no volver y, con el paso de los días, siempre faltaba a su palabra. De

nada servía recordarse que todo hombre que se preciara de tal condición se aliviaba con mujeres a cambio de dinero, desde el sogún al más pobre de la casta de los parias. Lo martirizaba haber sucumbido a su debilidad, pero solo ahora, después de haberla saciado. Demasiado tarde recordaba el ideal samurái de austeridad y sereno autocontrol y se arrepentía de su comportamiento. Si al menos fuera un samurái respetado, pensaba, tendría una imagen que mantener y una reputación que defender, y por eso mismo habría sido mucho más fácil imponerse a sus pasiones.

Mientras el daimio cumplía con su última residencia periódica en Edo, Tsuyoi había mantenido la esperanza de poder formar parte de su escolta de regreso a Shinano. Se había esforzado más que nunca en atender sus obligaciones, manteniendo en todo momento la actitud de sereno equilibrio y abnegada entrega propia de su casta. Pero, un año más, el comandante Toshimoto, su preceptor, le había negado el permiso. Según él, nunca estaba preparado. De nada servía destacar en el manejo de las armas. Una y otra vez, otros menos capaces eran promocionados, mientras que él seguía esperando. Según Toshimoto, siempre faltaba una virtud que adquirir, un aspecto de su carácter que mejorar, una lección que aprender... El daimio Muneaki ni siquiera sabía que existía.

¿Por qué debía seguir allí, en Edo, sin ninguna oportunidad de promoción? ¿Cuándo acabaría su interminable formación? En el pasado, muchos antes que él, con quince o dieciséis años, habían ganado la gloria. Su tiempo se agotaba y no había ni guerras ni otras oportunidades para destacar. Era un desconocido y así seguiría.

Por eso había perdido su equilibrio y autocontrol. Era prisionero de una vida carente de verdaderos estímulos. A este paso, moriría de viejo sin haberse enfrentado a muerte con ningún enemigo. ¿De qué servían las interminables jornadas de perfeccionamiento físico? ¿Por qué había que estudiar estrategia militar, equitación o esgrima? ¿A qué venía leer textos aburridos en el idioma de los Ming?

Aquella tarde, al concluir otra agotadora jornada de entrenamiento marcial, su amigo Oki había propuesto burlar las restricciones de Toshimoto y salir solos a la ciudad, ocultando su condición de samuráis.

Así que, nada más ponerse el sol, habían saltado el muro por el lado sur para dirigirse al populoso barrio de Sakai-chō. No era la primera vez. Oki frecuentaba aquella zona poco recomendable por el simple hecho de que era emocionante. En ocasiones, Tsuyoi lo acompañaba. Allí acudían cuando necesitaban desinhibirse y tenían el dinero suficiente para visitar los salones de té, jugar a las cartas o apostar en las peleas de gallos. Para Tsuyoi, había sido una liberación cambiarse de ropa y olvidar su nombre y condición. Libre de normas, exigencias o necesidad de autocontrol, perdido entre la muchedumbre que abarrotaba las calles estrechas y las barracas destartadas, sin otro objetivo que buscar diversión. Eran dos espíritus jóvenes, anhelantes de emociones y poderosamente tentados a probar sus límites.

Pero ahora Tsuyoi se sentía sucio. Se había dejado arrastrar por Oki a aquel tugurio solo por satisfacer el impulso de romper con las barreras disciplinarias impuestas. En realidad, odiaba aquel sitio y odiaba a todos los que lo rodeaban.

Cuando la muchacha le trajo el sake, salió de sus cavilaciones y levantó la vista para observar a su alrededor. Mientras tomaba el primer trago, se percató de que debía ser ya muy tarde, pues los clientes empezaban a levantarse para regresar a sus casas. Muchos eran arrastrados por sus compañeros de juerga, tan borrachos que apenas se tenían en pie. Oki seguía sin aparecer. ¿Qué demonios hacía? ¿Se habría quedado dormido en el regazo de alguna de aquellas mujerzuelas? Tsuyoi chasqueó la lengua, disgustado. Esperaba no tener que volver a subir para buscarlo.

Unas voces llamaron su atención. Un grupo de tres jóvenes, al otro extremo de la estancia, vociferaba y reía batiendo palmas. El más robusto de ellos, que parecía el líder, tenía el torso descubierto. Su amplio pecho brillaba de sudor. Sus antebrazos parecían los de un leñador y de su rostro acalorado pendía una sonrisa burlona. Los otros lo jaleaban mientras cantaba y estallaron en vítores cuando se incorporó para bailar una danza licenciosa destinada a la camarera. Los pataleos y gritos alcanzaron su punto álgido cuando se apartó el taparrabos y mostró su miembro viril sin el menor pudor.

Tsuyoi maldijo la tardanza de su amigo, que lo obligaba a soportar todo aquello. No veía el momento de regresar a la mansión Akamatsu, darse un buen baño y dormir a pierna suelta. Necesitaba olvidar cuanto antes aquella jornada.

Más carcajadas y aplausos acompañaron el final de la canción y el del pecho descubierto se dejó caer pesadamente mientras pedía bebida a voz en grito. Sus amigos no dejaban de alabarlo.

—¡Maravilloso, Chōnan!

—¡Bravo, bravo! ¡Eres un virtuoso, digno de los mejores teatros!

El aludido respondía palmeando los hombros de sus compañeros con excesiva rudeza, pero los otros, lejos de protestar por el trato, aplaudían su fuerza y virilidad. Al parecer, ya habían estado arriba con las *oiran* y ahora competían por demostrar quién tenía más energía para seguir la fiesta.

—¡No hay quien me pare! —presumió el tal Chōnan.

—Apuesto a que podrías levantar un buey con un solo brazo —aseguraba uno.

—O tumbar a un samurái de un zarpazo —apostillaba el segundo.

—¡Por descontado! —reía Chōnan—. Los samuráis no son más que la sombra del pasado. Ya ni siquiera saben luchar. Están todo el día tomando infusiones y aprendiendo caligrafía, como una mujer. Sus sables están oxidados en la *saya*¹² y hay muchos que hasta solo llevan la empuñadura, sin acero en el interior. Dicen que les pesa mucho en la cadera.

Todos estallaron en sonoras carcajadas.

—Ahora, que la palma se la llevan esos Akamatsu —dijo uno de los jóvenes, de nariz aplastada y carrillos abultados—. Esos no tienen principios.

—¡Y con fama de cobardes! —apoyó Chōnan—. Son conocidos en todo Edo por abandonar a su

señor hace unos años mientras viajaba fuera de su provincia. Al parecer, alguien vio un fantasma y los samuráis huyeron rasgándose las vestiduras de espanto. ¡Menudo ejemplo de actitud marcial!

—No todos los samuráis desertaron. Llegó junto a uno de sus hijos —contradijo uno de ellos.

—¡Ya salió el sabelotodo!

—Yo solo pido que lo cuentes bien.

—¡Y eso hago!

—Pues no te lo inventes. Ahí no acabó la historia. Aún se cuentan más cosas.

—¡Ya lo sé, hijo de cien padres! ¡Déjame seguir! —El otro guardó silencio en cuanto Chōnan lo amenazó con su puño levantado—. Lo que pasó es que se mataron entre ellos.

—¿Cómo es eso? —preguntó intrigado el de la cara alargada.

—Pues que los dos hermanos mataron al padre primero y luego lucharon entre ellos para hacerse con el señorío. ¿Se puede ser más mezquino? Ahora todo el mundo lo sabe, porque al final salió a la luz la verdad e Iemitsu¹³ los ha echado a patadas del castillo. Es solo cuestión de tiempo que les quite todos sus privilegios y entregue su *han*¹⁴ a otro. Para mayor descrédito, el actual daimio, Muneaki, el hermano superviviente, no es capaz de tener hijos. No es un verdadero hombre.

—O solo le gusta que lo sodomicen —apuntó el de la cara alargada.

Los tres rieron de nuevo, pataleando.

—¡Retira lo que has dicho! —Sonó desde el fondo de la sala—. ¡Todo eso es mentira!

Aturdidos por la bebida, los tres amigos tardaron en encontrar el origen de aquella inesperada interrupción. Cuando vieron a Tsuyoi avanzando hacia ellos con furioso semblante, olvidaron la chanza y la actitud festiva.

—¿Quién se atreve a interrumpir nuestra diversión? —soltó Chōnan con cara de pocos amigos. No parecía intimidado por la ira de Tsuyoi—. Vete a tu rincón o búscate una mujer, pero no fastidies más.

—¡Di que eso no es cierto! —volvió a exigir Tsuyoi al llegar a su altura. Los tres amigos seguían sentados, pero instintivamente se separaron para dar la cara a aquel furibundo cliente. El resto de los parroquianos, que de todas formas ya pensaban en retirarse, se apresuraron a abandonar el local.

—¿De qué hablas? —protestó el de la cara redonda.

—Hablo de esas injurias sobre los Akamatsu. Exijo una rectificación inmediata. ¡Retractaos

ahora mismo!

—¿Qué te importa a ti lo que hablemos entre unos buenos amigos?

Tsuyoi podía proclamar que era un samurái Akamatsu y que su honor de guerrero no podía consentir semejante afrenta. Con eso hubiera bastado para que aquellos indeseables se postraran a sus pies suplicando clemencia. Un samurái podía disponer de la vida de cualquiera de una casta inferior sin miedo a las autoridades y un insulto de aquella gravedad bastaba para justificar cualquier castigo, incluso el asesinato.

Sin embargo, recordó a tiempo que estaba allí ocultando tanto su condición como su procedencia. Si se hiciera público que un samurái Akamatsu frecuentaba un prostíbulo ilegal, el insulto a su casa lo protagonizaría él mismo. Habría otro motivo de burla entre gente como aquella, seres inferiores, parásitos desagradecidos, poco más que insectos.

—No puedo tolerar las injusticias —se limitó a responder—. Todo eso que aseguráis es una invención. El clan Akamatsu apoyó con honor y sacrificio a Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara y más tarde, cuando conquistó el castillo de Osaka poniendo fin a cientos de años de guerras. ¡La paz que disfrutamos es gracias a los guerreros que con cobardía insultáis!

—Olvidas que esas guerras a las que te refieres las provocaron esos mismos samuráis que tanto defiendes —contraatacó Chōnan—. Tienen un poder innecesario, viviendo de nuestro sudor sin hacer nada, pavoneándose con las panzas llenas y ni un solo callo en las manos. ¿Qué les debemos a esos haraganes? Las autoridades nos ahogan en impuestos para mantener a toda esa chusma ociosa. Estaríamos mejor sin ellos.

—¡Necio! —estalló Tsuyoi de nuevo, fuera de sí—. ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¡Tu obligación es obedecer a los que son de casta superior! Es la ley, la misma ley que te permite vivir. Sin la ley, lo único que habría sería caos.

En realidad, Chōnan no tenía ganas de discutir. Buscaba tiempo para estudiar la situación y ya había tenido el suficiente. Poco importaba el extraño comportamiento de aquel niño: estaba solo, no parecía muy fuerte y tampoco armado. Ellos eran tres. Podría propinarle una paliza sin esforzarse demasiado.

—Déjanos en paz —exigió Chōnan—. Me cansa tu cháchara. Vete de aquí o, de lo contrario, te daremos una buena lección.

—¡He dicho que os retractéis de vuestras palabras! —insistió, tozudo, Tsuyoi. No se movería de donde estaba hasta que hicieran caso a su demanda.

—Somos trabajadores que disfrutamos de su único momento de libertad. Estamos ocupados de sol a sol, sin tiempo para divertirnos. ¿Acaso tú puedes presumir de lo mismo? Ya has dicho dos veces eso de retractar. Me da que todas esas palabritas afeminadas que sueltas no las aprendiste arando el campo —lo ridiculizó Chōnan—. No me vendrás a decir ahora que trabajas para esos samuráis. Eso sí que sería una sorpresa. Alguien tan distinguido, en un antro como este, mezclado con la chusma de casta inferior. No sabía que los Akamatsu ni siquiera podían permitirse una buena *oiran*. Han caído más bajo de lo que podía imaginar.

—¡Maldito! —bramó Tsuyoi.

El samurái había estudiado el combate sin armas, pero en ese momento estaba tan furioso que no se paró a pensar lo que hacía. Su atención estaba puesta únicamente en Chōnan y su deseo de hacerlo callar. Aquel sucio *chōnin*¹⁵ continuaba sentado, así que intentó patearlo, pero, nada más levantar la pierna, las manos de los otros se cerraron alrededor de su tobillo, dejándolo en precario equilibrio. Chōnan aprovechó la oportunidad para empujarlo y hacerlo caer de espaldas. Tsuyoi intentó incorporarse, pero el otro fue más rápido al sentarse sobre él. Sus amigos sujetaron a Tsuyoi por manos y piernas, inmovilizándolo.

—Vaya, vaya, ya no eres tan fiero, ¿verdad? —se jactó Chōnan.

—¡Suéltame y te demostraré quién soy! —gritó Tsuyoi mientras intentaba inútilmente librarse de aquella trampa.

En ese momento, Chōnan le agarró los testículos y apretó con fuerza. El muchacho aulló de dolor mientras los otros estallaban en risas.

—Nos has fastidiado la diversión —aseguró Chōnan—, así que es justo que sufras las consecuencias. ¿No creéis, amigos?

—Claro —corroboró el de la cara mofletuda—. Tiene que pagar.

La misma muchacha que había servido a Tsuyoi apareció de nuevo al escuchar el alboroto. Cuando se percató de lo que ocurría y el cariz que podía tomar todo aquello, corrió espantada escaleras arriba.

Tsuyoi ya ni siquiera era capaz de gritar. El dolor era tan intenso que creía morir. Cuando los que lo sujetaban lo liberaron, se hizo un ovillo tratando de apartar la mano que atenazaba su virilidad, pero el dolor le restó la fuerza necesaria. Era como si un árbol de fuertes ramas creciera en su interior, afianzando sus gruesas raíces en sus genitales.

Chōnan reía mientras seguía apretando el puño, hasta que en un momento dado abrió su mano. Tsuyoi pudo tomar una bocanada de aire, que hasta ese instante le parecía negado, pero, cuando abrió los ojos, la cabeza de Chōnan se le vino encima, impactando en su frente.

El joven perdió la conexión con el mundo. En un mar de angustia, su visión borrosa no acertaba a fijar los contornos de lo que lo rodeaba. Era como un pez fuera del agua puesto a secar al sol de mediodía.

—¡Ya es suficiente! —Llegó una voz desde el otro extremo de la sala, junto a las escaleras.

Cuando se volvieron, encontraron al *rōnin* que vigilaba el establecimiento, el mismo que había cogido las monedas de Tsuyoi, con cara de pocos amigos.

—Esto no es asunto tuyo —aseguró Chōnan—. Este hombre nos ha atacado. Nos estamos defendiendo.

—No lo repetiré otra vez. Alejaos de él.

—¿Quién lo dice?

El *rōnin* adelantó la cadera, dejando ver las empuñaduras de sus sables. Su mirada era tan fría como el hielo. Instintivamente, los tres amigos se apartaron un paso de Tsuyoi.

—¿Qué es lo que ocurre? —Quiso saber Chōnan—. ¿Acaso es amigo tuyo?

—Tanto como tú.

—¿Entonces...?

—No eres muy listo, ¿verdad? ¿Has olvidado que la actividad de este establecimiento es ilegal? ¿O es que piensas que todas las casas de té ofrecen mujeres a sus clientes?

—Eso ya lo sé —protestó—. Las *oiran* están prohibidas fuera del barrio de Yoshiwara. No soy estúpido.

—Pues, entonces, sabrás que nada escapa a las autoridades. A veces, como aquí, miran para otro lado, pero solo mientras las cosas se mantengan en orden y se pague lo que se debe. ¿Quieres matar a ese infeliz? Por mí, bien. Pero tendrá que ser fuera de aquí, así que coge a tu *amigo* y largaos todos.

Los otros buscaron el rostro de Chōnan sin saber qué hacer. El líder del grupo rumió brevemente el asunto.

Con la interrupción, el arrebató violento se había esfumado. Como bien decía aquel sucio *rōnin*, el régimen Tokugawa tenía ojos y oídos por todas partes y no convenía remover el avispero, y menos por un niño como aquel.

—Está bien —aseguró mientras se cubría con un kimono gastado pero de aceptable calidad—. Nos vamos. Al fin y al cabo, ya se me han pasado las ganas de diversión. Vamos, muchachos, larguémonos de aquí.

—Llevaos antes a ese —exigió el *rōnin*—. Aquí no se puede dormir la mona.

—¿Dónde quieres que nos lo llevemos?

—Me da igual. Es vuestro problema.

A regañadientes, tiraron de los brazos de Tsuyoi, que aún no había recuperado la consciencia, y lo arrastraron a la calle. A los pocos pasos, lo dejaron tirado en el fango, apoyado contra las tablas que cerraban la entrada a una casa de comidas de una sola planta.

—Maldita sea —empezó el más delgado—. Nos han fastidiado la diversión.

—¿Qué más da? —aseguró Chōnan—. Ya es hora de irse a casa. Mañana hay que trabajar.

—¿Mañana, dices? —preguntó el de la cara redonda—. Diría que dentro de un rato. Cuando tu padre te vea llegar a la misma hora a la que abre el negocio, se va a volver loco.

La sonrisa volvió al rostro de los tres amigos.

Tsuyoi, desde el suelo, empezaba a despertar. El dolor de su entrepierna era una garra que removía su carne hasta el estómago. Todavía incapaz de articular palabra, comenzaba a tener control sobre sus miembros. Llegó a estirar un brazo hacia ellos.

—¡Mirad! —alertó el más delgado—. Este quiere algo. A lo mejor, intenta pegarnos un puñetazo. ¿Qué os parece?

—Puede que esté pidiendo limosna —se mofó Chōnan.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó el de la cara redonda acercando su rostro a Tsuyoi—. ¿No te ha parecido suficiente?

Después de eso, le propinó una patada en el rostro, provocando que la cinta que pasaba por la frente de Tsuyoi dejara de asegurar la peluca. Una placa delgada de cobre con pelo natural prendido a ella rodó por el suelo. El peinado que las autoridades Tokugawa habían impuesto a la casta samurái, el *chonmage*¹⁶, quedó claramente a la vista.

—¡Es un samurái!

El agresor retrocedió, espantado. Los tres amigos palidecieron.

—No pasa nada —dijo Chōnan tratando de aparentar una seguridad que, en realidad, no sentía—, no dirá nada a las autoridades. Si vino ocultando su condición es porque es el primer interesado en que no se sepa que estuvo en este antro.

—Vámonos ya —pidió el más delgado—, antes de que alguien nos vea.

Los tres amigos se alejaron de allí todo lo rápido que fueron capaces, sin mirar atrás.

Un instante o un mundo más tarde, alguien zarandeó a Tsuyoi.

—¡Despierta! ¡Tsuyoi, despierta! —Era su amigo Oki, que aparecía por fin—. ¿Qué ha pasado?

El muchacho regresaba al mundo de los sentidos. La cabeza parecía a punto de estallarle y era incapaz de fijar la vista.

—Volvamos —pidió con voz ronca.

—¿Estás herido? —preguntó Oki mientras palpaba el cuerpo de Tsuyoi. Temía que hubiera sido la víctima de un asalto callejero. Las armas estaban prohibidas para la gente común, pero la desesperación de muchos samuráis empobrecidos tras la última guerra había hecho proliferar las bandas de salteadores, incluso en Edo, la sede del shogunado—. ¿Es la espalda? —insistió—. ¿Te han acuchillado en el estómago?

—Déjame —protestó Tsuyoi lastimosamente—. No pasa nada. Solo necesito un momento para tomar aire. De verdad, estoy bien. Volvamos a casa.

Tsuyoi aborrecía encontrarse en aquel estado. Sabía que quien estaba a su lado era su único amigo, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exigirle a gritos que lo dejara solo. La humillación que sentía era casi insoportable. Él, que manejaba el sable con letal eficacia, que llevaba casi toda su vida en el camino del guerrero, había sido derrotado por tres idiotas. No podía creerlo.

Un perro callejero pasó buscando algún resto de comida y se perdió calle abajo. No había nadie más por allí. Las casas de té, restaurantes y teatros habían cerrado sus puertas. Las antorchas y faroles de piedra estaban ya apagados, no había nadie en las fachadas de los edificios ofreciendo a gritos diversión, se habían retirado los grandes carteles de vistosos colores a la entrada de los locales, no había reclamos a pie de calle para asistir a los teatros. No quedaba mucho para el amanecer y, mientras aquella zona dedicada al ocio se apagaba, en los distritos de comerciantes comenzaba una nueva jornada. Lo mismo ocurriría dentro de muy poco en la mansión Akamatsu. Debían darse prisa en regresar.

Tsuyoi recurrió a toda su fuerza de voluntad para lograr levantarse del suelo.

—Vámonos, ya estoy mejor —insistió.

—¿Y tu peluca? —preguntó Oki señalando el casquete abandonado en el suelo.

—¡Déjala! No pienso volver a ponérmela.

Primero cojeando y luego con mayor soltura, inició el recorrido de regreso. Oki lo siguió y, juntos, caminaron en silencio entre barracas y casas bajas. Ahora que la noche se retiraba y se vaciaban los ramales de viandantes, el barrio mostraba su verdadero rostro. El ocio marginal de la ciudad convivía con la podredumbre de los menos favorecidos.

Tsuyoi arrastraba los pies, con el rostro inclinado por el peso de los remordimientos y la ofensa recibida. El dolor de su cuerpo no era nada comparado con la ira creciente en su pecho. Una y otra vez, recordaba lo sucedido en el interior de la casa de té, cómo se había dejado sorprender por aquella chusma. Acostumbrado a los enfrentamientos reglados en el *dōjō*¹⁷, donde el honor y el dominio del arte del combate lo eran todo, no había sabido prever aquel comportamiento ruin. Se había dejado sorprender por tres vulgares *chōnin*.

Al poco, llegaron a una zona donde una multitud esperaba la apertura de las puertas del barrio. La ciudad, fiel a la organización ideada por el desaparecido según Ieyasu, seguía dividida en distritos según su categoría y ocupación, aislados desde la hora del *jabalí*¹⁸ hasta el amanecer. Allí se apretujaban todos los que, como ellos, habían pasado la noche de fiesta. Solo había hombres, aunque de muy diferente condición. Salvo los rangos superiores, que contaban con permisos especiales para cruzar los barrios de Edo durante las horas de cierre, había representación de todas las castas y ocupaciones. La mayoría de ellos se ocultaban tras caretas, sombreros o pañuelos, al igual que ocurría en el barrio pudiente de Yoshiwara, el distrito oficial autorizado para las ocupaciones licenciosas. En cuanto los vigilantes abrieron los portones, la

marea humana pasó el control y se dispersó por la ciudad.

—Bueno —rompió el silencio Oki mientras cruzaban un canal por un estrecho puente—, ¿me vas a contar de una vez qué ha pasado?

Tsuyoi, a regañadientes, se obligó a responder.

—Unos estúpidos insultaron a nuestro clan en la casa de té. No tuve más remedio que enfrentarme a ellos, pero lograron tirarme al suelo antes de que pudiera darles una lección. Allí me inmovilizaron y no pude hacer más. Un maldito carpintero los lideraba.

No fue capaz de explicar más. Que lo agarraran de los genitales no podía contárselo a nadie, ni siquiera a Oki. Era demasiado humillante.

—Así que te peleaste por el honor de nuestra casa.

Tuvieron que echarse a un lado para dejar pasar a varios porteadores que corrían en sentido contrario. Tras las puertas cerradas de los comercios, empezaban a brotar las luces de las linternas de papel. Los tenderos más madrugadores se afanaban en preparar el espacio para sus productos. El cielo ya mostraba una tonalidad azulada. La ciudad, que superaba los doscientos cincuenta mil habitantes, despertaba.

—Esa no es la cuestión —respondió Tsuyoi—. El problema es que perdí.

—Bueno, estabas desarmado y seguro que habías bebido más de una jarra de sake. En otras circunstancias...

—¡No hay excusa! —lo interrumpió con gesto desabrido.

No necesitaba el consuelo de Oki ni de ningún otro.

Una y otra vez, regresaban las imágenes de su humillación: la inmovilización en el suelo, su impotencia, el trato vejatorio, el insulto. Jamás había pasado por un trance semejante.

Solo deseaba llegar a la mansión de los Akamatsu y olvidar aquella maldita noche.

¹¹ *Oiran*: prostituta.

¹² *Saya*: nombre con el que se conoce a la vaina de la *katana* samurái.

¹³ Tokugawa Iemitsu: según desde 1623, tercero de la dinastía Tokugawa.

¹⁴ *Han*: señorío propiedad de un daimio.

¹⁵ *Chōnin*: nombre de la nueva clase social que surgió en las populosas ciudades del período Edo, integrada principalmente por comerciantes y artesanos.

¹⁶ *Chonmage*: peinado que recoge el pelo en una coleta anudada hacia delante. La casta samurái afeitaba la parte frontal en forma de medialuna.

¹⁷ *Dōjō*: lugar dedicado a la instrucción marcial.

¹⁸ Hora del jabalí: entre las 21:00 y las 23:00.

TRIBUTO AL HONOR

Desde los templos se anunciaba la llegada del amanecer tañendo las campanas sagradas. Los ecos de sus vibraciones animaban los trinos de los pájaros y la apertura de los postigos de las viviendas.

El viento fresco ayudaba a despejar la mente de Tsuyoi, pero todavía avanzaba con una ligera cojera, por mucho que tratara de evitarlo. Cada vez que la tela de su ropa rozaba su entrepierna, sentía un lacerante aguijonazo.

El trasiego de peones y porteadores era ya considerable, por lo que avanzaban con mayor lentitud. Con los primeros rayos del sol, tuvieron que sortear, además, los numerosos puestos que empezaban a atestar la calle. Alrededor de los establecimientos comerciales y los mercados, eran muchos los que ofrecían multitud de productos sobre una simple esterilla de juncos. Se añadían al tráfico habitual los vendedores ambulantes de agua, comida, sombreros y una larga lista de ofertas. A la sombra de esta creciente muchedumbre, también proliferaban los oportunistas, ladrones y descuidados, sin olvidar extorsionadores y matarifes.

Fuera de los distritos para los militares, nobles y funcionarios, escaseaba el espacio. Cuando Tokugawa Ieyasu fue nombrado según por el emperador Go-Yōzei, decidió convertir Edo en la ciudad más importante del país, un reflejo a gran escala de un complejo amurallado al estilo del *jōkamachi*¹⁹ de los daimios, pero la antigua población de pescadores no tenía suficiente espacio para albergar el inmenso proyecto ideado por Ieyasu. Los trabajos de ampliación del castillo y las zonas habitables habían sido colosales, engullendo en el proceso a varias poblaciones cercanas.

Durante catorce años se había ido reduciendo la altura del monte Kanda, mientras se extraía de sus entrañas el material necesario para cubrir los arrecifes y marismas. Sobre un lecho de piedra y arena, había surgido una amplia zona urbana, desde el río Hamachō al barrio de Shinbashi. Las estrechas y tortuosas callejuelas por las que Tsuyoi y Oki avanzaban con dificultad eran el resultado del máximo aprovechamiento del espacio ganado para la ciudad. La mayoría de las edificaciones que dejaban atrás eran simples barracas, puesto que en aquel terreno poco profundo era difícil conseguir una buena cimentación. Los precios desorbitados de la tierra firme confinaban en aquel distrito a los menos pudientes, que, pese a las dificultades, seguían acudiendo en masa a la ciudad. Les atraía la esperanza de un futuro mejor a la sombra de los funcionarios del *bakufu*²⁰ y de la larga cohorte de sirvientes y asesores que seguían a los daimios durante sus residencias obligadas en Edo.

—Dame un poco —pidió Oki a un vendedor callejero de *nattō*.

—¿Ya estás pensando en comer? —protestó Tsuyoi. En realidad, agradeció la parada. El dolor de su entrepierna regresaba.

Oki no se molestó en responder. En su lugar, recibió con una amplia sonrisa la generosa ración de granos de soja cocidos y fermentados que le ofreció el buhonero.

—¿No quieres un poco? —preguntó a Tsuyoi tras pagar y reanudar la marcha.

—Ya desayunaré más tarde.

—Pues está muy rico —declaró Oki con un encogimiento de hombros.

Tsuyoi apretó los dientes y siguió caminando, molesto por el buen talante de su amigo.

Cuando dejaron atrás el barrio comercial, las calles adquirieron una distribución regular en cuadrículas, a imitación de Kioto. Proliferaban las viviendas de dos plantas, con cercas de bambú y pequeños jardines a la entrada. Amas de casa, chiquillos ociosos y caballeros se cruzaban ahora a su paso.

El número de transeúntes se redujo drásticamente al llegar al muro que daba paso al distrito de Kōjimachi. Elevado sobre el centro de la ciudad, se extendía al oeste del castillo del sogún. Los samuráis que vigilaban el acceso se mostraron menos descuidados que en otras encrucijadas, pues aquel distrito estaba destinado a los daimios cercanos al régimen. Sin embargo, hubo que dar muy pocas explicaciones. No eran los únicos que lo habían abandonado anónimamente el día anterior para disfrutar del clandestino ocio nocturno.

En aquella zona se situaban las villas de los *hatamoto*²¹ de menor rango y sus calles se ampliaban para permitir la pompa militar que acompañaba a las grandes comitivas que los traían a Edo o los conducían al castillo. Ya se veían algunos palanquines y sillas de mano por el distrito cuando divisaron por fin el portal de la mansión Akamatsu. Como tantas otras cosas, el tamaño y calidad de la entrada seguían estrictas regulaciones, atendiendo a la posición e ingresos del clan. En otro tiempo, cuando residían en el interior del castillo, los techos a dos aguas sobre los puestos de vigilancia a ambos lados de la entrada eran de gran tamaño, lacados y con molduras doradas. Después de su pérdida de favor, las nuevas restricciones obligaban a los Akamatsu a cubrir la entrada con un hastial sencillo, de sobria madera negra.

Los samuráis del portón estaban fuera de las garitas, en forzada postura marcial, en la misma actitud de espera al paso del mismísimo emperador.

—Algo raro pasa —llamó la atención Oki.

Tsuyoi gruñó antes de responder.

—Lo que lamento es que no podemos entrar sin ser vistos —se quejó—. Es seguro que los guardias del portal trasero también estarán atentos. Nos verían escalar el muro. No tenemos más remedio que anunciarnos.

En realidad, sintió alivio. Los genitales le ardían, como si hubiera brasas en el interior del taparrabos. No se veía capaz de ascender por el muro de la villa. Lograr caminar sin encorvarse ya era suficiente mérito para aquel día.

Los dos se quitaron los sombreros de junco y avanzaron hasta la entrada. Los grandes portones solo se batían para recibir al daimio o alguna ilustre visita, por lo que se dispusieron a acceder por una de menor tamaño, abierta en el centro de una de las hojas. Los guardias los reconocieron

de inmediato.

—Os están esperando —anunció uno de ellos. Su serio semblante no hacía presagiar nada bueno. Ni siquiera les preguntaron por la ausencia de sus nombres en las tablillas colgadas en la pared. Antes de abandonar la villa, era obligado dejar allí la identificación que cada miembro llevaba siempre consigo, de tal forma que se supiera en todo momento quiénes estaban en la ciudad.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Oki asomado al interior. En el patio se distinguía a varios samuráis pertrechados para una larga marcha. Sus monturas esperaban fuera de las caballerizas, también dispuestas para salir. Por todas partes pululaba el personal doméstico, apresurado en realizar sus tareas diarias en un inusual mutismo.

—Tsuyoi, Toshimoto desea verte —declaró el segundo de los guardias sin responder a la pregunta—. Tú, Oki, debes entrevistarte con Kita.

—Antes tenemos que asearnos —protestó Tsuyoi.

—Es urgente —atajó el guerrero—. Llevan esperando desde medianoche.

Los dos amigos se miraron, sorprendidos y alarmados a partes iguales. Aquella escapada nocturna iba a costar demasiado cara.

Desalentados, se separaron en mitad del patio sin despedirse. Oki se dirigió a las dependencias militares, mientras Tsuyoi era conducido a la casa principal por uno de los hombres del portal. Al llegar a la fachada, el samurái lo dejó solo y volvió a su puesto.

El joven fue a un lado de la escalinata para asearse en el pozo, mojando pies y brazos con rapidez, pero se detuvo en el primero de los escalones que ascendían al pasillo de entrada. Suspirando, repasó su kimono corto manchado de barro y se percató del mal olor que desprendía. El pelo enmarañado tampoco ayudaría a ofrecer una imagen mínimamente digna. Un samurái debía cuidar con especial atención de su aspecto, puesto que era la carta de presentación de un guerrero honorable. «El interior se manifiesta en el exterior», le había dicho muchas veces el propio Toshimoto. No era su intención, pero aquello significaría un nuevo insulto para su maestro. ¿Qué más podía salir mal?

Blasfemando interiormente, ascendió el resto de los peldaños y se quitó sus *zōri*²². Dio la vuelta al edificio por la veranda exterior. Se cruzó con dos sirvientas, que inclinaron los rostros respetuosamente al reconocerlo. Aquella deferencia parecía fuera de lugar, puesto que su atuendo era el de un plebeyo, un disfraz usado para hacerse pasar por la misma casta de aquellas mujeres. La confianza en sí mismo flaqueaba. A cada paso, crecía una ominosa aprensión, pero, llegado a aquel punto, no tenía otro remedio que seguir adelante.

Al alcanzar las dependencias de Toshimoto, encontró las puertas correderas cerradas. La única fuente luminosa en la antesala se filtraba desde el interior por debajo del *fusuma*. No se escuchaba el menor ruido. Tsuyoi se arrodilló al borde del tabique antes de pedir permiso para entrar.

—Mi señor —se anunció solemne—. Soy Tsuyoi. ¿Me has mandado llamar?

—Adelante. —Se escuchó desde dentro.

Sin levantar la mirada, el muchacho deslizó el panel y se arrastró sobre las rodillas hasta penetrar en la amplia sala y volver a cerrar tras de sí.

Fiel a la sobriedad samurái, había muy pocos muebles: un jergón recogido a un lado, una mesa baja con material de escritura y dos arcones.

El samurái lo esperaba sobre una plataforma elevada con semblante imperturbable. Últimamente, Tsuyoi lo veía como un viejo consumido que se movía con mayor dificultad cada día. Sin embargo, en ese momento le mostró la imagen olvidada de guerrero invencible que imaginaba cuando era niño. La posición de su cuerpo demostraba una fortaleza desacostumbrada, con la espalda recta y los hombros cuadrados, pero lo que más llamaba la atención del muchacho era la fría serenidad y la resolución de su mirada. Era como si hubiera rejuvenecido diez años en una sola noche.

Toshimoto vestía ropas de viaje, con su sable corto enfundado en una vaina lacada cruzada en el fajín frente al estómago. Su vieja *katana*, Komorebi²³, descansaba frente a él, en vez de seguir olvidada en el lugar de honor de la sala. Aquel sable había pertenecido a su familia desde hacía siglos, forjada por uno de los grandes maestros *sanhei*: Sukehira. Tsuyoi sintió un nudo en la garganta al estar tan cerca de una de las hojas *koto*, las míticas armas consideradas inigualables, y confirmar de esa forma que algo de especial transcendencia había sucedido durante su ausencia.

Los dos permanecieron en silencio, en un pulso de voluntades que duró muy poco. La imponente presencia de Toshimoto y lo que Tsuyoi imaginaba que estaría pensando sobre su comportamiento de aquella noche le hicieron bajar la mirada.

—Tu tardanza ha retrasado mi partida —aseguró el viejo samurái con voz monocorde.

Tsuyoi esperaba una amonestación airada, pero aquella actitud cercana a la apatía lo inquietó.

—¿Tu partida? ¿Adónde vas?

—Es urgente que me reúna con nuestro señor.

El joven olvidó su desconcierto inicial ante la inesperada noticia. Una oleada de euforia lo arrastró hacia la esperanza.

—¿Debo acompañarte? Será para mí un honor que...

—No.

El tono no había elevado ni un ápice el volumen, pero fue como una bofetada en plena cara.

—¿No? Pensaba que ese era el motivo de tu espera...

—Ya veo... Orgulloso hasta el final, ¿verdad, Tomita?

Tsuyoi cambió su actitud al instante, como si hubiera recibido un latigazo. Desde que había puesto el pie en aquella sala, se había visto arrastrado por emociones contradictorias y sobresaltos continuos. Había llegado preparado para recibir un castigo y una reconvención por su comportamiento, pero aquello era un mal trago mucho mayor. Sus ojos destilaban ira cuando respondió.

—Ese era mi nombre de niño. Ahora tengo uno de adulto. Parece que lo has olvidado.

—Te equivocas —respondió el viejo samurái, flemático. No demostró contrariedad por aquel reproche, totalmente inapropiado para la situación y el debido favor a un superior moral y social —. Eres tú quien se empeña en seguir siendo un crío. ¿Qué comportamiento es este? Abandonas la mansión durante la noche, como un ladrón, y te dedicas a dar rienda suelta a tus más bajos instintos.

—Así que ya lo sabes todo. ¡No lo hubiera hecho si tuviera una responsabilidad acorde a mi valía! Soy mejor que la mayoría, mucho más diestro en el manejo de las armas. Lo sabes muy bien, pero no quieres reconocerlo. Estoy harto. Eso es lo que ocurre. Estoy cansado de seguir esperando eternamente a ser digno de tu confianza. He obrado mal, lo sé, pero cada vez me importa menos mantener un apellido.

—Sigues sin entender que un samurái no es solo alguien hábil en el uso de las armas. Puede que para un granjero sea suficiente con conocer la utilidad de sus herramientas para destacar entre los de su condición, pero para un caballero no lo es. Hablo del papel que tienes reservado en el clan Akamatsu y que sigo esperando seas digno de recibir. Tu mente es un hervidero de pensamientos opuestos, sujetos al capricho de tus deseos. Estás dominado por los vaivenes de las tentaciones ordinarias. No entiendes que aún no has madurado lo suficiente y, lo que es peor, no asumirlo te aleja del Camino.

—¿El Camino del samurái? —respondió en tono de burla—. No hago otra cosa que seguirlo desde la mañana a la noche. Practico la esgrima, la equitación y el tiro con arco. También estudio erudición, caligrafía y los viejos clásicos. ¿Qué más quieres que haga? No me pides lo que se espera de un guerrero. Son tus caprichosas exigencias las que nunca están colmadas. Los años pasan y sigo repitiendo día tras día las mismas rutinas. Pues bien, estoy tan preparado como cualquier otro. No necesito continuar puliendo mi espíritu para ser un digno samurái Akamatsu.

Tsuyoi tomó conciencia de sus palabras. Jamás había osado levantar la voz a Toshimoto y mucho menos criticar sus órdenes. No sabía de dónde había sacado el valor para dejar salir esa ira contenida y enfrentarse abiertamente a su maestro.

Toshimoto entornó los párpados antes de responder.

—Buscas una gran realización, dedicarte a una tarea elevada que satisfaga tu ego. Te dejas engañar por la ilusión de lo que la gente común entiende por mérito. Sin embargo, la verdadera Vía no es más que los actos que se realizan día y noche. La diferencia entre un gran hombre y un ser ordinario es la entrega incondicional a aquello que le corresponde hacer.

El samurái esperó unos instantes para que sus palabras calaran en el ánimo del muchacho. Sin embargo, en su rostro siguió leyendo incompreensión.

—Un samurái es un servidor. —Retomó su lección—. Debe obedecer a su señor, sin cuestionar las órdenes que recibe. En este momento, tu deber es lograr la formación adecuada. Cuestionar si estás preparado o no escapa a tus atribuciones.

Tsuyoi sintió una nueva y embriagadora oleada de pasión que parecía surgir fuera de sí mismo. Olvidando toda contención, se dejó arrastrar por una ira que nunca había experimentado y que hacía vibrar cada poro de su piel.

—Decidir si soy válido solo está en tu mano, ¿verdad? Ni siquiera nuestro daimio exige tanto. No soy más que tu proyecto, la ilusión de un modelo idílico que has formado caprichosamente en tu mente. Pero esa no es la realidad. No existe el samurái perfecto en el que quieres convertirme. Solo soy un hombre que respira y come, que duerme y siente pasiones. No puedes negar mi humanidad.

—Te equivocas. No eres un individuo común. Eres un samurái. El guerrero que intenta seguir el Gran Camino sin verdadero espíritu representa una obra de teatro. Desempeña en la vida un papel que solo engaña a sí mismo. Cree que sus renunciaciones y sacrificios justifican atender los deseos materiales, que mil aciertos encubren una sola licencia. Eso es un gran error. Sus más altos principios quedan enterrados por la falta del verdadero compromiso, pues una sola equivocación, un solo momento de flaqueza, anula todo lo recorrido. El agua más limpia en un tazón queda enturbiada por una única gota de lodo.

—Eres injusto —insistió Tsuyoi—. Nadie puede ser tan virtuoso. Estás obsesionado con echarme en cara mis faltas, en lugar de reconocer mis triunfos. Me exiges demasiadas cosas, me pones demasiadas reglas. Y, aun así, las cumplo todas. Jamás te he fallado.

—¿Presumes de la observancia de los exigentes preceptos que te impongo? De esa forma, demuestras una vez más que no estás preparado.

Tsuyoi parpadeó, perplejo.

—¿Reconoces que sigo las reglas religiosamente sin faltar jamás a su cumplimiento y esa es, precisamente, mi incorrección? ¿Qué clase de lección es esa?

—Si hubieras alcanzado esa madurez de la que alardeas, te habrías dado cuenta de que el último estado formativo de un samurái es prescindir de la observancia a cualquier norma. Cuando alcanzas el verdadero conocimiento, puedes olvidar las reglas, porque tu comportamiento natural es el correcto. Un abstemio no necesita pautas para no beber. El que no roba no precisa de castigos contra el hurto. Las reglas son solo para el aprendiz.

—¡No soy un aprendiz! Tú mismo lo has reconocido: ¡soy un samurái!

Toshimoto negó lentamente.

—Esa no es la cuestión. Existen muchas clases de pájaros, diferentes tipos de peces, infinidad de plantas. Puedes conocer a uno de ellos y aventurar que sabes de todos los de su especie, pero el ser humano es muy diferente. Puede ser tan hombre aquel que mata como el que es misericordioso, el que miente y el íntegro, el que carece de lealtad a su señor y el que ofrece

gustoso su vida por él. Ambos tendrán frío en invierno, apetito al mediodía y sueño al llegar la noche. Nadie puede negarles su naturaleza humana. Pero, para uno de los dos, su único mérito es haber nacido. Dices ser un guerrero, pero si quieres ser uno verdadero tendrás que mantener la debida observancia del carácter. Día y noche, en cualquier momento, en toda circunstancia. Lo que se es se demuestra incluso en la forma de respirar o de dormir. No puedes permitirte ceder en ningún instante. Deja de anhelar lo que quisieras ser y conviértete en esa imagen. Aquí y ahora, en este momento y en todos los que están por venir.

—Ya soy quien quiero ser —aseguró Tsuyoi—. Eres tú el que no acepta mi valía. Es imposible promocionarse cuando no hago otra cosa que esperar tu esquiva aprobación.

—Aún no has entendido que te exijo más que a los demás porque estás llamado a desempeñar una función mucho más relevante que el resto. El legado de tu padre te está esperando y debes ser digno de él.

—El legado de mi padre, el sacrificio de mi padre... ¡Estoy cansado de escuchar eso una y otra vez! Cuando fuiste a buscarme a Osaka, no era más que un niño. Hablaste de que mi padre había dado su vida por salvar al gran clan de los Akamatsu y que, gracias a eso, habíamos recibido un apellido y el favor del propio daimio. Me acogiste como tu discípulo. Creí tus fantásticas historias y abandoné a mi madre y a mi hermano para seguirte hasta aquí. Me prometiste convertirme en un samurái y desempeñar la tarea más importante a la que podía aspirar un fiel vasallo. Pero no existe ese legado glorioso, esa responsabilidad que sacará al clan del ruinoso destino que nos amenaza. La gente en la calle chismorrea sobre nosotros, ¿lo sabías? Esta misma noche un grupo de rufianes se reía de nuestro clan. Y lo peor es que tal vez tengan razón. Tal vez solo seamos un pálido reflejo de lo que fuimos, que vivamos sumidos en sueños imposibles...

—¡Basta! —atajó Toshimoto perdiendo la paciencia por primera vez—. ¡Gracias a tu padre eres samurái! Su servicio a esta casa repercutió en la posición y el buen nombre de nuestro señor. Ofreció su vida para ello. No consentiré que pongas en tela de juicio su sacrificio.

—Solo sé de él lo que averiguo por otros, puesto que tú sigues negándote a decir más. Mi padre solo era un samurái rural, un campesino con las manos llenas de barro y la espalda encorvada de arar el campo. No veo qué honor puede acarrear semejante labor. Te hiciste cargo de mí por una promesa a mi padre, pero ahora dudo de que su deseo fuera convertirme en tu discípulo toda mi vida. Es hora de que me labre mi propio destino, en lugar de seguir a tu sombra.

Toshimoto no dijo nada. Permaneció completamente inmóvil, sin abandonar su porte severo. Parecía cavilar seriamente sobre las últimas palabras de Tsuyoi, pero era imposible adivinar el curso de sus pensamientos.

—¿Por qué no empiezas por decirme qué está pasando? —pidió el muchacho, envalentonado por lo que para él representaba una victoria dialéctica. Era la primera vez que Toshimoto callaba—. Toda la villa está en pie y dices que debes ver a nuestro señor, cuando hace muy poco que abandonó la ciudad para volver a nuestra provincia.

Toshimoto sintió un mazazo en el corazón. Aquella había sido la última prueba y Tsuyoi no la había superado. Deliberadamente, había amenazado el autodomínio del joven, pero en el breve espacio de tiempo de aquella entrevista había fluctuado como el errático vuelo de una mariposa.

De la vergüenza a la esperanza, de la presunción a la inocencia, del aliento al fracaso, de la humildad a la soberbia... Un verdadero samurái debía permanecer imperturbable ante cualquier situación, conservar la calma y evitar dejarse llevar por sus emociones. Sin ese autocontrol, Tsuyoi no podía conocer la verdad que tanto anhelaba. Toshimoto había fracasado en su tarea. Aquel muchacho jamás sería digno de recibir el legado de su padre. Tenía ya demasiados años. No era posible moldear su temperamento y él se acercaba al final de su existencia. No habría tiempo para más lecciones. Desgraciadamente, aquello sería otra mala noticia que comunicar a Muneaki, el señor del clan.

El viejo guerrero se incorporó de pronto, de forma tan inesperada que volvió a desconcertar a Tsuyoi.

—Tienes razón —declaró Toshimoto mientras recogía su sable y lo cruzaba al *obi*²⁴—, durante todos estos años te he exigido demasiado. Te preparaba para una tarea que estaba por encima de tus posibilidades. Por ese motivo, te pido perdón. No se puede exigir a una carpa que vuele ni a una grulla que bucee.

El joven no sabía qué decir. Inexplicablemente, tuvo la clara percepción de que su victoria se había vuelto en su contra. Intuía que aquella cesión significaba una pérdida definitiva de la confianza y que jamás podría recuperarla.

—Importantes asuntos me llevan ante nuestro señor —prosiguió Toshimoto mientras caminaba hacia la salida de la sala, ajeno a la conmoción del joven—. Debo obediencia al clan y, en este momento, es de vital importancia que no se conozca el motivo de mi viaje, así que no puedo responder a tu pregunta. Como a todos los demás en esta casa, te pido que sigas vigilante de tus obligaciones y esperes mi regreso.

Tsuyoi tardó en responder y solo lo hizo cuando su mentor ya había corrido el *fusuma*.

—¡Espera! —pidió—. No era mi intención faltarte al respeto. Yo solo digo que...

Toshimoto se giró un instante en su dirección. Estuvo tentado de decirle que aquello era una nueva muestra de falta de serenidad. Acababa de ceder en sus peticiones y Tsuyoi ya cambiaba de parecer.

Quizá debería haber elegido al otro hijo de Tomoyuki, el más pequeño, cuando acudió en busca del heredero del apellido Chūjitsuna a Osaka. Su madre los había llevado hasta allí para que ayudaran en el comercio del abuelo. Solo eran dos mocosos entonces y pensó que podría moldear a cualquiera de ellos y convertirlo en un samurái digno de clan Akamatsu. La costumbre dictaba que el mayor fuera el elegido, por lo que acogió bajo su tutela a Tsuyoi. Pero ya era tarde para lamentaciones.

—No te preocupes por tus extenuantes tareas —dijo Toshimoto—. Mi marcha coincide con el final de tu formación. Como bien dices, ya es hora de que se te dé una función en este clan.

Y, dicho esto, se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

Tsuyoi se incorporó de inmediato y corrió tras él.

—Entonces —siguió al llegar a su espalda—, definitivamente, ¿no te acompañaré?

—No. Solo un grupo de selectos samuráis me seguirá. Debemos ser pocos para viajar más rápido.

—¿Qué haré en tu ausencia?

—Desde este momento, ya no respondo de ti. Deberás labrarte tu propio futuro en el clan, como has pedido. Empieza por ponerte a las órdenes del subcomandante Kita, cuando ofrezcas una imagen presentable...

—Mi aspecto no es el adecuado porque esta noche defendí el nombre del clan —se justificó—. Me enfrenté a tres hombres que nos insultaban. No siento ninguna vergüenza por ello.

Toshimoto lo miró directamente a la cara, sin dejar de apurar el paso.

—¿Acaso crees que esas manchas de barro en tu kimono son semejantes a las heridas recibidas en una batalla? Un samurái defiende a su señor cuando este le pide que lo haga, no pone en riesgo una vida que no le pertenece por unos simples chismorreos. Esta noche no luchaste por tu clan, sino por ti mismo.

En ese instante, llegaron a la salida del pabellón. La luz dorada del nuevo día alargaba las sombras de los muros de la villa y el cielo vacío de nubes presagiaba una jornada sin lluvias. Al pie de la veranda, esperaban tres samuráis. Los hombres inclinaron su cuerpo respetuosamente ante la aparición de Toshimoto. Más allá, varios escuderos sostenían por el ronzal a las monturas, preparadas para el viaje. Otros guerreros y sirvientes se alineaban a un lado del patio para despedirlos. El primero de ellos era el subcomandante Kita, que se adelantó al verlos aparecer.

Toshimoto se detuvo antes de bajar al patio.

—Haz lo que se espera de ti —ordenó a Tsuyoi—. Es lo último que te pido.

—Todo está listo —anunció Kita, solemne.

Tsuyoi, pese a la firme justificación de su aspecto, no se sintió cómodo cuando Kita, censor, lo miró de arriba abajo.

—Volveremos lo antes posible —aseguró Toshimoto—. Mientras, hazte cargo de la villa y dale a Tsuyoi el cometido que creas oportuno.

—Muy bien —respondió Kita—. Esperaremos las órdenes de nuestro señor.

Tsuyoi se quedó varado al pie de la escalinata, viendo como Toshimoto se alejaba seguido de los samuráis que conformaban la pequeña comitiva.

Los cuatro hombres montaron en sus caballos y atravesaron el portal para iniciar el viaje a Shinano. Tsuyoi siguió mirando el portón mucho después de que se hubiera cerrado. Como si despertara de un mal sueño, repasaba una y otra vez las airadas palabras que había dicho. No era

capaz de reconocerse, entender de dónde había brotado aquella directa oposición al que había sido su maestro hasta ese momento.

Pero lo peor era que acababa de perder el báculo donde se había estado apoyando desde su llegada a Edo. Por primera vez en su vida, estaba solo.

¹⁹ *Jōkamachi*: estructura urbana en la que el castillo del señor feudal queda rodeado por una ciudad.

²⁰ *Bakufu*: máxima institución de gobierno militar de Japón, presidida por el sogún.

²¹ *Hatamoto*: daimios de confianza del régimen Tokugawa, ya fuera por lazos de sangre o por haber apoyado a Ieyasu durante la batalla de Sekigahara.

²² *Zōri*: sandalias planas con correas, livianas y fáciles de poner o quitar.

²³ *Komorebi*: la palabra, empleada en esta obra como nombre propio, no posee en español ningún vocablo equivalente al que pueda ser traducida, pero su significado en japonés es intensamente evocador y rebosa poesía, pues denota la luz del sol que se filtra a través de las hojas de los árboles. N. del E.

²⁴ *Obi*: pieza larga de tela anudada alrededor de la cintura.

EL NUEVO TSUYOI

Cuando terminó de bañarse, Tsuyoi fue directamente al barracón destinado a los samuráis. Estaba tan agotado que se durmió de inmediato. Tuvo pesadillas angustiosas. Imágenes de su humillación en la casa de té se mezclaban con el repudio de Toshimoto. Escuchaba burlas y risas de personas anónimas que daban voz a todo Edo, a su provincia, al mundo entero. Cada vez más estridentes, aquellos insultos crecían a su alrededor, oprimiéndolo hasta límites insospechados, produciendo un dolor infinito. Una luz cegadora alejaba esas voces. Se aferraba a ella como única forma de escapar de aquella locura y era arrastrado hasta los muros del castillo de Edo. La inmensa ciudad, siempre creciente, aguardaba a sus pies. Allí había riqueza y posición al alcance de su mano. Si las tomaba, escaparía del repudio y la humillación. Sería el samurái más respetado de Edo. Lo merecía. Años de sacrificios y renunciaciones le daban ese derecho.

Despertó a media tarde jadeando. Estaba cubierto en sudor, atenazado por el agudo dolor de cabeza que seguía a las noches de excesos con Oki. Las imágenes de su sueño aún permanecían en su interior, en un bucle opresivo.

Se incorporó para recorrer con la mirada la hilera de armazones de madera sobre los que los samuráis de la casa colocaban sus colchones de paja. No había nadie. En la cabecera del lecho de Oki seguían sus sables, que dejara allí antes de salir la tarde anterior al distrito de Sakai-chō. Ningún samurái prescindía de las armas que atestiguaban su condición cuando ponía un pie fuera de su casa. Terminada aquella noche de anónimo desenfreno, no imaginaba la razón por la que su amigo hubiera dejado atrás sus armas. ¿Dónde podía estar?

Con un quejido, se sentó para frotarse los ojos y acabar de desperezarse. Un ligero mareo lo retuvo unos instantes. Al ponerse en pie, sintió un pinchazo en los genitales.

—Maldita sea.

El dolor persistía.

Recordó, avergonzado, la conversación con Toshimoto antes de su despedida. No quedaba mucho del atrevimiento y seguridad del visceral estallido que lo había poseído durante la conversación. El orgulloso valor que había sentido durante aquella entrevista se había diluido, sustituido por un inquietante vértigo, fruto del abandono de aquel exigente protector y mentor.

Hasta ese mismo momento, toda su vida había conocido de antemano cuáles eran sus obligaciones, de la mañana a la noche, día tras día. Librarse de las opresivas pautas y compromisos también le había restado algo importante: seguridad.

Apretó los puños, recriminando su flaqueza. No servía de nada prestar atención a las lamentaciones o los temores que ahora lo acechaban. Eran fruto de su mente embotada por la pasada noche de excesos. Ese era el primer día de su nueva vida y no podía malgastarlo en dudas insustanciales. Debía seguir confiando en sus capacidades, como siempre había hecho. Demostraría a Toshimoto y a todos los demás que había sido tratado injustamente, que su

preparación y disposición estaban por encima de los samuráis comunes.

Una vez acabada su formación con la despedida de Toshimoto, no tenía que seguir ninguna rutina de entrenamiento, así que no perdería el tiempo con eso. Ya se había adiestrado para toda una vida. Practicando esgrima o equitación no se ganaba ningún mérito.

El subcomandante Kita, que asumía ahora la dirección de la villa, no habría decidido todavía sobre la naturaleza de su servicio y por eso nadie lo había echado en falta esa tarde. Tal vez debía presentarse ante él primero, como muestra de respeto. El subcomandante tendría que darle una función digna de su valía.

Resoplando, caminó hacia el otro lado de la sala. Para su contrariedad, lo hizo con dificultad. Antes de presentarse al nuevo administrador de la casa, pasaría a ver a Ishi, el médico. Tal vez pudiera hacer algo con aquel dolor persistente en sus testículos.

Al final del corredor encontró sus sandalias de paja. Renqueando, salió al patio y recorrió el muro en dirección al *nagaya* del servicio. Al otro lado del gran espacio allanado, justo en el inicio del pasaje cubierto que conducía a la residencia privada del daimio, dos samuráis montaban guardia. En ese momento, impedían el paso de una de las sirvientas de la dama Hinode. Desde aquella distancia, no podía escuchar de qué hablaban, pero la mujer parecía contrariada. Entre sus manos llevaba una bandeja lacada con cajas de comida. Debía tratarse de la cena de la señora de la casa, pero, en ese caso, no tendría sentido retener a la sirvienta.

Extrañado, siguió con la vista el corredor techado. Después de atravesar un pequeño jardín, terminaba en una amplia galería que circundaba un edificio de paredes de yeso y entramado de madera. Allí también había varios samuráis vigilando la entrada a la residencia del daimio. Las celosías permanecían ocultas tras las contraventanas y persianas, inusualmente cerradas. La dama Hinode, que a aquella hora acostumbraba a reunirse con sus damas de compañía en el jardín posterior, solía ordenar que estuvieran abiertas para favorecer la ventilación.

Aquella medida se sumaba al extraño comportamiento de la guardia tras la precipitada partida de Toshimoto. ¿Temían un atentado contra la señora de la casa? ¿El viaje de Toshimoto a Shinano era para pedir refuerzos? No, no podía ser algo tan grave. Conocía al viejo samurái. Era incapaz de huir de un peligro inminente y, además, podrían haber pedido auxilio a los hombres del castillo. Era algo más delicado que no acertaba a adivinar. En cualquier caso, sería una suerte que hubiera cualquier tipo de crisis. Eso obligaría a Kita a integrarlo de inmediato al servicio de la villa y le proporcionaría una oportunidad de ganar mérito.

Todo se aclararía más tarde, cuando se presentara a Kita. Antes, tenía que ver a Ishi y librarse de aquel persistente dolor.

Tsuyoi caminó por la galería del *nagaya* buscando la habitación del médico del clan. La encontró abierta. Ishi se afanaba entre sus medicinas, amontonando frascos y recipientes a un lado y a otro. El olor era extraño, una mezcla de las emanaciones de aquellos tarros llenos de plantas, polvos y aceites.

—Buenos días —saludó. De inmediato, se percató de su error y rectificó a tiempo—. Quería decir buenas tardes.

El viejo médico inclinó levemente el rostro en su dirección antes de seguir con su absorbente tarea. Parecía sumamente concentrado mientras leía las etiquetas de las vasijas y decidía el lugar donde debían ser reubicadas.

—Tsuyoi —saludó sin mirarlo—, ¿en qué puedo ayudarte?

El samurái sintió un embarazo inesperado. No se había parado a pensar cuál sería la mejor forma de explicar su dolencia y no encontraba las palabras adecuadas. ¿Tendría que mostrar su entrepierna? Miró hacia atrás. Cualquiera que pasara por el corredor podría descubrir lo que estaba ocurriendo.

—Verás... —comenzó—. Es algo delicado.

—Explicate mejor —pidió el anciano sin dejar de moverse de un lado a otro, absorto en la labor.

—He tenido un problema en el entrenamiento en el *dōjō*. Ha sido un golpe fortuito, pero... sin embargo...

—Bueno, no te apures —lo animó Ishi, tan frenético como una hormiga en el lecho del bosque—. Dime o muéstrame tu herida y buscaremos algo de por aquí que pueda aliviarte.

De pronto, Tsuyoi mutó su azoramiento en ira hacia aquel hombre. Ni siquiera lo miraba mientras él trataba de explicarle el mal que lo aquejaba. ¿Cómo podía ser tan desconsiderado?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en tono airado.

—¿Yo?

Esta vez, fue el turno para que el médico no encontrara las palabras precisas. Se detuvo un instante, a medio camino de dejar unas especias junto a un tarro de artemisa para fabricar moxa.

—Bueno, me temo que... —Pero Ishi no supo o no quiso continuar. Carraspeando y olvidando su trabajo, se sentó sobre una estera acolchada e invitó con un ademán a que Tsuyoi hiciera lo mismo frente a él.

El médico siempre había sido una persona transparente, incapaz de enmascarar sus pensamientos. De hecho, muchos lo temían cuando lo visitaban, puesto que no sabía suavizar las malas noticias. No se trataba de que careciera de empatía. El problema era que tenía tanta consideración por los demás que entendía como un agravio no ser totalmente sincero. Por su buena fe no se le reprochaba nada, pero eran muchos los que preferían soportar una leve molestia a arriesgarse a una visita con resultado incierto.

Ishi parecía avergonzado, como si hubiera sido sorprendido en falta, lo que despertó aún más la curiosidad de Tsuyoi.

—Pero dime. —Trató el médico de reconducir la conversación—: ¿Dónde te has golpeado? ¿Se trata de la cabeza? He aconsejado muchas veces que no practiquéis ese tipo de técnicas. Un brazo o una pierna se pueden arreglar. Las lesiones en el cuerpo son más tediosas, pero difícilmente

mortales. Sin embargo, los golpes por encima del cuello son siempre muy peligrosos. Debería estar prohibido atacar esas zonas durante el entrenamiento. Por supuesto, también la columna. Me refiero a que ese gusto por rematar al compañero caído me resulta del todo inhumano. Nunca he entendido...

El joven samurái detuvo el torrente de atropelladas frases levantando la mano. Ishi estaba hecho un manojo de nervios, pero Tsuyoi no era capaz de adivinar el motivo. Al fin y al cabo, solo estaba organizando sus medicinas. Eso no era ningún pecado. Además, se afanaba a la vista de cualquiera que pasara por allí. Ni siquiera había cerrado el *shōji*²⁵. Aquel hombre era cada día más extraño.

—Me han golpeado en la entrepierna —se obligó a decir.

—Ah, ya veo... ¿Cuándo fue eso?

—Ayer.

—Ajá. ¿Y has orinado sangre? ¿Has tenido vómitos?

—No —respondió, inquieto.

—Muy bien, muy bien. ¿Y qué me dices de dolor abdominal? ¿Sientes mareos, malestar de algún tipo?

—Bueno, eso quizá... Me refiero al dolor en el vientre y la espalda. A decir verdad, también bebí anoche. Quiero decir que quizá me excedí con el sake. Por eso pensaba que las náuseas eran por ese motivo.

—Ah, la juventud es propensa a todo tipo de excesos. Pero algún día entenderás que la energía que te da la vida se va agotando con los años. Harías bien en hacer lo posible por conservarla... En fin... ¿Y qué me dices del escroto?

—¿El escroto? —preguntó Tsuyoi sonrojándose visiblemente. Ishi no pareció reparar en ello.

—Sí, ya sabes, lo que recubre tus testículos. Son dos saquitos de piel. Bueno, supongo que tienes dos. No te preocupes si solo tienes uno. He visto algún que otro caso.

—No, no, tengo dos —se apresuró a aclarar.

Aquello se alargaba en exceso. El joven miró hacia afuera para asegurarse una vez más de que nadie pasaba en ese momento. Le preocupaba no haberse fijado si en las habitaciones contiguas había alguien. Las finas paredes no evitarían que sus voces rompieran el silencio de la tarde.

—Dame lo que sea —pidió el joven con excesiva rudeza—. Y baja la voz.

—No se puede diagnosticar tan a la ligera —se justificó Ishi, sin hacer caso en lo concerniente al tono amenazante—. Eres muy joven. Querrás tener descendencia algún día, ¿verdad? ¿No sabes que si no funciona correctamente tu aparato reproductor no podrás compartir tu simiente?

Tsuyoi no sabía dónde meterse. Estuvo tentado de levantarse y salir de allí a la carrera, pero se retuvo a tiempo. Ya que había llegado hasta aquel punto, no podía abandonar.

—Volviendo al escroto —siguió el médico, provocando un nuevo rubor en las mejillas del joven—, ¿se han inflamado tus testículos?

—No lo sé. ¿Es necesario todo esto? Verás, tengo que presentarme ante Kita. No puedo perder más tiempo. Si fueras tan amable de darme algo para el dolor... Solo pido eso.

—Está bien, está bien. Solo una pregunta más: ¿te duele al andar?

—Sí, sí. Acabemos ya...

—Entonces, daré por supuesto que soportas una inflamación testicular. ¿Tienes más ganas de orinar de lo normal? Eso es importante.

—No lo sé... Creo que no.

Tsuyoi volvió a mirar afuera. De momento, parecía vacío.

—Espera, creo que tengo lo que necesitas por aquí...

Unos pasos hicieron crujir la madera del suelo de la veranda un poco más allá. El samurái se puso rígido. Alguien del servicio regresaba. Si escuchaba aquella conversación...

—Date prisa —insistió Tsuyoi.

—Ya va, ya va —aseguró Ishi agachándose entre unas tablas que hacían las veces de estanterías bajas—. No te preocupes. Si no hay sangrado, no debemos esperar nada grave. Sé lo importante que es para un samurái perpetuar su apellido. Podrás mantener relaciones sexuales con total normalidad en unos días. ¿Seguro que fue solo un golpe? Quizá también se retorció alguno de los testículos. Eso explicaría la inflamación. Si hay inflamación es porque se ha interrumpido el paso de sangre. Un golpe no hace eso. En realidad, si tu lesión fuera por eso, tendrías...

—¡Basta! No hace falta que me des tanta información —casi suplicó el muchacho—. Solo dame lo que necesito.

—Ya, ya...

Para alivio de Tsuyoi, el médico se volvió triunfal hacia él. Entre sus manos sostenía unos saquitos de hierbas, de los que comenzó a extraer parte del contenido para mezclarlo con las semillas de un frasquito que había permanecido cerca de sus rodillas.

—Deberás tomar una infusión ahora mismo y, a partir de mañana, todas las noches antes de acostarte, durante una semana. Es importante proteger el riñón.

—¿Qué es?

—Nada especial, unas semillas y hojas de plantas medicinales. En cuanto a la inflamación, ponte

paños mojados siempre que tengas ocasión, al menos durante lo que queda del día y mañana. Si no remitiera, vuelve a verme.

Tsuyoi se apresuró a coger la medicina y ocultarla en el interior de su kimono.

—Gracias...

Se incorporó para marcharse, pero entonces recordó el extraño comportamiento del médico a su llegada.

—Por cierto, ¿por qué estás tan atareado cambiando de lugar tus medicinas?

Ishi se removió inquieto. Evidenciaba con demasiada nitidez su incomodidad, algo que produjo un malicioso regocijo en el joven. Debía aprovechar la oportunidad de devolverle el mal rato que le había hecho pasar.

—Debo seleccionar entre unas y otras. Estoy... Necesito apartar las más importantes.

—Ya veo. —En ese momento, Tsuyoi cayó en la cuenta de que al otro extremo de la habitación se apilaba la ropa del médico. La había sacado del arcón distribuyéndola en dos montones, uno de ellos claramente más voluminoso. Las medicinas se repartían también en dos grupos siguiendo el mismo patrón—. Parece como si prepararas una mudanza. ¿Vas a alguna parte?

La piel de Ishi palideció. Sus ojos se abrieron como platos, asustado. Había dado en el clavo, aunque seguía sin entender qué era tan vergonzoso.

—No puedo hablar de ello —respondió el médico con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no puedes decir nada?

Ishi inclinó el rostro, contrito.

—Hace muchos años, cuando todavía el país se convulsionaba por la guerra y la inestabilidad, fui acogido en el clan gracias a mis conocimientos y la generosidad del mismísimo daimio, que por aquel entonces era Akamatsu Chiba, el padre de nuestro señor. Desde entonces, he servido fielmente a los Akamatsu, volcando mis conocimientos y mis desvelos en mantener la salud de todos y compensar de esa forma el gran favor que me fue otorgado. Pero ya no puedo seguir sirviendo a esta casa.

—¿Cómo dices?

—Has oído bien. No solo los samuráis tenéis honor. Al igual que todos los que sirven, tengo una función. Si no puedo cumplir con mi deber, creo que lo apropiado es... Quiero decir que si la falta es grave... yo debería...

Al viejo médico le faltó la voz y Tsuyoi sintió un nudo en el estómago. Le importaba muy poco el futuro de aquel hombre, así que no supo comprender la turbación que provocaban sus sentidas palabras. ¿Acaso era el miedo a llegar en breve a su misma situación?

El destino de todos y cada uno de los habitantes de la casa dependía de la misma premisa. No existía el valor individual más allá de la utilidad que tuviera para los intereses del clan. Tsuyoi se encontraba en tierra de nadie, en espera de transitar lo más rápidamente posible entre el abandono de Toshimoto y su nueva posición. Solo era una herramienta, recordó, como el resto de los servidores de la mansión. Si algo salía mal, también sería desechado.

«A mí no puede ocurrirme algo así. Soy un guerrero demasiado valioso», se dijo con toda la convicción que pudo reunir.

—¿Tiene algo que ver con las dependencias familiares de nuestro señor? —preguntó para retomar el rumbo de la conversación y alejar los malos presagios.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Esta tarde hay una guardia que no deja llegar hasta la casa principal. Ni siquiera puede pasar el servicio de la dama Hinode. ¿No es algo extraño?

—¡No sé nada de eso! —respondió Ishi con vehemencia. Su cambio de actitud desconcertó al joven samurái—. Por favor, te ruego que no divulgues nada de lo que te he dicho. Nadie conoce mi decisión. Es justo que hable primero con nuestro señor para pedirle permiso.

El médico pegó la frente al suelo ocultando el rostro tras las manos apoyadas frente a él. Era su forma de dar por zanjada la conversación.

—Está bien —concedió Tsuyoi. Tenía cosas más importantes que hacer que discutir con aquel viejo—. Al fin y al cabo, no es de mi incumbencia. Probaré tu medicina. Si, como dices, tuviera algún problema, volveré a verte. Adiós.

—Gracias —manifestó Ishi sin modificar un ápice su posición. Aunque de esa forma manifestara la máxima consideración a Tsuyoi, al joven le pareció más bien una tortuga asustada escondiéndose dentro de su caparazón.

Tsuyoi se fue a la cocina, un edificio situado en la parte trasera de la finca, donde pidió que le prepararan la tisana recetada por el médico. Como le había recomendado, también se aplicó los paños fríos en la entrepierna antes de prepararse para su entrevista con Kita.

Cuando regresó al patio, ya se encontraba mucho mejor. El dolor había remitido y se sentía limpio y renovado. Los acontecimientos de la pasada noche, el miedo por su futuro y los ecos de su discusión con Toshimoto habían sido sustituidos por la confianza en sus capacidades. Era joven, lleno de vitalidad y con suficientes cualidades para labrarse un futuro mejor. No dejaba de repetirse que prescindir del patrocinio de Toshimoto abría un abanico de posibilidades que le habían sido negadas hasta entonces. El subcomandante Kita sabría aprovechar su talento, en lugar de obligarlo a perseguir sueños imposibles, como había hecho su preceptor.

Con esa convicción, pidió audiencia con Kita. Se leía cierta tensión en los rostros de los samuráis de la guardia. Estaba seguro de que ninguno de ellos sabía qué era lo que ocurría realmente en la mansión, pero precisamente la falta de noticias daba pábulo para la preocupación y la alarma. La situación del clan pasaba por sus peores momentos y la urgente partida de Toshimoto no invitaba

a la serenidad.

El joven recordó que, después de la batalla de Sekigahara, muchos vasallos de los clanes derrotados se inmolaron tras la caída en desgracia de su señor. Los supervivientes pasaron a engrosar las filas de los samuráis sin señor y sin honor: los *rōnin*. La diferencia entre ocupar el lugar más destacado de la sociedad y perderlo se medía por la anchura de un mechón de cabello.

Condujeron a Tsuyoi a una habitación secundaria cercana a la sala de recepciones. Mientras aguardaba, la esperanza de recibir un trato de favor no dejaba de crecer. Kita no era ningún estúpido. Procurarle responsabilidad sería una forma de fomentar las buenas relaciones con Toshimoto, la mano derecha del daimio, y en su imaginación Tsuyoi acariciaba un puesto de oficial de la guardia o incluso el regreso triunfal al *han*.

En Edo, el poder real sobre los habitantes de la ciudad estaba repartido entre los guerreros Tokugawa del castillo, el *bakufu*, los magistrados, los jefes de distrito, la policía o la temida Metsuke²⁶. La jurisdicción de Tsuyoi estaba limitada únicamente al interior de los muros de la mansión Akamatsu, un universo demasiado pequeño para sus aspiraciones. En las calles de la ciudad, era uno más entre los numerosos samuráis de otros clanes que deambulaban de un lado a otro sin ninguna ocupación. Su presencia era meramente un testimonio de la obediencia debida de sus daimios al sogún Tokugawa. Eso lo sabían muy bien los *chōnin*, los privilegiados comerciantes, artesanos y demás calaña, libres de obediencia a un clan, y, por tanto, a los samuráis. No existía un lugar en toda la nación donde un guerrero tuviera menos privilegios que en Edo.

Sin embargo, si Kita lo mandaba de vuelta a su provincia, ostentaría el poder del daimio frente a sus vasallos. Allí sería realmente respetado, nadie se atrevería a cuestionar su autoridad ni tendría que pasar por situaciones como la de la noche anterior en la casa de té.

Acabada la espera, un sirviente lo fue a buscar, pero no lo condujo hasta la gran sala central de la casa ni tampoco a ninguno de los gabinetes anexos. Para su asombro, regresó afuera, de vuelta al barracón. Allí lo esperaba uno de los oficiales con los brazos cruzados sobre el pecho.

—El subcomandante no te recibirá hoy —afirmó solemne.

—Perdonad —contestó Tsuyoi—, pero no acabo de comprender. El propio Toshimoto me ordenó que me presentara ante él.

—Pues hoy solo me verás a mí —interrumpió el oficial—. No sé cuál crees que es tu posición en esta casa, pero no todo el que lo pide puede hablar con sus superiores.

El muchacho tuvo la prudencia de no insistir más e inclinó la cabeza como muestra de obligado respeto.

—Escucha —continuó el samurái—, aún no se ha decidido cuál será tu función, por lo que deberás esperar. En estos momentos, hay otros asuntos más importantes que atender, así que nuestro subcomandante te convocará cuando la decisión esté tomada.

—Pero... ¿cuándo ocurrirá eso? ¿Qué debo hacer mientras espero?

—Un samurái no cuestiona las órdenes que recibe, solo las obedece. Ahora, largo de mi vista.

Tsuyoi no podía creer lo que estaba ocurriendo. Tras practicar una nueva reverencia sin tener apenas consciencia de ello, se alejó sin rumbo fijo.

Hasta hacía solo un instante, esperaba en una sala de la casa principal para ser recibido por Kita. ¿Qué había sucedido en tan breve espacio de tiempo? Su mente buscaba inútilmente una explicación. El pesimismo cobraba la forma de un demonio invisible que presionaba su pecho. Sin el amparo de Toshimoto y con la falta de confianza de Kita, no le quedaba nada.

Al tiempo que sus zancadas se hacían menos enérgicas, se esforzó por ralentizar sus respiraciones y hacerlas más profundas. Recordó su adiestramiento, la supuesta templanza que se atribuía a los guerreros. No podía caer en la desesperación por un mero contratiempo. Debía confiar en su valía y continuar aguardando que surgiera su oportunidad.

Quizá solo se tratara de una especie de prueba, una forma de medir su firmeza de carácter. Cuando no se podía hacer nada más, solo restaba mantener la serenidad.

¿O había algo que había pasado por alto? ¿Estaba en su mano cambiar la situación?

De pronto, recordó a Oki. Tal vez supiera algo de todo aquello y, si no, al menos podría desahogarse con él. Deshaciendo sus pasos, regresó al barracón. Entró sin hablar a nadie y se dirigió directamente al lecho de su amigo. Seguía vacío, con los sables allí olvidados.

En ese momento, varios samuráis regresaron tras terminar su turno de guardia. Tsuyoi reconoció entre ellos a dos de los jóvenes del mismo grupo en el que había sido instruido como guerrero Akamatsu.

Desde que la ley Tokugawa exigiera un apellido ilustre o una ascendencia guerrera demostrada para ser samurái, muchos eran los que tenían supuestamente asegurado su futuro, pero antes de eso debían probar su valía, ser dignos sucesores de su linaje. El período formativo era exigente y el esfuerzo requerido, máximo.

Durante toda su juventud, Tsuyoi se había sentido muy superior a cualquier otro de los aspirantes del clan. Presumía de contar con el mecenazgo de Toshimoto y daba por sentado que su destino era ser llamado a dirigir a todos ellos en el campo de batalla. El resto de los jóvenes también lo veían de ese modo y trataban de congraciarse con él siempre que era posible, alimentando su ego. Tsuyoi se sentía ya general el día que fueron investidos samuráis en el patio principal del castillo del daimio, en Shinano. Sus quince compañeros se habían integrado al servicio del clan de inmediato. Él, en cambio, había seguido esperando para asumir el ansiado papel que desde niño había dado por supuesto. Su formación, según Toshimoto, aún no había sido completada.

Cada vez que veía a sus antiguos compañeros desfilar en las comitivas del daimio, dar protección a los aposentos privados o participar en las patrullas de vigilancia, era un doloroso recordatorio de su fracaso, de su incapacidad para ganarse la confianza del clan.

Con el tiempo, había terminado por odiar a los que durante tantos años había considerado inferiores. Imaginaba desprecio y burla en sus miradas. Por eso se había dedicado en cuerpo y

alma a doblegarlos durante los combates de entrenamiento de la forma más humillante posible. Necesitaba silenciar con rotundidad los comentarios que imaginaba a sus espaldas, los mismos que se reprochaba a sí mismo. Anhelaba por encima de todo su respeto y, si eso no era posible, su temor. Sin embargo, con aquella actitud solo había logrado despertar el recelo y la animadversión.

Por eso ahora, al detectar un cambio sustancial en la forma de mirarlo, sintió una llamada de alarma. Había arrogancia, un confiado desafío que nunca se habían atrevido a evidenciar. ¿Ya sabían que Kita lo había rechazado y que Toshimoto no era su valedor? ¿O era algo más?

—¿Hoy no entrenas, Tsuyoi? —se interesó uno de ellos, de nombre Sumita. Era el más alto, bueno con el arco, pero muy lento con la *katana*.

Tsuyoi ardía de rabia contenida, pero necesitaba averiguar qué pasaba.

—¿Habéis visto a Oki? —les preguntó, a su vez, con la mayor naturalidad que pudo reunir—. No sé nada de él.

—Claro —intervino el otro. Se llamaba Buru. El cerrado acento no podía disimular su origen norteco. Tenía el cuello y la misma inteligencia que un buey—. Sigue en el *dōjō*. El subcomandante Kita lo ha obligado a permanecer allí desde esta mañana.

Los dos sonrieron burlonamente.

Así que aquel había sido el castigo de Kita por escapar a la ciudad.

—¿Qué ocurre? —interrogó Tsuyoi, arrogante—. ¿Acaso no os gustan las mujeres? Solo fuimos a divertirnos un poco.

—Claro —manifestó Sumita—, disfrazados como vulgares plebeyos, desobedeciendo las órdenes de abandonar la villa. Desde luego, es una curiosa forma de conducirse. No es de extrañar que Toshimoto te haya repudiado.

Tsuyoi sintió una dolorosa contracción de garganta. Ahora todos conocían su vergüenza.

—¿De qué habláis? —preguntó. Necesitaba ganar tiempo para rehacerse, para ocultar su debilidad.

—Ya no eres el niño mimado de la casa —se mofó Buru—. Ni siquiera tienes una función aquí.

—Un samurái que no se comporta como un samurái ni desempeña una labor como samurái, ¿qué es? —apuntilló el otro.

Tsuyoi no pudo soportar más la situación. Con un rápido movimiento, salvó los dos pasos de distancia que lo separaban de Sumita y se encaró a él.

—¿Eres tú el que tiene algo que decir sobre mi valía como samurái? —le soltó con voz ronca.

El aludido retrocedió un paso, apabullado por aquel inesperado arranque de ira. Había recordado

vívidamente el último combate de esgrima entre ambos, en el que utilizar sables de madera no había evitado que Tsuyoi le partiera la clavícula.

—¿Y tú? —se encaró a Buru.

—¿Yo?

—¿Quieres que nos midamos con los palos de nuevo? Pero, en esta ocasión, elige uno más largo. Quizá así puedas llegar a tocarme antes de que te derrote. Sería un cambio interesante, me resulta aburrido derribarte continuamente.

El rostro de los muchachos cambió de forma radical. Muy tarde comprendían que habían llevado la situación demasiado lejos. Nunca habían visto a Tsuyoi tan enojado. Parecía otra persona totalmente distinta. Puede que en los entrenamientos hubiera sido brutal en alguna ocasión, pero fuera del *dōjō* nunca había perdido las formas de aquel modo. Sus ojos parecían los de un loco peligroso.

Varios samuráis veteranos se acercaron, dispuestos a evitar males mayores.

—No pierdas el domino de ti mismo —lo recriminó uno de ellos.

Tsuyoi sabía que estaba atrapado. Allí, delante de todos, no podía permitirse dar una lección a aquellos idiotas. Su situación ya era lo bastante delicada para que informaran a Kita de una nueva falta.

—¡Apartaos todos de mi camino! —gritó mientras echaba a un lado a Sumita y Buru de un empujón.

Antes de ser plenamente consciente de ello, caminaba a largas zancadas hacia el pabellón de entrenamiento. Apretaba los puños y los dientes con la misma intensidad, incapaz de digerir lo que estaba ocurriendo. Ahora todos sabían de su delicada posición, de la pérdida de favor de Toshimoto, del rechazo de Kita. Una parte de él estaba asustada, pero otra, recién descubierta, bullía de rencor.

En el *han* de los Akamatsu, los samuráis disponían de un amplio espacio para cultivar las artes marciales, con pistas de equitación, tiro con arco o un lago artificial para nadar, pero en Edo solo tenían un pabellón techado.

Llegó muy pronto al alargado edificio, cerca de las cocinas. No había nadie a la entrada, ni tampoco ejercitándose en el interior. Sobre la tarima elevada, a un lado, no se sentaba Kattā, el segundo maestro de esgrima del clan, destacado en Edo. El tambor ceremonial reposaba en espera de la próxima clase, junto a las imitaciones en madera y bambú de lanzas y sables.

Temió que no encontraría a Oki, pero un ligero roce llamó su atención hacia un rincón. Allí descubrió a su amigo, sentado en *kiza*²⁷.

—Oki —lo llamó mientras se acercaba—. ¿Qué estás haciendo aquí? Llevo buscándote toda la tarde.

—Ah, eres tú —dijo deshaciendo la exigente postura—. Creía que era Kita o alguno de los oficiales.

—¿Kita? Así que es cierto, él es quien te ha mandado aquí.

—Sí —respondió en un susurro apenas audible. Oki suspiró, rehuyendo la mirada de Tsuyoi.

Por un momento, ninguno dijo nada.

—¿Qué te ha ordenado el subcomandante? —se atrevió a preguntar Tsuyoi.

Su amigo lo miró a los ojos antes de responder.

—No puedo seguir así, Tsuyoi.

—¿A qué te refieres?

Parecía desamparado. ¿Dónde estaba el talante optimista y espontáneo de Oki?

—El subcomandante me ha abierto los ojos —trató de aclarar Oki—. Me refiero a que debo centrarme en mi promoción, en los preceptos, en tratar de ser un hombre del que mi familia pueda sentirse orgullosa.

—Así que es eso... Ese maldito Kita te ha amenazado con hablar con tu padre. No sabía que fueras tan cobarde.

Oki lo miró anonadado. Ni siquiera fue capaz de sentirse insultado. Jamás había escuchado a su amigo hablar así.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó—. No eres el mismo de siempre.

—Estamos hablando de ti —respondió Tsuyoi—. ¿Kita te ha amenazado o no?

Oki desvió la mirada.

—No ha hecho falta. ¿Sabes que me ha tenido aquí todo el día?

—Ya me he enterado. Por eso vine a buscarte. Pero que te haya dejado aquí, a la vista de todos, no significa nada. ¿Qué importa que todos estos estúpidos sepan que estuvimos la noche pasada disfrutando de los placeres del mundo flotante? Nos lo ganamos una y cien veces. Nadie puede reprocharnos nada.

—No lo entiendes. Una cosa es que la imagen social sea impoluta y en la intimidad se disfrute de ciertas licencias y otra, lo que acaba de sucederme. Nuestra escapada nocturna ya forma parte de mi figura pública.

Tsuyoi sabía a qué se refería. La exigente y opresiva disciplina de la costumbre atenazaba la vida de todos, fuera cual fuera su condición. En las zonas rurales, era más fácil desarrollar conductas censurables que dieran un respiro a la tensión acumulada, pero allí, en una ciudad tan populosa,

era imposible eludir las miradas. La oportunidad de seguir ciertas conductas *prohibidas* pasaba por el consentimiento tácito del resto. Por eso, en su salida nocturna, cambiaron de ropa, cubrieron su peinado con pelucas y olvidaron sus sables, los signos externos de su clase. Si alguien conocido los encontraba en una casa de té o un salón de juego, simulaba ser engañado por su disfraz. A cambio, ellos correspondían de la misma forma.

—Como consecuencia de nuestra visita a la casa de té, esperaba un castigo —habló de nuevo Oki—, no sé, tal vez permanecer en el patio al sol todo el día o que me encerraran en una habitación una semana, pero esto ha sido mucho peor. Estar aquí todo el día, sentado en posición de castigo a la vista de todos, vestido como un hombre vulgar, justifica ser reconocido. Todos sabían que me había marchado contigo a Sakai-chō, pero nadie podía contarle abiertamente. Ahora cualquiera puede avergonzar a mi familia.

—Puedes negarlo.

—No lo entiendes —aseguró Oki—. Crees que puedo jugar con la responsabilidad que recae sobre mí, pero es demasiado grande para deshacerme de ella. No puedo faltar al respeto a mis ancestros, traer la desgracia a mi casa por ser criticado. La conducta de un samurái debe ser intachable, un compendio de virtudes. Somos el espejo donde esta sociedad se refleja. Pareces olvidar que toda mi familia compartirá mi suerte, al igual que yo he recibido un legado de mis padres y hermanos mayores. Todos contribuimos al mérito de nuestra casa y yo no puedo ser la traviesa defectuosa que provoque su derrumbe.

—¿Me acusas de no entender tus sentimientos? —estalló Tsuyoi—. ¿Soy culpable de no tener una casa a la que regresar?

—No pretendía ofenderte, Tsuyoi. No estoy hablando de ti, amigo. Trato de justificar la decisión que he tomado, de que comprendas el motivo por el que, a partir de ahora, me esforzaré con denuedo en ser lo que se espera de mí. —No había jactancia en su voz, pero sí firmeza—. No volveré a salir de noche ni visitaré casas de mala reputación.

—¿Ahora quieres ser un samurái modélico? —se mofó Tsuyoi—. ¿No eras tú el que siempre se iba a las casas de té, el que gastaba su dinero en el juego, el que me arrastró con él la noche pasada?

Oki no respondió.

Su silencio provocó una nueva oleada de ira en Tsuyoi. Simplemente no podía ni comprender ni admitir lo que estaba sucediendo.

—¿Estás hablando de acabar con nuestra amistad? ¿Es eso? ¿Sabes lo que me ha ocurrido a mí por acompañarte esta noche? Pues tienes que saber que Toshimoto ha decidido no apadrinarme más. Me ha abandonado a mi suerte, me ha negado su favor. Ya lo sabías, ¿no? Por eso no quieres que te vean cerca de mí. De pronto, soy una mala influencia para tu reputación.

—No digas tonterías. Me acabo de enterar. Lo siento...

—Ya. Pues bien, yo, en lugar de ponerme a llorar, he decidido seguir adelante, no volver a

consentir nunca más que alguien decida por mí.

—Yo elijo por mí mismo —aseguró Oki.

—¡No! Lo que haces es dejarte empujar por la costumbre, las normas y la influencia de tu familia. No estás dispuesto a asumir tu verdadera responsabilidad. Esa responsabilidad es procurar tu propio beneficio.

—Te equivocas —negó Oki—. Buscar el beneficio personal solo nos llevará a la ruina. Lo he comprendido a lo largo de este interminable día de castigo. He tenido tiempo de reflexionar mientras sentía las miradas censoras de todos los samuráis de la mansión. Sé cuál es mi lugar en el mundo y es hora de que me comporte como un adulto y asuma mis responsabilidades. Y yo no he dicho que no quiera seguir siendo tu amigo. Estás tergiversando mis palabras.

—Sí, unas bonitas palabras, muy elaboradas. ¿Son las mismas que te han dictado? Te han sentado ahí y un poco de aburrimiento ha conseguido doblegar tu voluntad. Ya no queda nada del amigo que conocí. Ha muerto en un solo día. Patético.

Oki reaccionó por fin a las provocaciones de Tsuyoi.

—Lamento mucho que Toshimoto ya no sea tu mentor, pero eso no te da derecho a insultarme.

—¿Toshimoto? Ahora que lo pienso, me ha venido muy bien. Por su culpa, no era más que un mediocre como tú. Quién sabe, quizá tú también formabas parte de todo este entramado.

—¿Te estás escuchando? Estás desvariando.

—¡No! Quiero ser un gran samurái, respetado y temido, famoso en todo el país. Y vosotros, todos vosotros, envidiáis mi destino e intentáis arrebatármelo. Pero no me dejaré engañar, ni por ti ni por nadie. Ahora soy libre, libre de decidir mi destino. Y decido marcharme de aquí ahora mismo.

Y, dicho esto, Tsuyoi dio la espalda al sorprendido Oki y empezó a caminar hacia la salida del pabellón hecho una furia.

—¿De qué estás hablando? —pidió saber su amigo—. Tú jamás has querido destacar. ¿Lo recuerdas? Siempre me dijiste que solo querías hacer lo correcto. ¿Qué te está pasando? No es Tsuyoi quien me habla.

Tsuyoi se detuvo para responder.

—¡No me pasa nada! ¡Y tú no tienes derecho a pedirme ninguna explicación!

—Soy tu amigo.

—No, ya no eres nada.

Oki intentó levantarse, pero las piernas, después de permanecer todo el día sentado, se negaron a obedecerlo.

—¡Espera! —rogó—. ¡No seas loco!

Pero Tsuyoi ya salía de nuevo al patio, con el rostro desfigurado por la ira. No sabía adónde se dirigía ni comprendía realmente lo que dejaba atrás, el verdadero sentido de las últimas palabras de Oki.

Por un momento, él también se preguntó quién había hablado realmente por su boca. Fue un instante en el que sintió vergüenza por su ingratitud hacia su único amigo en aquella villa.

Su paso se hizo más inseguro, la cólera remitió. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó.

«Te ha dicho que ya no es tu amigo».

El pensamiento surgió nítidamente en su mente. Sí, eso era lo que realmente había ocurrido en la sala de entrenamiento. Oki lo había insultado. No era más que un desagradecido. Él era quien lo había arrastrado a esa noche de desenfreno, el que había provocado su desgracia. Y, en lugar de reconocer su culpa, de pedirle perdón, solo hablaba de su propio castigo. ¡Menuda sanción! ¡Oki no había perdido nada! Seguía manteniendo todos sus privilegios, su carrera, su reconocimiento, mientras Tsuyoi se había quedado sin nada. ¡Maldito bastardo! Lo odiaba, lo odiaba con toda su alma.

En un solo día, se había derrumbado el mundo que había conocido hasta ese momento. Tsuyoi estaba solo, rechazado por todos.

Pero, en medio de su desesperación, regresó la nueva imagen de sí mismo que había vislumbrado durante su conversación con Oki. Él era mejor que todos los samuráis Akamatsu, desde el primero al último. Lo criticaban y le daban de lado porque habían comprendido esa verdad. El propio Toshimoto lo temía, por eso había tratado de hundirlo. Debía tomar lo que era suyo, ocupar la posición que merecía. Conseguiría de una forma u otra fama y prestigio.

Pero antes debía limpiar su nombre.

«Todo empezó con ese malnacido en la casa de té», se dijo. Ese había sido el momento en el que todo había comenzado a desmoronarse.

«Mataré a ese maldito carpintero».

La sentencia había surgido sin previo aviso, sorprendiéndolo. Pero, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era lo que debía hacer. Si quería reconducir su vida, había que empezar por respetarse a sí mismo. Un verdadero samurái no podía dejar semejante afrenta sin castigo.

De pronto, tenía un objetivo, una tarea que le hiciera olvidar sus recientes desengaños. Ya no estaba perdido, ya no necesitaba que el subcomandante Kita, Oki ni ningún otro le dijera lo que debía hacer.

Sí, acabaría con ese maldito *chōnin*. Debía matar al carpintero.

²⁵ *Shōji*: puerta corredera de listones de madera y papel traslúcido usada para la separación entre las habitaciones y el exterior.

²⁶ *Metsuke*: cuerpo de inteligencia con sede en Edo dedicado a la detección y erradicación de disidentes del régimen Tokugawa.

²⁷ *Kiza*: posición arrodillada, con el peso sobre los talones, con las puntas de los dedos de los pies tocando el suelo y flexionados hacia delante. Se consideraba una forma de castigo o sumisión.

ENCUENTRO INESPERADO

A la mañana siguiente, Tsuyoi caminó hasta la puerta principal de la mansión Akamatsu atravesando el patio. Anunció a uno de los guardias que tenía importantes asuntos que atender en la ciudad por orden del subcomandante Kita. El otro dudó, pero el fulgor en los ojos del joven y su resolución invitaron a la prudencia y no preguntó más.

Cuando dejó su placa de identificación en la entrada, no le importó que fuera la única colgada en la tabla de la pared. Estaba contradiciendo la orden de no salir a la ciudad dictada por Toshimoto antes de su marcha, pero ya habían dejado de importarle la crisis de los Akamatsu, la partida de su antiguo preceptor y el misterio en torno a la casa principal. En su mente solo había un pensamiento: matar a Chōnan.

Acelerando el paso, pronto dejó atrás las puertas del distrito. Mientras bajaba hacia la zona comercial, se cruzó con oleadas de obreros camino del castillo de Edo. Carros tirados por bueyes transportaban enormes bloques de piedra desde los embarcaderos del río Sumida. Tras ellos, hombres encorvados bajo el peso de grandes cestos de bambú con arena y cascotes. El sogún Iemitsu continuaba con los esfuerzos de sus antecesores para construir la mayor fortaleza de la nación, añadiendo un tercer foso al impresionante complejo amurallado, joya del régimen Tokugawa y centro neurálgico de su poder.

Cuando Tsuyoi llegó a la casa de té, tuvo que aporrear la puerta. No abrían hasta la tarde y las *oiran* y sirvientas holgazaneaban sentadas en los mismos rincones que ocuparían los clientes. A la luz de la mañana, aquellas mujeres se mostraban en su verdadera naturaleza, sin esconder sus demacrados rostros bajo el maquillaje. El halo de atractivo que la falta de iluminación o la embriaguez de los clientes les prestaba cada noche había desaparecido. Aquellos rostros denostados inspiraban cualquier cosa menos deseo. Esas mujeres morirían sin llegar a pagar su libertad, encerradas en aquel establecimiento hasta que sus cuerpos se agotaran y fueran arrojadas a la calle para acabar sus días en la más absoluta miseria. Tsuyoi apartó la vista con una mezcla de repulsión y vergüenza.

Esta vez, el trato que recibió fue muy diferente a aquella fatídica noche. Eran visibles los sables a su faja y el emblema de su clan bordado en el pecho y las mangas. El mismo dueño del establecimiento acudió de inmediato a atenderlo. El *rōnin* de la cara cortada seguía allí, apartado en la esquina más alejada de la sala, sin atreverse a dirigirle la palabra. Lo había reconocido y esperaba inquieto saber el motivo de su llegada. Temía alguna represalia por parte de Tsuyoi, pero el muchacho se dijo que no tenía tiempo que perder. Estaba poseído por una ira voraz que lo apremiaba. Una parte recóndita de su mente, a la que intentaba hacer oídos sordos, temía que su resolución se extinguiera antes de encontrar a su enemigo.

El dueño no sabía dónde localizar a Chōnan. Alegaba, hecho un manojo de nervios, que no podía conocer a todos los clientes que cada tarde entraban en su local. Pedía perdón una y otra vez, deshecho en reverencias. Afortunadamente, la misma muchacha que le había servido sake al final de la noche le dio las señas del taller donde trabajaba Chōnan. Ya podía paladear su triunfo, el regusto dulce de la venganza sobre aquella escoria.

Salió sin despedirse y caminó hacia Nihonbashi cruzando el canal. Cuando llegó, el barrio bullía de actividad. Aunque las nubes bajas ocultaban el sol, la mayoría de las estrechas calles estaban cubiertas con toldos de lona. Amas de casa, jornaleros, porteadores, caballeros... Las sinuosas callejas estaban atestadas. Los comercios apenas podían distinguirse entre aquel mar de personas. Era imposible caminar con normalidad y Tsuyoi comenzó a desesperarse al verse obligado a ralentizar su marcha. Exasperado, usaba los codos para abrirse paso. En algún momento, perdió la orientación y comenzó a faltarle el aire.

Tuvo que detenerse en una esquina para retomar el aliento. Se sentía embotado y enfermo. El suelo parecía mecerlo y le costaba mantener el equilibrio. Su kimono, empapado de sudor, se pegaba a su piel.

Por un momento, se preguntó qué estaba haciendo allí, cómo se había dejado arrastrar por aquel loco impulso de matar a un hombre. Las palabras de Oki, que aseguraban no reconocerlo, volvieron nítidamente a su memoria, pues ahora comprendía a su amigo. Él también estaba perplejo por su comportamiento, por aquel arrebató de furia que había anulado su raciocinio.

Sintió miedo, miedo a estar echando por tierra su trayectoria en el clan Akamatsu. Había desobedecido la prohibición de abandonar la mansión y tendría que dar explicaciones al subcomandante Kita cuando regresara.

Pero debía continuar, se dijo. Justificar su falta por una restitución de su honor podía ser discutible, pero si regresaba ahora no tendría ninguna excusa para su comportamiento. Le gustara o no, ya no podía volverse atrás.

Mareado, retomó las indicaciones de la joven de la casa de té y buscó la carpintería donde trabajaba el tal Chōnan. No tardó demasiado preguntando aquí y allá, pues en Edo los carpinteros eran maestros respetados, muchos de ellos famosos. Pertenecían, junto a los bomberos y yeseros, a las profesiones más apreciadas por la floreciente urbe.

El taller del maestro Furui Daiku era un edificio de dos plantas en el distrito de Hatchōbori. Las persianas estaban abiertas y los paneles exteriores, retirados para permitir la entrada del público. En lugar de los tablones que habitualmente se apoyaban sobre el suelo de tierra, la superficie de todo el local estaba cubierta de gruesa madera barnizada. Algunos clientes acudían a pedir los servicios del taller y aguardaban acucillados delante de varios ayudantes, que tomaban nota de sus pedidos sobre un piso elevado. Al fondo, la casa se abría a un jardín interior que daba paso a la residencia del maestro y los asistentes más cercanos. A la izquierda, se escuchaba el ajeteo del taller, oculto tras los tabiques deslizantes.

Mientras esperaba su turno para ser atendido, Tsuyoi se sintió ridículo. ¿Se suponía que cuando le preguntaran qué deseaba diría que venía a matar a Chōnan? Allí plantado, sin atreverse a sentarse, estaba totalmente fuera de lugar.

Volvió a flaquear. Le fallaban las fuerzas. Sin su ira, no tenía redaos para hacer lo que le había llevado hasta allí.

—¿Puedo ayudaros, señor? —Surgió una voz femenina a su lado.

Tsuyoi esperaba encontrarse con alguno de los aprendices, pero la joven no parecía uno de ellos. Llevaba un kimono estampado y las cejas afeitadas, atestiguando una posición social privilegiada. Debía de tener unos quince años, pero no tenía ni el pelo recogido ni los dientes tintados, por lo que aún estaba soltera. Sus ojos brillantes e inteligentes lo estudiaban sin disimulo, con un descaro intimidante.

—¿No temes a un samurái? —preguntó Tsuyoi.

—Disculpadme, pero no pretendía insultaros.

—Bueno, tal vez sea yo el que desconozca las costumbres aquí, en Edo. Tengo que confesar que es la primera vez que camino por sus calles.

Tsuyoi evitó aclarar que, en realidad, ya lo había hecho antes, pero sin lucir el símbolo de su clan y su condición de caballero.

—Supongo que en las provincias la gente se postra a vuestro paso, pero aquí los carpinteros estamos exentos de esas obligaciones —se justificó la muchacha.

Por alguna extraña razón, Tsuyoi no se sintió herido en su orgullo ante aquella recriminación. Era mucho mayor su desconcierto. Jamás había mantenido una conversación con una mujer fuera de los barrios de placer o que no estuviera dedicada al servicio de la mansión Akamatsu.

—¿Eres una aprendiz? —preguntó.

—No, claro que no. Un aprendiz debería tener más de veinte años para poder dirigirse a los clientes. Ingresan en el taller siendo niños y trabajan por un techo y algo de comida al menos diez años antes de ganarse el privilegio de ser instruidos. Hasta entonces, limpian, cargan con los materiales de construcción o realizan cualquier otra ocupación doméstica.

Tsuyoi esperaba que aclarara quién era ella, pero no lo hizo. El embarazoso silencio que siguió lo empujó a justificar el motivo de su presencia allí.

—Yo... buscaba a Chōnan. Me han dicho que trabaja en este taller.

—¿Os lo han recomendado? ¿Cuál es el encargo? Si se trata de la ampliación o reforma de un pabellón, no es el más indicado para el trabajo.

—¿Por qué piensas que puedo desear algo así?

—Vuestra condición de samurái al servicio de uno de los clanes de la ciudad no os permite tener casa propia y ya habéis confesado que es la primera vez que recorréis la ciudad, por lo que pertenecéis al séquito de uno de los daimios de residencia alterna. Mi hermano se ocupa de parte de los trabajos de una nueva vivienda, pero es mi padre quien atiende los encargos más delicados en las mansiones de los daimios.

—¿Chōnan es tu hermano? —preguntó atónito.

—Así es. Y el maestro Furui, mi padre —aclaró con una reverencia.

Tsuyoi se sintió aún más perdido. ¿Cómo iba a atreverse a pedir la cabeza de su hermano?

—Tomad —ofreció la muchacha—. Hoy es un día caluroso.

En sus manos había una toalla húmeda, con la que Tsuyoi refrescó su frente y antebrazos, agradecido.

No podía apartar la vista de aquel rostro apenas maquillado, que, si bien no mostraba un encanto excepcional, contaba con una armonía cautivadora. Aunque no era su belleza lo que lo turbaba. Era aquella seguridad en sí misma, aquel trato directo al que no estaba acostumbrado.

—¿Aquí todos habláis así? —preguntó.

—¿Cómo? —respondió la muchacha haciendo un mohín. Seguía comportándose de una forma tan cercana que rayaba la falta de decoro, pero tan fresca y sincera que eludía la censura. Tsuyoi estaba maravillado y confuso a partes iguales.

—No sé cómo explicarlo... —Trató de hacerse entender—. Es... muy familiar.

La chica sonrió, otra encantadora excentricidad, a los ojos de Tsuyoi.

—Sí que es cierto que nunca habéis caminado por Edo. Aquí todos somos *familiares*. Las castas y las tareas no nos diferencian, nos unen en un objetivo común: hacer de nuestra ciudad un lugar mejor.

—Ya veo...

—Bueno, ¿queréis encargar un trabajo o no?

—En realidad, no sé lo que hace vuestro taller exactamente.

—Nuestro gremio está dividido por categorías. La mayoría de los maestros de esta calle son *miya-daiku*, que trabajan en los santuarios y templos, o *sukiya-daiku*, especializados en casas de té, pero nosotros no somos nada de eso. Mi familia ha sido respetada durante cuatro generaciones por los trabajos de encofrado y por la construcción de viviendas.

—Discúlpame —pidió Tsuyoi torpemente—, yo solo quería ver a tu hermano.

—Lo lamento, pero no se encuentra aquí. Está trabajando en Imado para un comerciante de seda.

—Entiendo...

Tsuyoi sentía la garganta contraída, la respiración acelerada. No sabía qué más decir para permanecer por más tiempo cerca de aquella muchacha, que lo incomodaba y fascinaba con la misma intensidad.

—¿Deseáis que le dé algún recado? —preguntó la joven.

—Lo siento... No nos hemos presentado. Mi nombre es Chūjitsuna Tsuyoi. Tal vez puedas decirme...

—Mi nombre es Masume —se adelantó, ruborizándose ligeramente y bajando la vista.

Tsuyoi tosió y tomó aire despacio mientras trataba de escapar del embrujo de aquella joven. Le llegaba a mitad del pecho y, sin embargo, acaparaba toda su atención, como si no hubiera nada más en el mundo. Habían desaparecido la tienda, los clientes y los ayudantes, los ruidos de la calle y el taller. Su apasionada resolución de matar parecía un sueño lejano; sus preocupaciones, algo trivial. Lo único que quería era seguir allí, averiguar más sobre Masume.

—Si no puedo hacer nada más —habló la muchacha—, debo seguir atendiendo a los clientes. Ruego que me disculpéis.

—Por supuesto —se obligó a responder Tsuyoi contra su voluntad.

Hubiera querido ampararse en alguna excusa que la retuviera a su lado, pero no encontró ninguna. Arrojado, la siguió con la vista mientras la muchacha se dirigía a un transportista que acababa de entrar. Hablaban de un pedido de madera que ya estaba dispuesto en el canal para ser descargado.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Esta vez sí era uno de los ayudantes, de unos cuarenta años y vestido de gris. Por la cantidad de sirvientes que pululaban por allí, el negocio debía dar pingües beneficios.

—No, no —logró responder, volviendo a la realidad—. Ya me marchaba.

Tsuyoi caminó de vuelta a la atestada calle.

Cuando ya estaba fuera, echó la vista atrás. Masume, que había corrido el *fusuma* que daba acceso al patio desde el taller, lo miraba. Fue solo un instante, el que dedicó la muchacha a pasar al otro lado y cerrar la puerta tras de sí, pero en la retina del samurái se prolongó una eternidad.

Cuando Tsuyoi regresó a la mansión Akamatsu, se acercaba el final de la tarde. Había deambulado sin rumbo por la ciudad hasta esa hora, tratando de organizar en su atribulada cabeza el torbellino de acontecimientos y emociones que lo habían arrastrado hasta aquella situación. No entendía su mala suerte, pero menos aún su propio comportamiento. Era como un volcán en erupción, subyugado por pasiones incontenibles que le habían hecho perder la razón. Nunca había sido especialmente reflexivo, pero sí lograba controlar sus impulsos... hasta ahora. ¿Qué le estaba pasando?

Agotado y deprimido, se presentó ante la puerta de entrada a la residencia alterna de los Akamatsu.

—Ya he regresado —anunció a los guardias mientras recuperaba su identificación.

Los guerreros apenas le dedicaron una mirada. Se les veía incómodos por su presencia, pero

hacían denodados esfuerzos por ignorarlo.

—¿No tenéis que llevarme ante Kita? —preguntó extrañado.

—No hemos recibido esa orden —respondió uno de ellos de mala gana.

Tsuyoi sintió renacer el fuego en los rescoldos de su enojo.

—¿Y cómo es eso? —demandó el joven—. Acabáis de verme regresar de la ciudad. He pasado allí todo el día, desatendiendo las órdenes de no abandonar la villa. El subcomandante tiene que verme.

—No sabemos nada de eso —habló el otro. Miraba al frente, hacia la calle, firme como una columna—. Por lo que a nosotros respecta, nuestro servicio discurre sin novedad.

Tsuyoi no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Por qué no recibía ningún castigo? ¿Era un nuevo desaire, un insulto de Kita?

Abrió la boca para replicar, pero alguien le tocó en el hombro desde atrás.

—Tsuyoi, me alegro de verte. —Era su amigo Oki—. Te andaba buscando. Vamos, tengo que hablarte.

—Ahora no —respondió enojado Tsuyoi—. Tengo que aclarar...

—Vamos —insistió Oki tirando de él.

Tsuyoi se giró hacia él dispuesto a descargar su frustración, pero la imagen demacrada del rostro de su amigo lo contuvo. Estaba blanco, con unas marcadas ojeras y los párpados caídos. Bizqueaba, en un intento de mantener la vista enfocada.

—¿No has dormido todavía? —le preguntó. Oki negó con la cabeza—. ¿Por qué no has descansado? Tienes un aspecto desastroso.

—Verás, estaba preocupado por ti. He estado pensando toda la noche y quería verte antes de que cometieras una locura.

—¿De qué hablas? —se extrañó Tsuyoi.

Siguió a Oki por el patio, alejándose de los guardias. Su amigo había cambiado de ropa. Ahora vestía como un samurái, con sus sables de nuevo a la cintura, pero caminaba con los hombros caídos y la mirada baja.

—Debes actuar con moderación —le recomendó—. La mansión está en estado de alarma y los guerreros no están para bromas. Y al que menos debes molestar es al subcomandante Kita.

—Pero no lo entiendo. Acabo de cometer una falta y merezco un castigo.

—En realidad, es mejor así. El subcomandante no quiere verte porque eso lo obligaría a tomar

una decisión sobre ti. Te está evitando porque supondría un serio conflicto.

Tsuyoi lo observó sin comprender.

—Explícate mejor —pidió.

—Si quieres que sea sincero, tendrás que estar dispuesto a perdonarme, Tsuyoi.

Lo miró suplicante y a Tsuyoi le conmovió aquella muestra de lealtad.

—Escucha, Oki. Siento haberme convertido en alguien que no soy. No puedo encontrar una explicación. Yo... Es como si alguien ajeno a mí me hubiera gritado en el cerebro lo que debía hacer, acallando mis propios pensamientos. Ha sido una locura.

Para su alivio, Oki le dedicó una leve sonrisa.

—Bueno —respondió su amigo—, todos estamos sometidos a una enorme presión. El clan pasa por una crisis muy grave. Tenemos mucho de lo que hablar, pero primero me veo en la obligación de aconsejarte sobre Kita. No te va a gustar.

—No te preocupes. Después de mi forma de tratarte, no tengo fuerza moral para censurar tu buena voluntad. Sé que solo pretendes ayudarme. Adelante, dime lo que sea. Estoy dispuesto a soportarlo.

Oki tomó aire antes de continuar, primero, espaciando mucho las palabras y, luego, de forma más fluida.

—Todos aquí conocen tu pasado. Saben que eres el hijo de un *gōshi*²⁸. Te respetan porque el propio daimio concedió un apellido a tu familia y porque eres el primero en defender el honor que eso representa, pero no olvidan que no descienes de una estirpe ilustre. Kita es un guerrero enterrado en las formas del pasado y para él resulta más difícil que para el resto. Ya sabes, está a favor de las rígidas leyes Tokugawa, que no permiten el movimiento entre castas. No cree en ti y desearía que sirvieras al clan muy lejos de aquí. Sospecho que le incomoda enormemente el solo hecho de que seas samurái.

—No me soporta. —Oki asintió inclinando la espalda, como si pidiera perdón en nombre de Kita—. Entonces, todavía entiendo menos que no quiera verme. Me evita a propósito, pero hoy podría castigarme con severidad. Toshimoto le dijo que dispusiera de mí a su antojo, que ya no era su protegido.

—Como te he dicho, es de la antigua escuela y sigue el Código con gran atención. El subcomandante Kita jamás ha tenido la oportunidad de poner su vida al servicio de nuestro señor ni ha participado en ninguna batalla por él. Toshimoto lo hizo muchas veces en el pasado. Solo por eso lo respeta profundamente. Sabe que si te castigara o te diera una labor denigrante en la casa podría ser un desaire para Toshimoto y desea evitarlo a toda costa. Al mismo tiempo, tampoco cree que merezcas un puesto destacado en la guardia.

—Así que crees que lo que trata de hacer es evitar tomar una decisión sobre mi futuro.

—Eso es. Prefiere no tener que elegir entre sus inclinaciones morales y la lealtad hacia Toshimoto.

—Ya veo...

—Es mejor que lo evites, que no fuerces la situación. De lo contrario, podrías enojarlo, inclinando la balanza definitivamente hacia una decisión que te perjudicaría.

—Tal vez es lo que merezca. La forma de conducirme no ha sido la apropiada estos últimos días. El propio Toshimoto me ha repudiado...

—No debes pensar así —lo contradijo Oki—. Ahora mismo necesitamos a todos los samuráis disponibles. No es propio de un guerrero cuestionar a sus superiores, y menos por un interés personal. Nuestro servicio es más importante que nuestros deseos. No debes olvidarlo.

Tsuyoi miró a su amigo, agradecido.

—Tienes razón, Oki. Tal vez debería dejar de obsesionarme sobre mi futuro y pensar más en el presente y en lo que puedo dar al clan.

Oki inclinó ligeramente la cabeza antes de continuar.

—También me preocupa lo que está ocurriendo en la villa. —Tsuyoi lo escuchó con atención—. La residencia de nuestro señor está cerrada, estrechamente vigilada. Nadie sabe qué ocurre, pero no se ha vuelto a ver a nuestra señora. Al mismo tiempo, se ha reforzado la guardia alrededor de la mansión. Hay muchos rumores y gran parte del servicio ha solicitado marcharse esta mañana. Temen que hayamos caído definitivamente en desgracia y no quieren verse arrastrados por nuestra deshonra. Esperamos noticias de Toshimoto o del castillo de Edo preparados para cualquier calamidad. Como ves, quizá muy pronto puedas ofrecer tu vida por nuestro señor y logres todo el reconocimiento que anhelas.

—Bueno, sobre eso... —trató de explicarse Tsuyoi—. Lamento una vez más lo que dije. Yo, en realidad, no deseo ser un gran samurái. De verdad que no sé quién habló por mi boca. Fue como si hubiera sido poseído por un espíritu maligno.

—No digas eso —pidió Oki, alarmado—. Si fueras poseído por uno de esos seres, no habría escapatoria posible. Solo necesitas descansar un poco. No fue más que una ofuscación pasajera.

—No fue tan pasajera —confesó Tsuyoi—. Me avergüenza decirlo, pero esta mañana fui a la ciudad para vengarme.

—¿Vengarte de quién?

—Del que me dio la paliza en la casa de té. He averiguado el taller donde trabaja. Es carpintero, el hijo de un maestro famoso o algo así.

—¿Lo has matado? —preguntó Oki, temiendo las consecuencias.

—En realidad, no. Afortunadamente, no estaba en el taller.

Oki suspiró aliviado.

—Me alegro. Ahora mismo, un escándalo es lo que menos necesitamos. Cualquier otro podría matar todos los *chōnin* que quisiera y salir impune, pero nuestro clan parece...

—¿Maldito?

—Quería decir en tela de juicio.

Llegaron al barracón y se detuvieron a la entrada, apartados para no ser escuchados por los guerreros que pudieran encontrarse en el interior.

—Como te decía —volvió a hablar Tsuyoi—, la locura me ha poseído hasta que he llegado al taller. Estaba firmemente dispuesto a matar a aquel hombre, sin importarme nada más.

—Pero ahora estás aquí, cuerdo de nuevo. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? Sea lo que sea, fue algo digno de celebración, amigo.

—Una muchacha.

Oki lo miró sorprendido.

—¿Una mujer? ¿Qué es lo que dices?

Tsuyoi se sintió azorado. Había hablado sin pensar.

—Quiero decir que conocí a la hermana de aquel hombre y... olvidé la venganza.

Oki le dio un empujón en el hombro, sorprendiéndolo.

—¿Acaso el corazón del guerrero ha sido alcanzado por el enemigo? —preguntó su amigo entre risas.

Fue un bálsamo para el espíritu de Tsuyoi que Oki volviera a ser el de siempre, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Contagiado por su estallido de alegría, se atrevió a sonreír.

—No seas estúpido —declaró—. Solo es una niña.

Oki volvió a palmearle en la espalda, elevando la voz.

—Las mayores derrotas en el amor las protagonizan aquellos que clamaban corazones pétreos y esperanzas perdidas.

—¡Déjame en paz! —respondió Tsuyoi apartando la mano de su amigo entre risas—. Seguramente no volveré a verla jamás.

—Edo no es tan grande como parece. Volverás a encontrarla si a los dioses les complace.

²⁸ *Gōshi*: samurái rural, el de menor rango dentro de esta casta.

EL RŌNIN

Quedaba poco para el atardecer y el barrio de Asakusa era un hervidero de actividad. Desde el amanecer a la puesta del sol, el murmullo de voces, palmas y tambores no cesaba nunca. Miles de viandantes llegaban cada día. Los más pudientes lo hacían por el canal en refinados barcos, escoltados por samuráis, mientras que la mayoría lo hacía cruzando los puentes o desembarcando de balsas atestadas. Toda condición y casta era bien recibida en el mundo flotante.

En su calle principal, los farolillos y los pendones de vivos colores no eran los únicos reclamos dispuestos para la marea de visitantes ávidos de diversión. También había anuncios humanos con extravagantes formas de papel a la espalda imitando vegetales, frutas o dragones y peces. Los vendedores ambulantes cantaban divertidas sátiras o rimas ingeniosas invitando a comprar sus productos en competencia con los que hacían lo propio desde la entrada de sus establecimientos. La agitación y el bullicio trasladaban a otro mundo, alejado de las preocupaciones del resto de Edo.

Al contrario de lo que ocurría en otras zonas de ocio de la ciudad, allí las mujeres eran bienvenidas y eran muchas las que acompañaban a esposos y amantes por el recorrido de la calle principal, donde los teatros más famosos de Edo anunciaban en grandes letreros las representaciones de ese día. Uno de ellos, el Flor de Primavera, acaparaba la mayor expectación. En ese momento, se representaba la última obra de Jōki, la actriz de kabuki más reconocida de la ciudad. Todas las entradas estaban vendidas desde hacía semanas.

La mayor parte de la muchedumbre que se agolpaba frente a la puerta principal del edificio no disponía de un pase para la función. El interés era tanto por captar alguna imagen robada de Jōki sobre el escenario como por presenciar de primera mano los desencuentros de los espectadores, que solían zanjar sus disputas con un duelo de sables en la calle.

Un *botefuri*²⁹ entrado en años y de escasa estatura se abría camino entre la masa de cuerpos cargando al hombro una vara de la que colgaban unas cestas de bambú. Voceaba pidiendo paso y no dudaba en golpear alguna espalda desprotegida con su pértiga. No le importaban ni las protestas ni las amenazas de los que dejaba atrás.

Apurado, se acercó hasta un estrecho callejón tragado por las sombras. Antes de penetrar en el pasadizo, se detuvo un instante, justo al borde, tratando de atisbar unos pasos más allá. Solo pudo distinguir restos de basura y unas tablas apoyadas en la pared.

En cualquier otra circunstancia, evitaría un lugar así, pues no era prudente transitar por esos ramales irregulares, donde era fácil darse de bruces con un ladrón o algún borracho peligroso, pero tragó saliva y se introdujo en el angosto pasaje rezando a todos los dioses que conocía.

Solo llegó a dar dos pasos antes de que una voz a su lado le congelara el corazón.

—¿Qué tienes que decirme?

El hombrecillo a punto estuvo de dejar caer su mercancía, tal fue la impresión producida por la súbita aparición de una figura recostada en la pared. De hecho, si no le hubiera hablado, habría pasado de largo sin imaginar que allí había alguien.

—¿Ude...? —tartamudeó el *botefuri*.

—¿Quién, si no? —respondió la voz—. Habla.

—La mujer dice que ha localizado a Takai, acompañado por tres hombres que lo protegen. Asegura que son fieros y que llevan un sable. Están en un reservado de la primera planta, pegados al escenario.

La representación había comenzado a primera hora del día y su último acto ya estaba avanzado, pero no se había visto a Takai hasta ahora.

—Por fin. ¿No había nadie más?

—Solo vio a unas mujeres. Llegaron todos juntos, pero se separaron.

—¿Y dónde están ahora esas mujeres?

—En un palco, más escondido, justo nada más entrar al recinto.

—¿Derecha o izquierda?

—Derecha, aunque se accede desde la escalera que sube por el lado contrario.

—Ya veo... Supongo que ese lugar está oculto de la vista del resto del público y que, para llegar hasta allí, hay que recorrer un intrincado camino.

—Bueno, yo... no lo sé. Lo siento... Quizá debería volver a preguntar a la dama que me lo contó. Está junto a la puerta, esperando nuevas instrucciones. Yo podría...

—Silencio. —No hubo la menor inflexión en la voz. Ni siquiera elevó el volumen, pero cortó las palabras del hombrecillo abruptamente—. No será necesario.

El vendedor empezó a sudar copiosamente, temiendo haberlo importunado. ¿Quién podía imaginar que tuviera tanto interés por las mujerzuelas que acompañaban a Takai? Se suponía que todo lo que necesitaba saber tenía relación con su protección y el lugar donde se encontraba.

El hombrecillo estaba deseando marcharse a la carrera, pero no se atrevía a mover un músculo, paralizado por el terror.

—¿Y las autoridades? —preguntó Ude.

—Hay muchos policías. Están por todas partes, repartidos por el teatro.

—Pero ninguno se atreve a rondar cerca de Takai, supongo...

—Hacen como que no lo ven.

A Ude no le sorprendió aquel extraño comportamiento. Estaban allí para evitar altercados, pero la policía se cuidaría mucho de iniciar una guerra entre la mafia y las fuerzas del orden.

—Está bien, pajarillo —resolvió Ude—. ¿Qué llevas en tus cestas?

—¿Yo? Solo un poco de *tokoroten*³⁰.

Ude revolvió en uno de los cestos. Al notarlo, el *botefuri* cerró los ojos instintivamente, encogiéndose como si una serpiente venenosa se enrollara por su cuerpo.

—Ve y dile a la mujer que la esperarás junto a la entrada, por si tiene alguna novedad que hacerme llegar. Si fuera el caso, vendrás aquí de inmediato y me transmitirás lo que te diga. ¿Está claro?

—Sí, sí.

—Ya puedes irte.

El hombrecillo volvió a la calle todo lo rápido que le permitieron sus, de pronto, quebradizas piernas.

Ude usó las manos para llevar los gruesos fideos del *tokoroten* hasta su boca. Masticó despacio, todavía apoyado en total inmovilidad en la pared de madera de un edificio, interesado en la vigilancia de todo lo que sucedía en la avenida que se abría ante él. Vestía con ropas informales, sin rastro de ningún signo vinculado a un clan, pero cruzaba a su cintura los dos sables propios de la clase samurái. Tampoco demostraba cuidado en la limpieza y su peinado al estilo tradicional no había sido cepillado en varios días, dejando varias guedejas sueltas sobre su cara.

Mientras paladeaba su cena, imaginaba mentalmente el recorrido que debía seguir hasta el palco de las mujeres, utilizando para ello una entrada trasera, destinada al servicio del teatro y los actores. Estaba completamente seguro de que aquellas señoritas esperaban a su dueño, al tiempo que vigilaban para evitar que ningún elemento indeseable se mantuviera cerca. Sería allí adonde, tras dejarse ver el tiempo suficiente, Takai se retiraría para disfrutar del final de la función. Si quería llegar hasta ellos de la forma más rápida y segura, no podía utilizar la escalera de acceso desde la sala interior del teatro. En ese recorrido, habría otros secuaces de Takai, dispuestos a detener a cualquiera que pretendiera llegar hasta su jefe.

Después de terminar de cenar, esperó un rato más, por si regresaba su asustadizo informador con alguna novedad.

Cuando una ovación retumbó desde el interior del teatro, salió a la avenida. Caminó entre la gente despacio, con los brazos cruzados y los párpados caídos, evitando en lo posible tocar a ninguno de los exaltados curiosos. De vez en cuando, se entreabría la puerta principal y la masa se removía inquieta, empujando para avanzar todo lo posible. Había protestas, insultos y aplausos por igual. Nadie se fijó en él ni en su paso hacia la calle lateral del teatro.

Puede que la fachada, engalanada con largas banderas de intrincadas letras de vivos colores, diera una imagen de pulcritud y algo de clase, pero aquel callejón apestaba a orín, vómitos y basura.

Sus pasos fueron cada vez más cautos, al tiempo que acercaba una mano al filo oculto en su manga izquierda. Los sables no servían de nada allí, donde la estrechez del espacio apenas permitía desenvainar.

Cuando alcanzó una puerta de recia madera, la golpeó con el puño y se apartó a un lado, vigilando a su alrededor con atención. Se abrió bruscamente y un hombre se asomó al callejón.

—¿Quién llama?

Ude no defendía muchos principios desde que dejara atrás la casta a la que había pertenecido desde su nacimiento, pero aún se resistía a abandonar ciertas reminiscencias de su glorioso pasado como guerrero. Una de ellas era intentar, aunque solo fuera de forma vaga, no acabar con la vida de ningún feliz ignorante. Esa era su forma de llamar a todo aquel que no conociera el oficio de las armas.

Por eso esperó unos instantes antes de hacer nada, para cerciorarse de que aquel no era uno de los hombres de Takai y que, por tanto, no era necesario eliminarlo.

—¡Metsuke! —soltó antes de apartarlo a un lado y penetrar en el interior.

—¿Qué es lo que ocurre? —balbució el hombre sin hacer el menor ademán de detenerlo—. No ha pasado nada. Aquí no hay nadie que... Quiero decir que la obra no atenta contra el régimen. No...

—Asuntos del castillo —respondió Ude sin dar más explicaciones.

Aprovechando la parálisis que provocaba la simple mención del órgano censor y policial del *bakufu*, se perdió rápidamente por el pasillo que se abría ante él.

A ambos lados, se sucedían los camerinos de los actores, simples espacios delimitados por biombos, en los que ayudantes y sirvientes se afanaban en atender y vestir a los que muy pronto saldrían a escena. No había distinción entre hombres y mujeres, por lo que compartían la misma estancia sin el menor pudor.

A nadie le extrañó la presencia de Ude o simplemente estaban tan atareados que no tuvieron tiempo de preguntarse qué hacía allí alguien ajeno a la compañía.

Ude avanzó con paso resuelto, esquivando oportunamente a los sirvientes con bandejas de comida o ropa que corrían de un lado a otro. Estaba a punto de alcanzar el final del corredor cuando la llegada de un grupo de actores que salían de escena lo obligó a apartarse. Para ello, tuvo que empujar uno de los biombos y dar un paso dentro del vestuario que protegía.

No esperaba encontrar ninguna amenaza allí, pero, aun así, revisó el espacio recién descubierto de un rápido vistazo. Un incensario humeante, un tocador repleto de afeites, un vestidor abierto,

alfombras y cojines. Al contrario que en los otros concurridos cuartos para los actores, allí solo había dos personas. Una de ellas era una mujer de mediana edad, arrodillada en silencio, ofreciendo con sus brazos extendidos unas prendas de ropa dobladas. A su lado, de pie, mirándose en un espejo de mano, Ude contempló extasiado a la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Estaba completamente desnuda, con el cabello suelto hasta casi tocar el suelo. Su piel, de un blanco inmaculado, resplandecía atrapando la escasa luz que daban las linternas de papel abandonadas por el suelo.

Hasta ese momento, Ude había conocido a muchas damas, todas ellas con vestidos suntuosos, maquilladas con sublime perfección y rodeadas de tanto artificio que se preguntaba si realmente eran seres humanos. Pero aquella aparición prescindía de todo eso y, sin embargo, superaba en hermosura a todas ellas.

—¿Un admirador? —dijo la mujer mientras se giraba con coquetería para ofrecerle la espalda y mirarlo divertida desde la superficie de bronce bruñido de su espejo—. ¿No es un poco pronto para pedirme matrimonio? Aún no he terminado mi actuación.

Ude no respondió. Estaba demasiado impresionado.

—Vamos, vamos —lo animó la dama mientras cambiaba su espejo por el *shitaobi*³¹ que le tendía su asistenta—. No es necesaria tanta reserva. Puedes hablar libremente. Al fin y al cabo, estás aquí para eso. ¿O acaso deseas pagar por lo que, de otro modo, solo germinará en tus sueños? Para eso tendrás que hablar con mi dueño, el mismo que regenta este lugar y las vidas de todos los que nos cobijamos bajo su techo.

Se giró hacia él, sosteniendo la pieza de tela escarlata lánguidamente, sin prisa por cubrir su desnudez.

—No —reaccionó Ude al fin—. He entrado por error. No tengo intención ni de comprarte ni de pasar una noche contigo.

Pese al rechazo contenido en sus palabras, Ude era incapaz de librarse del embrujo del cuerpo que tenía frente a él. Aquel vientre liso como un lago calmo, aquella piel que parecía de espuma, aquella armonía en las proporciones... Pero no: había algo más. Era algo que se escapaba de la mente consciente, que carecía de justificación y que trascendía su aspecto físico. Algo sensual emanaba de cada poro, de la expresividad de su rostro, de la elegancia de sus movimientos.

—Oh —se lamentó la actriz mientras se cubría la pelvis y fijaba el *shitaobi* atándolo alrededor de la cintura—. Sería muy embarazoso para mí que eso fuera cierto.

Ude comprendió delante de quién debía encontrarse. Aquella era la mismísima Jōki. No había tenido ocasión de asistir a ninguna de las representaciones de la actriz de moda en Edo, pero ahora entendía el motivo de tanta locura, que hubiera enamorado a los *chōnin* y a la aristocracia por igual. Los primeros estaban dispuestos a dejar la mayor parte de su dinero en la taquilla y los otros pagaban sumas desorbitadas por contar con alguna interpretación privada en sus fiestas o alcobas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ude.

—Significaría que no estás aquí prendado por mi belleza o conmovido por mi danza. Mi vanidad sufriría si comprendiera que no conoces mi nombre, que no arriesgas tu vida por robarme un beso o comprar mi liberación. Como puedes ver, todos buscamos satisfacer una necesidad personal. Yo danzo e interpreto para ganarme la libertad y no para deleitar a mis admiradores, como ellos creen. Así pues, estoy segura de que estás aquí por algún motivo y, sabiendo que no eres de la compañía y te encuentras en un lugar prohibido, debe ser poderoso.

—Espero que me disculpes, pero no tengo tiempo de filosofías. Debo irme.

—¿Tan pronto? —respondió la actriz. Sus piernas y su torso seguían expuestos y Ude experimentó un ansia inusitada por abalanzarse sobre ella allí mismo y poseerla. El deseo meramente físico se acrecentaba con la necesidad de someter aquella voluntad, aquella confianza y seguridad tan inusuales en una mujer.

Jōki adivinó su turbación y abrió ligeramente la boca, invitadora.

—Será mejor que acabes de cubrirte —aconsejó Ude con la mayor indiferencia que pudo reunir—. Tus admiradores te esperan.

Le dedicó una sonrisa lobuna y salió al pasillo como si huyera de un peligro inminente. La visión de los pechos y los ojos de Jōki seguía grabada en su retina, como un embrujo del que fuera imposible librarse. Su corazón trotaba como un caballo desbocado mientras luchaba por apartar aquella imagen de su mente.

Enfurecido consigo mismo por aquel momento inesperado de debilidad, logró concentrarse en su tarea a duras penas, recordando el motivo por el que estaba allí.

Cuando asomó al interior del teatro apartando la cortina, la algarabía había alcanzado un grado ensordecedor. El gran patio al aire libre estaba abarrotado. Había tanto público que no se veía la arena del suelo. Con la llegada del final de la tarde, las sombrillas para el sol se habían recogido y solo los samuráis que necesitaban enmascarar su condición seguían bajo sus anchos sombreros. Los reservados, en la primera planta del muro que rodeaba el recinto, eran los únicos que tenían un techo y persianas de bambú para salvaguardar la intimidad de sus ocupantes.

La estructura del escenario era una imitación de la utilizada en el teatro *noh*³². Desde donde se encontraba Ude, partía el *hanamichi*³³, el estrecho pasillo elevado que conducía al escenario principal, al otro lado del patio. Allí, bajo un ornamentado techo de dos aguas, cuatro actores gesticulaban esforzándose inútilmente por hacerse oír por encima de los gritos de protesta del público. Representaban una escena en la que una mujer se repartía entre los brazos de dos hombres, que discutían con vehemencia mediante mímica tratando de mantenerla a su lado. Todos estaban maquillados con polvo de arroz; el protagonista, con líneas rojas alrededor de los ojos. El último actor, con el rostro cubierto por una máscara de conejo, se sentaba a un extremo moviendo sus brazos hacia los protagonistas, como si los manejara a su antojo. El sonido de los instrumentos de percusión y los gongs competía con los gritos y aplausos que pedían la reaparición de Jōki.

Ude buscó el palco de las mujeres de Takai. El humo del tabaco, prohibido por las autoridades, escapaba libremente por las persianas abiertas. Ude estudió los rostros y los comportamientos de los privilegiados que podían permitirse pagar un lugar en aquellas atalayas y no tardó en localizar lo que buscaba. Solo en una de ellas había mujeres sin compañía y solo ellas estaban más pendientes de lo que sucedía a su alrededor que de lo que acontecía sobre el escenario.

Aprovechando que nadie miraba en su dirección, Ude apartó las cortinas y salió afuera. Bajó al suelo y se fue haciendo camino, pisando, empujando o pateando. Alguien protestó, pero no le hizo caso. La mayoría de la gente se sentaba con las piernas dobladas, pero también la había de pie. Cuando un hombre que arrojaba arroz a su alrededor le impidió el paso, lo empujó para hacerlo caer sobre el público y continuó su avance. Entre aquel maremágnum, su comportamiento no llamó la atención y pudo llegar sin problemas hasta el pie del reservado que buscaba.

Con agilidad, subió por una de las columnas y saltó por encima de la barandilla al interior, ante el sobresalto de las tres mujeres allí reunidas.

—No os alarméis, bellas damas —se anunció con una sonrisa burlona—. No estoy aquí para causaros ningún mal. Por favor, mantened la calma.

—¡Ude! —Lo identificó una de ellas—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Llevaba el pelo recogido, con apenas unos trazos de maquillaje. Su kimono tampoco era ostentoso, de un verde discreto y de mangas cortas. No debía superar los veinticinco años.

—Buenas tardes, Ratto —dijo Ude—. Veo que el tiempo te ha tratado bien. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Cuatro o cinco años?

—Creo que ha sido demasiado poco.

—Yo también me alegro de que volvamos a encontrarnos. Como verás, he mejorado mi etiqueta. No puedes acusarme de ser desconsiderado.

—Desde luego —reconoció con tono sarcástico—, no he notado ningún sable atravesando mi espalda.

Las otras mujeres, vestidas de forma mucho más ostentosa y despidiendo un fuerte olor a incienso, asistían en silencio a la desconcertante conversación en completa inmovilidad. Sin embargo, Ude no olvidada su presencia y permanecía atento a la mínima reacción por su parte. Su irreverente actitud no era más que una mascarada. Era consciente de que estaba en lo más profundo de la guarida de un peligroso depredador.

—No te enojas, mujer —respondió a Ratto—, sabes muy bien que también sé dar caricias.

—Es una falta de caballerosidad recordar secretos de alcoba delante de oídos ajenos. Y, por si te interesa saberlo, prefiero olvidar aquel desafortunado desliz. Nunca me han gustado los combates floridos con varas consumidas.

Ude soltó una sincera carcajada.

—Creía que era más interesante la valía de quien empuña un arma que la longitud del filo.

—¡Valiente idiota! Si supieras quién es nuestro dueño no te mostrarías tan confiado. Me temo que esta vez has ido demasiado lejos, *rōnin*.

—¿Crees que esto no es más que un robo? Vamos, Ratto, te creía con mayor imaginación.

—Somos propiedad de Takai —siguió hablando Ratto como si no lo hubiera escuchado—. Es el dueño de todo el comercio ilegal al lado oeste del río Sumida. Este teatro está tomado por sus hombres. Te aconsejo que corras y abandones Edo antes de la madrugada o no verás un nuevo día.

—¿Solo por charlar con vosotras? —respondió Ude con actitud despreocupada—. No creo que sea un insulto tan grave.

—Eres un insensato o un loco. Créeme cuando te digo que, por mucho menos, hombres poderosos han sido despellejados vivos.

—Agradezco tanta preocupación, pero no necesito tus consejos. Sé muy bien a quién servís. Por eso estoy aquí. Te reconocí entre la muchedumbre.

Las mujeres lo miraron con mal disimulada curiosidad. Abajo, la seguridad del teatro, unos diez hombres armados con bastones, había logrado cierta calma midiendo la longitud de sus armas en las espaldas de los más exaltados. Los policías vigilaban sin intervenir, repartidos por el patio.

—Entonces —volvió a hablar Ratto—, has decidido poner fin a tu vida.

—He de reconocer que también yo estoy incluido en la larga lista de mortales que deben abandonar algún día este mundo. Sin embargo, no tengo mucho interés en acelerar el trámite. En realidad, tengo una cita con Takai.

—Pues, como verás, aquí no está.

—Ambos sabemos que no tardará en aparecer.

—¿Así que sabes dónde está ahora?

—Allí enfrente. —Señaló a un lado del escenario, donde en el primer piso un grupo de hombres mantenía una llamativa seriedad. Estaban de pie, protegiendo a un individuo de complexión hercúlea y mirada acerada que permanecía sentado con los brazos cruzados sobre el voluminoso pecho—. Nuestro amigo común también representa su papel delante del público. Su obra será mucho más breve que la del escenario. Muy pronto contaremos con su compañía.

Ratto debió de pensar que no servía de mucho seguir negándolo.

—En ese caso, no te importará que te anuncie. Déjame ir a su encuentro y ponerle sobre aviso.

—Mejor le reservamos una agradable sorpresa.

—¿Una agradable sorpresa? ¡Basta de estupideces! Desde que te expulsaron de tu clan, te has convertido en un asesino. Yo también sé cosas. Sé que trabajas para Kakureta y sus Hombres del Río. Son nuestros enemigos y tú eres uno de ellos. ¿Pretendes que te deje esperar a nuestro amo sin hacer nada? ¿Me crees tan estúpida?

Un *wadaiko*³⁴ despertó con una cadencia frenética. Al parecer, uno de los personajes de la escena que se desarrollaba sobre el escenario acababa de simular una caída. Gran parte del público aplaudió divertida.

—Te creo lo suficientemente despierta para comprender que el hecho de que estés charlando conmigo evidencia mi falta de intenciones hostiles. Y también tendrás que recordar que hace ya mucho que no sirvo a nadie y nunca se me pasaría por la cabeza jurar lealtad a los Hombres del Río. Soy un superviviente, como tú, y la máxima de un superviviente es saber cuándo sube o baja la marea para evitar mojarse los pies.

Ratto lo miró inquisitiva, esperando que continuara.

—Los días de gloria de Kakureta nunca llegarán —siguió explicando Ude—. Trata de morder un pescado demasiado duro para su delicada mandíbula. Takai será el que acabe por devorarlo. Y yo estoy dispuesto a sacar cierto beneficio en el trámite.

—Sigo sin comprender nada —lo interrumpió la mujer, aunque su tono era menos belicoso—. Dices que tienes una cita con Takai, pero yo no sé nada de eso. ¿Qué te hace pensar que querrá recibir a un lacayo de su enemigo?

—Convivir con los Hombres del Río no me hace uno de ellos. Yo no soy enemigo de Takai. Y no te extrañe que no sepas nada. El asunto es delicado. Cualquier filtración daría al traste con nuestro acuerdo. Soy una herramienta.

—¿Para qué?

—Para acabar con la vida de Kakureta.

—¿Tú?

—Sí, yo —respondió Ude, ufano—. Soy la solución a los problemas de tu amo con los Hombres del Río. He conseguido cierta confianza entre ellos. Me ven como un igual. Como ya he dicho, Takai acabará imponiéndose, pero antes de eso la guerra está asegurada. La situación entre los dos grupos se ha hecho insostenible. Los Hombres del Río son demasiado ambiciosos. Deberían haberse retirado de los barrios que controla tu amo. Eso de inmiscuirse en sus asuntos es una estupidez. Proclamarse dueños de los canales y exigir un peaje por usarlos es ridículo. Takai siempre ha movido mercancía por ellos durante el cierre de los barrios al caer la noche. No va a empezar a pagar por algo que siempre ha sido suyo.

—En eso estamos de acuerdo.

—Pues bien, yo acabaré con la vida de Kakureta y tu amo se ahorrará mucho dinero y mucha sangre. Todo acabará en unos días. ¿Comprendes ahora por qué nadie de vosotros sabe nada?

Ratto guardó silencio, estudiando con detenimiento a Ude. En el escenario, uno de los personajes perseguía a otro en un recorrido ridículamente circular. El sonido de un *shamisen*³⁵ acompañaba los vertiginosos giros.

—¿Cómo sé que dices la verdad? Justificas tu presencia aquí en una traición a los que ahora te acogen. Alguien así carece de palabra.

—Claro —reconoció Ude sin tapujos—, pero eso será a partir de mañana, cuando traiga la cabeza de Kakureta y cobre mis honorarios. Hasta entonces, soy completamente leal a los intereses de Takai.

—Conociéndote, lo gastarás todo en fiestas y mujeres.

Ude sonrió abiertamente.

—Por descontado.

—¿Y qué ocurrirá a continuación?

—Volveré a jugar. Como ya te he dicho, soy plenamente consciente de que voy a morir. Lo recuerdo cada día al despertarme y vuelvo a tenerlo presente con mis últimos pensamientos antes de dormir. Solo es cuestión de tiempo y no pienso llegar a viejo, así que lo único que se puede hacer hasta ese momento es disfrutar todo lo que mi bolsa me permita.

Los actores, acabada su intervención, se retiraban entre moderados aplausos, más dirigidos a celebrar su partida que a premiar su esfuerzo. La concurrencia seguía esperando con entusiasmo la nueva salida de Jōki. En el teatro kabuki, se entrecruzaban numerosas tramas alrededor de la historia principal. La gran protagonista debía aparecer una última vez para cerrar la larga representación, que se había desarrollado durante todo el día ininterrumpidamente.

En el reservado, al otro lado del teatro, Takai se incorporaba, arropado por sus hombres de confianza.

—Sigo diciendo que debería avisarlo —insistió la mujer.

—Vamos, ¿cómo crees que sabía que vendría hasta aquí? Te repito que tenemos una cita. Si he hablado más de la cuenta es solo porque me dolería en el alma tener que matarte por nada.

—Ya... Por un precio adecuado, no tendrías tantos miramientos.

Una nueva sonrisa de Ude, condescendiente. Ni siquiera se molestó en responder. Ambos sabían que estaba en lo cierto.

—Está bien —concedió Ratto—, pero, al menor movimiento por tu parte, te rebanaré el pescuezo.

—¿Qué te hace pensar que te daría tiempo a hacerlo? Te aprecio mucho, querida, pero no tanto como para dejarme degollar.

Ratto les dirigió una mirada cargada de intención a las otras, que enseguida descubrieron brillantes puntas de acero entre sus manos.

—Vaya, vaya —dijo Ude—. Las gatitas tienen garras.

—Si te mueves, será lo último que hagas —amenazó una de ellas.

—Me parece justo. —Volvió la vista al exterior, fingiendo indiferencia.

Esperaron juntos, sin retomar la conversación. La tensión aumentó en el pequeño espacio compartido. Era tan reducido que sus cuerpos estaban separados por la distancia de un puño. La ventaja de las mujeres radicaba en que ya estaban armadas, mientras que Ude no podría desenvainar antes de que lo acuchillaran. Esa era la única razón por la que Ratto decidió esperar, aunque seguía recelando de Ude.

Ya no se veía a Takai ni a sus hombres. Debían de estar caminando por el pasillo tras los palcos del primer piso, dirigiéndose hacia allí. Abajo, una música de flauta alargaba unas notas suaves y melancólicas. Los gritos se convertían en murmullos, alguien pedía que se sentaran los asistentes más cercanos al escenario para poder ver. Se intuía la última y más esperada escena de la obra.

De pronto, sin previo aviso, un hombre bajo, de ojos pequeños y frente ancha, asomó al habitáculo ocupado por Ude y las mujeres.

—¿Quién demonios es este? —preguntó alarmado.

—Soy Ude —se anunció a sí mismo—. Dile a tu señor que estoy aquí.

El otro desapareció con la misma rapidez con la que se había presentado. Takai hizo acto de presencia poco después. Su voluminoso cuerpo y la estrechez del reservado relegaron a los escoltas que lo acompañaban a esperar en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —amonestó Takai, airado—. ¿Cómo te atreves a presentarte de esta forma? Se te pidió expresamente que no te acercaras a mí.

La presencia y la actitud de Takai hubieran hecho temblar a cualquier hombre. El antiguo luchador de sumo había cosechado fama de brutal y sangriento durante toda su carrera profesional. Las autoridades le habían prohibido participar en muchos de los torneos celebrados en el templo Ekō-in, en el distrito de Honjō, por haber matado a varios de sus rivales. Esa fama le había servido para ganarse el favor de ciertos sectores poco recomendables de la sociedad y para iniciar su carrera criminal, al tiempo que se retiraba.

Habían pasado diez años desde su último combate, pero mantenía su arrolladora condición física y la misma irascibilidad.

—No me gusta hablar con subalternos —respondió Ude, flemático—. En asuntos tan delicados como el que nos ocupa, un malentendido puede acabar con resultados no deseados.

—¿De qué hablas, estúpido?

—No me gustaría que, tras matar a Kakureta, resultara que no tengo forma de eludir las represalias de sus hombres o las autoridades. Incluso podría malograrse el cobro de mis honorarios, lo que sería aún peor.

—Se acordó que serías ingresado en nuestras filas si cumplías con tu parte, no se habló nada de dinero.

—Eso justifica mi celo. Creía que una interesante suma me sería entregada antes de eso, lo suficiente para instalarme en la ciudad definitivamente.

—No necesitas una casa. Vivirás con los demás. ¿Quién te has creído que eres para tantos privilegios? Aún no has hecho nada.

—Bueno, en el caso de que logre lo que ninguno de tus hombres puede hacer, es justo que tenga a cambio algo mejor. ¿No lo crees así?

—¡No soy un mercader! —gruñó Takai—. Haz lo que has prometido y hablarás con mis hombres de estas trivialidades. Cuenta con mi palabra de que nadie te tocará si matas al perro de Kakureta. No pidas más.

—Ahora puedo estar más tranquilo, puesto que el propio Takai ha dado su palabra. En estos asuntos, toda precaución es poca.

Y, dicho esto, inclinó la cabeza respetuosamente.

Takai no respondió al saludo formal. En su lugar, resopló ruidosamente. Valoraba lo ocurrido y decidía si castigar aquel atrevimiento o premiar su osadía.

Finalmente, optó por un término medio y no tener en cuenta el comportamiento de Ude. Al fin y al cabo, seguía ajeno al compromiso que aquel asesino creía contraído con él. Bastaba con negar cualquier participación en el intento de asesinato de su enemigo y eludir las consecuencias de un posible fracaso.

—¡Largo de aquí! —bramó Takai—. No quiero volver a ver tu hocico hasta que hayas acabado con el trabajo.

Las mujeres que lo rodeaban acercaron los filos de sus armas a los costados de Ude, en clara amenaza. Su tiempo se había terminado.

El *rōnin* empezó a pensar frenéticamente su siguiente paso. Había logrado llegar a Takai y podía marcharse incólume, toda una proeza, pero aún no había conseguido el principal objetivo que lo había llevado hasta allí.

En ese momento, empezaron a golpear las tablillas de madera que anunciaban el inicio de una nueva escena. Se retiraron las mismas cortinas que había echado a un lado Ude para entrar en el patio y apareció un nuevo actor.

Pese a la prohibición de las autoridades de encarnar personajes samuráis, llevaba moño en la coronilla, aunque los motivos floreados de su kimono no correspondían con la seriedad de la casta que representaba. Tampoco los sables que se ceñía a la cintura estaban colocados de forma correcta, pues el más largo presentaba el filo hacia el suelo. Incluso en la distancia se apreciaba que no eran más que atrezzo. Los asistentes estallaron en carcajadas.

Las facciones estaban exageradas con trazos azules, destacando sobre la base blanca del maquillaje. Incluso con el fiero aspecto conferido, su baile era armonioso, de tal forma que creaba la ilusión de flotar hacia el centro de la sala. Un movimiento amplio descubrió que las mangas eran excesivamente anchas, a imitación de los trajes típicos de las bailarinas de los santuarios.

Cuando el público comprendió quién era, el griterío fue ensordecedor. Jōki, la estrella del teatro kabuki, había hecho su última aparición caracterizada como un hombre. Ude no podía dejar escapar la oportunidad.

Aprovechando aquel instante de pérdida de atención, lanzó un codazo a la mujer a su derecha, rompiéndole la nariz. Con la misma rapidez, tomó su mano armada y se valió de la falta de resistencia para dirigirla al estómago de la otra, que intentaba acuchillarlo por la espalda. Un instante después, lanzó una patada a Ratto, mandándola contra el voluminoso Takai e impidiendo así que pudieran socorrer a las dos mujeres.

No estaban preparados para un ataque tan fulgurante ni para lo que vino a continuación. Ude sacó su *tantō*³⁶, oculto en la manga, y cortó de un rápido tajo la garganta de la que había golpeado en primer lugar y, acto seguido, hizo lo propio con la otra mujer.

Ratto comprendió demasiado tarde que había sido burlada. Ella, acostumbrada a las argucias de los peores maleantes de Edo, se había comportado como una cándida aprendiz del oficio. Rugiendo de rabia, chilló mientras se abalanzaba sobre Ude.

Sin llegar a desenvainar, Ude tomó la empuñadura de su *katana* y golpeó con el canto en el estómago de Ratto con tal fuerza que la dejó boqueando como un pez fuera del agua. Estaba momentáneamente fuera de la pelea, al menos mientras recuperaba el ritmo normal de su respiración, pero otro asunto muy diferente era Takai, que la apartó sin miramientos realizando un amplio movimiento con uno de sus poderosos brazos.

Los hombres armados que formaban su escolta no podían verlos, pues el cuerpo de Takai tapaba la entrada, y la algarabía del teatro impedía que nadie oyera lo que sucedía dentro. Estaban los dos solos, a la distancia de un brazo.

—¡Sabía que no se podía confiar en un sucio *rōnin*! —rugió Takai—. ¡Pero hace falta un ejército para hacerme sangrar!

Ude sabía que era inútil tratar de herirlo con sus sables. Aquel hombre coleccionaba cortes de los muchos que, antes que él, habían tratado de acabar con su vida. A aquella bestia no la doblegaban las laceraciones en su carne. Había que llegar a un punto mucho más vital o lo despedazaría con las manos desnudas.

Con rapidez endiablada, Ude tomó uno de los adornos que mantenía el elaborado peinado de la primera de las mujeres a las que había matado. Era una varilla de madera lacada de un palmo de longitud, de la que colgaba una pequeña libélula de carey. Con ella en la mano, recibió el mortal abrazo de Takai. El gigante lo levantó en vilo, pero, antes de que le rompiera todos los huesos del cuerpo cerrando sus brazos en torno a él, Ude le atravesó uno de los ojos con la varilla.

El gigante lo soltó y dio un paso atrás con un grito desesperado mientras se echaba las manos a la cara. Ude acortó su dolor golpeando con el puño la parte del pasador que aún sobresalía de la cuenca. La aguja penetró en el interior del cráneo del coloso.

Takai siguió de pie, sacudido por rápidos espasmos, y se derrumbó haciendo temblar las tablas del suelo.

Los hombres del pasillo, por fin alertados de lo que ocurría, habían desenvainado sus sables, prestos a acudir en ayuda de su señor, pero su voluminoso cuerpo tapaba la pequeña entrada y les costaría acceder.

—Siento lo ocurrido —dijo Ude a Ratto. Esta lo miró desde el suelo, jadeando en busca del aire que se negaba a entrar en sus pulmones—. ¿Quién sabe? Quizá en el futuro volvamos a estar del mismo lado. Hasta entonces, suerte.

En ese momento, uno de los hombres de Takai logró llegar hasta ellos. Ude no se entretuvo. Una de las claves para la supervivencia era no enfrascarse en enfrentamientos innecesarios. El trabajo ya estaba hecho y ahora su prioridad era escapar de allí de una pieza.

El asesino saltó, aplastando a varios espectadores en su caída. Arriba ya eran dos los que, sable

en mano, contemplaban anonadados el cuerpo sin vida de su jefe. No tenía mucho tiempo. Pasado el estupor inicial, lo perseguirían sin descanso.

Ude llegó al *hanamichi* y se encaramó a él entre los insultos y protestas del público. Desde su privilegiada posición, que dominaba toda la sala, estudió qué hacer a continuación.

Alcanzar la puerta de entrada era una locura. No sería capaz de abrirse paso entre los espectadores y la muchedumbre que se apretaba fuera, en la calle. La mejor opción era desandar el mismo camino que lo había traído hasta allí. Y debía hacerlo pronto. Tanto los hombres de Takai como la seguridad del teatro y la policía no tardarían en darle caza.

Ude se volvió y corrió hacia Jōki, que en ese momento hacía las delicias de los presentes danzando con innegable encanto sin percatarse de nada. Sorprendida por su aparición, se detuvo. Muchos se incorporaron para ver mejor lo que sucedía, provocando nuevas voces de protesta entre la concurrencia.

El *rōnin* miró a la cara de Jōki un solo instante, el tiempo que tardó en pasar por su lado. Una vez más, el asesino sintió una inoportuna turbación ante su presencia y la pobre satisfacción de leer el reconocimiento y la sorpresa en el rostro de la actriz.

La policía se unió a la seguridad del teatro para combatir los disturbios que el paso de Ude había provocado, lo que daba libertad de movimiento a los hombres de Takai. Empujando y gritando amenazas, uno de ellos logró encaramarse al pasillo elevado, muy cerca de Jōki. Otro más se unió muy pronto al primero, unos pasos por detrás.

El ensordecedor griterío se intensificó. Algunos, creyendo que los matones eran espectadores que trataban de llegar a Jōki, los imitaron. Sobre el *hanamichi*, se reprodujeron los empujones y algún puñetazo y un grupo de admiradores cortó el paso a los que perseguían a Ude.

Uno de los hombres del teatro apareció blandiendo su bastón para proteger a Jōki. La actriz huyó a la carrera mientras el vigilante, después de romper un par de costillas y abrir una cabeza, cayó muerto tras ser atravesado por el sable de uno de los perseguidores de Ude. Volaron boles de comida desde todas direcciones, por doquier se sucedían las refriegas entre los espectadores y las fuerzas del orden.

Protegido por el caos en el que se había convertido el teatro, Ude atravesó las cortinas que conducían a los camerinos. Recorrió el estrecho pasillo que dividía los cuartos de los actores y llegó a la puerta de servicio sin contratiempos. Salió al callejón con su *tantō* preparado, pero no encontró a nadie que le impidiera regresar a la calle principal. Una vez allí, dejó de correr para no atraer la atención, si bien caminó rápidamente hacia el mismo lugar donde había esperado todo el día.

La multitud de curiosos, alentada por el estruendo de voces que llegaba desde dentro, oscilaba como un mar embravecido por la tempestad. Mientras algunos trataban de salir, eran muchos más los que aprovechaban el desorden para entrar. Los que tropezaban eran pisoteados; otros recibían cortes de sable sin saber de dónde procedían; decenas eran aplastados entre las dos corrientes.

Ude se aseguró de que nadie lo había seguido y penetró en el angosto pasaje que le había servido de refugio con una sonrisa confiada. Había triunfado en lo que hasta ese momento había parecido un imposible. Había acabado con la vida del dueño de los bajos fondos de Edo sin ni siquiera un rasguño. La noticia llegaría a todos los rincones de la ciudad.

Había comprobado su ruta de escape varias veces, por lo que no tuvo dificultad en encadenar pasajes y callejuelas repletas de basura. Evitando las concurridas avenidas, tardó muy poco en desembocar en el río Sumida. Los guardias se preparaban para cerrar el barrio, pues pronto anochecería. Ocultó su arma y se unió a los que esperaban para cruzar el puente que los alejaría de Asakusa.

Con naturalidad, se dirigió a la caseta junto al portón, donde los samuráis supervisaban la salida de los allí reunidos. A un lado, una decena de pasos por delante, varios *rōnin* estudiaban a los transeúntes. Eran los hombres de Takai, que controlaban con mayor celo que las propias autoridades las idas y venidas de los habitantes de Edo. Su actitud indolente confirmaba las mejores previsiones de Ude: aún no habían recibido la noticia de la muerte de su jefe.

Recorrió el puente hasta el otro lado sin problemas. La cercanía de la hora del cierre de los barrios había vaciado el resto de la ciudad y apenas se veían viandantes. La calle que recorría ahora, poco transitada, le permitía mantener un espacio seguro a su alrededor.

Dio varias vueltas por los mismos callejones para asegurarse de que nadie seguía sus pasos y solo entonces se acercó a la esquina donde estaba acordado el encuentro. Le sorprendió ver a un hombre de baja estatura, con cara de rata y ojos inquietos. Estaba sentado sobre una estera de cáñamo, con el aspecto de tratarse de uno de los cientos de mendigos que pedían limosna en Edo. Sin embargo, era una hora inusual para ejercer su actividad.

—¿Cómo ha ido? —preguntó a Ude cuando se detuvo a su lado.

—¿Quién eres tú?

—Uno de los Hombres del Río. ¿Quién, si no?

—No te había visto nunca.

—Quería conocer en persona al famoso asesino —respondió el otro sin dar más explicaciones—. Y ahora contesta a la pregunta.

—Está hecho.

—Vaya, ¿quién lo iba a decir?

—Yo os lo dije. No era ninguna fanfarronada.

—Muy bien. Kakureta estará contento.

—Eso espero —respondió Ude con cierto tono de reproche—. Meterse en ese teatro ha sido muy arriesgado. Había gente de Takai por todas partes.

El otro mostró sus dientes torcidos en una mueca que trataba de imitar una sonrisa.

—¿No sabías que ese teatro era propiedad de Takai? Puede que sea otro el que ostente el cargo oficialmente, pero solo es una forma testimonial de eludir a las autoridades. Ya veo que, en realidad, no tenías todo tan controlado como asegurabas.

—Puede que no sepa todo lo que se cuece en Edo, pero no me faltan agallas para tomar lo que quiero.

—¡Vaya cara más dura! ¿Te atreves a llamar a los Hombres del Río cobardes? Ja, ja. O eres un loco o un héroe. ¿Eres alguna de las dos cosas, Ude?

—Soy un superviviente. Nada más.

—Eso espero, porque ni un loco ni un temerario sirven en nuestra organización. Si quieres pertenecer a ella, lo primero es bajar esos humos, ¿entendido?

—No sé a qué viene tanta frialdad. Dije que podía seros útil y aquí estoy. He cumplido lo prometido.

—Pero algunas cosas dan que pensar que tu proeza no ha sido más que un golpe de buena suerte. A veces pasa. Los desesperados son los únicos capaces de arriesgarse, puesto que no tienen nada que perder.

—¿Acaso no he logrado lo que ninguno de vosotros había soñado? ¿A qué viene este examen?

—Viene a que no somos tan confiados como los monjes de un templo ni como los niños que buscan a uno más para jugar. Apareciste de la nada, ofreciendo un servicio a cambio de amparo. Aún no sabemos si eres de fiar.

Ude chasqueó la lengua, contrariado.

—¿Qué más quieres que haga? He acabado con la vida de vuestro mayor enemigo. Ahora seréis los dueños de la ciudad. Y no os ha costado nada.

—Aún no entiendes cómo funciona Edo. Otro tratará de asumir el lugar de Takai. Nos atacarán. Saben que, de una forma u otra, somos los responsables. Correrá la sangre y se perderán algunos negocios. No, *rōnin*, lo de esta noche no es gratuito.

—¿Y qué me dices del caos que he provocado en el teatro? Acabas de decirme que el negocio era de Takai. El kabuki no agrada a las autoridades. Después de esta noche, tendrán una excusa para clausurarlo, si no lo destrozan antes los espectadores.

—No te necesitábamos para eso. Como bien dices, el sogún odia el kabuki y solo es cuestión de tiempo que lo prohíba.

—He acelerado el trámite.

—Nadie te lo ha pedido.

—Esto es una pérdida de tiempo —rezongó Ude—. No voy a discutir más contigo. Es gastar saliva. Llévame con Kakureta. Quiero hablar con vuestro jefe.

—Eso no puede ser. Nadie habla con Kakureta. Para ti, no es más que un nombre, una sombra. Y así seguirá. Yo transmitiré tus palabras y tus actos.

Ude suspiró. Había imaginado un desenlace muy distinto para la jornada.

—¿Y ahora qué? —preguntó el *rōnin*—. ¿Tengo que sentarme a esperar?

—Puedes empezar por contarme algo más.

—No hay nada más que decir.

—¿Cómo mataste a Takai?

—¿A Kakureta le gustan los detalles morbosos? Muy bien. Me colé en su palco y le atravesé un ojo con una aguja de pelo.

—¿Cómo? ¿Con una aguja de pelo?

—Me pareció que su peinado necesitaba un toque femenino.

El otro empezó a reír abriendo la boca de forma grotesca.

—Vaya, vaya. ¿Y sus hombres?

—Solo maté a dos de sus protectoras. El resto se quedó atrás, enmarañado entre la gente.

—Ya... Dicen que lleva tres mujeres en algunas ocasiones. Tienen fama de peligrosas. Veo que no te dejaste engañar por su inocente apariencia. ¿Cómo escapaste?

—Entré y salí por la puerta del servicio.

Hubo un momento de silencio. El de los dientes torcidos parecía buscar las palabras adecuadas.

—Me ha llegado el rumor de que negociabas con Takai una traición —lo acusó.

—Has podido ver que no era así. Solo se trataba de una forma de llegar hasta él.

—Sin embargo, habrá que comprobar primero que, en efecto, Takai está muerto. Hasta entonces, solo tenemos tu palabra.

—Eso lo comprendo —concedió Ude—, pero no estoy dispuesto a esperar eternamente una respuesta a mi solicitud de ingreso.

—Vaya si lo harás —aseguró el otro cambiando radicalmente su tono de voz. Ahora era ominoso—. Si no te acogemos, los hombres de Takai te descuartizarán. Bastará con decirles quién eres, lo que has hecho. Crees que estás en una posición privilegiada, que te debemos mucho, pero, en

realidad, en este momento es cuando más nos necesitas. Deja de exigir y empieza a suplicar.

Ude guardó silencio. Había comprendido demasiado tarde que aquel hombre no era un simple mensajero y que no servía de nada jugar con él.

—Ahora que hemos dejado las cosas claras —prosiguió el hombre de los dientes torcidos—, ¿no tienes nada más que decirme?

—¿Qué más quieres saber?

—Toda la verdad de lo sucedido dentro de ese teatro.

—No sé a qué te refieres. Te lo he contado todo.

—Todo no. Parece que eres un hombre peligroso, uno de esos descendientes de los samuráis que dedicaron su vida a cortar cabezas y que después de Sekigahara quedaron desamparados por el simple hecho de luchar en el bando equivocado. ¿Estoy en lo cierto?

—Mi padre murió allí —mintió. No era cuestión de airear un pasado doloroso delante de un desconocido. Era más fácil corroborar la justificación más plausible y aceptada.

—Y, como premio a su sacrificio, tu familia fue aniquilada por los Tokugawa...

—Así es —respondió sin la menor inflexión en la voz.

—Quieres hacerme creer que estás resentido con el nuevo régimen, que tan injustamente trató a tu padre y a tu familia, y que no aprecias la vida de nadie. Sin embargo, esta noche has respetado a alguien.

Ude se vio tentado a contar la verdad, que había abandonado a su clan por propia iniciativa, asqueado por el trato de favor que se daba a los samuráis de menor experiencia, jóvenes manejables incapaces de reconocer la falta de valor de sus jefes; que odiaba la degeneración que habían adquirido las viejas formas, amparadas en la hipocresía de los que temían a la muerte y amaban la autocomplacencia; que no había soportado que se le diera de lado precisamente por ser un guerrero superior en destreza y con una verdadera visión del Camino. No había un padre humillado ni un señor derrotado, pero ¿quién hubiera justificado o entendido su decisión? Un samurái debía servir a su señor hasta la muerte, sin importar ninguna otra consideración.

Esa era su verdadera vergüenza y, al mismo tiempo, su fuerza, pues la renuncia a todo lo que había sido era el mayor sacrificio de su vida.

—¿A quién te refieres? —decidió responder tras la fugaz vacilación.

—Venga, no pongas esa cara. ¿Por quién me has tomado? Puede que tengas las piernas muy largas, pero nuestras orejas y nuestros ojos llegan más lejos. ¿Has olvidado que teníamos gente dentro del teatro? No ocurre nada en esta ciudad de lo que no tengamos noticia.

—Entonces, todas esas preguntas de antes...

—Quería saber tu versión de lo sucedido. Por eso te pregunto ahora por qué dejaste con vida a aquella mujer.

—La conocía. No tenía sentido matarla. Ratto ya no iba a volver a levantarse.

—Sin embargo, las otras murieron.

—Digamos que fue un asunto de camaradería —trató de justificarse, molesto por el interrogatorio—. Los dos estamos desamparados. Solo nos buscamos la vida. Podría haber sido yo quien protegiera a Takai en su lugar.

—Eres un estúpido. Reniegas de tu antigua condición y, sin embargo, sigues pensando en el honor, la venganza y todas esas estupideces. Lo más sensato hubiera sido acabar con la vida de la única persona que sabe quién es el asesino de Takai. Has olvidado que ya no eres samurái.

—Si no lo hubiera olvidado, no estaría aquí.

—Tal vez, pero dejar con vida a esa mujerzuela es un gran error. Como bien dices, puede que te la encuentres de nuevo y esa vez quizá sea ella la que te rebane el pescuezo.

—Ella o cualquier otro, ¿qué importancia tiene?

—Está bien, Ude. Todos tenemos nuestras debilidades, pero espero que, si alguna vez el objetivo es alguien que te agrada, no dudes en atravesarlo con tu acero. Si te ordenamos algo, lo haces. No hay valoraciones caballerescas que valgan. ¿Está entendido?

—Claro como la luna llena.

—Muy bien. Por cierto, mi nombre es Sakon.

—¿Por qué te presentas?

—Porque has sido admitido en la hermandad de los Hombres del Río. La muerte de Takai está confirmada. A partir de ahora, serás nuestro brazo ejecutor y, a cambio de ello, disfrutarás de privilegios especiales. Pero, cuidado, un único desliz y acabarás en el fondo de cualquier canal.

Por toda respuesta, Ude gruñó.

—Muy bien —siguió hablando Sakon—. Ya está todo dicho. Y ahora debes ayudarnos a acabar con otro problema. Esta vez, será un trabajo más delicado. Veremos si también sabes pensar y no solo matar.

—¿De quién se trata?

—De Akamatsu Muneaki.

—¿Un daimio? —respondió asombrado—. No sabía que pudierais enfrentaros a alguien tan poderoso.

—La calidad de un hombre se mide por la importancia de sus enemigos —recitó, sarcástico, Sakon—. ¿No es esa una de las frases que tanto os gustan a los samuráis?

—Ya hemos quedado en que dejé de serlo hace tiempo.

—En esta ocasión, quizá nos interese que no olvides tu pasado. Se trabaja mejor cuando la motivación es poderosa. Ahora podrás vengarte de uno de los clanes victoriosos en Sekigahara, treinta años más tarde. ¿No te alegras por ello?

Ude asintió, en silencio.

²⁹ *Botefuri*: vendedor ambulante, muy popular en las grandes ciudades del período Edo.

³⁰ *Tokoroten*: pasta gelatinosa elaborada tras cocer cierto tipo de algas.

³¹ *Shitaobi*: nombre que se daba al taparrabos a principios del período Edo.

³² Teatro *noh*: arte escénica altamente ritualizada que aúna danza, recitación e interpretación, históricamente dirigido a un público selecto y aristocrático.

³³ *Hanamichi*: literalmente «camino florido», pasarela que cruza a través del público y que se utiliza para la entrada o salida de los actores y, a veces, también para escenificar algunas partes del espectáculo.

³⁴ *Wadaiko*: término genérico para referirse al tambor japonés.

³⁵ *Shamisen*: instrumento musical de aspecto similar al laúd que se toca con plectro golpeando al mismo tiempo las cuerdas y el cuerpo de piel dispuesto a modo de caja de resonancia.

³⁶ *Tantō*: puñal pequeño sin guardas, que usualmente portaban los samuráis en el cinturón.

LA PRESENCIA

Tsuyoi sueña.

Lo sabe porque permanece suspendido en el aire, rodeado de formas e imágenes cambiantes que aparecen entre la densa bruma que lo envuelve. Llegan para acosarlo, poner a prueba su cordura, y de nada sirve repetirse una y otra vez que aquello no es real.

Primero, surge Chōnan, riendo con una boca que se abre desproporcionadamente y en la que se alinean dientes afilados como cuchillos. Extiende una lengua descomunal para lamer los genitales de Tsuyoi. Dice que le pertenecen y que ha venido a llevárselos. Tsuyoi trata de zafarse de aquel contacto repulsivo, pero no tiene el menor control sobre su cuerpo. Está inmovilizado de alguna forma, apresado por manos invisibles. Grita.

A su espalda, la bruma se sacude de nuevo, empujada por una presencia de tamaño desmedido. El siguiente horror no tiene forma, no llega a materializarse, pero Tsuyoi sabe lo que es. La maldición que amenaza a los Akamatsu está allí mismo, helando el aire a su alrededor. La forma sigue creciendo, expandiéndose hasta límites inconcebibles. Se está preparando para abatirse sobre la mansión Akamatsu.

Tsuyoi empieza a caer, cada vez más rápido. Grita de nuevo, esperando que en cualquier momento su cuerpo se estrelle contra el suelo, destrozándose.

Siente una sacudida antes de que eso ocurra. El terror da paso a un atisbo de luz, a un lado. La caída se ha detenido, la oscura bruma se ha quedado más arriba.

Nuevas imágenes reemplazan a las anteriores.

Ahora se ve en la misma cama que compartiera en la casa de té la noche en la que comenzó su calvario. El sudor que emana de su cuerpo se convierte en una sustancia viscosa que impide sus movimientos. Debajo, se materializa un cuerpo desnudo, que agarra su sexo con dedos similares a garras. Intenta separarse, pero es incapaz de librarse de la sustancia que lo cubre.

—Tómame, Tsuyoi —habla una voz de mujer—. Hoy no te cobraré.

El rostro toma forma. Es Masume, la hija del carpintero. No sabe el motivo, pero aquella última aparición es más de lo que puede soportar.

Tsuyoi despertó con un temblor que sacudió todo su cuerpo. Hubiera querido gritar, pero su garganta estaba paralizada por el horror. Respirando tan rápidamente que apenas tomaba aire, se incorporó como pudo en su lecho en un intento de alejarse físicamente de la pesadilla vivida.

Miró a su alrededor para cerciorarse de que todo estaba en orden y seguía en el barracón, en la mansión de los Akamatsu, en Edo. Aún era noche cerrada y los hombres dormían. Un poco más allá, distinguió el cuerpo de Oki. Solo la guardia nocturna seguía de servicio, custodiando los muros y la casa principal.

Aún confuso, se incorporó y se calzó para caminar hacia la salida. Necesitaba respirar el aire de la noche y probar a calmarse.

Cuando salió al patio, tuvo que sentarse en el suelo. Seguía respirando con dificultad y los latidos de su corazón parecían los de un caballo a la carrera.

Su mente confusa recordaba su sueño una y otra vez, como si entre aquella locura pudiera hallar la respuesta. ¿Qué trataba de decirle su subconsciente, los dioses o el infierno? ¿Por qué no encontraba la paz desde aquella fatídica noche en la casa de té?

El clan estaba amenazado. Algo que escapaba a su comprensión estaba dilapidando todos los esfuerzos de Muneaki para mantenerlos entre las casas privilegiadas del nuevo régimen. Tsuyoi tenía que hacer algo por evitarlo, ese era su deber de samurái, el juramento que todo caballero debía cumplir. Pero ¿qué podía aportar, sobre todo ahora que había sido repudiado por Toshimoto? Ni siquiera Kita lo quería a su lado.

De pronto, surgió una idea. Si ese peligro cobraba forma, si lo identificaba, podría enfrentarse a la maldición de los Akamatsu. Para ello, debía analizar los hechos y ver más allá de lo aparente.

¿Qué había provocado que Toshimoto partiera a la carrera? ¿Por qué se vigilaba la residencia del daimio?

Algo le decía que los recientes abortos de la dama Hinode eran la clave. ¿Cómo era posible que una joven tan agraciada y aparentemente sana como ella pudiera encadenar dos abortos? Y tampoco había que olvidar que hacía seis meses que el hijo de una concubina, nombrado heredero antes del segundo embarazo de la dama Hinode, también murió ahogado en un accidente. La falta de descendencia masculina era un motivo de desprestigio que Muneaki no se podía permitir en su situación actual. Pero ¿todo era fruto de la mala suerte? ¿Y si alguien hubiera asesinado al heredero y provocado los abortos de la dama Hinode?

Un enemigo del clan, alguien que anhelaba su ruina, había preparado todo. Era una certeza absoluta, aunque no tuviera ninguna prueba de ello. Tenía que averiguar de quién se trataba y acabar con él.

Tsuyoi empezó a sentirse mucho mejor. Sus latidos se modularon, sus inhalaciones fueron más espaciadas y profundas, el recuerdo de su pesadilla se esfumó, arrastrado por la oscuridad nocturna. De pronto, veía con mayor claridad, sus manos no temblaban. Estaba resuelto a salvar a su clan, lograr el reconocimiento y la admiración de todos.

Entonces, surgió otra certeza: necesitaba ayuda.

Pensó en su amigo Oki, pero lo descartó casi al instante. No estaría a la altura de una empresa de tanta responsabilidad. ¿El subcomandante Kita? ¿Qué explicación le daría? Era un hombre pragmático. No creería las intuiciones de alguien a quien odiaba. ¿Toshimoto? Acababa de darle de lado. Sería mucho mejor que se presentara una vez alcanzado su propósito. De esa forma, le haría ver su error, le demostraría su valor. ¡Qué orgullo sería salvar al clan delante de su mentor! Entonces, ¿quién? No podía confiar en nadie más.

Turbado, se incorporó y anduvo por el patio desierto, apenas iluminado por la luna cubierta de nubes.

Enmarañado en sus pensamientos, no fue consciente de hacia dónde se dirigía hasta que se sorprendió subiendo los escalones del pequeño pabellón anexo a la casa principal.

Eran las alcobas de los sirvientes más cercanos al daimio, los responsables de la administración del *han* y el servicio de la casa, incluidos Toshimoto y Kita. Ahora que Muneaki estaba ausente y Toshimoto había partido en su busca, solo las habitaciones de Kita y del jefe del servicio doméstico estaban ocupadas. ¿Qué extraño motivo lo había arrastrado hasta allí?

Estaba a punto de desandar sus pasos cuando una poderosa intuición lo detuvo. Se quedó asombrado, tratando de analizar la misteriosa fuerza que tiraba de él hacia el interior. Algo parecía llamarlo, pedirle a gritos que penetrara en el pabellón.

Desde la última y aciaga visita a Toshimoto, la mañana en la que había discutido con él y este se había marchado en busca del daimio, no había vuelto al edificio. No se distinguía ninguna luz cuando, tímidamente primero y más resuelto después, se descalzó y entró procurando no hacer ningún ruido. Dejó atrás varias habitaciones cerradas antes de detenerse en el pasillo exterior frente a la puerta de entrada a los aposentos de Toshimoto.

Una parte de él no quería estar allí. No tenía derecho a violar la intimidad del samurái, a faltarle al respeto una vez más, pero, antes de darse cuenta, se sorprendió corriendo el *fusuma* de la habitación.

Dentro, los postigos del otro lado de la sala estaban cerrados y era imposible distinguir nada. Tsuyoi decidió buscar la lámpara de mano que recordaba haber visto en las numerosas ocasiones que había visitado a su maestro. Arrodillado, avanzó a tientas hasta que sus manos tocaron la estructura de papel y madera.

Le costó un poco de tiempo, pero logró hacer brotar la llama. Allí estaba la tarima elevada, desde donde Toshimoto lo recibía. El espacio vacío que ocupaba la *katana* Komorebi parecía censurar su presencia. Sentía que estaba profanando un suelo sagrado, mancillando con su sola presencia la memoria de todo lo que su mentor había significado para él. Estaba dispuesto a regresar a su lecho y tratar de olvidar sus corazonadas y pesadillas, pero entonces lo vio.

Era uno de los arcones, en el extremo opuesto de la sala. Había pasado cerca de él miles de veces, pero en esta ocasión contemplarlo una vez más lo dejó sin aliento. Movido por unos hilos invisibles que tiraban de él, caminó hacia allí.

Se arrodilló, preso de una gran agitación. Algo le decía que dentro estaba la solución a todos sus problemas, que la ayuda que necesitaba para descubrir el misterio que amenazaba a los Akamatsu estaba al alcance de su mano. Lentamente, controlando a duras penas su turbación, levantó la tapa y alumbró con la linterna. Descubrió la ropa de invierno de Toshimoto, pulcramente doblada. Con determinación, empezó a apartar a un lado los kimonos y capas para buscar palmo a palmo. Era incapaz de expresar de forma racional qué lo empujaba ni tampoco decir qué era lo que quería, pero *sabía* que estaba allí.

Al fondo, envuelto en una tela, había un objeto. Lo tomó sin dudar. Dejó la linterna en el suelo para tener las manos libres y fue quitando las vueltas de tela, poco a poco. No pesaba mucho y, a cada tira desprendida, se hacía aún más ligero, mientras perdía volumen.

Finalmente, descubrió el objeto oculto. Era un rostro de mujer, blanqueado por polvos de arroz: una máscara de teatro *noh*. Los labios estaban ligeramente abiertos, sensuales, embriagadores. Lo invitaban a acercarse aún más, a acariciar aquel cutis fascinante, a seguir con las yemas de los dedos las curvas de los pómulos y la barbilla. Las cuencas vacías parecían rellenarse de unos ojos cambiantes, según las oscilaciones de los reflejos de la lámpara. Tsuyoi se sintió invadido por la presencia que emanaba de aquel rostro inmaculado. Jamás había visto tal perfección, tanta armonía.

Sabía lo que era. Aquella máscara escondía la luz de su sueño, la esperanza que había apartado la niebla que los amenazaba. Era la respuesta a su petición de ayuda, su aliada en la empresa que estaba a punto de iniciar.

En un súbito arrebató, probó a ponérsela.

Frustrado, comprobó que los orificios para los ojos no coincidían con los suyos, que no podía ver el mundo a través de ellos. Exasperado, apartó la máscara de su cara.

La magia del instante había pasado. De pronto, solo tenía un objeto inanimado ante él.

«¡Regresa! —le habló mentalmente—. Estamos hechos el uno para el otro. ¡Lo sé! No pienses que te he fallado. ¡No es mi culpa que no pueda ver! Por favor...».

En ese momento, se escuchó un ruido fuera, en el pasillo, apenas el leve roce de unos pies descalzos sobre la tarima en el silencio de la noche. Tsuyoi reparó contrariado en que había olvidado cerrar el panel *fusuma*. De un rápido movimiento, apagó su lámpara. Pero ya era tarde. Alguien la había visto desde el patio y se acercaba tratando de no hacer ruido.

Tsuyoi no perdió el tiempo. Colocó la ropa en su lugar y cerró el baúl. En la oscuridad, localizó la tela que había envuelto la máscara y volvió a cubrirla lo más rápido que pudo. Logró ocultarla entre los pliegues de su kimono justo antes de que el desconocido llegara a la altura de la entrada a la habitación y se detuviera. El joven se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar. Hasta Tsuyoi no llegaba suficiente luz para ser visible desde el pasillo, pero él sí que podía distinguir la silueta del visitante desde el interior. El otro tampoco se movía. ¿A qué esperaba?

—¿Eres tú, Tsuyoi? —susurró el desconocido.

Sintió que el mundo se venía abajo. Sorprendido en la habitación de Toshimoto como un vulgar ladrón. Pero otro pensamiento le llegó con la misma rapidez: si se trataba de un guardia, ¿por qué no había encendido una luz?

—¿Quién es? —preguntó Tsuyoi a su vez, también en voz baja.

—Soy Oki.

El joven suspiró aliviado, aunque siguiera contrariado por la interrupción. Se levantó y caminó hacia su amigo, que no se había atrevido a dejar el pasillo.

—Sí, soy yo. ¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido?

—Te estaba buscando —confesó Oki cuando llegó a su altura—. ¿Qué pretendes? Como te descubra el subcomandante, tendrás problemas.

—¿Y tú no? —respondió Tsuyoi.

—Estaba preocupado por ti. No te vi en tu lecho y... bueno, no sé...

—¿Qué es lo que no sabes?

Oki se rascó la cabeza, nervioso.

—Disculpa, amigo —pidió—. Mejor salgamos afuera.

Tsuyoi lo siguió mientras se aseguraba de que la máscara permanecía bien oculta. Temía ser descubierto, verse obligado a compartir su hallazgo. Quería aquel rostro maravilloso solo para él. Lo había llamado, era el elegido. Tenía que guardar el secreto de su existencia a todos, incluido Oki. Por el bien del clan.

Llegaron hasta la entrada en silencio y caminaron por el patio de regreso al *nagaya* de los samuráis.

—¿Estás bien? —preguntó Oki.

—Claro. Disculpa mi comportamiento. Solo estoy nervioso por mi futuro. Como el subcomandante Kita aún no me ha recibido, no sé qué será de mí.

—No te preocupes por eso —respondió Oki más animado—. Estoy seguro de que acabará dándote un puesto de importancia.

—Aquí no hay mucho donde elegir...

—Bueno, eso es cierto —reconoció Oki forzando una sonrisa—. O haces guardia en el muro, en las puertas o en la casa principal. Por cierto, seguimos sin saber qué está ocurriendo en los aposentos del daimio. El propio Kita ha elegido a los integrantes del servicio. Solo hay dos turnos, de cinco samuráis cada uno. Parece que lo que quiera que esté pasando dentro debe mantenerse en secreto.

—¿Qué puede ser? No tiene mucho sentido. ¿De qué tienen miedo? ¿Acaso la dama Hinode se ha convertido en un demonio?

—No bromees —amonestó Oki, de pronto, serio—. Debe ser algo grave. Espero que Toshimoto regrese cuanto antes y se aclare. No soporto esta situación.

Cuando llegaron al muro, quedaron en desayunar juntos al amanecer, pues Oki no tenía servicio

hasta la tarde, y se despidieron para regresar a sus lechos en completo silencio, procurando no perturbar el sueño de los otros.

Tsuyoi aprovechó la oscuridad para sacar la máscara de entre sus ropas. Podía recordar su forma a través de las capas de tela y volvió a sentir la necesidad de colocársela en la cara.

«Pero no me sirve», recordó.

Mientras la escondía entre el colchón y el armazón de su cama, se sintió frustrado. Había defraudado a la máscara, no había resultado digno de ella. Si quería ganar su favor, tenía que hacer algo para ajustarla a su propio rostro. Solo de esa forma podría unirse a ella.

Entonces, recordó a Masume, la muchacha que había conocido esa misma mañana. En su negocio trabajaban la madera y la máscara era una talla en ese material. No tenía dinero con el que pagar un trabajo tan delicado, pero podía ver al padre de Chōnan, el maestro del taller, y exigirle que trabajara en la máscara a cambio de perdonar la grave ofensa de su hijo. No se negaría, su demanda era justa. Ya sabía qué debía hacer.

Se recostó en la cama inquieto, sintiendo muy presente la cercanía de la máscara. Quedaba poco para el amanecer, pero la espera se le antojaba eterna.

MASUME

En el taller del maestro carpintero Furui Daiku, se trabajaba desde antes de la salida del sol, pero las persianas que daban acceso a la *mise*, la zona abierta al público, permanecían aún cerradas a la hora del conejo³⁷.

Tsuyoi se dirigió al lateral del edificio para abordar al trabajador más cercano, un hombre pequeño al que le faltaban varios dientes y que estaba cubierto de serrín.

—Eh, tú. Tengo que hablar con tu maestro, ¿dónde está?

El aludido se apartó medio paso para dedicarle una mirada apreciativa. En sus ojos no había el menor atisbo del respeto debido a un samurái, lo que incomodó al muchacho. Todavía no se acostumbraba al carácter disoluto del populacho de Edo, y menos de aquellos que guardaban las formas de manera tan relajada. Daban a entender que se creían libres de obediencia, que se jactaban de no ser ya servidores, sino hombres libres.

—El maestro no ha llegado aún —contestó por fin con una inclinación de cabeza rápida y demasiado leve. Era un gesto carente de verdadera convicción. Sabía que Tsuyoi no era un *rōnin*, ya que lucía un *mon* en su kimono, lo que para él lo hacía mucho menos peligroso. Los daimios obligados a residir en Edo de forma alterna exigían a sus samuráis que se comportaran con mesura y no los pusieran en evidencia frente al *bakufu*, así que aquel muchacho tenía mucho que perder si protagonizaba un escándalo.

—Necesito verlo de inmediato —insistió Tsuyoi, acalorado—. Se trata de un asunto urgente.

—Pues temo que tendrás que esperar un buen rato. El maestro no acostumbra a escuchar directamente a los clientes, a no ser que estos sean personas encumbradas. ¿Puedo saber quién eres?

—Soy samurái. ¿No es para ti suficiente? —respondió escupiendo las palabras.

El hombrecillo cambió de actitud al detectar el creciente nerviosismo de Tsuyoi. La mayoría de los que llegaban allí portaban los sables como mera formalidad, abandonadas las maneras del guerrero. Eran simples burócratas, asistentes o secretarios, pero no valía la pena comprobar si aquel irascible muchacho podía ser la excepción a la norma.

—Puedo llamar al capataz —ofreció el hombrecillo bajando el tono—. Él puede hablar en nombre del maestro.

—¡No! Debe ser el propio Furui Daiku.

Varios aprendices dejaron su trabajo para mirar a Tsuyoi. Desde la calle, un viejo que pasaba se detuvo para ver qué ocurría.

Tsuyoi llamaba demasiado la atención y sabía que eso no era bueno. La máscara era su única

oportunidad de salvar al clan y debía actuar con inteligencia y prudencia si quería mantener el secreto de su existencia. Sin embargo, la necesidad imperiosa de poder ajustarla sobre su rostro lo consumía. No podía soportar la espera y era incapaz de contenerse, de pensar de manera racional.

¿Y si exigía a aquel hombrecillo o a cualquier otro de los que pululaban por el taller que lo ayudara? Podía amenazarlo con su sable, perdonarle la vida a cambio del trabajo. ¿O era una locura?

El hombrecillo dio otro paso atrás sin decir nada. Detectaba en el rostro de Tsuyoi su pérdida de control, la lucha interna que le hacía respirar de forma anormal y desfiguraba su semblante.

—¡Llamad a Chifu! —pidió alguien. Tsuyoi no sabía quién podía ser, pero la demanda hizo que todos dejaran de trabajar.

Dos hombres habían cogido bastones y empezaban a acercarse cautelosamente hacia él. Los demás, presagiando el peligro, se apartaron para mantenerse al margen y dejar espacio libre.

Tsuyoi también detectó la amenaza y adelantó una pierna para girar la cadera y preparar la extracción de su sable. El trabajador con el que había hablado se apartó asustado y se perdió por el fondo del taller.

—¿Qué es lo que quieres, samurái? —exigió uno de los hombres de los bastones. Ninguno de ellos lo blandía en actitud hostil, pero la tensión en sus rostros y la forma de agarrarlos demostraba a las claras que estaban dispuestos a usarlos.

—No avancéis ni un paso más —amenazó Tsuyoi mirándolos con ferocidad—. De lo contrario, me veré obligado a desenvainar.

Los otros vacilaron, deteniéndose a tan solo un par de pasos.

Tsuyoi calibraba sus posibilidades. Tardaría solo un instante en empuñar su *katana*, alargando el movimiento hasta cortar desde abajo al más cercano. Después de eso, solo tendría que enfrentarse al otro y, al fin y al cabo, no podía suponer un gran riesgo luchar con alguien sin formación militar y armado con un palo.

Ya acercaba las manos a la empuñadura de sus sables cuando una voz detrás de él frenó su gesto.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Se arriesgó a mirar hacia atrás de forma rápida, dejando de controlar a sus adversarios. Allí estaba Masume, la hija del maestro carpintero.

—Este samurái ha venido aquí exigiendo ver al maestro —explicó uno de los hombres. Tsuyoi no decía nada, aguardando con una mano apoyada en la *saya*, presto a usar la *katana*.

—¿Puedo ayudaros, señor? —se dirigió a él—. Ah, os recuerdo muy bien. Vinisteis ayer preguntando por mi hermano.

La serena intervención de Masume desconcertó a todos. El silencio que siguió a sus palabras acabó por consumir el fuego que los había poseído y Tsuyoi apartó su mano de los sables.

—Mi señora —pronunció entonces un hombre de hombros anchos y piernas arqueadas que acababa de aparecer. A su cintura portaba una *katana*—, espero vuestras órdenes.

—No te preocupes, Chifu —respondió Masume—. Solo charlaba con un cliente.

El hombre dedicó una mirada ofensiva a Tsuyoi, pero acabó por obedecer a Masume.

—Si me necesitáis —declaró—, estaré cerca.

—Gracias, Chifu —lo despidió Masume.

Por su parte, los aprendices y trabajadores del taller regresaron lentamente a su tarea, dedicando miradas mal disimuladas a Tsuyoi.

—¿Y bien? —pidió Masume lejos de los oídos del resto del taller.

De pronto, a Tsuyoi le costaba encontrar las palabras apropiadas. Frente a Masume, se sentía vulnerable, sin conocer el motivo de tan extraña percepción.

—Necesito ver a tu padre —pidió.

—Lo lamento, pero aún tardará en aparecer. La mayor parte del tiempo lo pasa supervisando los trabajos que se realizan en la ciudad.

—Quizá puedas decirme dónde está hoy. Es urgente que me entreviste con él. Es acerca de la deuda de vuestro hermano.

—¿Deuda? ¿A qué os referís? No sé nada de ninguna deuda, aunque hay muchas cosas que desconozco del negocio. Mi hermano continúa construyendo una casa en Imado. Lamento que tampoco tengáis oportunidad de verlo.

Tsuyoi recordó que no había explicado nada a Masume de lo ocurrido en la casa de té. Avergonzado, trató de mantener una actitud indiferente y segura antes de continuar.

—Vuestro hermano mancilló mi honor gravemente y he venido a exigir una compensación por ello.

—¿Una compensación?

—Un trabajo. A cambio de su realización, olvidaré todo lo ocurrido.

Masume se alteró visiblemente. Incluyó el rostro y tembló antes de retomar la palabra.

—Lamento mucho lo que quiera que haya hecho mi hermano —aseguró la muchacha bajando la voz—, pero os ruego que, antes de hablar con mi padre, me expliquéis la naturaleza de su falta.

—Lo siento, pero es un asunto privado y de gran importancia. Solo vuestro padre puede solucionarlo.

—Por favor —insistió Masume—, ya sé que puede parecer una falta de respeto, pero necesito saber. Creo que... no habéis pensado en las consecuencias de vuestra petición. Además, quizá pueda compensaros, saldar nuestra deuda en nombre de mi padre y hermano. Os lo ruego, permitidme ayudaros y tratar este asunto entre nosotros.

Tsuyoi estaba anonadado. ¿Una mujer, tan joven, asumiendo la representación de una familia? Desde luego, las costumbres de Edo eran muy extrañas.

—No te entiendo. ¿Por qué es tan importante para ti? Es un asunto entre...

—Hombres. Ya lo sé. Quizá, si os lo explico, consintáis. Por favor, acompañadme lejos del taller.

Tsuyoi se fijó en los hombres a su alrededor. Se ocupaban de su trabajo, pero guardaban silencio, tratando de captar retazos de su conversación. Asintió y siguió a Masume afuera.

El samurái se percató entonces de que su ansiedad había desaparecido. Ya no sentía la ira que había estado a punto de empujarlo a matar a aquellos hombres ni tampoco la apremiante necesidad de resolver el asunto de la máscara. Una vez más, regresaba la cordura, pero no había sido su autocontrol, sino Masume, la artífice del cambio. Suspiró, compungido.

La muchacha lo llevó en silencio al canal de la ciudad más cercano, lejos del taller. Durante el camino, Tsuyoi la siguió a solo unos pasos, admirando el anadeo de Masume y sintiendo un conflicto de emociones en su interior. Su deber era resolver el misterio que amenazaba a su clan lo antes posible, pero otra vez anhelaba seguir allí, junto a aquella muchacha que tantas contradicciones y turbaciones generaba.

Al llegar al ancho canal, Tsuyoi se identificó con la agitación que sufría el agua al paso de las barcas atestadas de mercancías. Ascendían hacia los almacenes y depósitos que servían a los mercados en la parte alta de la ciudad. También el río que discurría en su interior se removía, empujado por los recientes acontecimientos.

Se alejaron del puente que cruzaba el canal y caminaron por un paseo paralelo a las aguas, donde podían disfrutar de cierta intimidad.

—¿Por qué no quieres que hable con tu padre? —preguntó Tsuyoi.

La muchacha se detuvo. En su rostro se leía fácilmente una honda preocupación.

—No comprendéis lo que significa para un hombre corriente que un samurái le exija una rectificación, ¿verdad?

—Solo se trata de compensar una ofensa. Está en manos de tu padre solucionar todo esto. No pido tanto.

—¿La falta de mi hermano fue grave?

Tsuyoi dudó en responder. No podía compartir los detalles de su vergüenza con nadie, pero menos con ella.

—Faltó al respeto a mi clan y luego me atacó.

—¡Oh! —Masume se cubrió la boca con las manos, espantada—. No puedo creer algo así...

La muchacha perdió definitivamente todo su aplomo. Tambaleante, extendió una mano en busca de un apoyo que de pronto necesitaba para no caer allí mismo. Tsuyoi la sostuvo con rapidez para evitarlo. El suave contacto de su piel fue como un latigazo. No estaba preparado para el torbellino de agitación que lo recorrió.

—Te aseguro que no quiero provocar ningún mal —manifestó el muchacho tratando de reconducir la conversación—. Solo necesito un favor. No tengo dinero para pagar uno de los trabajos de tu padre. Había pensado que, si hablaba con él y le explicaba lo ocurrido, estaría de acuerdo en compensar la falta de tu hermano atendiendo a mi solicitud.

—No entendéis lo que significa que un samurái pida algo semejante —insistió Masume con voz apenas audible.

Tsuyoi no quería perder el contacto de su mano. Deseaba protegerla, servirle como si de su propia señora se tratara. Pero esta vez no era una cuestión de honor u obligación, lo necesitaba con una fuerza nacida del interior de su pecho, empujada por un calor que de pronto se sumaba al del húmedo ambiente.

—Explícamelo, por favor —rogó.

—Conozco a mi padre —continuó Masume apartando la mirada—. En cuanto reciba la noticia de la grave falta de mi hermano, le pedirá que se corte un brazo o algo peor.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué serviría algo así?

Masume recuperó la entereza y se separó de él. Tsuyoi lamentó la pérdida de su contacto.

—Los samuráis pueden pedir lo que deseen, incluso la vida de un hombre, para restituir su honor. Si os entrega la herramienta principal de su oficio, las manos, no podréis exigir su vida. Mi padre preferirá que Chōnan sea un tullido a un muerto, pero quien no soportará vivir así será mi hermano. Lo sé.

—Pero yo no pido semejante sacrificio —respondió Tsuyoi escandalizado—. Es una locura.

—Un samurái está por encima de la ley de Edo —negó Masume—. Los magistrados no pueden juzgarlos, solo el castillo tiene potestad para ello. El *bakufu* no se rebajará a considerar la muerte de un carpintero como digna de atención. Ahora decís que no tomaréis la vida de mi hermano, pero podéis cambiar de opinión en el futuro, en cualquier momento, por siempre. Y, si no es así, pueden exigirla vuestros hijos o nietos. Si Chōnan ha abandonado este mundo, se podrá pedir la

vida de sus descendientes, de sus hermanos, de mi padre... La deuda no será saldada jamás por un simple trabajo de carpintería. Lo sabéis muy bien.

—Ayer vine a exigir la vida de tu hermano —reconoció Tsuyoi—, pero hoy eso carece ya de interés para mí. Es mucho más importante que aceptéis hacer el trabajo que os pediré. Mi vida depende de ello.

Se arrepintió al instante de lo que había dicho. Había reconocido una grave debilidad, algo que en realidad lo dejaba en manos de Masume o su padre.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó la muchacha volviendo a clavar sus ojos en los de Tsuyoi, que olvidó al instante sus reservas. No tenía fuerza suficiente para resistirse a la exigencia de aquella dulce mirada.

—Espera un momento, te lo enseñaré.

La llevó al borde del paseo, apartados de los pocos viandantes de aquella hora temprana. Juntos se sentaron, dando la espalda a un posible curioso que pudiera acercarse. De entre los pliegues de su kimono, Tsuyoi sacó un paquete. Con reverencia religiosa, lo desenvolvió para mostrar la máscara.

Intrigada, Masume contempló sin comprender el extraño rostro de mujer que le mostraba Tsuyoi.

—¿Qué es?

—Una máscara de teatro *noh*. Pero esta es especial.

La muchacha la miró con más detenimiento.

—Es extraña —declaró—. Parece como si la mitad de la cara sonriera y la otra llorara.

—Necesito que los orificios para ver se ajusten a mis ojos.

—Pero se trata de un trabajo muy delicado —objetó Masume—. Mi padre no se dedica a esto, no es esa clase de maestro. No conozco a nadie que pueda hacer algo así. Ni siquiera sé si puede lograrse.

—Trabajáis la madera. Solo es cuestión de hacer un nuevo agujero y tapar el anterior. O quizá hacerlos más grandes. He estado en el taller. Tenéis herramientas para ello.

—Os equivocáis. Es una sola pieza tallada con precisión. Ya es tarde para alterarla, pues fue tratada al terminar el trabajo. Cualquier intento de modificación en su estructura la agrietaría o incluso podría partirla.

—No había pensado en ello —reconoció Tsuyoi.

Masume empezó a llorar, en silencio.

—¿Qué ocurre?

—Ahora jamás podremos compensaros. La ruina ya está instalada en mi casa. Todos sufriremos por ello.

—No —negó Tsuyoi—. Olvidalo todo. Buscaré otra manera de modificar la máscara. No debes preocuparte por tu familia. Ya no deseo hablar con tu padre ni exigir ningún tipo de compensación. En realidad, tu hermano no sabía quién era yo cuando me agredió. Nadie, salvo nosotros, conoce lo ocurrido. Si tú no dices nada, te juro que yo tampoco lo haré. Y, cuando un samurái jura, no lo hace en vano. Antes prefiero morir que quebrantar mi palabra.

Masume continuó sollozando, ante el estupor de Tsuyoi. Acababa de asegurarle que no actuaría contra su hermano, que no diría nada y que la ofensa estaba olvidada y, sin embargo, Masume se deshacía en llanto. Y lo peor: se sentía culpable por ser el causante.

Tsuyoi no sabía qué hacer. No había nada en su formación militar que explicara el comportamiento de las mujeres y las *oiran* a las que visitaba con Oki no acostumbraban a mostrar ni su debilidad ni sus sentimientos. Quería consolarla, pero no sabía cómo.

Fue Masume la que tomó la iniciativa, arrojándose a los brazos del asombrado Tsuyoi. Mientras lo abrazaba, el samurái sintió el cuerpo de la muchacha a través de la ropa, la tibieza que emanaba de su piel, el temblor de su corazón. Olvidó el motivo que lo había conducido hasta allí, la existencia de la máscara, el repudio de Toshimoto, la amenaza sobre los Akamatsu. Por unos momentos, todo fue paz.

Cuando los temblores de Masume cesaron, supo que había dejado de llorar. Lentamente, con un esfuerzo de voluntad supremo, la separó de su cuerpo.

—No debes preocuparte más —insistió.

—Estaré en deuda toda mi vida. Si yo pudiera servirlos para algún propósito, por favor, no dudéis en pedirme lo que sea.

Tsuyoi tragó saliva, nuevamente azorado.

—No hables así. No me debes nada. Ya no existe ninguna ofensa.

Al apoyar su mano sobre el suelo, Tsuyoi reparó en la máscara, junto a ellos. La tomó para estudiarla.

—Ahora ha cambiado —declaró Masume, contemplándola también a su lado—. Es como si sus labios se hubieran torcido en una mueca burlona. ¿De dónde la sacasteis?

—Por favor, deja de hablarme formalmente. Ahora somos amigos, ¿verdad?

Masume sonrió.

—Perdóname, pero no sé cómo llamarte, he olvidado tu apellido...

—Olvida mi apellido. Soy solo Tsuyoi.

—Muy bien, Tsuyoi, ¿dónde encontraste la máscara?

—La tenía mi maestro —reconoció—, el vasallo más importante de mi daimio.

—Entonces, debe de ser algo más que una máscara de *noh*. Y si fuera...

Masume lo miró, apartándose de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tsuyoi alarmado.

—¿Y si fuera la máscara del Fantasma de los Nanjō?

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo es posible que no conozcas la leyenda? ¿No has oído las historias que cuentan?

—Jamás he oído nada de ese fantasma.

—Dicen que es un espectro, el espíritu de un antiguo guerrero traicionado por su señor. Regresó del mundo de los muertos para vengar a su familia y condenar al clan que acabó con los suyos. Después de cumplir su venganza, permaneció en este mundo, haciendo justicia entre los pobres y los más necesitados.

—Por eso no sé nada de él —sonrió Tsuyoi—. Yo soy un samurái. No necesito que nadie me proteja. Tengo mis propios sables.

—No te burles de mí —lo censuró Masume—. Hay mucha gente en Edo que, en lugar de rezar a los dioses, pide la intervención del Fantasma para que los libre de los abusos de los poderosos y acabe con la vida de los villanos.

—¿Y alguien lo ha visto?

—Sí. Y dicen que su rostro es inmaculadamente blanco, que parece el de una mujer, aunque cambia a cada instante. Cuando está a punto de asesinar, muestra su verdadera naturaleza. Sus víctimas enloquecen de terror al contemplarla antes de que los arrastre al inframundo.

—Solo son cuentos para asustar a los niños.

—No creo en la existencia del Fantasma de los Nanjō —reconoció Masume a regañadientes—, pero desearía que fuera cierta. La leyenda da esperanza a la gente. La justicia de los Tokugawa no llega hasta aquí. Está demasiado ocupada protegiéndolos, espionando o castigando a los samuráis que no hacen lo que los sogunes quieren. En la ciudad de Edo, solo podemos contar con el magistrado de Minami-machi o el de Kita-machi y su poder no es tan grande como el de los Hombres del Río.

—¿Quiénes son esos?

—Son un clan, como los de los samuráis, pero se dedican a robar y extorsionar a la gente de esta zona de la ciudad. Cada día son más poderosos. Luchan contra otros grupos mafiosos para ganar

más y más poder. También venden drogas y fomentan el juego, lo que endeuda a muchos.

—El juego está prohibido.

—Ya te he dicho que dos magistrados no son suficientes para mantener el orden. Por todas partes hay locales clandestinos donde se juega o se ejerce la prostitución fuera del barrio autorizado. —Tsuyoi se ruborizó, recordando la casa de té—. También controlan a los vendedores ambulantes y se nutren de samuráis renegados para amedrentar o matar. Necesitamos al Fantasma. Necesitamos creer que existe.

Por un momento, Tsuyoi se planteó la posibilidad de que Toshimoto hubiera utilizado la máscara para correr por ahí haciendo justicia entre las clases desfavorecidas de Edo. Le pareció estúpido. Conocía bien a su antiguo maestro. Su vida estaba dedicada al clan y ya era demasiado viejo para andar por ahí luchando por los oprimidos.

—Pero tú no eres alguien común —aseguró Tsuyoi—. He visto vuestro negocio. Sois ricos. No tenéis nada que ver con los pobres de los que me hablas, de esos que necesitan protección.

—Nosotros también sufrimos el yugo de los Hombres del Río. Exigen cada vez más dinero a cambio de no prender fuego a nuestro taller. Ellos dicen que es como un seguro. Vestimos de forma ostentosa porque, de lo contrario, los mercaderes y daimios no pedirían nuestros servicios, pero, en realidad, estamos al borde de la quiebra. Muy pronto no podremos mantener a tantos obreros y aprendices y será imposible hacernos cargo del mismo número de trabajos. A los Hombres del Río no les importa, siguen exigiendo una cifra desorbitada.

—Siento vuestra situación, pero, aunque ese hombre existiera, ese Fantasma, no podría él solo proteger una ciudad tan enorme como Edo.

—Muchos son los que están dispuestos a ayudarlo. Solo tendría que pedir lo que necesitara. Tú podrías hacer realidad la leyenda. Tal vez estés destinado a llevar esa máscara, como tanto anhelas, para impartir justicia, para convertirte en el defensor de la gente.

—Antes de eso, me debo a mi clan —negó Tsuyoi—. Necesito la máscara para servirlo.

—¿Qué tienes pensado hacer con ella?

—Sigo insistiendo en que todo es una invención —dijo para eludir la pregunta. Aún no estaba preparado para reconocer abiertamente lo que sentía por la máscara—, pero dime más cosas de ese Fantasma. Por ejemplo, ¿quién fue el que traicionó a su familia? ¿Contra quién luchó? He estudiado la historia de todos los clanes samuráis, en especial de los que resultaron victoriosos tras Sekigahara. Reconoceré el apellido del clan.

—La historia dice que luchó contra los Akamatsu —respondió Masume—. Acabó con la vida de su daimio y luego mató también a su hijo primogénito, que ya era el nuevo señor del clan.

—¿Qué estás diciendo? —respondió alterado—. Yo soy un Akamatsu.

—¿Un Akamatsu? No es posible. Ni siquiera conocías la historia...

Tsuyoi sintió la ira brotando de nuevo desde su interior. El encanto de Masume ya no podía aplacarlo, esta vez no.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó con tono desabrido.

—Yo no pretendía importunarte. Solo repito lo que llevo escuchando desde niña, lo que la gente dice por las calles. Jamás inventaría algo así. Perdóname, no sé diferenciar entre un samurái y otro. Si hubiera sabido que eras un Akamatsu, yo...

—¿Qué hubieras hecho? ¿Me habrías señalado con el dedo? ¿Me habrías insultado, como hizo tu hermano? Sois todos iguales, los *chōnin* solo sabéis odiarnos. He sido un ingenuo. Eres como los demás.

Se levantó, dispuesto a marcharse.

—Por favor —pidió Masume—, perdóname. Tsuyoi...

—Estoy desaprovechando mi tiempo —la interrumpió—. Ya me has dicho que no podéis ayudarme. Adiós.

Volvió a cubrir la máscara y la guardó en el interior del kimono mientras se alejaba con paso apresurado. Atrás dejó los ruegos de Masume, quien de pronto se había vuelto intrascendente. Tenía una misión que cumplir. Eso era lo único importante, lo que no debía volver a olvidar.

De una forma u otra, con ayuda o sin ella, lograría acceder a la máscara, conseguiría ver el mundo a través de sus ojos y salvaría a su clan.

³⁷ Hora del conejo: de 05:00 a 07:00.

LAS TUMBAS DE LOS NO NACIDOS

Akamatsu Muneaki sumaba solo treinta años de vida, pero ya hacía diez que dirigía los destinos de su clan. Esa encumbrada posición, lejos de resultar un privilegio, había sido una dura carga que había dejado marcas profundas en su interior. Sus ojos, ahora, sentado humildemente sobre el suelo, no brillaban con el menor atisbo de la soberbia o vanidad de los otros señores de los clanes victoriosos tras Sekigahara; solo expresaban un profundo pesar.

Frente a él, a mitad de una suave colina, destacaban entre la alta hierba dos pequeñas figuras de piedra. Sus rostros, de mejillas redondeadas y sus dedos hinchados, unidos en piadoso rezo. Los ojos cerrados y las bocas ligeramente arqueadas sugerían paz interior. Se trataba de estatuillas que representaban al *bodhisattva* Jizō Bosatsu, deidad protectora de los niños y los viajeros en la tradición budista. Era el encargado de tomar de su mano a los no nacidos para guiarlos entre el mundo de los vivos y los muertos.

Las figuras estaban allí por los hijos perdidos de la dama Hinode. Los ritos funerarios por el otro niño, nacido de una de sus concubinas, se habían celebrado en el *han* de los Akamatsu. En apenas dos años, toda esperanza de continuidad del apellido se había esfumado.

Un fiel vasallo no tenía derecho a sentir dolor, a cuestionar el mandato del karma, a quejarse por la mala fortuna del clan, pero Toshimoto no podía evitar que el pecho se le encogiera al comprender que sí lo hacía Muneaki. De pie, al lado de su señor, percibía su resignación, su profunda tristeza. Había sido un excelente estratega, un samurái inteligente adaptado a los nuevos tiempos de paz. Sus maniobras políticas habían mantenido sus fronteras frente a la voracidad de los daimios vecinos, siempre dispuestos a acrecentar sus territorios. Pero su mesura e inteligencia no habían podido evitar que fueran repudiados en la capital, que, poco a poco, de forma inexorable, la imagen del clan fuera perdiendo lustre y su nombre fuera repetido con rencor dentro de los muros del castillo de Edo.

Toshimoto, pese a la decaída del clan, estaba orgulloso de servir a Muneaki. En un mundo en el que lo que importaba era el beneficio sin considerar los medios para alcanzarlo, él había aprendido a valorar el compromiso e integridad de su señor.

Estaban cerca de Edo, finalizando su viaje desde los dominios del clan. Esta vez, Muneaki no había llegado hasta allí arropado por una nutrida caravana ni había hecho ondear los pendones del clan para anunciar su paso. Al frente de un pequeño grupo de samuráis, prescindiendo de toda ceremonia, había recordado los viejos tiempos, antes de heredar el título de daimio de su hermano asesinado. Toshimoto había detectado en ello malos presagios, pero no había tenido ocasión de discutir con su señor los recientes acontecimientos. Nada más llegar a Shinano y dar la noticia del suicidio de la dama Hinode, Muneaki había ordenado partir a Edo, sin compartir lo que pasaba por su mente. Cabalgando sin detenerse durante la noche, habían recorrido todo el camino en poco más de un día. El cielo ya empezaba a oscurecerse y era ahora, que disfrutaban de un pequeño descanso, cuando eran conscientes de su agotamiento.

—¿Sabías que no quise ponerle nombre? —habló Muneaki. El volumen de su voz apenas

superaba al de un susurro, pero sobresaltó a Toshimoto—. No me atreví a hacerlo. Pensaba que de esa forma podría eludir la maldición que pesa sobre nuestro clan y que así llegaría a la edad adulta.

Hablaba de su último hijo, muerto antes de nacer. Toshimoto no tuvo valor para responder. Su señor guardó un breve silencio y continuó en el mismo tono, sin apartar la vista de las figuras.

—He perdido a mis descendientes y provocado el sufrimiento de los nuestros. Este es el legado que dejaré a los Akamatsu: el descrédito y la desaparición.

—No habléis de esa forma, mi señor —rogó Toshimoto. Por primera vez desde su reencuentro, nadie los acompañaba, de ahí que se atreviera a hablar sin tapujos. Los monjes no los habían seguido hasta allí, conscientes de que el daimio desearía estar solo para rezar frente a las tumbas, mientras que el propio Muneaki había ordenado a sus hombres esperar en el patio de entrada del templo—. Superaremos esta contrariedad, como otras muchas antes. No desesperéis.

Muneaki parpadeó, como si despertara de un sueño. Hasta ese momento, había hablado en voz alta, pero en realidad lo hacía para sí mismo.

—Ah, mi fiel Toshimoto, ¿cómo puedo agradecerte tantos años de paciente servicio, de abnegada entrega?

El veterano samurái se inclinó respetuosamente.

—Soy yo el honrado, mi señor. No podría desear a alguien más digno a quien servir.

—¿De verdad crees eso, viejo amigo? ¿Qué clase de hombre soy yo, que ni siquiera ha participado en el *mizuko kuyo*³⁸ de mi último hijo? No abandoné el *han* tras conocer la noticia. Solo envié una carta insulsa a mi esposa como formal intento de consuelo. He estado tan ocupado por mantener mi señorío que he descuidado todo lo demás. No he llorado a mis hijos más allá de la pérdida que para mis aspiraciones representaban y he dejado que mi amada Hinode se quitara la vida, quebrantada por el dolor. Debería haberlo dejado todo y haber regresado a Edo a tiempo de evitarlo.

—Vuestro deber era mantenernos a todos nosotros, más allá de vuestras aspiraciones domésticas. Ese sacrificio es digno de elogio y no de reproche.

—¿Mis obligaciones? ¿Cómo puedo decir que las he atendido si no he sido capaz de procurar un heredero? Sin él, mi línea familiar corre riesgo de interrumpirse. La acuciante necesidad de engendrar un descendiente será la vergüenza que acabará con mi prestigio en Edo. Debería haber tenido niños con tantas mujeres como me hubiera sido posible, pero, en su lugar, di prioridad a otras cuestiones, confiado... Más me hubiera valido morir junto a mi amada, llorando juntos la pérdida de nuestros hijos.

—No digáis algo tan horrible —pidió Toshimoto—. No somos dueños de nuestro destino, pero sí de nuestras decisiones. Como decís, tal vez nada pudiera eludir nuestra desgracia, pero habéis honrado el nombre de vuestros antepasados en la forma con la que habéis tratado de evitarla.

Muneaki guardó silencio. Un cuclillo pasó volando a media altura, esquivando los troncos de los árboles. Rodeados de vegetación, con el templo oculto y el silencio reinante, parecían muy lejos del mundo de los hombres.

—Nuestra desgracia... —Regresó el daimio desde sus profundas reflexiones. Seguía con la mirada fija en las figuras de piedra—. La maldición de los Nanjō, la venganza de su fantasma, acabó con la vida de mi padre. Sin embargo, fui yo quien procuró que ese mismo fantasma asesinara a mi propio hermano, el daimio por derecho propio. Me dejé llevar por la ira y por un malsano sentimiento de rencor hacia él. Así que dime, Toshimoto, ¿cuál de las dos maldiciones está acabando ahora con nuestro clan?

—Seguís siendo demasiado severo en vuestras críticas. Ambos sabemos que, si la dirección del clan hubiera seguido en manos de vuestro hermano Fujifusa, habríamos desaparecido hace mucho. Tomasteis la única solución posible. Por el bien de todos nosotros.

—No discutiré contigo, Toshimoto —cedió Muneaki con una triste sonrisa—. En realidad, creo que nada puede evitar ya que nuestro clan sucumba. Mis hijos mueren. No condenaré más cuerpos ni más almas. Mi esperanza de tener heredero se ha esfumado definitivamente.

—Nombrasteis heredero a un hermoso niño, fruto de vuestra relación con una concubina, después del primer aborto de la dama Hinode. Fue una sabia decisión. Que se ahogara cuando apenas empezaba a andar en un descuido de su aya fue un accidente. Los que dicen que fue un demonio del lago quien lo arrastró no son más que unos ignorantes. Nada impide que adoptéis un nuevo heredero o que busquéis descendencia con cualquier otra mujer. Aún sois joven.

—No, Toshimoto. Fue la maldición que nos persigue la que provocó aquella desgracia. En la capital nos repudian por ello o, mejor dicho, me desacreditan por mi incapacidad de lograr descendencia. Nuestra expulsión del castillo ha sido el último gesto. El sogún ni siquiera me da audiencia. Todos pagáis por ello. Os estoy arrastrando en mi caída. He faltado a mi deber de daros protección. Si existiera un hijo con la edad suficiente, le habría cedido el mando del clan de inmediato. Te hubiera nombrado su mentor y me habría retirado a las montañas, lejos del mundo. Pero ahora es demasiado tarde.

Toshimoto comprendió horrorizado hasta qué punto la muerte de la dama Hinode había afectado a su señor. La primera esposa era siempre elegida por su fertilidad, con el único propósito de engendrar descendencia oficial, mientras que las concubinas daban solaz al deseo de su marido, pero Muneaki amaba a la dama Hinode. Las cuatro concubinas que ocupaban el pabellón doméstico del castillo de Shinano no eran más que un ornato, un gesto de conveniencia para guardar las apariencias.

Muneaki tomó aire y volvió a hablar, esta vez elevando su tono.

—Los hijos de la dama Hinode murieron antes de conocer este mundo y estarán perdidos cerca del río Sanzu, sin el buen karma que hubieran acumulado en esta vida para tener derecho a cruzarlo. Estoy hoy aquí para implorar a Jizō Bosatsu que se apiade de ellos y los guíe al paraíso. De una forma u otra, romperé el maleficio, os libraré a todos vosotros de la ira de los Nanjō y de mi perniciosa influencia.

Dicho esto, se inclinó respetuosamente en dirección a las estatuillas y pegó la frente al suelo, solemne. Después, se incorporó para buscar las piedras que había ido recogiendo en su camino hasta allí. Las colocó junto a las figuras, unas sobre otras, hasta formar una pequeña torre. Pedía así que le fuera traspasada la carga y el sufrimiento que sus hijos soportaban.

Volvió a inclinarse, con las palmas unidas en oración.

Finalmente, se puso en pie.

Cuando se giró hacia Toshimoto, el viejo samurái sintió cierto alivio, pues la serenidad había regresado al rostro de Muneaki.

—Es hora de continuar hasta Edo —anunció mientras comenzaba a caminar. No volvió a dirigir la mirada hacia atrás, como si de esa forma pudiera olvidar su pesar.

—¿Cuáles son vuestras órdenes?

—¿Qué puedes contarme del castillo?

—No ha cambiado nada desde vuestra partida.

—Cuando la noticia de la muerte de la dama Hinode sea pública, volverán a atacarnos. El Consejo de Ancianos encontrará provechosa la situación.

—¿No existe forma de ocultarlo? Quizá fuera prudente...

—No. Mi regreso a Edo es para comunicar la noticia a las autoridades. La ley me obliga a dejar en Edo a mi primera esposa y a mis hijos para asegurar mi lealtad. Ahora que ni una cosa ni otra puede hacerse, pediré al sogún que disponga de mí como plazca.

—Os pondréis a su merced o, mejor dicho, a la de nuestros enemigos.

—Ya lo estoy desde hace mucho. Solo trato de afrontar mi destino con entereza. No me esconderé más. Aceptaré lo que quiera que me tenga destinado el karma.

—Os seguiré hasta el final, mi señor —respondió al instante Toshimoto.

—¡Ja! —soltó Muneaki. Parecía haber recuperado parte de su humor—. Estás deseando morir con honor, amigo mío.

—Así es, no sirve de nada ocultarlo. He vivido demasiado para un samurái. Muy pronto ni siquiera podré seros de utilidad. Cada día soy más viejo.

—Un viejo inútil no realiza una cabalgada de Edo a Shinano y regresa antes de que termine el tercer día. Además, Tsuyoi aún te necesita.

A Muneaki le extrañó que su comandante tardara en contestar.

—Me temo que ya no es mi responsabilidad. Lamento haberos fallado, pero el chico no es válido

para asumir el legado de su padre.

El daimio se detuvo.

—Graves palabras son esas, Toshimoto. Era el único, por sangre, que podía asumir ese papel.

—Estoy desolado. Ya sabéis que con gusto...

—¡No sigas! —cortó Muneaki—. No pediré tu cabeza por esto. Sé que nadie hubiera formado mejor a un samurái. ¿Qué ha ocurrido?

—No tiene la suficiente templanza. Es esclavo de sus pasiones.

—Comprendo... ¿De verdad que esa máscara tiene vida propia? ¿Es cierto que necesita de un hombre cabal para doblegarla?

—Podéis creerlo, mi señor.

—Me dices que no atienda a supersticiones y fantasmas, pero tú aseguras que una máscara de *noh* tiene espíritu. —Tomó aire lentamente antes de continuar—: ¿No sería más fácil quemarla?

—Algo me dice que esa sería la forma de liberar el mal que habita en su interior.

—Entonces, morirá con nosotros.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Apártala del mundo, escóndela en algún lugar donde nadie pueda encontrarla. Entiérrala, lánzala al mar, déjala confinada en los cimientos de una casa o en el fondo de un río caudaloso. Somos los únicos que conocemos su secreto; cuando ya no estemos aquí, quedará olvidada para siempre.

Toshimoto no estaba seguro de que fuera tan fácil que la máscara desapareciera, pero rezó a todos los dioses para que su señor estuviera en lo cierto.

—Así lo haré —prometió el fiel samurái—. En cuanto lleguemos a Edo, la confinaré en algún lugar donde nadie pueda encontrarla jamás.

Los dos hombres se alejaron del claro, camino del templo y del reencuentro con el resto de los samuráis que aguardaban en Edo.

³⁸ *Mizuko kuyō*: ceremonia budista por los niños muertos antes de abandonar el vientre de sus madres. Se consideraba a los bebés nacidos desde el momento de su concepción, por lo que, tras el alumbramiento, ya contaban con un año de edad.

LA MALDICIÓN DE LOS AKAMATSU

Tsuyoi regresó a la mansión cuando las puertas de los distritos estaban a punto de cerrarse. Accedió escalando el muro exterior y entró sin ser visto por los guardias que lo custodiaban. Para su sorpresa, alguien lo detuvo nada más poner el pie en el patio.

—¡Tsuyoi! —reclamó la voz de Oki—. Por todos los dioses, ¿dónde te habías metido?

—Ah, eres tú... Me has dado un susto de muerte.

—Te estuve esperando para desayunar, como prometiste la pasada noche. Al no encontrarte, temí por ti. ¿Has perdido el juicio? Escaparte una vez más a la ciudad, precisamente ahora... Tu comportamiento acabará por traerte graves problemas.

—Tenía cosas importantes que hacer —se defendió, molesto—, precisamente por el bien del clan. Cuando acabe, nada de esto tendrá importancia. En cuanto a lo del desayuno, lo siento, me olvidé.

—¿Te olvidaste? ¿Y te has olvidado de Toshimoto o de nuestro señor? Están aquí, de vuelta.

—¿Toshimoto ha regresado con Muneaki? Creía que, al menos, tardarían dos o tres días más.

—Llegaron esta misma tarde. Y han anunciado una gran desgracia, el motivo por el que Toshimoto acudió a verlo con tanta urgencia: la dama Hinode ha muerto.

—¿Cómo?

—Se suicidó. Por eso los guardias tenían rodeada la casa principal. No podía revelarse a las autoridades antes de que nuestro señor tomara medidas.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué es lo que piensas?

—¿Y si la dama Hinode no se suicidó?

—¿De qué estás hablando?

—Escucha —pidió tomándolo de un brazo—, estoy investigando lo que ocurre realmente en nuestro clan y creo que hay una conspiración contra nosotros.

—Eso no es nada nuevo. Todos los daimios están enfrentados. Intentan ganarse el favor del según a cambio de hundir al resto. Ahora que no hay guerras con las que ganar tierras conquistadas, muchos anhelan los *han* de sus vecinos.

—No me refiero a eso. Esto va más allá de las calumnias o las intrigas del castillo. Alguien está

matando a los hijos de nuestro señor y ahora ha acabado también con la vida de la dama Hinode.

Oki parpadeó varias veces, asombrado.

—Eso no puede ser posible.

—Aún no lo puedo demostrar, por eso busco pruebas que me ayuden a desenmascarar a nuestro enemigo.

—Si sospechas algo, lo mejor es que pongas al corriente a nuestros superiores de inmediato, Tsuyoi.

—Ellos no lo entenderían.

—Dirás que no te creerían. Hace un momento, ni siquiera sabías que la dama Hinode estaba muerta y ahora crees que ha sido asesinada. ¿Y a qué viene eso de que los herederos de nuestro señor no murieron de forma natural? Recuerda que el último lo hizo antes de abandonar el vientre de su madre. ¿Cómo podría llegar hasta ellos un asesino? ¿Qué pruebas tienes?

—Las encontraré —respondió alzando el mentón.

—¿Cómo?

—No puedo decírtelo...

Oki le puso la mano sobre el hombro.

—¿Cuánto has dormido hoy?

—No lo sé, puede que unas horas.

—Amigo, sigues muy alterado. Lo de la casa de té y el repudio de Toshimoto te ha afectado. Debes serenarte, meditar y descansar un poco. De esa forma, verás todo más claramente.

Tsuyoi se quitó la mano de Oki de una sacudida.

—¡No necesito descansar! Te digo que solo yo puedo salvar a nuestro clan. Todos vosotros estáis ciegos. Es un ataque, pero averiguaré quién lo ha provocado. Acabaré con nuestros enemigos, sean hombres o fantasmas.

—No hables tan a la ligera —respondió Oki, nervioso—. Debes evitar esos pensamientos, y mucho más expresarlos en voz alta.

—¿Tú también te has creído lo de ese Fantasma de los Nanjō? —se burló Tsuyoi—. Ah, ya veo que es así.

—Esa leyenda nos persigue desde hace mucho. Me la contaba mi padre y la escuché muchas veces de otras bocas.

—Pero nunca me dijiste nada.

—No es algo de lo que se pueda hablar abiertamente. Daba por supuesto que estabas al corriente.

—Hasta hoy mismo no sabía nada de la historia. ¡Menuda colección de fantasías!

—Te repito que no juegues con los espíritus. Atraerás su atención.

—Maldita sea, Oki. Te has puesto blanco. Estás aterrado —se burló—. Apártate de mi camino y no me entretengas más. De nada me sirve alguien que se asusta con chismes de viejas.

—¿Quién pone esas palabras en tu boca? —respondió Oki—. Una vez más, te comportas como alguien a quien no conozco. Solo trato de ayudarte, pero me desprecias, en lugar de escucharme. ¿Has decidido condenarte? Pues yo debo pensar en mi familia, no puedo permitir que me arrastres en tu caída. Haz lo que creas, no volveré a interponerme en tu camino.

—Ya salió a relucir una vez más el asunto de la familia... Muy bien. Adiós, Oki.

Tsuyoi se fue, asqueado. Oki solo era un estorbo. No le servía de nada. Había hecho lo correcto al no compartir con él el secreto de la máscara. Ahora debía concentrarse en analizar la situación. Había dicho sin pensar que la dama Hinode había sido asesinada, pero no era una idea del todo descabellada. Después del regreso de Muneaki a Edo, urgía más que nunca que detuviera el ataque al clan.

Tsuyoi sintió el tacto de la máscara a la altura de su estómago, como un talismán que lo protegiera e inspirara. Su esperanza cobró más fuerza que nunca. Conseguiría averiguarlo todo, estaba seguro.

Entonces, le vino a la mente un pensamiento inspirador, una guía: debía preguntar al médico, a Ishi. Algo le decía que era el próximo hito en su camino.

Había estado sumido en sus reflexiones mientras caminaba, por lo que no se había percatado de que todo estaba en silencio. Se detuvo en mitad del patio, extrañado, y se dio cuenta de que no había trasiego de sirvientes ni voces de entrenamiento en el *dōjō*. Los portones seguían cerrados, custodiados por dos samuráis, pero no había ninguno más a la vista, ni en los muros ni en la casa principal.

Se dirigió al *nagaya* del servicio. Avanzando por el largo pasillo exterior, fue dejando atrás muchas habitaciones vacías, en las que hacía tan solo unas horas habitaban los servidores y funcionarios del clan. Había utensilios abandonados, cuencos de la cena sin terminar, ropa tirada sobre el tatami.

Al fondo, para su alivio, la habitación del médico seguía ocupada. Ishi vestía ropa de viaje, sentado cara a la pared. A su lado, tenía un hatillo y una estera enrollada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Tsuyoi.

El viejo contestó con los ojos entornados.

—La maldición nos ha alcanzado —respondió con voz trémula—. La mayoría se ha marchado cuando se ha anunciado la muerte de la dama Hinode. Nuestro daimio no ha puesto ninguna objeción. El clan Akamatsu ha perdido definitivamente el favor de los dioses.

—¿No hay duda sobre el motivo de su fallecimiento?

—Me temo que no, se suicidó.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Ahora ya no tengo que mantener ningún secreto, por lo que puedo hablar sin tapujos. Fui llamado la noche en la que abandonó este mundo. Toshimoto quería conocer el motivo de su muerte. Pude estudiar el cuerpo y todo indicaba que se cortó la garganta y esperó a desangrarse.

—¿Tú también crees en la maldición? ¿Tienes miedo y por eso te vas?

—Ya te dije que el motivo de mi marcha era mi vergüenza. No supe evitar los abortos de la dama Hinode y tampoco detectar a tiempo sus intenciones suicidas. Se me encargó mantenerla con vida, a ella y a sus hijos. He fracasado. Ya no me queda nada que hacer aquí.

Tsuyoi se descalzó y entró en la sala. Al sentir sus pasos por encima de las esteras de paja, el médico se giró hacia él. Había restos de lágrimas en su rostro. No se había molestado en limpiarlas. El joven sintió desprecio. ¿Qué clase de hombre lloraba?

—Me has preguntado por la maldición de los Akamatsu —habló Ishi—. Eso ya no tiene importancia. Real o no, todos creen que el fin del clan es ya inevitable. Por eso han huido.

—Yo no creo en el final del clan —dijo Tsuyoi hinchando el pecho—. Estoy investigando las causas de estos terribles acontecimientos con la intención de revertir nuestra suerte.

—Ah, la tozudez de la juventud... Envidio tu ceguera. La ignorancia puede conducir al fracaso, pero hasta ese momento se vive empujado por el valor inherente al desconocimiento del peligro.

—¡Yo no soy un fracasado!

—Disculpa a este hombre —pidió Ishi inclinando respetuosamente la cabeza—. No soy más que un viejo senil que en otro tiempo fue médico.

—Médico... —Tsuyoi paladeó la palabra unos instantes. Había olvidado el motivo que lo había llevado hasta allí—. Dime, si quisiera provocar la muerte de un niño que aún no ha abandonado el vientre de su madre, ¿cómo podría lograrlo sin matar a la mujer?

—¿Piensas en las muertes de los hijos de la dama Hinode?

—Contesta a mi pregunta.

—Bueno... Supongo que habría alguna forma. Déjame pensar... —El médico se llevó dos dedos a la barbilla, repasando mentalmente sus conocimientos. Tsuyoi esperaba anhelante—. El caso es que las *oiran* son muy dadas a usar algo venido del otro lado del mar, del imperio de los Ming.

—¿Dime más! ¿De qué se trata?

—Es una planta de raíces tóxicas llamada tártago. El aceite extraído de sus semillas se usa como purgante y desinfectante, pero administrado en proporciones inadecuadas puede ser abortivo. Como ya te he dicho, últimamente se ha popularizado su uso entre las *oiran*. Sus patrones las obligan a tomarlo para seguir trabajando.

—¿Tienes tártago entre tus medicinas?

—Sí —confesó Ishi—, pero yo lo uso como vomitivo para las intoxicaciones o para combatir el reumatismo y los problemas intestinales. Jamás lo administraría a una mujer embarazada.

—No te acuso de nada. Solo quiero que compruebes ahora mismo si te falta —pidió Tsuyoi.

El médico se incorporó para buscar entre sus estantes. No tardó mucho en encontrar un pequeño tubo de bambú, de apenas un dedo de largo. Lo destapó para observar su contenido.

—No falta nada —aseguró—. Tiene la misma cantidad que dejé tras el último uso.

Tsuyoi se lo arrebató de las manos para mirar dentro.

—¡Cuidado! —advirtió el médico—. Puede causar graves irritaciones. Si te cae en los ojos te quedarías temporalmente ciego.

—Parece sake dorado —declaró Tsuyoi antes de volver a taparlo con cuidado.

—Pues la semilla es negra —explicó Ishi.

—Estoy convencido de que fue utilizado para intoxicar a la dama Hinode —concluyó Tsuyoi—. Si no salió de tus medicinas, ¿dónde se pudo conseguir?

—No es posible que alguien pudiera administrarle esa medicina a la esposa consorte de nuestro señor. Yo mismo vigilaba cada medicamento que se le administraba y cuidaba de su alimentación. Jamás comía nada fuera de esta casa. Ya sabes que debía permanecer recluida en ella por mandato del *bakufu*. Además, para lograr el efecto deseado, hubiera debido tomar una cantidad suficiente para provocarle vómitos y yo lo hubiera sabido.

—Deja eso de mi cuenta y contesta a mi pregunta.

—Está bien. Como casi todo en esta ciudad, la distribución del tártago y otras muchas medicinas está estrictamente controlado por las autoridades. Solo se vende a los médicos reconocidos y en reducidas cantidades.

—Pero acabas de decir que las *oiran* lo utilizan.

—Los dueños de los burdeles suelen pertenecer o tener contactos con los grupos mafiosos. Hay un gran mercado negro en Edo, del cual no conozco nada. Supongo que el tártago es otro de los artículos con los que trafican.

Tsuyoi estaba eufórico. Por fin tenía una buena pista que seguir.

—¿Puedo quedarme con tu tártago?

—Ya no soy médico —declaró con turbación—. Estas medicinas son ahora propiedad del clan y tú, como samurái, eres custodio de todo. No me incumbe lo que quieras hacer con él. Y ahora, me marchó.

—¿Ahora? —se extrañó el muchacho—. Es casi de noche, ya habrán cerrado los portones de los barrios.

—La decisión está tomada. Solo he esperado al momento de comunicarlo a nuestro señor.

Se movió lentamente, como si temiera que sus huesos se quebraran. Tomó sus escasas posesiones y se encaminó hacia la salida.

—Nadie me volverá a emplear jamás —reconoció—. Si tuviera valor para ello, me mataría.

Tsuyoi no dijo nada. Escuchó los pasos de Ishi por el corredor mientras mantenía en su mano el pequeño tubo de bambú, pensando su siguiente movimiento. Ya sabía cómo habían provocado los abortos de la dama Hinode. Ahora solo faltaba saber quién lo había hecho. Su vientre ardía. La máscara parecía palpar. Era ella quien lo guiaba, quien había instalado la idea de ir a ver a Ishi en su conciencia. Estaba seguro.

Supo que estaba mucho más cerca de ser digno de la confianza de la máscara. Ella acabaría por ofrecerle sus secretos, se fundiría con él. Febril, sacó el envoltorio y la liberó de su prisión de tela. Sonreía. Era la confirmación de su favor.

El muchacho recorrió la mejilla con reverente atención, palpando con ternura apasionada y deleitándose con el sensual contacto. Suspiró, arrobado.

El tiempo se detuvo, una extraña lasitud lo invadió. Sus sentidos lo abandonaron y olvidó dónde estaba. Tuvo una especie de pérdida de conocimiento, pero cuando finalmente volvió a recuperar la consciencia seguía sentado. No sabía cuánto tiempo había pasado. Desconcertado, volvió a guardar la máscara entre sus ropas. Esta vez, no se molestó en cubrirla. No se separaría de ella jamás. Viviría en contacto con su piel hasta el día de su muerte.

Salió afuera. En el patio, Toshimoto caminaba proveniente de la entrada de la mansión. Su rostro serio enmascaraba cualquier emoción, pero lo conocía demasiado bien como para no detectar gravedad en su caminar. Tsuyoi dudó, pero fue el veterano samurái quien habló en primer lugar.

—Te estaba buscando —declaró sin preámbulos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Ishi me lo dijo antes de marcharse. Una lástima, una pérdida irreparable. Hoy en día no se necesita ningún maestro ni un período previo de aprendizaje para ejercer la medicina. Cualquiera puede dedicarse a ello. Sin embargo, Ishi era un gran estudioso y un hombre capaz, muy

sobresaliente. Ahora no será más que un mendigo. Así juegan los dioses con el destino de todos nosotros.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó sin el menor tacto.

—¿Te ha empleado el subcomandante Kita en alguna labor?

—Ni siquiera consiente en verme. Me dijiste que me daría una función, pero estoy aquí de brazos cruzados.

—Entiendo... Debes ser paciente, pronto serás necesario.

—Creía que yo... Bueno, le ordenaste que me empleara y no lo ha hecho. Quizá debieras repetirle tu orden.

Su antiguo maestro negó con la cabeza lentamente.

—Tanto en el mundo como en el clan, cada uno de nosotros tenemos nuestra función. Debemos respetar el criterio de Kita, pues él es el encargado de dirigir a los hombres de la guardia.

—Pero yo podría hacer otras funciones ajenas a la guardia y, de ese modo, no estar supeditado a las órdenes de Kita. Acompañarte, quizá.

—No parece entender o, más bien, no escuchas lo que te digo. Tus deseos gritan más alto. Ninguno de nosotros podemos elegir nuestro destino, solo cumplir con nuestro deber. No influiré en la decisión del subcomandante Kita ni trataré de forzarla.

Los dos quedaron en un incómodo silencio. Toshimoto parecía dudar, sin decidirse a retomar la conversación.

—No era para eso para lo que querías verme. —Comprendió Tsuyoi—. Hubieras podido saberlo preguntando al propio subcomandante Kita. Dime qué es lo que pasa.

—¿Tienes la máscara? —soltó de pronto.

—¿De qué hablas? —respondió, rezando para que Toshimoto no notara su turbación—. No sé a qué te refieres.

Estaba mintiendo al samurái más importante del clan después del daimio y también al que había sido su maestro, pero estaba seguro de que actuaba correctamente. Si reconocía su pecado, le arrebatarían la máscara y, a cambio, solo obtendría un juicio condenatorio por parte del clan. Robar era un grave delito entre la casta samurái. Incluso podría ser expulsado.

El espíritu que habitaba en aquel rostro níveo lo había llamado. Quería que fuera él quien compartiera su poder. Toshimoto solo quería la máscara para volver a esconderla en el fondo de un arcón, apartándola del mundo egoístamente. No podía permitirlo.

—Si no sabes nada, tanto mejor —declaró Toshimoto, visiblemente aliviado—. Ojalá nunca más sepamos de ella.

El muchacho no supo interpretar sus palabras.

—Cuéntame algo más para que pueda comprender —pidió a Toshimoto—. He oído hablar de samuráis que usaban *kabuto*³⁹ con rostros terribles para infundir temor a sus enemigos. ¿Es de ese tipo la careta que buscas?

—No. Es una máscara de teatro *noh*. Todos estos años he procurado formarte, prepararte para ser un digno custodio de ella. Esperé a que ese momento llegara, pero el karma ha decidido por mí.

—¿Por eso me exigías tanto? Me has tenido apartado de cualquier promoción y he terminado perdiendo la oportunidad de encontrar mi sitio en el clan. ¿Todo por un atrezo de teatro?

—Te hablé de que algún día serías digno sucesor de tu padre, pero nunca te conté de qué naturaleza era ese legado. Bien, tu padre fue portador de la máscara. La utilizó como medio para provocar temor, para hacerse pasar por un ser de otro mundo. Murió con ella y con un sable en la mano, enfrentado a nuestros enemigos. Yo me convertí en su custodio, en espera de que pudiera entregártela.

Tsuyoi lo miró con asombro.

—Mi padre... ¿Era el Fantasma de los Nanjō?

—En realidad, fue el segundo Fantasma. El padre de nuestro daimio, Akamatsu Chiba, cometió una atrocidad. Se encaprichó de una niña y la convirtió en su esposa. Para lograrlo, traicionó en la batalla de Sekigahara a los Nanjō, una familia de leales samuráis que actuaban bajo sus órdenes, y todos sus guerreros perecieron. El último de ellos utilizó por primera vez la máscara para vengarse. Con ella, introdujo la semilla de la decadencia en nuestro seno, pero lo pagó con su vida.

—¿Cómo acabó en manos de mi padre?

—Nuestro señor Muneaki aprovechó el terror que infundía el Fantasma de los Nanjō para pedirle que perpetuara el mito.

—¿Para qué?

Toshimoto dio un paso adelante, inclinando el rostro, agotado. Después de su largo viaje, no había podido descansar. Acababa de regresar de la apresurada cremación de la dama Hinode. Después de casi tres días fallecida, no podían esperar más mientras su cuerpo se corrompía.

—Lo único que necesitas saber es que nuestro señor quedó en deuda con él y yo, como parte de una promesa dada a tu padre por Muneaki, fui a buscarte para traerte aquí y hacerte samurái. Nos persigue una maldición que se originó con la matanza de los Nanjō. Nuestro señor Muneaki siempre quiso librarnos de ese infortunio. Por eso favoreció a los Nanjō supervivientes, mujeres y niños en su mayoría, pero aún faltaba aplacar al Fantasma. Creyó que algún día, cuando estuvieras preparado, podrías asumir ese papel y salvar a nuestro clan, como hizo tu padre. Pensaba que el lazo de sangre sería fuerte y que podrías, como él, controlar la máscara por el bien de los Akamatsu.

—¿Y por qué has sospechado que yo la tenía?

Toshimoto lo miró directamente, apretando los dientes.

—No usé la máscara nunca, pero juro por mis antepasados que ella me tentó muchas veces. Tiene vida propia y su naturaleza es maligna. Al no encontrarla a mi regreso, pensé que podría haber hecho lo mismo contigo, que te habría llamado... —Tsuyoi notó que su corazón de desbocaba y que su respiración se hacía más costosa. Por suerte, Toshimoto ya no lo miraba, parecía absorto en sus propios pensamientos—. Sin embargo, ya nada de eso importa. La máscara no está.

—Todo el mundo está nervioso —habló Tsuyoi para apartar la atención de la máscara—. Ninguno de nosotros sabe por qué nuestro daimio ha permitido que el servicio se marche. Por el contrario, los samuráis ni siquiera podemos salir a la ciudad. ¿Estamos esperando un ataque? Y, si es así, ¿quién es nuestro enemigo?

—Nuestro clan ha caído en desgracia y los reveses se acumulan. Hemos perdido el favor del sogún y la muerte de la dama Hinode ha sido demasiado para nuestro daimio. La amaba profundamente, más de lo que nadie pueda imaginar. Muneaki es un gran señor, pero también humano. No puede enfrentarse él solo a los Tokugawa. La orden de que todos nosotros, sus leales samuráis, sigamos aquí no es suya. He sido yo quien lo ha pedido. Es nuestro deber permanecer a su lado hasta el final.

—Eres su vasallo más leal. Puedes convencerlo para que siga luchando por nuestro clan.

—No puedo deshacer lo que el destino ha tejido —confesó el veterano samurái—. No soy más que un hombre y mi tozudez no es suficiente para influir en el karma. Soy samurái y mi deber es permanecer al lado de mi señor, pase lo que pase. Estoy cansado, Tsuyoi. Solo deseo tener una muerte digna.

Toshimoto se giró bruscamente y empezó a alejarse camino de la casa principal, dando por zanjado el encuentro.

Tsuyoi sintió un nudo en la garganta. Estuvo a punto de confesar que él tenía la máscara, que era digno de hacerse cargo de ella, puesto que ella misma lo había querido así, y que nada debía temer. Sin embargo, algo le decía que no podía caer en aquella debilidad, que su misión estaba por encima de los sentimientos de Toshimoto.

—¡Dile a nuestro señor que yo salvaré al clan! —soltó Tsuyoi.

Era una afirmación atrevida, fuera de lugar. Podría dar, incluso, pie a que Toshimoto le preguntara por el motivo de tan orgullosa pretensión. Pero su antiguo maestro siguió su camino, sin detenerse.

Al cabo de dos días, un monje itinerante llegó a las puertas del templo donde Muneaki y Toshimoto se habían detenido antes de entrar en Edo. Oculto bajo su ancho sombrero, vestido con el hábito que atestiguaba su condición y apoyado en su bastón, era imposible diferenciarlo del resto de los bonzos que vagaban por la ruta Nakasendō.

Afable, habló animadamente con un joven novicio, que le dio agua para calmar su sed. El visitante comentó que un grupo de samuráis a caballo, al parecer con mucha prisa, lo habían adelantado en el camino hacía unas jornadas. Tras una breve descripción, el novicio no dudó en darle una respuesta.

—Era el daimio de la casa Akamatsu —aseguró, ufano—. Es uno de los muchos protectores del templo. Se detuvo aquí para orar por sus hijos fallecidos antes de continuar de camino a Edo.

—Ah, ¡qué extraordinario! —respondió el bonzo—. Me dijeron que Akamatsu Muneaki ya había cumplido con su período obligado de residencia. ¿Qué pudo traerlo de vuelta?

—Nosotros nos preguntamos lo mismo, pero luego supimos que su primera esposa había muerto.

—Una gran desgracia, debía ser una mujer joven.

—Sí, así es. Dicen que se suicidó.

El novicio estuvo a punto de decir algo más, pero se retuvo a tiempo. No sería él quien criticara a uno de sus benefactores. Al fin y al cabo, los rumores podían ser inciertos. ¿Quién podía asegurar que se había suicidado por no soportar la vergüenza de su clan?

—Esa familia parece maldita —dejó caer el monje itinerante.

—¿Te refieres al Fantasma de los Nanjō?

—Eso mismo. A veces, es una bendición ser un simple bonzo, ¿verdad? No estamos condenados a soportar el peso de la responsabilidad de mantener a otros. Podemos ser libres y dejarnos llevar por el viento.

El visitante dio las gracias por el agua y la breve charla y continuó su camino. En realidad, sus palabras distaban mucho de ser banales. Había perseguido a la columna de Muneaki desde Shinano, avanzando sin descanso, casi sin comer o dormir. No podía competir con un caballo a la carrera, pero, al menos, pudo felicitarse por averiguar el motivo del viaje de Muneaki. Egao se preguntó si sería allí, en la populosa Edo, donde encontraría por fin a la máscara del Fantasma de los Nanjō.

³⁹ *Kabuto*: casco de la armadura samurái.

REFLEJO FLOTANTE

El barrio del placer de Yoshiwara estaba en una zona poco urbanizada al sureste de Edo. Al igual que en otras grandes ciudades, como Osaka y Kioto, las autoridades habían delimitado el comercio sexual en un área apartada, como si de esa forma negaran formalmente su existencia.

A media mañana, Ude caminaba entre juncos en dirección a los muros que rodeaban el área cuadrada que albergaba Yoshiwara. Las gaviotas graznaban volando a baja altura cuando alcanzó por fin la única entrada, fuertemente vigilada.

—Un poco pronto para la juerga —se adelantó un policía. Detrás de él, se apoyaban sobre el muro dos más, apenas interesados en la conversación.

—Nunca es pronto ni tarde para disfrutar de los placeres de la carne —declaró con descaro, buscando la complicidad del samurái.

—Mucho te debe de apretar la entrepierna para venir hasta aquí tan temprano.

—No puedo quedarme esta noche. —Como ocurría en el resto de los barrios, al terminar el día se cerraban las puertas hasta el amanecer—. Las chicas están más limpias y solícitas a primera hora.

—También puedes verlas mejor —objetó el policía—. Por la noche, es más fácil imaginar un cutis inmaculado, disminuir la edad y pasar por alto cualquier imperfección.

Por detrás, sus compañeros sonrieron la broma.

—Bueno, no soy muy exigente —respondió Ude—. Me basta con una flor que aún conserve los pétalos.

El policía rio con ganas.

—Puedes pasar. Y cuidado: a esta hora hay pocas patrullas.

—Gracias. Esconderé mis monedas.

Ude siguió adelante y se acercó al segundo control de entrada, el menos evidente y el más minucioso. Varios hombres se sentaban bajo los aleros de una casa de baños. No había barreras, uniformes ni letreros con el sello Tokugawa, pero Ude sabía quiénes eran. Las miradas de los espías de la Metsuke lo siguieron con interés, estudiando sus sables y sus ropas. El *rōnin* no hizo el menor gesto de reconocimiento, consciente de que era lo que haría un hombre temeroso de los calabozos del régimen Tokugawa.

Por un instante, le preocupó que su rostro ya circulara entre las fuerzas del orden. Decían que había imprentas donde se retrataba a los criminales más buscados y que, gracias a ese invento, podían distribuirse cientos de copias por toda la ciudad. Existía la posibilidad de que el asesinato de Takai fuera del interés del *bakufu* y que lo estuvieran buscando. Tal vez alguien en el teatro

podiera haber aportado los suficientes datos para que aquellos hombres tuvieran la imagen de Ude bien presente.

Sin embargo, nadie lo detuvo. Aliviado, siguió por la avenida principal desde la que se distribuían el resto de las calles del barrio del placer.

El tercer control con el que se topó lo formaban los integrantes de los diferentes gremios mafiosos de la ciudad, convenientemente alejados de los ojos y oídos de la Metsuke y la policía. Se distribuían por las terrazas de los burdeles y las entradas a las casas. Registraban tanto las llegadas como las salidas y a veces esperaban a hombres señalados para atentar contra ellos. Al final del día, unos y otros informaban a sus jefes.

Ude era un recién llegado a la ciudad y, entre los Hombres del Río, solo Sakon, el falso mendigo que lo había reclutado, sabía que era uno de ellos. Ninguno de los controles había sido un obstáculo. Sakon había hecho hincapié en que no se relacionara con el resto, que mantuviera el anonimato tanto para los suyos como para las bandas contrarias. Ahora comprendía su celo.

Siguió por la avenida, sin merecer la atención de unos y otros. Como ya había adelantado el policía de la entrada, el barrio no estaba muy concurrido. La mayoría de las *mozas de reja* aún no ocupaban los espacios con barrotes de los burdeles, donde se mostraban a los potenciales clientes en la calle. Posaban durante toda la noche como insectos o pájaros exóticos.

Ude tardó poco en llegar a su destino, una *ageya*⁴⁰ elevada sobre gruesos pilares de piedra. En la entrada había un hombre de aspecto belicoso, fuerte como un toro, pero sin armas a la vista. Llevaba las piernas y los brazos descubiertos y el pelo recogido en un moño.

—¿Qué quieres? —se adelantó.

—Tengo una cita con la *yarite*⁴¹.

—Ya veo... ¿Y cuál es tu nombre?

—Hayate —improvisó.

—Espera aquí —contestó el otro.

—Dile que vengo del río —pidió Ude antes de que el hombre entrara en el edificio.

Ude no se tomó a mal el trato recibido. Hacía mucho que había superado los complejos compartidos por la clase samurái. Se sabía por encima de aquel engreído y no necesitaba que se lo recordaran formas ritualizadas o demostraciones de sumisión. Aguardó paciente, con los brazos cruzados, de pie, con la espalda apoyada en la pared, vigilando con tranquilidad lo que ocurría a su alrededor.

No tuvo que esperar mucho. Una mujer entrada en años con un exceso de polvo blanco en la cara para disimular sus marcadas arrugas vino personalmente a buscarlo.

—Buenos días —se anunció inclinando el cuerpo pronunciadamente—. Por favor, perdonad no

haberos hecho pasar. Ha sido un malentendido.

—No tiene importancia —la tranquilizó Ude.

—Por favor, seguidme.

Al otro lado, estaba el mismo hombre de antes, esta vez postrado en el suelo junto a varias *kamuro*⁴². Nadie abandonó su posición sumisa mientras Ude se descalzaba. Diríase que recibían la entrada de un gran daimio.

La mujer lo condujo a una estancia del primer piso, donde ya estaban preparados unos cojines en torno a una mesa baja con rodajas de frutas.

—Quiero hablar directamente con ella —exigió nada más entrar en la estancia.

La *yarite* lo miró con una mezcla de asombro y temor.

—Pero eso no es posible —respondió—. Hay que seguir el oportuno protocolo. Los clientes no pueden discutir las citas directamente. Toda proposición debe ser antes discutida de forma adecuada. Estoy segura de que llegaremos a un acuerdo satisfactorio en un breve intervalo. Os ruego que toméis asiento. Enseguida os atenderán. Podéis pedir lo que queráis. La casa correrá con todos los gastos.

—Una deferencia inesperada —se burló Ude—. Sin embargo, no soy ni aristócrata ni digno merecedor de esos regalos. Ya sabes a quién represento y mi dueño no necesita que sus mensajeros sean agasajados. Me importa bien poco cuáles son las costumbres para concertar una cita formal. Es de otro asunto del que quiero hablar y deben ser los oídos de la propia cortesana quien los reciba, sin intermediarios. Créeme, es mejor para todos que solo ella conozca la naturaleza del propósito de los Hombres del Río.

La mujer palideció, incapaz de dar una respuesta.

—¡Llévame ante ella! —exclamó Ude impaciente—. No hay nada que discutir.

—De acuerdo —accedió la *yarite*, deshaciéndose en reverencias—, pero ella no está en la casa. Aquí solo se reciben y negocian los encuentros. Tendréis que esperar a que la llamemos. Esto es del todo inusual. Debéis comprender que no estaba previsto. Habrá que prepararlo todo. No puede salir a la calle sin el séquito. Su prestigio lo exige. Quizá si volvéis esta noche...

—¡De ninguna manera! Dime dónde está e iré yo mismo a su encuentro.

—Pero ella no puede recibirlos sin vestirse y maquillarse oportunamente. También hay que adecentar a sus sirvientas y la sala...

Ude perdió la paciencia.

—Escucha, vieja —pidió acercando su rostro al de la mujer y agarrándola de un brazo—, dime dónde encontrarla y deja de mi cuenta todo lo demás.

Con voz agitada por el temor, la *yarite* indicó la dirección, muy cerca de allí.

—Muy bien —aceptó Ude—. No hace falta que mandes recado. Como ya te he dicho, sobran los formalismos.

El *rōnin* volvió a la calle con paso vivo.

Cuando llegó a la residencia indicada, volvió a descalzarse y entró sin anunciarse ni esperar a ser atendido. A su paso, encontró a varias *kamuro*, atareadas en el servicio doméstico. Una de ellas, de unos doce años, fue la que se interpuso en su camino.

—Disculpad, noble señor —empezó con voz dulce pero firme—. Ningún cliente puede pasar a las dependencias privadas de una *tayū*⁴³.

—Tengo permiso de su *yarite*.

—No tenemos constancia de ello. Debéis perdonarme, pero no puedo permitir...

—Está bien. —Llegó una voz desde el primer piso—. Déjalo pasar.

Ude miró hacia el final de las escaleras. Solo tuvo tiempo de atisbar un kimono de seda que se retiraba hacia el interior del pasillo.

La niña se apartó a un lado, inclinando el rostro. Ude, ceñudo, empezó a subir las escaleras.

Arriba lo recibió el dulzón aroma del incienso. Al fondo, unas puertas abiertas lo invitaban a seguir hasta la última estancia. Cuando penetró en ella, lo esperaba Jōki, sentada en mitad de la sala con un kimono negro con flores de crisantemo y lespedeza bordadas.

—Dejadnos —pidió a las tres *kamuro* que la atendían.

La última en salir corrió el panel para dejarlos solos.

—Volvemos a vernos. —Fueron las primeras palabras de Ude.

Jōki levantó la mirada.

—Tú... eres el mismo del teatro.

—Así es. Una inesperada casualidad, ¿verdad? ¿O quizá sea el karma quien ha vuelto a reunirnos?

—Quizá, una maldición —respondió la cortesana.

Ude sonrió antes de sentarse frente a ella, demasiado cerca para las normas de etiqueta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ude—. ¿No te alegras de verme?

—La última vez que nos encontramos, hundiste mi vida. Estaba a punto de reunir el dinero

suficiente para comprar mi liberación, pero por tu culpa he vuelto a Yoshiwara. Mataste a Takai. Sé que fuiste tú —lo acusó—. Provocaste que el teatro se viniera abajo. Hubo serios altercados, luchas entre la policía y los hombres de Takai. También murieron espectadores. Al otro día, me mandaron aquí. Me dijeron que no podría volver a actuar... jamás.

—Lamento que ya no seas actriz de kabuki, pero yo no fui quien hizo la ley que prohíbe que las mujeres actuéis en los teatros y que sean jóvenes imberbes quienes interpreten vuestros papeles. Fue el *bakufu*, obedeciendo las órdenes directas del sogún. Además, con tu popularidad, te has convertido en una *tayū*. ¿Quién lo iba a decir? Ahora solo te tocarán los mismos que te han sacado del teatro, los más poderosos de Edo. No veo tanto perjuicio. Seguirás actuando, pero solo para unos pocos. Tu vida será mucho más relajada. Y, en cuanto a lo de la muerte de Takai, no sé nada.

—Llegaste al teatro por el acceso de los actores y huiste a la carrera justo cuando empezaron los disturbios. Dicen que alguien aprovechó el caos para matar a Takai, pero yo creo otra cosa. Creo que fuiste tú quien lo mató y que, para escapar, provocaste aquella locura.

—Una idea interesante, pero también peligrosa. Cuidado con lo que piensas en voz alta, mujer. Por tu boca pueden salir palabras jactanciosas, pero también puede escurrirse tu vida. Y, ahora, hablemos de lo que me ha traído aquí.

—¿Qué es? Sabes que ya no puedo ofrecerte mis servicios. Como bien has dicho, estoy muy lejos de tu nivel.

—Me conformo con haberte visto desnuda. No tuve que pagar nada por ese privilegio.

—Quizá fue solo un sueño.

—Sí, una imagen flotante. En otras circunstancias, nuestra relación podría ser muy diferente, pero en estos momentos ambos nos debemos a nuestros patronos.

—Así que tu atrevimiento atiende a las órdenes de tu amo. Muy servil para tener una lengua tan afilada.

Ude sonrió.

—Podría decir lo mismo de ti. Pero basta de intercambiar ocurrencias, no puedo perder todo el día contigo, por mucho que me agradara. Sabemos que has recibido una petición de cita —Jōki guardó silencio—. Parece que un daimio se ha encaprichado de ti. Me refiero a Akamatsu Muneaki.

—Es posible.

—Te crees muy lista, pero sigues sin comprender. Tu antiguo dueño te vendió a esta casa. Y esta casa es propiedad de los Hombres del Río.

Jōki dejó escapar su sorpresa con una mirada alarmada. Fue un momento, el tiempo que tardó en recuperar la compostura.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un representante de Muneaki te ha pedido una cita y has aceptado.

—Aún no he enviado la respuesta.

—Lo vas a hacer hoy mismo. Pero no lo citarás aquí, en Yoshiwara. Harás de vuestro primer encuentro algo muy especial. En la era Heian⁴⁴, a la aristocracia le encantaba disfrutar de la belleza del astro nocturno en su máximo esplendor. Ahora es una moda en auge entre los samuráis. Emplázalo para contemplar el cielo del plenilunio en secreto. Hay un paraje al este de la ciudad, en una playa apartada. Lo citarás en una casa de aguas termales, ya en desuso.

—¿Y por qué debería hacer algo así?

Ude la miró por unos largos instantes. En el teatro le había cautivado su piel desnuda, la rotunda sensualidad que emanaba. Ahora parecía otra mujer, una tigresa apenas contenida por los barrotes de su prisión de oro.

Se preguntó quién sería realmente, cuántas facetas habría cultivado y cuántas podría mostrar, según sus necesidades o según los caprichos de sus clientes, porque estaba claro que había sido educada con esmero en la virtud y en los conocimientos necesarios para seducir y dar placer a los hombres.

—Mucho valor para una mujer —admiró Ude—, pero tú, al igual que todos nosotros, nos debemos a las circunstancias. Ya ves, si yo fuera libre, te tomaría ahora mismo. Te arrancaría esa ropa trasnochada y te haría gemir de placer.

—Pero no lo vas a hacer.

—Por ahora... Cuando cumplas con tu cometido, quizá volvamos a vernos y todo sea diferente.

—No os ayudaré. No participaré en vuestras sucias actividades. Ni tus amenazas ni las del resto de tu grupo de desarraigados me asustan.

Ude sonrió.

—Los Hombres del Río ya conocían la debilidad de Muneaki hacia ti y, en cuanto fuiste puesta a la venta, fueron ellos quienes pagaron por mediación del dueño de este negocio. Nadie más hubiera invertido semejante suma. Al fin y al cabo, tus días de actriz habían terminado. Eres una cara inversión y ya es hora de que compenses el esfuerzo. ¿Cómo crees que he obtenido el permiso para verte a solas? Tú y yo tenemos el mismo amo, obedecemos a la misma voz.

—Kakureta...

—En efecto. El único motivo por el que no has acabado en la calle ha sido preparar esta cita, llevar a Muneaki al lugar que te he ordenado. No puedes negarte, nadie en esta casa te ayudará porque todos trabajan para los Hombres del Río, aunque la mayoría no lo sepa. Así que coge papel y, con esas bonitas manos, redacta una carta de respuesta a la oferta de Muneaki.

—¿Por qué allí? ¿Qué pensáis hacer con el daimio de los Akamatsu?

—No preguntes más. Ya sabes demasiado.

Ude se levantó y deshizo su camino hasta la entrada de la habitación. Antes de salir, se giró.

—Manda la carta hoy mismo —exigió—. La cita es dentro de tres noches.

—Solo me has dado referencias imprecisas. ¿Cómo indicaré el camino de un lugar que nunca he visto?

—Alguien vendrá a llevarte y otra carta le dirá a Muneaki dónde se encuentra exactamente la casa. Por eso no debes preocuparte.

No esperó a que la cortesana contestara. Salió a la calle y se plantó bajo los aleros de la casa, mirando alrededor. El sol, como la mayoría de los días, permanecía oculto tras las nubes bajas. La humedad, sin embargo, era palpable. Su próxima cita con Sakon no se celebraría hasta la noche, así que decidió pasar la tarde en Yoshiwara.

Para empezar, entró en una casa de comidas. Tenía dinero, pero no soportaba derrocharlo inútilmente. Fuera de los burdeles y las casas de baño, el precio de la bebida o la comida era mucho menor.

Aún no se había desprendido del aura sensual de Jōki. Resultaba difícil quitársela de la cabeza y era consciente de que andaba cerca de una obsesión que le traería serios problemas con los Hombres del Río. Aquella mujer no era libre. Jōki tendría que trabajar para ellos hasta saldar la deuda adquirida tras su compra, pero a ese precio se sumaban diariamente los gastos generados por sus sirvientas, comida, afeites y vestuario. El sueño de que un daimio o un alto cargo de la jerarquía del castillo se encaprichara de ella hasta el punto de pagar su liberación solo era una ilusión. Sería una esclava por el resto de su vida.

Ceñudo, Ude salió del establecimiento ligeramente embriagado. Caminó hasta encontrar una casa de citas con mujeres lo suficientemente limpias para su gusto. Fue rápido. No podía permitirse el lujo de pasar allí toda la tarde.

Cuando volvió a la calle, era la hora del gallo⁴⁵. El barrio estaba animado con la llegada de nuevos clientes y el encendido de los farolillos. Junto a los edificios adosados, se congregaban grupos de curiosos para estudiar a las mujeres tras los barrotes. Las celosías bajo los balcones cubiertos se abrían, invitando a desentrañar los placeres que sugerían los sonidos de música y risas del interior.

Se acercaba la hora del cierre de las puertas, así que Ude se encaminó con paso menos firme de lo habitual hacia la salida de Yoshiwara. Sentía un dolor punzante en un lado de la cabeza y la lengua reseca. Estaba algo embotado, pero confiaba en que durante el paseo de regreso a Edo se espabilaría.

Al doblar una esquina, se percató por el rabillo del ojo de que unas sombras cerraban la entrada a la bocacalle detrás de él. Sus sentidos se pusieron alerta, pero nada en su aparente

despreocupación lo demostró. En su lugar, empezó a arrastrar los pies y a inclinar el rostro hacia el suelo, como si los efectos del sake fueran mayores.

Siguió por la estrecha callejuela buscando por las fachadas a ambos lados una salida, pero las puertas y celosías estaban cerradas. Tampoco había nada en su camino tras lo que pudiera protegerse. Ni siquiera había basura que pudiera usar como arma arrojadiza.

Carraspeó y escupió a un lado, para disimular una mirada a su espalda. Dos hombres caminaban en completo silencio tras él, oportunamente separados para no molestarse a la hora de sacar armas escondidas entre sus ropas.

Cuando volvió a levantar la vista, otros dos hombres y una mujer surgieron de la oscuridad para cerrarle el paso.

—Buenas noches, Ude —dijo la mujer.

—Vaya, vaya, pero si es mi amiga Ratto —contestó Ude—. He cometido un error de cálculo. Pensé que nadie me reconocería aquí.

—Te has vuelto descuidado.

—Sin embargo, me alegro de verte. Espero que no pasaras muchas dificultades para salir del teatro —dijo Ude con malicia.

—Eso fue fácil. Lo complicado vino después, cuando tuve que explicar que Takai estaba muerto y yo era la única superviviente de entre las que intentamos protegerlo.

—Comprendo... ¿A quién sirves ahora?

Los cinco lo rodearon, manteniendo una prudente distancia, al tiempo que le impedían tomar una vía de escape.

—Eres uno de los Hombres del Río, no necesitas saberlo.

—Así que los que obedecíais a Takai tenéis un nuevo jefe... Supongo que los ánimos andan revueltos en Edo y que son muchos los que intentan reorganizarse, ahora que los míos han tomado el control de las calles.

—Tan presuntuoso como siempre —contestó Ratto—. Aún no está claro que seáis los dueños de Edo. Lo que sí sé es que tu cabeza cercenada me devolverá parte del prestigio perdido tras lo que le hiciste a Takai.

—Y podrás salir de aquí, ¿no es cierto? Me imagino que para alguien de tus recursos debe ser denigrante vigilar un barrio como este.

Ratto suspiró.

—Eres un canalla —le dijo—. Tu palabrería no te sacará hoy de Yoshiwara. No verás otro amanecer.

—Es una noche tan buena como cualquier otra para morir. Lo que no entiendo es tanta animadversión. Al fin y al cabo, te dejé vivir.

—No me lo puedo creer —respondió la mujer con tono sarcástico—. El famoso Ude tiene miedo. El que tantas almas se ha llevado es el que más teme acompañarlas. Me humillaste al dejarme vivir sin un solo rasguño. ¡Prepárate para morir!

Los hombres acercaron sus manos a las empuñaduras de sus sables o buscaron entre los pliegues de sus ropas aceros escondidos.

Mientras hablaba, Ude había ido estudiándolos, definiendo una estrategia que pudiera sacarle con vida de la celada. La mayoría era gente bredada en la calle, pero sin formación militar. Bastaba con mantenerse lejos del alcance de sus cuchillos para ocuparse de ellos.

Otra cosa era el único *rōnin*, junto a Ratto. Aunque fuera más bajo que él, su torso y sus antebrazos parecían poderosos. Su mirada era serena, inteligente y, mientras aguardaba el desenlace de la conversación, había esperado con una calma digna del más avezado samurái. A Ude le inquietó su posición, con la cadera en la que se apoyaban sus sables retrasada, dispuesto a un rápido desenvaine. No había ninguna duda: debía atacarlo en primer lugar.

—Una cosa más —pidió Ude, justo antes de que se desencadenara el enfrentamiento. Para desconcierto de sus atacantes, seguía con los hombros relajados, ligeramente encorvado hacia delante, con las piernas en paralelo y sus partes vitales desprotegidas.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó Ratto.

Pero no hubo respuesta verbal. En su lugar, hablaron los aceros.

Uno de los grandes errores de los samuráis era el amor a las técnicas formales. Ante varios adversarios, se empeñaban en enfrentarse uno a uno, perdiendo un tiempo precioso para encararlos. Ude sabía que era mejor desarrollar técnicas que no le obligaran a cambiar la posición de su cuerpo, adaptándose al lugar que ocupaba su objetivo a la hora de atacar. Tampoco valía de mucho anunciar sus intenciones honorablemente: tomar la iniciativa y sorprender al enemigo solían diferenciar la vida de la muerte.

Ude desenvainó a una velocidad imposible y se agachó aún más para reducir su silueta. El *rōnin* frente a él, pese a su estado de atención, tardó un instante en reaccionar, el suficiente para que Ude tuviera tiempo de deslizar la hoja de su sable por su bajo vientre.

Los hombres a su espalda sí lograron sacar unos cuchillos y abalanzarse sobre él, pero, en lugar de perder tiempo en encararlos, los envistió sin volverse. Sabía exactamente dónde se encontraban. Con el empujón que mandó a sus enemigos hacia atrás, ganó el espacio suficiente para lanzar una estocada hacia el primero de ellos, cercenando la mano armada. El grito de dolor enmascaró el sonido de su sable cuando encontró la garganta del otro en un corte en diagonal en sentido opuesto. En ningún momento había descuidado su atención a Ratto y el otro mafioso. Gracias a ello, cuando el último de los hombres avanzó hacia él, lo recibió atravesándolo con la *katana*.

Todo había sucedido en menos de un suspiro, pero Ratto se había recuperado de la sorpresa inicial. Al ver el sable de Ude trabado en el cuerpo de su último aliado, lo supo desarmado. El *rōnin* no tendría tiempo de recuperar su *katana* para protegerse. Ratto tenía que aprovechar la que podía ser su única oportunidad. Desenvainando su sable corto, lo rodeó para tratar de ensartarlo desde un lado.

Pero, en el último momento, Ude empujó el cuerpo del mafioso en el que había enterrado su sable, interponiéndolo en el camino de Ratto. Mientras la mujer trataba de desembarazarse de aquel peso muerto, Ude recuperó su sable y le cortó la tráquea en un movimiento.

Los agónicos y desesperados gritos del que se sujetaba el brazo sangrante por la amputación de la mano se acallaron cuando su cabeza rodó por el suelo. Ude no se molestó en acortar la agonía del resto de sus atacantes. Tirados a su alrededor, entre estertores, ya no suponían ninguna amenaza.

El *rōnin* sacudió la mayor parte de la sangre de su acero con un movimiento de muñeca y acabó de eliminar la restante pasando la hoja por la ropa de uno de los cadáveres.

No tardaría en acudir alguna patrulla, por lo que corrió para alejarse de allí lo antes posible.

Dedicó un último pensamiento a Ratto, lamentando su muerte. Le hubiera gustado tenerla de su lado. Era una chica despierta para el oficio y le encantaba la gruesa aureola alrededor de sus pezones.

⁴⁰ *Ageya*: casa utilizada para concertar las citas de las prostitutas de mayor rango.

⁴¹ *Yarite*: empleada del burdel responsable de la formación y vigilancia de las *oiran*, además de actuar de intermediaria con los clientes.

⁴² *Kamuro*: niñas que entraban al servicio de las prostitutas y que eran preparadas para sustituirlas al llegar a la mayoría de edad.

⁴³ *Tayū*: el rango más alto para una prostituta.

⁴⁴ Era Heian: entre el 794 y el 1185 del calendario gregoriano.

⁴⁵ Hora del gallo: entre las 17:00 y las 19:00.

LA DECISIÓN DE FURUI DAIKU

Masume permanecía en actitud respetuosa y en silencio, soportando estoicamente la airada amonestación que su padre pronunciaba desde la tarima elevada. La experiencia de muchos años de enfrentamientos familiares aconsejaba dejar que acabara su enumeración de reproches antes de abrir la boca. Cualquier interrupción solo serviría para alimentar el fuego de su ira. Debía esperar a que toda su energía se consumiera por sí misma o, al menos, remitiera lo suficiente para que fuera posible razonar con él.

El famoso carpintero era de escasa estatura, de pelo entrecano y con pronunciadas y prematuras arrugas. Siempre vestía elegantemente, pues en cualquier momento podía ser requerido o visitado por alguien de importancia. Lucía con orgullo unos anteojos con montura de caparazón de tortuga, una excentricidad de la nueva era traída por los salvajes extranjeros. La mayor parte del tiempo los sostenía entre sus manos, pues, cuando los apoyaba sobre su nariz, tendía a olvidarse de ellos y arrojarlos al suelo en cualquier movimiento brusco de los que acostumbraba. Era un hombre inquieto que jamás permanecía por mucho tiempo en el mismo lugar. Incapaz de confiar en nadie, pasaba el día supervisando hasta el más mínimo trabajo de sus empleados, tanto en el taller como en las construcciones y arreglos a lo largo y ancho de toda la ciudad.

El maestro carpintero Furui Daiku era un hombre visceral, de estallidos inesperados de cólera, si bien resultaba habitual que después fuera relativamente sencillo hacerle cambiar de opinión. Masume sabía que era su hija predilecta, consentida y amada a partes iguales, por lo que soportaba el aluvión de reproches sin perder la compostura.

Su única inquietud la provocaba la presencia de su hermano Chōnan, sentado junto a su padre. Con los brazos cruzados sobre el pecho y mirada severa, disfrutaba de aquella situación. Masume estaba muy segura de que había sido él quien pusiera al corriente a su padre de la visita de Tsuyoi y quien lo alentara a castigarla por su comportamiento. Con Chōnan, no servían ni las miradas desamparadas ni las palabras tiernas. Desde niños, la odiaba y envidiaba los favores que su padre le concedía.

—¡Te he consentido demasiado, esa es la verdad! —manifestaba en ese momento su padre—. Debí hacer caso a las recomendaciones de todos. «Maestro Furui Daiku», me decían, «si aspira a ascender en la escala social, debe adquirir las maneras de las familias encumbradas; case a su hija con alguien de buena posición». Y yo, estúpido de mí, no hice caso, atendiendo a tus súplicas y a los lamentos de tu madre. Gozas de una libertad inadecuada para una mujer.

Masume odió una vez más las ideas confucianas traídas del otro lado del mar que habían transformado la sociedad y las costumbres con el objetivo de denigrar a las mujeres. ¡Qué lejos quedaban aquellos tiempos en los que ellas ocupaban el lugar preponderante de la familia!

Y esto lo había averiguado transgrediendo la ley que impedía que las mujeres recibieran formación académica. Burlando esas imposiciones y en secreto, había estudiado los registros históricos en un templo budista a las afueras de Edo. Sabía matemáticas y astrología, incluso literatura y música, estudios muy restringidos para cualquier otra mujer de su tiempo.

—Tu madre y tú —continuaba el maestro carpintero— me convencisteis para que te permitiera decidir por ti misma, alegando que no éramos una familia aristocrática obligada a cumplir con la tradición. Ni aprendiste a bordar ni a danzar. Tampoco a respetar a los hombres. En lugar de prepararte como una obediente futura esposa, te permití aprender la administración del negocio familiar, trabajar aquí y vestir de la forma que quisieras. ¡Cuánto lamento ahora esa decisión!

Furui tomó aire para recuperar el aliento.

Su hija esperó, paciente y con el rostro inclinado, a que retomara la palabra. Aún no era el momento de intervenir.

El maestro carpintero apretó los labios. Su ira se había esfumado tan rápidamente como había llegado. Cuando volvió a hablar, lo hizo modulando su voz, incluso con una actitud casi lastimera.

—¿Cómo has podido hacernos esto, Masume?

—Lamento profundamente el quebranto que haya podido ocasionaros mi comportamiento, padre, y humildemente os pido disculpas.

La muchacha pegó la frente al suelo y Furui suspiró, conmovido. Creía conocer lo suficiente a su hija para entender que aquella muestra de respeto filial era una humillación para su orgullo.

Masume guardaba aquella actitud para los momentos en los que necesitaba lograr el mayor efecto posible en el ánimo de su padre. Tal vez no pudiera enfrentarse abiertamente con él, pero sabía muy bien cómo ceder parte del terreno para imponer su voluntad poco después.

La alegría interna de Masume por el cambio de actitud de Furui provocó al mismo tiempo la alarma en su hermano. Chōnan se apresuró a intervenir.

—¡Es inconcebible que te marcharas con ese samurái! —la acusó—. ¡Delante de todos los trabajadores! Ese comportamiento disoluto hace perder autoridad a nuestro padre. ¡Deberías saberlo!

Masume volvió a inclinarse hacia su hermano, aunque el gesto fue menos pronunciado. Aun así, le costó mucho más.

—Solo traté de evitar un enfrentamiento con Chifu. Llevándolo fuera del taller no había posibilidad de que se mataran en un duelo. Independientemente del resultado, hubiera sido una afrenta para la casa del visitante, algo que hubiera repercutido negativamente en el negocio.

—¡Era un Akamatsu! —bramó Chōnan—. Ese clan es el hazmerreír de Edo. ¿Qué amenaza para nosotros podía ocasionar echar a patadas a uno de sus hombres?

—Puede que su posición sea precaria, pero siguen siendo samuráis. Los otros clanes guerreros que tienen asuntos con nuestro padre hubieran sentido la afrenta como propia, puesto que podía ser interpretada como un insulto a su casta.

—¡Tonterías! Padre —se dirigió al, de pronto, silencioso Furui—, no se puede seguir tolerando que Masume haga lo que le venga en gana. Es una falta contra los principios morales. Se marchó a la ribera del canal con un hombre. Esa es la verdad. ¿Se puede esperar una conducta más indecorosa para una soltera? Su falta de sumisa obediencia no se puede seguir consintiendo. Aquí no hace otra cosa que estorbar. Hazme caso y busquemos un marido para ella antes de que todo Edo sepa de su comportamiento. Ninguna familia decente la querrá aceptar en su casa.

Masume no estaba dispuesta a ser una esclava, encerrada en una casona a las órdenes de su suegra y su marido, muerta en vida. Hasta ahora, siempre había logrado evitarlo, pero, cuando observó a su padre, no le gustó lo que leyó en sus ojos. La miraba con pesar, casi como si implorara su perdón. De un enojado dragón había pasado a un perrito cohibido. Masume se asustó.

—¿Qué ocurre, padre? —le pidió—. No soy ninguna estúpida. Algo grave sucede.

—Lo que ocurre —se adelantó su hermano, implacable— es que una mujer debe obediencia ciega al cabeza de familia y hermanos varones. Por una vez, harás lo que se te ordena, lo que se espera de una muchacha decente. Habéis nacido para ser fieles esposas y esa es la forma en la que puedes honrar esta casa, sometiéndote a un arreglo adecuado y reportando beneficios.

—¿Padre? —insistió Masume, sin hacer caso a las palabras de su hermano.

—No hay nada que discutir —insistió Chōnan—. Tienes que obedecer.

Furui levantó la mano para pedir calma. A regañadientes, el impetuoso joven le cedió la palabra.

—Masume... Tu hermano tiene razón —empezó el maestro carpintero con evidente esfuerzo—. Cada día, tenemos más deudas. El negocio ya no es lo que era y tu extraño comportamiento llama la atención. No es lógico que los clientes sean atendidos por la hija del maestro.

—¿Acaso no tengo la suficiente experiencia para hacerlo mejor que cualquier otro? Conozco a los proveedores, a nuestros clientes fijos, cómo tratar con sus vasallos o adivinar la mejor manera de conducir a los que llegan hasta aquí por primera vez. Trabajo bien y tú lo sabes.

—No es eso —trató de justificarse Furui—. Por supuesto que te esfuerzas en tu labor. No dudo de tu capacidad, es solo que la costumbre... No es adecuado que trabajes cara al público. Muchos de nuestros clientes pertenecen a la antigua aristocracia de Kioto y son muy rígidos respecto a la observancia de la etiqueta. Los daimios, por su parte, imitan sus maneras y su refinamiento.

—Pero no todos son de alta alcurnia —protestó Masume—. Son muchos más los clientes sin apellido ni obligación de guardar las formas.

—Querida hija, sabes muy bien que, sin el apoyo de las familias cercanas al sogún, nuestro negocio perdería su prestigio. Los encargos de la nobleza pueden ser menores, pero son mucho más cuantiosos y arrastran a las castas inferiores con su ejemplo.

—No puedes apartarme después de todo lo que he trabajado. No soy ninguna muñeca

ornamental. Si no puedo hacer nada por mí misma, me ahogaré en el tedio.

Su padre bajó la mirada, avergonzado, pero su hermano volvió a tomar la palabra.

—No tienes voz en esto. No eres quién para juzgar las decisiones de nuestro padre. Hasta el día de hoy, te ha consentido más allá de lo admisible y ahora te pide que devuelvas ese favor siendo útil a nuestra familia. La piedad filial te obliga a obedecer. ¡Basta ya de chiquillerías!

Masume levantó la barbilla.

—¡No me casaré! —aseguró.

—¡Silencio! —atajó Furui.

Los hermanos enmudecieron. Ambos sabían que su padre estaba a punto de tomar una decisión.

—Masume, no volverás a trabajar en el taller. A partir de ahora, te dedicarás a prepararte para ser una esposa modélica. Aprenderás todo lo necesario y pasarás la mayor parte del tiempo recluida aquí, en nuestra casa. No puedes seguir mostrándote en público de forma tan poco femenina. Deberás pedir permiso para salir y siempre lo harás acompañada por tu madre o una sirvienta. Es hora de que busquemos un buen marido para ti. No discutiré más sobre este asunto. Lo siento, Masume.

La muchacha no podía dar crédito a lo que estaba pasando. Aquella sentencia era peor que la recibida por un condenado a muerte.

Furui evitó su mirada mientras Masume se levantaba lentamente. Temía que las piernas le fallaran antes de abandonar la sala, pero reunió las fuerzas que le faltaban recordando que su hermano seguía allí. No le daría la satisfacción de verla flaquear.

—Obedeceré la voluntad de mi padre —manifestó antes de salir.

Una vez fuera, corrió al piso superior. Entró sin anunciarse en la alcoba de su madre, que en ese momento bordaba junto a dos criadas una hermosa capa ceremonial para su marido.

—Necesito hablar contigo, madre —pidió con voz trémula.

Jūjun ordenó a las sirvientas que las dejaran solas.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó a Masume.

—Madre, me han apartado. Padre y Chōnan me obligan a recluirme contigo y aceptar marido. — Y estalló en desgarradores lamentos.

Jūjun la acogió entre sus brazos, acunándola mientras lloraba desconsoladamente.

—¡Odio a los hombres! —dijo Masume cuando logró calmarse—. Los maldigo a todos y cada uno de ellos. ¿Qué derecho tienen a imponer su voluntad?

—Es la ley —respondió Jūjun pasando los dedos delicadamente entre los cabellos revueltos de su hija—. Cada uno de nosotros tenemos una posición en el mundo y debemos ser fieles a las responsabilidades que conlleva.

—Pero es injusto —protestó Masume—. En vez de ocupar ese lugar por mérito, solo se tiene en cuenta el nacimiento. Si fuera hombre, no estaría obligada a ser un simple objeto con el que negociar un acuerdo satisfactorio.

—Cada espíritu se reencarna en la forma que le corresponde. Las mujeres debemos pasar esta vida purgando nuestros pecados de existencias pasadas. Si aceptas tu karma, regresarás convertida en un príncipe.

—Ese es el consuelo de aquellos que se ven impotentes para cambiar su destino. No puedo soportar que me hagan casar con un viejo adinerado a quien ni siquiera conoceré hasta la noche de mi boda. ¡Debes ayudarme, madre!

—Mi niña, ¿crees que existe algún espíritu encarnado sobre la tierra que sea libre de hacer lo que le plazca? El mismísimo emperador está sujeto a muchas obligaciones, empezando por oficiar decenas de ceremonias para lograr para nuestro pueblo el favor de los dioses. También el sogún debe velar por todos nosotros dirigiendo los asuntos de Estado día tras día, como jefe de cientos de funcionarios y señores. Los samuráis, a los que tanto tememos, deben estar dispuestos a entregar su vida en cualquier momento. La sociedad está basada en la posición y el deber. Cada uno tiene una función y debe entregarse a ella por el bien de los suyos y de todo el país. No es correcto que protestes por el papel que te ha tocado desempeñar. Para empezar, tu padre no te desea ningún mal, pero está obligado a tomar tan difícil decisión por el bien de la familia. Esa es su responsabilidad. La tuya, obedecer, por muy duro que resulte.

Masume se separó para poder mirar el rostro de su madre.

—Ahora lo comprendo. Mi falta no podía ser tan grave para semejante castigo. Solo ha sido una excusa. ¿Qué es lo que sabes?

Su madre dudó unos instantes antes de responder.

—No debiera ser yo quien lo dijera, ni tú tendrías que oírlo, pero una enorme amenaza se cierne sobre nuestra familia. Aunque yo también soy una pobre mujer, sé escuchar tras los tabiques y sé ver lo que ocurre por mí misma. Ya sabías que debíamos pagar un impuesto a cambio de la *protección* de los Hombres del Río, pero ahora es mucho peor. Algo ha cambiado en Edo.

Masume la miró sin comprender.

—Las autoridades han decidido eliminarlos —intentó aclarar Jūjun—. Se han vuelto demasiado poderosos. Creo que han salido victoriosos de una guerra entre mafiosos.

—Pero eso es bueno, significa que acabarán con ellos y por fin seremos libres.

—Cuando dos bueyes pelean, los que sufren las consecuencias son las hormigas que pisotean. Lo primero que ha hecho el castillo ha sido intensificar la lucha contra el juego clandestino. Han

cerrado muchos locales y detenido a decenas de personas. Por un tiempo, los ingresos de los Hombres del Río se resentirán, por eso han subido sustancialmente nuestro impuesto. La cifra es tan elevada que no podremos pagar dentro del plazo.

Masume palideció.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

Jūjun no contestó a eso. Cualquier cosa podía esperarse de aquellos hombres, pero era mejor no decirlo en voz alta.

—Muchos otros en Hatchōbori se encuentran en la misma situación —continuó su madre—. Simplemente, no dan tiempo para pagar. Ahora acabamos de recibir un gran pedido de material, un desembolso que a medio plazo se convertiría en un beneficio multiplicado por tres, pero que en este momento nos deja sin el dinero suficiente. Nadie podía prever este súbito cambio en nuestro arreglo con los Hombres del Río. Por eso tu padre está desbordado... No ve la forma de pagar a tiempo.

—Y quiere arreglar un matrimonio ventajoso con urgencia, venderme para alimentar la avaricia de esos mafiosos.

—No hables tan injustamente. Sabes que tu padre te quiere con toda su alma y que jamás haría nada que te perjudicara si no estuviera obligado a ello. Como amante hija, debes obedecer y hacer más fácil su difícil trance.

—¿Y nadie ha pensado en lo que supone para mí semejante sacrificio? ¿Por qué no se me ha consultado?

—¿Acaso tienes una idea mejor?

Masume apretó los dientes, en un intento de evitar las lágrimas que volvían a pedir paso desde sus entrañas.

SIGUIENDO LAS HUELLAS

Tsuyoi había pasado la mañana preguntando al servicio y a los samuráis de la mansión Akamatsu acerca de la muerte de la dama Hinode. Poco le importaba la incomodidad de algunos y la hostilidad manifiesta de otros. Tenía un objetivo claro y nada le impediría alcanzarlo, ni siquiera el hecho de carecer de la autoridad necesaria para exigir respuestas.

La clave estaba en la muerte de la dama Hinode, se repetía una y otra vez. Como un fiel devoto, obedecía ciegamente a aquella intuición interpretada como certeza. Salvar a su clan, conseguir la gloria y satisfacer a la máscara. Todo estaba a su alcance.

Después de recabar vagas respuestas y datos intrascendentes, llegó hasta Amai, la niña que había encontrado muerta a la dama Hinode.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó en cuanto estuvieron a solas, sentados frente a frente en una de las terrazas abiertas del pabellón del edificio de la cocina. Amai rehuía su mirada con las manos inquietas sobre su regazo.

—Ya se lo conté todo a nuestro señor Toshimoto —afirmó—. La encontré en mitad de la noche. Estaba muerta. No sé nada más.

Tsuyoi no sabía hacia dónde conducir la entrevista. En realidad, ignoraba qué era lo que estaba buscando.

—Bueno, ¿y la tocaste?

—¡No! —respondió alarmada—. La muerte contagia a todo el que se acerca a ella. —Para su sorpresa, Amai empezó a llorar—. Solo quiero que esto se acabe. No quiero hablar más de la dama Hinode.

—¿Qué ocurre? ¿De qué tienes miedo?

—Yo no sé nada. Por favor, deja que me vaya.

—¿Por qué no quieres hablar de la dama Hinode? —insistió implacable. Sus lágrimas no lo impresionaban.

La niña guardó silencio. Parecía muy asustada, sin que Tsuyoi pudiera imaginar el motivo. ¿Ocultaba algo o simplemente le inquietaba su presencia?

—Quiero volver a casa —pidió la niña.

—Ya veo. Bueno, no podrás hacerlo hasta que contestes a mis preguntas. Después de eso, puede que hable en tu favor. ¿Dónde está tu casa?

—Vivo aquí, pero mi hogar está en el monte Kurajashi, a las afueras de Edo, a solo mediodía de

camino. En sus laderas, viven muchos campesinos. Allí están mis padres y hermanos mayores.

—Así que te vendieron a esta casa por ser la más pequeña —dedujo Tsuyoi—. Tus padres no podían mantenerlos a todos.

—Ahora llegan muchas cosas a Edo en barco o en las caravanas —respondió abandonando su llanto—, pero a los que vivimos cerca no nos compran nada. Que Edo siga creciendo solo sirve para que paguemos más impuestos.

—Bueno, tal vez haya cambiado la situación en Kurajashi. Puede que tus padres ya puedan acogerte. No obstante, para que te liberen de tu obligación en esta casa, deberé justificar muy bien mi petición. Al fin y al cabo, el servicio se ha reducido mucho.

—¡Todos se van! —protestó la niña—. Tienen miedo de la maldición.

—¿Tú también tienes miedo?

—Yo no quiero quedarme sola.

—¿Y ahora lo estás?

—Sí. Ritoru se ha ido.

—¿Y quién es esa Ritoru?

—Es mi hermana mayor... Bueno, en realidad, no —reconoció—, aunque es como si lo fuera. Somos de la misma aldea. Ella vino antes a Edo, pero nos reconocimos al coincidir en la mansión. Tiene más años que yo. Ahora se ha ido...

—¿También tenía miedo, como los otros?

—No. Ella es muy valiente.

—¿Entonces?

—No lo sé. —Empezó a llorar de nuevo—. Dijo que iba al mercado a hacer un recado, pero no volvió. Creo que le ha pasado algo malo. —Tsuyoi dejó que se sorbiera los mocos y se calmara lo suficiente para seguir hablando—. Desde hace un tiempo, venía gente muy rara a verla y Ritoru empezó a cambiar. Ya no jugaba conmigo, aunque me hacía regalos.

—¿Regalos? ¿Le daban dinero? —Se extrañó.

—Eso creo, porque aquí no tenemos derecho a tener monedas.

—¿Y cómo eran esas personas? —preguntó.

—Algunos eran mendigos; otros, buhoneros. Incluso una vez habló con un vendedor de noticias.

—¿Y la veían a escondidas?

—Sí, cuando iba a hacer recados. Yo veía a esos hombres a través de un agujero del muro. Siempre la esperaban fuera.

—¿Cómo podían saber cuándo saldría?

—No lo sabían. A veces me asomaba para buscarlos, cuando no tenía otra cosa que hacer. Los veía siempre. Incluso por la noche. Se distinguían del resto de la gente porque estaban quietos, apoyados en las paredes o sentados. Normalmente era un hombre, pero a veces vi a varios de ellos.

—¿Están ahora fuera? —preguntó esperanzado Tsuyoi.

—Ya no vienen. Desde que Ritoru se fue, han desaparecido. ¿Podrás ayudarla? Tú eres un samurái.

—Quizá... Aunque, ¿cómo podría hacerlo? Quiero decir que puede estar en cualquier parte y Edo es muy grande. Tardaría meses en recorrer toda la ciudad. No puedo perder tanto tiempo. Mi deber es saber más sobre las circunstancias de la muerte de la dama Hinode.

—Pero, si quieres saber más sobre su muerte, ella podría... —La niña se cubrió la boca con las manos en un intento infantil de acallar sus últimas palabras.

—¿Qué sabe Ritoru? —exigió Tsuyoi—. No calles nada. —Amai lo miraba asustada, acorralada—. Si quieres que ayude a tu amiga, debes contarme todo lo que sabes. ¡Vamos!

—No fui yo quien encontró a la dama Hinode —balbució con un hilo de voz.

—¿Qué estás diciendo?

—Fue ella.

—¿Ritoru?

—Sí —confesó asustada.

—¿Por qué, entonces, dijiste que habías sido tú?

—Ella me lo pidió, me dijo lo que debía decir. Era nuestro secreto de hermanas.

Tsuyoi sintió una oleada de triunfo. Estaba más cerca de saber la verdad.

—Escúchame, Amai —solicitó bajando la voz—. Ahora tú y yo tenemos otro secreto. No le digas a nadie lo que me has confesado.

Se levantó para marcharse.

—Pero ¿la buscarás? —preguntó implorante la niña—. Ella puede decirte más cosas sobre la muerte de nuestra señora. Eso es importante para ti.

—Sí —respondió—. Voy a encontrarla. Mientras, si ves a alguno de esos hombres otra vez o recuerdas algo importante, corre a decírmelo, ¿de acuerdo?

Amai afirmó muy seria, con mirada emocionada.

Tsuyoi la dejó atrás y entró en la cocina. Su corazón latía con fuerza, un torbellino de impaciencia lo empujaba.

El interior del edificio era espacioso, sin tabiques que lo dividieran. El techo estaba abierto, para evitar la acumulación de los vapores del carbón usado para cocinar o para calentar a los que allí trabajaban. Las mujeres del servicio limpiaban tazones utilizados durante el desayuno o pelaban vegetales en el piso de tierra frente al gran hogar. Varias de sus chimeneas estaban encendidas, con ollas o calderos.

Tsuyoi buscó hasta dar con la sirvienta mayor, que supervisaba los preparativos para la comida del daimio.

—Necesito que me digas algo —le pidió sin preámbulos.

La mujer lo miró, indecisa. No acertaba a situarlo en la jerarquía de la mansión, ahora que había perdido el favor de Toshimoto.

—¿Qué es lo que quieres?

—Debo saber quién era la encargada de servir la comida a la dama Hinode.

—Solo obedezco las órdenes de nuestro señor —respondió, retadora.

—¿Acaso consideras que la pregunta vulnera la intimidad de nuestro señor o puede importunarlo de alguna forma?

La mujer sopesó la actitud de Tsuyoi, calibrando con cuidado el grado de seguridad que acompañaba al razonamiento del joven. Pensó que quizá hubiera perdido el favor del clan, pero no podía estar segura de ello. Seguía siendo un samurái de los Akamatsu y su deber era obedecer sus órdenes.

—Era Ritoru —admitió—, pero se marchó de esta casa. La muy descarada aprovechó una de las salidas al mercado para fugarse.

—¿Lo hizo cuando se anunció la muerte de nuestra señora?

La mujer palideció, como si la sola mención de aquella terrible desgracia fuera a atraer muchas más.

—No —respondió, incómoda—, se fue antes. Hace cinco días. Una lástima, pues la hubiera puesto a trabajar en la cocina y en las cuadras.

—¿Por qué?

—Tenía ya trece años, pero era descuidada e indisciplinada. Sin embargo, la primera dama de nuestro señor se había encaprichado de ella...

La mujer se percató de que había hablado demasiado y se ruborizó. Tsuyoi adivinó que Ritoru se valía del favoritismo de la dama Hinode para cuestionar la autoridad de la sirvienta mayor y que esta habría disfrutado humillándola tras la muerte de la primera esposa del daimio.

—Ya veo... ¿Y sabes dónde puede estar? Necesito encontrarla. Es algo muy importante para el interés del clan.

—¿Por quién me has tomado? ¿Cómo iba yo a saber dónde para esa niña malcriada? Busca en Yoshiwara y en las casas de baños. O quizá esté mendigando por ahí. No vale para otra cosa.

—¿Y no hay nadie que pueda orientarme sobre su paradero?

—Pregunta a Amai. Era la única que la soportaba. El resto del servicio hacía todo lo posible por evitarla. Nunca fue aceptada.

—Ya he hablado con Amai y no sabe nada. ¿Podrías indicarme dónde dormía Ritoru?

—Con las demás criadas, en el *nagaya*. ¿Dónde, si no? Puedes ir a curiosear entre sus cosas, si eso es lo que quieres. Nadie ha tocado nada y, por lo que a mí respecta, puedes hacer lo que te plazca con sus pertenencias. Iba a ordenar que lo quemaran todo.

—Muchas gracias —dijo Tsuyoi a modo de despedida.

La sirvienta mayor inclinó ligeramente el rostro en su dirección, de nuevo severa, como un daimio en su castillo. Las mujeres dedicaron a Tsuyoi miradas escandalizadas cuando giró sobre sus talones para marcharse. El muchacho era consciente de que su tiempo se agotaba. Muy pronto, Kita y Toshimoto sabrían de sus preguntas y le pedirían explicaciones.

Tsuyoi se alejó de la cocina para caminar por el patio. Estaba claro que la sirvienta mayor, al contrario que Amai, no pensaba que a Ritoru le hubiera ocurrido nada malo. Cuando llegó al *nagaya*, preguntó a un criado por el lugar donde dormía Ritoru.

Tal como había dicho Amai, se había marchado de forma inesperada o, al menos, eso parecía, pues no se había llevado nada. Sus escasas posesiones estaban allí, en el espacio común compartido con otras seis chicas. En ese momento, la habitación estaba vacía. Se acercó hasta el rincón que había pertenecido a la muchacha durante su servicio en la villa y lo estudió detenidamente. Un jergón enrollado, unas mudas de ropa interior y un par de kimonos sobre la tarima. Todo estaba a la vista. No había nada más.

Antes de irse, probó a desenrollar el colchón. Si la chica escondía algo, no había otro lugar donde hacerlo.

Con ambas manos, fue recorriendo el basto tejido, hasta que algo duro llamó su atención. Sacó su *wakizashi*⁴⁶ y cortó la tela. Metió la mano entre la paja y palpó un objeto cilíndrico. Cuando lo sacó, se encontró con un tubo de cerámica coronado por un tapón de bambú. Lo abrió para poder

olerlo y vertió unas gotas del contenido sobre el jergón. Sacó de entre sus ropas la muestra de tártago que le había dado Ishi y repitió la misma operación. Tanto el olor como el color eran exactos.

—¡Te he encontrado! —exclamó.

Ritoru había envenenado a la dama Hinode para provocar su aborto, pero aún había algo más inquietante: ¿por qué había pedido a Amai que asumiera el hallazgo del cadáver y había desaparecido inmediatamente después? ¿Acaso trataba de ocultar un asesinato? Sin embargo, en ese caso, ¿por qué dejar en su jergón la prueba de sus maquinaciones?

Tal vez había visto la oportunidad de desaparecer de forma inesperada y la había aprovechado o, después de transmitir lo sucedido a sus patronos, habían acabado con ella para ocultar la trama... ¡Todas las posibilidades eran factibles!

En ese momento, apareció la pequeña Amai, muy alterada.

—¡Señor, señor! —llamó la atención de Tsuyoi—. He visto a uno de esos hombres.

—¿Te refieres a los que hablaban con Ritoru?

—¡Sí, sí! —jadeó. Debía de haber llegado hasta allí a la carrera.

—¿Dónde?

—Junto a la puerta oeste. Yo pasaba de camino... al pabellón de servicio... y miré por el agujero por donde veía a Ritoru salir...

—Tranquilízate —pidió Tsuyoi—. Respira un poco y dime cuándo ha sido eso.

—Hace un rato. He tardado en encontrarte.

—Llévame hasta allí —pidió. Tal vez siguiera por los alrededores.

Juntos, atravesaron el patio, despertando extrañeza o curiosidad entre quienes encontraban a su paso. No era muy normal ver a un samurái perseguir a una niña del servicio con aquel apremio. No se detuvieron hasta la fachada del pabellón de las cocinas, donde se unía con el muro. A su lado, estaba la puerta del servicio. El samurái pensó que entre las tablas que la formaban se encontraría el orificio por el que Amai había espiado las salidas de Ritoru, pero la niña lo condujo por entre los anchos pilotes que sustentaban el edificio.

Tsuyoi tuvo que agacharse para seguirla hasta una zona del muro exterior que, por permanecer fuera de la vista, no había sido cuidado convenientemente. La humedad y el moho habían deteriorado los anchos listones y en uno de ellos se distinguía un agujero.

—Es por aquí —señaló Amai, al tiempo que pegaba su rostro a la madera.

—¿Sigue ahí ese hombre? —preguntó Tsuyoi con impaciencia.

—Sí, sí. Es un samurái. Está hablando con una mujer. Está apoyado sobre su sable.

—Déjame ver —pidió el joven, apartándola.

Buscó entre las personas que a aquella hora caminaban por la calle. De inmediato, le llamó la atención un joven estrafalario, vestido con un kimono castaño con flores blancas que parecía de mujer y una sobreveste oscura sin ningún símbolo identificable. Recogía el cabello en el tradicional moño samurái, pero no se había rasurado el pelo sobre la frente y lucía largas guedejas. Como había señalado Amai, se apoyaba con el cuerpo ladeado sobre una *katana* demasiado larga, que usaba como bastón. No había rastro del sable corto, característico de la clase samurái. Cada vez que pasaba alguna mujer, sin importar condición, le lanzaba alguna frase apreciativa de su belleza o maneras.

—Es un *rōnin* despreciable —censuró Tsuyoi entre dientes—. Viste y se comporta como un idiota. Debe ser uno de esos que se hacen llamar *kabukimono*⁴⁷.

—Lo he visto muchas veces —corroboró Amai—. Hace enrojecer a algunas chicas, aunque las hay que también se ponen contentas y se quedan a su lado charlando.

—¿Y solo se dedica a eso? —preguntó incrédulo Tsuyoi, sin dejar de estudiarlo a través del agujero del muro.

—No lo sé, siempre lo he visto así.

—Y, si habla a todas las mujeres que ve, ¿por qué crees que dirigirse a Ritoru era diferente?

—Porque se iba con ella y, una vez, la acompañó de vuelta hasta la misma puerta. Es uno de esos hombres, te lo aseguro.

—Entiendo —aceptó, mientras se apartaba del muro—. Está bien, yo me ocupo. Saldré a interrogarlo.

Pretendía que la firmeza de su tono fuera interpretada como una despedida, pero la niña lo siguió de regreso al patio y, a una prudente distancia, cuando se apresuró en dirección a la entrada principal de la mansión.

Tsuyoi reconoció a uno de los dos samuráis que montaban guardia. Era Sumita, el más delgado de los guerreros con los que había tenido la discusión hacía solo cinco días.

—Soy Tsuyoi —se anunció innecesariamente—. Tengo que salir a la calle.

—Está prohibido. —Se adelantó Sumita—. Solo una orden de los comandantes o el propio daimio puede levantar la restricción.

—Son asuntos urgentes del clan —respondió Tsuyoi tratando de parecer autoritario.

Sin embargo, su precaria situación dentro del clan restó toda la supuesta legitimidad a sus palabras. En su lugar, Sumita se relamió por la oportunidad que se le presentaba para devolver la

afrenta recibida.

—Te digo que no puedes salir, Tsuyoi —respondió cruzando los brazos sobre su pecho y dando un paso hacia él—. La autoridad del daimio debe ser obedecida.

El otro guardia se colocó a su derecha, en una posición que le permitiera desenvainar su sable con facilidad, llegado el caso.

En cualquier otra circunstancia, Tsuyoi ni siquiera se habría planteado contradecir a aquellos guardias, puesto que hablaban de boca del mismísimo Muneaki. Eran samuráis como él, cumpliendo con su servicio, pero de nuevo sentía la ira crecer en su interior. Aquellos estúpidos habían dejado de ser compañeros. Eran un estorbo que ponía en peligro su misión y que debía anular de inmediato. Por el bien del clan, tenía que abrirse paso a cualquier precio, pero también por la máscara. La sentía encenderse como el carbón arrojado al fuego, quemando su piel y empujándolo hacia aquel enfrentamiento. Tsuyoi no podía desatender la llamada de la sangre, tenía que demostrar a la máscara que su valor y su resolución no flaqueaban.

Una oleada de calor atravesó su pecho y recorrió sus brazos. Los dedos hormigueaban, el corazón palpitaba a mayor ritmo. Sus músculos y su mente se preparaban para el estallido de energía que estaba a punto de liberar.

Sumita sintió la amenaza cernerse sobre ellos. Asombrado y asustado a partes iguales, retrocedió un paso sin dar crédito a lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Qué... vas a hacer...? —tartamudeó.

El otro samurái, más entero, acercó la mano a la empuñadura de su sable.

Una sonrisa maliciosa se instaló en el rostro de Tsuyoi mientras se preparaba para desenvainar. Mataría en primer lugar a Sumita de un rápido golpe. Ya tendría tiempo para cortarle la cabeza y las orejas.

—¡Tsuyoi! —lo llamó una voz a su espalda.

Cuando tocaron su hombro, se volvió con agresividad hacia el intruso. Era Oki.

—¿Qué quieres? —exigió fuera de sí. Los otros aguardaban, conteniendo a duras penas la tensión del momento, sin atreverse a mover un músculo.

—Nuestro señor Muneaki requiere tu presencia —comunicó Oki, flemático. Era imposible que no se hubiera percatado de lo que sucedía, pero no demostraba ni en su voz ni en sus ademanes la menor tensión.

—Ahora no puedo —respondió Tsuyoi sin apartar la mirada de los guardias—. Precisamente pretendo servir a nuestro señor.

—Es urgente —insistió su amigo sin alzar la voz.

—¿Qué ocurre?

—No tengo el rango suficiente para que se me confíen los asuntos del clan, pero se trata de algo de suma importancia.

El instante de duda lo aprovechó Oki para interponerse entre Sumita y su amigo.

—La orden es que te conduzca hasta él de inmediato. Vamos.

Y, sin importarle exponerse a un mal gesto o una reacción violenta por su parte, tomó a Tsuyoi del hombro y lo alejó de allí. Sumita y el otro samurái respiraron aliviados mientras los veían alejarse.

—¿Qué crees que estás haciendo? —acusó Tsuyoi a Oki mientras pisaban la grava blanca—. No soy ningún estúpido. Has creído que no podría con esos dos, ¿verdad?

—¿Crees que hago esto para salvarte el cuello? ¿Tan ciego sigues para no comprender que el mundo no gira en torno a ti?

—¿Qué tratas de decirme? ¿Quieres que crea que el mismísimo Muneaki te ha pedido que me lleves a su presencia?

—Te sientes ultrajado, pero eres tú quien me insulta al sugerir que he mentido.

—¿Me estás diciendo que es verdad?

—El daimio te ha mandado llamar, pero tú crees que lo he inventado.

Tsuyoi se sintió estúpido. La vergüenza le hizo guardar silencio y seguir a Oki en dirección al pabellón principal. Por el camino, se acercó Amai.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, anhelante—. Ese hombre se va a marchar.

—Ahora no puedo seguirlo —respondió Tsuyoi.

—Creía que querías ayudar a Ritoru —lo acusó la niña—. Ese hombre debe saber algo.

—A estas alturas, se habrá ido.

—Bueno, quizá esté cerca y puedas perseguirlo —insistió con la tozudez propia de su edad.

—¡He dicho que no puedo! —negó Tsuyoi con excesiva brusquedad—. Nuestro daimio me reclama.

Amai se quedó atrás, impotente, con los brazos caídos.

Antes de subir los escalones del pabellón central de la mansión, Oki volvió a dirigirse a Tsuyoi.

—¿Aún sigues con tus locuras? ¿A quién pretendías seguir?

—No es asunto tuyo —respondió con menos convicción de la que hubiera querido.

—Está bien, sigue persiguiendo tus delirios, si así lo deseas. Cuando termines, tu amigo te estará esperando.

Tsuyoi no tuvo tiempo de objetar nada. Ya estaban en la antecámara que llevaba a la sala de recepciones del daimio. Por increíble que pudiera parecer, era cierto que lo había mandado llamar.

Oki lo anunció al primer intendente, que lo miró inexpresivo y lo invitó con un ademán a que esperara sentado sobre un cojín. Las puertas correderas se cerraron tras él y el muchacho se quedó solo.

No tuvo que esperar mucho. Sin anunciarse, el propio Muneaki asomó a la sala desde la habitación principal.

—Tsuyoi —lo llamó sin la menor ceremonia—. Te estaba esperando, acompáñame.

El daimio llevaba el pelo aceitado y recogido en el moño tradicional samurái, con la frente afeitada. A su cintura se cruzaban dos sables, pero ni las empuñaduras ni la factura de las vainas eran mejores que las del propio Tsuyoi. Sus ropas, alejadas del atuendo formal esperado en un daimio, eran sencillas: un kimono de mangas cortas y estrechas de tono marrón, sin ningún dibujo identificativo, y un *hakama*⁴⁸ ancho de rayas.

Tsuyoi solo había visto a Muneaki en encuentros formales, el primero, el día de su ordenamiento como samurái de la casa y, más tarde, en celebraciones y ceremonias. Hasta ahora, nunca había hablado con él a solas y no sabía cómo actuar.

—Vamos —insistió Muneaki—, no te quedes ahí.

Tsuyoi lo siguió al pasillo exterior, al que se accedía directamente desde la antecámara descorriendo un panel. Continuaron por el jardín interior, ocultos a la mirada del resto de habitantes de la mansión. Desde la parte trasera de las cocinas, llegaron a la puerta de servicio. Una vez allí, Muneaki lo condujo a la calle. No había el menor rastro del *kabukimono* que Tsuyoi buscaba.

—Dime, Tsuyoi, ¿meditas?

—La verdad es que menos de lo que debería...

—Ya veo —respondió afablemente Muneaki—. Hoy lo haremos juntos.

—¿No nos acompaña nadie más? —interrogó Tsuyoi mirando hacia atrás. No se veía a nadie ni parecía que hubiera quedado registrada la salida del señor del clan Akamatsu. El desconcierto de Tsuyoi no podía ser mayor.

—Hoy no —confirmó el daimio.

Caminaron hasta el puesto de control del barrio, pero aún faltaba mucho para que las puertas se cerraran y ninguno de los vigilantes controló su salida.

—No camines por detrás de mí —pidió Muneaki—. Ya no somos señor y vasallo, solo dos viandantes de la ciudad.

Tsuyoi obedeció en silencio, juntando hombro con hombro a medida que el tráfico en las calles se intensificaba.

Recorrieron los estrechos pasajes entre los *bansho*⁴⁹, donde *ashigaru*⁵⁰ apiñados bajo los aleros esperaban el requerimiento de las autoridades para prestar servicio en la ciudad. Cuando llegaron al distrito de Nihonbashi, los toldos de lona estaban tendidos para ofrecer sombra a los clientes del barrio comercial. Como siempre, el distrito bullía de actividad.

—El loto que florece en el agua calma depende de ella —elevó la voz Muneaki para hacerse oír entre el gentío—. Por eso, se marchita en su ausencia. En cambio, el loto nacido entre las llamas se vuelve más fragante cuanto más cerca está del fuego. Lo mismo ocurre con la meditación.

—¿Por eso hemos venido hasta aquí?

—Así es. Siempre que tengo ocasión, aprovecho para llegar a una zona concurrida de la ciudad y probar mi capacidad. Alcanzar el sosiego y la serenidad rodeado de silencio es una tarea relativamente sencilla, pero del todo inútil. La meditación no es un fin en sí mismo, es solo una herramienta. De nada sirve lograr equilibrio en momentos de quietud. Es en el fragor de la lucha cuando el samurái necesita conservar la calma para desarrollar al máximo su potencial. Una batalla también es una masa de personas apiñadas, como este barrio, por lo que saber moverse aquí es beneficioso.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tsuyoi, interesado.

—Mantener el estado de atención propio de la meditación en medio de una febril actividad como esta. Déjate llevar por tu Ser Interno.

—¿Cómo sabré que lo hago correctamente?

—Muy sencillo: cuando dejes de tropezar con los que te rodean.

Muneaki respiró profundamente una sola vez y se introdujo en la masa informe de cuerpos. Tsuyoi lo siguió.

El joven adquirió rápidamente el estado de serenidad propio de la meditación zen. Había practicado durante muchos años, antes y después de cada entrenamiento en el *dōjō*. Todos los seguidores del Camino utilizaban este método para dejar atrás el mundano ruido de la mente y desarrollar eficientemente las técnicas marciales. Al terminar la sesión, se volvía a meditar. Era la forma de dejar atrás la explosión física y emocional desarrollada y regresar al ritmo habitual de la rutina cotidiana.

Tsuyoi recibió un empujón. Tropezó con una mujer que cargaba con un bebé. Su corazón se

aceleró. Alterado, siguió a su señor, pero un hombre que caminaba por delante se quedó plantado delante de él inesperadamente. Para su contrariedad, Tsuyoi tuvo que detenerse de forma brusca y rodearlo. En el camino, un niño se enredó entre sus piernas y le hizo perder el equilibrio. Intentó amonestarlo, pero el pillo ya había desaparecido cuando abrió la boca. Muneaki se alejaba.

Resoplando de indignación, el joven retomó la marcha, pero ya había abandonado la pretensión de avanzar en mitad de un estado meditativo. Su único objetivo era no quedarse atrás. Coincidió a cada paso con alguna persona y tenía que retroceder o echarse a un lado para eludirla. Muneaki, sin embargo, encontraba siempre la mejor manera de desplazarse, escurriéndose como un pez en el agua y aumentando paulatinamente la velocidad. Al poco, Tsuyoi tuvo que hacer denodados esfuerzos para no perder de vista a su señor. Empujó y pidió paso a gritos, pero acabó totalmente desorientado. Por más que miraba a su alrededor, no encontraba el kimono marrón de Muneaki. Subió a la entrada elevada de una tienda de paños para poder abarcar una zona más amplia. No pudo encontrarlo.

Cuando volvió a sumergirse en el tráfico de personas, sintió que alguien le tocaba el hombro, detrás de él. Al girarse, encontró la sonrisa del daimio.

—Será mejor que salgamos de aquí —le dijo.

Tsuyoi asintió, agradecido.

Muneaki caminó con paso exigente delante de él, pero Tsuyoi tuvo menos dificultades en seguirlo cuando abandonaron el barrio comercial. Aunque le había pedido que estuviera a su lado, en lugar de unos pasos por detrás, la forzada marcha se lo impedía. Muneaki no variaba su velocidad ni mostraba el menor signo de cansancio. A Tsuyoi le faltaba el aliento y, cuando llegaron al dique del río Sumida y Muneaki se detuvo, respiró aliviado. La enorme estructura había sido construida por los Tokugawa para evitar las inundaciones de las zonas de la ciudad ganadas a los pantanos. Había otro dique que se unía al del Sumida, que llegaba desde el Sanya y moría en el Shoden-chō. Por ese motivo, aquella zona había sido bautizada como el dique de Dos Aguas.

—¿Qué te parece, Tsuyoi? —preguntó abarcando con la mirada la impresionante obra de ingeniería—. ¿Crees que demuestra la maravilla de la intervención humana o solo su falta de comprensión?

—Debéis disculparme, mi señor, pero no acabo de entender.

—Te repito que no estamos aquí como señor y vasallo, por lo que puedes dirigirte a mí como lo harías a un amigo.

—Reconozco que es un gran trabajo —se aventuró Tsuyoi—. Es una construcción digna del sogún y su poder.

—Pero ¿no crees que tanto esfuerzo y tanta riqueza invertida eran innecesarios? Hubiera bastado con no construir barrios tan cerca del río. De esa forma, no hubiera importado su crecida. Bien, esa es la misma pregunta que me hago sobre mí mismo —confesó Muneaki—. Desde que

nuestro clan cayó en desgracia, he realizado grandes sacrificios y también se los he exigido a todos aquellos a los que debía proteger. Sin embargo, llegados al punto en el que nos encontramos, me pregunto si no hubiera sido mejor no oponerse a lo inevitable.

Tsuyoi guardó silencio.

—Te preguntarás el motivo por el cual te he traído hasta aquí —dijo Muneaki.

—Así es.

—Por un lado, debía comprobar si los informes de Toshimoto sobre ti eran ciertos.

—No comprendo. No me has hecho ni una sola pregunta.

—Las palabras no dicen tanto como la mayoría de las personas creen. Pueden decir cosas que no son ciertas o ser incapaces de transmitir toda la verdad. Sin embargo, hay otras formas de expresión que no pueden enmascarar la realidad. Una de ellas es el combate. Cuando un guerrero lucha por su vida, olvida todo artificio y se conduce por su verdadera naturaleza, pues el miedo a la muerte no le permite actuar de otra forma. Otra es la meditación.

—¿Lo de antes era una prueba?

—En efecto.

—Y no la he superado, ¿verdad? —Temió Tsuyoi.

—Digamos que me has mostrado tu interior, nada más. Me ha ayudado a conocerte mejor. Ahora sé quién tiene la máscara.

—¿La máscara? Yo no... —empezó Tsuyoi, alarmado.

—Como ya he dicho, no sirven de nada las palabras cuando se ha visto el interior de un hombre. Sé que tienes la máscara del Fantasma de los Nanjō, la misma que Toshimoto ha perdido.

Instintivamente, Tsuyoi colocó los brazos alrededor de su pecho, protegiendo su preciado tesoro. Muneaki detectó el movimiento.

—No te preocupes —lo tranquilizó—, no pienso denunciarte a Toshimoto. Siempre ha sido un samurái leal, pero también inflexible. Prefiero hablar contigo y convencerte para que la devuelvas voluntariamente.

—Me pides un imposible, ella me ha elegido. Yo soy su guardián ahora.

—Estás en lo cierto en una cosa: ella te ha elegido, pero solo porque eres fácilmente maleable. Lo demostraste en el barrio comercial. Te dejaste abrumar por las apariencias. Entrabas en conflicto con la posición que ocupaban tus obstáculos, las otras personas, y te enfrentabas a ellas para seguir la dirección que te habías marcado previamente. Tu avance era un enfrentamiento con todo lo que te rodeaba.

—No había otra manera de desplazarse. Estaban por todas partes.

—La solución era fluir con ellas, elegir el espacio que las separaba para avanzar. Oponerse siempre es más difícil que trabajar a favor. En muy poco tiempo, perdiste tu rumbo y tu objetivo. No pretendo faltarte al respeto. Eso no quiere decir que carezcas de valía. Todos y cada uno de nosotros somos fuertes en algunas cosas y menos avezados en otras. Tú no estás preparado para hacerte cargo de la máscara.

—Eso no es verdad —negó Tsuyoi—. Gracias a ella, estoy tras la pista de quienes amenazan a nuestro clan. Ella me está ayudando. Me inspira...

—Y lo hará cada vez más, me imagino, hasta que te conviertas en lo que tratas de evitar: un enemigo del clan. Esa máscara está maldita y su poder es ahora mayor que nunca.

—Ella no es una amenaza, sino la solución a nuestros problemas.

Muneaki negó, muy despacio.

—Crees que mi objetivo es salvar al clan y que, por eso, quiero la máscara. —El silencio del joven confirmó su sospecha—. Ya es tarde para eso.

—¿Qué ha ocurrido?

—He sido citado en el castillo. Temo que esta vez perderemos definitivamente el favor del sogún. Lamento no haber sido el daimio que todos merecís. La maldición que se abate sobre nosotros nos ha consumido. Mi principal preocupación al traerte hasta aquí no es utilizar la máscara con un fin; es liberarte del peso y la responsabilidad de poseerla. Solo grandes hombres de valía fuera de lo común han podido hacerlo antes que tú. Tu padre y Toshimoto fueron esa clase de hombres.

—Yo también seré uno de ellos —rebató Tsuyoi—. Estoy convencido. He sido preparado desde niño para ser un samurái. Confía en mí.

—No conoces la verdadera naturaleza de la máscara —negó Muneaki—. Ni siquiera yo la entiendo completamente, pero puedo sentir su maldad emanando desde tu pecho.

—¿Quién te ha dicho que la llevo conmigo?

—Ella misma. Trata de acallar mis palabras, actúa poniendo en tu mente pensamientos ajenos que crees genuinos. Así sé que está muy cerca. Te lo pido como tu señor, pero también como tu amigo: devuelve la máscara.

—No lo comprendes. La maldición sobre los Akamatsu es una ilusión. Son personas de carne y hueso quienes nos están atacando. He descubierto muchas cosas, estoy siguiendo las pistas que me conducen hacia nuestros enemigos. Averiguaré quiénes son y los destruiré.

Muneaki suspiró, resignado.

—Nadie puede salvar a nuestro clan, es demasiado tarde. Abandona tu búsqueda, deshazte de la máscara y regresa a Osaka, junto a tu familia.

Tsuyoi no podía creer lo que escuchaba. Muneaki no solo rechazaba su ayuda, le pedía que devolviera la máscara y que abandonara el clan. ¿Podía existir mayor afrenta?

No estaba dispuesto a marcharse, a convertirse en un sucio *rōnin* sin señor y regresar a casa transcurridos tantos años como un fracasado. ¿Cómo podría reconocer su deshonra frente a su madre y su hermano?

—Yo salvaré al clan —insistió—. No pierdas la esperanza, mi señor. Debo irme ahora —manifestó con solemnidad. En realidad, sentía un miedo atroz a que Muneaki lograra de alguna forma convencerlo de que entregara la máscara—. Debo seguir con mi investigación.

Muneaki suspiró. Como había dicho Toshimoto, el muchacho aún no era digno para dominar la máscara y quizá no lo fuera nunca. Pero ¿ganaba algo arrebatándosela a la fuerza?

—Cada hombre tiene su destino —susurró volviendo la vista al dique—. ¿Quién soy yo para detener la rueda del karma?

—¿Puedo irme ya?

—En realidad, no estás aquí. Es la máscara quien me habla por tu boca, la que respira por tus pulmones, la que camina con tus pies. De nada serviría arrancarla de tus manos. Su llamada te obligaría a recuperarla a cualquier precio. Solo la muerte o tú mismo pueden librarte de su influjo.

Tsuyoi no contestó. Como si huyera de un tsunami, corrió lejos de su señor. Muneaki no hizo el menor intento por detenerlo.

⁴⁶ *Wakizashi*: sable corto que acompañaba a la *katana*.

⁴⁷ *Kabukimono*: jóvenes inconformistas al margen de la sociedad, a la que desafiaban con su escandalosa conducta y su provocadora forma de vestir.

⁴⁸ *Hakama*: especie de pantalón de varios pliegues anudado con cintas.

⁴⁹ *Bansho*: literalmente, «cuartel de guardia».

⁵⁰ *Ashigaru*: soldados de a pie, guerreros de categoría inferior a la del samurái.

LOS HOMBRES DEL RÍO

Masume despertó de un sueño intranquilo.

Los postigos estaban cerrados, pero una ligera corriente penetraba entre las pantallas que rodeaban su alcoba. Sin embargo, no era el viento nocturno lo que estaba impidiendo que Masume volviera a conciliar el sueño. Los últimos acontecimientos y, en especial, la conversación mantenida con su madre, la acosaban. Su voluntad luchaba entre sus deseos y el deber. Tenía ya quince años, pero era ahora cuando se enfrentaba a la primera prueba de madurez.

Masume no podía concebir una vida de casada, encerrada en una sala como hacía su madre, pidiendo permiso a su marido para poder salir a la calle. Las convenciones del matrimonio la obligarían a comportarse en todo momento como se esperaba de una fiel esposa: siempre predecible, cercada por los deberes y la observancia de los deseos de su marido o de su suegra. No imaginaba una vida más insulsa, anulada, reducida a un mero objeto decorativo sin opinión ni iniciativa.

Pero ¿qué opciones tenía? Su negativa podría condenar al taller, pues no había otra forma de pagar a los Hombres del Río. Muchos negocios quebraban en Edo todos los días y había muchos maestros carpinteros. Nadie movería un dedo por ayudarlos. Entonces, tampoco podría hacer lo que deseara, pues su mayor preocupación sería encontrar algo que comer. Tal vez acabara mendigando en los caminos o robando en el mercado, aunque lo peor sería mirar a sus padres a los ojos. Con su negativa a aceptar casarse, habría arrastrado a todos a la pobreza.

Debía existir alguna forma de escapar de aquel destino cruel, pero ¿cuál era la solución? Nadie podía enfrentarse a aquellos mafiosos y pedir dinero a un usurero solo retrasaría lo inevitable.

Debía ser la hora del buey. Angustiada, se levantó para abrir uno de los postigos. La recibió el resplandor de la luna más bella del año. Su luz alumbró la estancia sin necesidad de encender una linterna. Dentro de aquella aura palpitante, se sentía fuera de la realidad. Ojalá no llegara nunca el amanecer, que se alargara la noche hasta límites imposibles, escapando así de la obligación de tomar una decisión. Hiciera lo que hiciera, sufriría por ello.

De pronto, escuchó un sonido en la planta baja, un fuerte golpe y un quejido ahogado. Después, un rumor de voces.

Extrañada, se cubrió con una bata de seda y abandonó su alcoba en silencio. Caminó por el pasillo descalza, procurando que sus pisadas no hicieran crujir el suelo de tablas. Al acercarse a las escaleras, el brillo de las lámparas de aceite de la sala principal, más abajo, reveló las siluetas de varias personas.

Llamó su atención una respiración entrecortada y el rozar de un cuerpo sobre el entarimado, como si alguien se arrastrara por el suelo. Espantada, descubrió a Chifu, el *rōnin* contratado por su padre para proteger el negocio, caído sobre un charco de sangre. Tratando de sobreponerse al

temblor de sus manos, rozaba con las puntas de los dedos la guarda de su sable en un vano intento por desenvainar. A su lado, dos hombres, de kimonos oscuros y pelo enmarañado, sonreían mientras esperaban que su agonía terminara.

Masume perdió toda la fuerza de sus piernas y quedó arrodillada, sobrecogida y, a la vez, incapaz de apartar la mirada.

—Tu tiempo se agota, maestro carpintero —aseguraba alguien sentado con las piernas sin recoger, despatarrado en una posición indecorosa. Como si fuera el nuevo señor de la casa, estaba sobre la tarima elevada desde la que Furui había comunicado a Masume su decisión de apartarla del negocio y prepararla para un futuro casamiento.

—Solo necesito un poco de tiempo —rogaba su padre frente a él, de pie con los anteojos puestos, humillado en su propia casa.

Chifu había dejado de moverse, desangrado tras las heridas sufridas. Masume no tenía ninguna duda: se trataba de los Hombres del Río.

—Esa respuesta no me sirve —replicó el mafioso desde la tarima elevada—. ¿Sabes quién soy? No, claro que no. Sakon no te suena de nada, ¿verdad?

Furui negó, nervioso. Se frotaba las manos una y otra vez para recolocar, a continuación, sus anteojos sobre la nariz.

—No puedo entender... ¿Por qué habéis acuchillado a Chifu? —preguntó.

—¿Te refieres a ese sucio *rōnin* de ahí? —señaló Sakon—. Es solo una forma como cualquier otra de llamar tu atención, pues hasta ahora no nos has tomado muy en serio.

—Os equivocáis —aseguró Furui—. Todo esto es innecesario. Soy un maestro carpintero, no represento ninguna amenaza. Os he abierto las puertas de mi casa...

—¡Ya basta! —lo detuvo Sakon—. Puede que para fornicar o emborracharme haga el esfuerzo de trasnochar, pero ver tu cara de idiota y escuchar tus lloriqueos es un auténtico castigo, ¿comprendes? Así que no fuerces aún más la situación.

El mafioso se levantó, lo que provocó que Furui retrocediera medio paso, aterrado, pese a ser mucho más corpulento. Sakon se acercó hasta él con una abierta sonrisa. Quedaba a la altura del pecho del maestro carpintero.

—¿Me permites? —preguntó, al tiempo que le arrancaba los anteojos de la cara—. Un objeto curioso.

Imitando a Furui, miró a través de los cristales.

—¿Qué magia es esta? Distorsiona la realidad.

Miró a sus secuaces, torciendo de un lado a otro la cabeza, observando si de esa forma cambiaba

la perspectiva. Los otros alzaron las manos, tratando de protegerse del hechizo que pudiera brotar a través de aquel extraño objeto.

—¿Este es el invento que trajeron los *nanban*⁵¹? Inútil, pero también peligroso, ¿no te parece? No te deja ver las cosas como realmente son. No has comprendido que no es solo tu negocio lo que está en juego. Déjame que te lo explique.

Con un gesto inesperado, Sakon tomó los anteojos y golpeó con ellos la frente a Furui. El maestro carpintero se tambaleó, llevándose las manos a la cara.

Masume gritó.

—Tenemos espectadores —dijo Sakon con naturalidad—. ¡No te quedes ahí, baja a reunirse con nosotros!

Masume, temblando de pies a cabeza, se las arregló para descender por los peldaños. Entre los dedos de la mano que su padre mantenía sobre la frente se filtraba la sangre.

—¿Quién eres, joven dama? —interrogó Sakon.

—Mi nombre es Masume —logró responder.

—Entiendo por tu aspecto que no eres una vulgar sirvienta, ¿verdad?

—Soy la hija del maestro carpintero.

—Vaya, vaya. Parece que nuestro querido maestro tiene más cosas de valor aquí.

—Por favor... —pidió Furui—. Pagaré.

—¿Qué ocurre, maestro? Hace solo un instante asegurabas por todos tus antepasados que serías incapaz de darnos lo que debes a tiempo. ¿Temes que le hagamos algo a tu querida hija?

—No, yo solo... quiero decir que nunca he faltado a mi pago. Sabéis que tengo recursos suficientes para abonar lo que me pedís.

—¿Sabes qué es lo que creo? Creo que me estás mintiendo, viejo. Necesitas un incentivo para cumplir con tu deber.

—Por favor, no le hagáis daño —imploró el tembloroso Furui.

Masume permanecía en silencio, más asustada de lo que había estado en toda su vida. Sakon empezó a caminar a su alrededor, como un tigre ante una presa indefensa.

—Muy bonita, ¿verdad, chicos?

—Ya lo creo, jefe.

—¿Cuánto creéis que vale? ¿Sería suficiente para pagar la deuda de su padre?

—Por favor... —repitió Furui—. Vuestra petición ha sido inesperada. De haberlo sabido a tiempo, hubiera retrasado el pago a los proveedores. Ahora mismo dependo de mis clientes. Hasta que no termine el trabajo pendiente, no podré recuperar lo invertido. Yo...

Sakon volvió a golpearlo en la cara utilizando los anteojos.

—¡Basta de balbuceos! No puedo soportar que un gran maestro carpintero se comporte de forma tan miserable.

Masume se arrodilló frente a Sakon con la mirada baja. El terror amenazaba con hacerle perder el control sobre sí misma, pero fue capaz de resistirse al impulso de salir huyendo. Su padre estaba allí. No podía dejarlo solo con aquellos hombres, aunque no supiera de qué forma podría ayudarlo.

—La chiquilla también quiere hablar, pero no se atreve —manifestó Sakon—. Anímate, mujer, no muerdo. O, al menos, no lo hago muy fuerte.

—Tal vez esté impresionada por tu belleza, jefe —se burló uno de sus hombres. Para ellos, aquello no era más que un juego.

—¡Calla, estúpido! ¡No me dejas escuchar lo que dice! Habla, bella dama —pidió agachándose para quedar a la altura de Masume.

—Yo... —comenzó.

Pero Sakon la interrumpió elevando de nuevo su voz.

—¿Que quieres venir con nosotros como garantía? Ya veo...

—Cumpliré con vuestras exigencias —insistió Furui.

—Claro que lo harás —respondió Sakon—, porque, de lo contrario, no volverás a ver a tu hija. ¿Me has oído, maestro? Esta preciosidad se viene con nosotros. Mañana volveré. Si no nos das lo que debes, arrasaremos este lugar y emplearemos a tu hija en alguna de nuestras casas de té. Nadie se burla de los Hombres del Río.

Furui intentó protestar, pero Masume lo interrumpió levantando su mano. De pronto, veía claramente lo que debía hacer. Una fuerza que desconocía poseer la hizo hablar, fuerte y claro.

—Iré con vosotros —sentenció.

—Hija...

—Padre, debo hacerlo.

—Muy bien, muy bien —aceptó Sakon—. Ya era hora de que escuchara algo con sentido común. ¡Vámonos! Ya hemos terminado aquí.

Sin embargo, cuando los hombres avanzaron para agarrar a Masume, esta se encaró con Sakon.

—No puedo ir de esta guisa.

—¿De qué estás hablando?

—Estaba durmiendo. No estoy vestida como corresponde. Dadme unos instantes para cambiarme y os acompañaré gustosamente.

El mafioso se encogió de hombros, desconcertado por la entereza que demostraba aquella joven.

—De acuerdo, pero hazlo rápido. Y recuerda que nos quedamos aquí abajo con tu querido padre. No hagas ninguna tontería.

Masume asintió y volvió al piso superior.

El servicio doméstico estaba despierto. Masume podía distinguir sus siluetas al otro lado de las puertas correderas que daban al pasillo, intentando saber más de lo que pasaba, pero sin atreverse a abandonar la seguridad de sus habitaciones.

Cuando Masume entró en su alcoba, descubrió a una aterrada Jūjun esperándola con una sencilla capa sobre su ropa de cama.

—¡Madre!

—Hija mía... ¿Has estado abajo? ¿Qué ocurre?

—Son los Hombres del Río. Han matado a Chifu.

—Por todos los dioses... —respondió juntando las manos en posición de plegaria.

—¿Dónde está Chōnan? —preguntó Masume.

—No lo sé. Ha vuelto a salir.

—Estará emborrachándose mientras nosotras debemos enfrentarnos a esos hombres —protestó mientras empezaba a cambiarse ella misma de ropa. No tenía tiempo de pedir al servicio que la asistiera—. Para eso sirve mi hermano.

—¿Qué es lo que estás haciendo?

—Me visto para irme con esos hombres.

Su madre la miró sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—No puedes estar hablando en serio.

—Te acabo de decir que han matado a Chifu a sangre fría, y él era un guerrero. Estamos indefensos ante el capricho de esos diablos. Madre, si no hago lo que dicen, padre no tendrá tiempo para pagarles. Me pides que ocupe mi lugar en esta casa, que cumpla con mi deber. Este es ahora mi deber.

—¡Es una locura! No puedes entregarte de esta forma.

Por alguna razón, la actitud de su madre le daba fuerzas. Le resultaba más fácil contradecirla que imponerse a su propio miedo.

—Está decidido. —Su tono autoritario la sorprendió incluso a ella.

Eligió el primer kimono que vio entre sus ropas y tampoco se entretuvo en maquillarse. Con rapidez, se anudó el *obi* a la espalda, haciendo caso omiso del tímido intento de su madre por ayudarla.

—Péiname, ¡vamos! —exigió cuando vio que su madre dudaba—. Debo justificar mi retraso de alguna forma.

—¿Retraso?

—Antes de irme, debo escribir un mensaje. Debe llegar a un samurái de la casa Akamatsu lo antes posible. Envía a alguna de las criadas. Dile que busque a Tsuyoi.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pretendes?

—Nos encontramos en una situación desesperada. Solo el Fantasma de los Nanjō puede ayudarnos.

—Hija, ¿qué estás diciendo? No te comprendo...

—No estoy loca. Te lo explicaría, pero no tenemos tiempo que perder —cortó Masume—. Ya lo entenderás. Péiname mientras preparo la tinta.

⁵¹ *Nanban*: nombre despectivo para los primeros europeos en Japón.

LUNA DE SANGRE

La tarde del decimotercer día del octavo mes⁵², antes de que Sakon y sus hombres salieran de camino al taller del maestro carpintero Furui Daiku, el señor de los Akamatsu eligió a tres de sus samuráis de mayor confianza para abandonar la mansión de Edo en dirección a Fukagawa. Uno de ellos era Toshimoto. Por orden expresa de Muneaki, ninguno llevaba visible el blasón de su casa. Vistiendo de incógnito, cruzaron el río Sumida por el puente de Ōhashi y cabalgaron hacia el este.

Se detuvieron brevemente en el santuario Tomioka Hachiman-gū para presentar sus respetos al dios de la guerra y abandonar Edo atravesando los grandes almacenes de madera y los aserradores fluviales que abastecían la ciudad.

La gravedad en los rostros de su escolta contrastaba con la despreocupación de Muneaki. Toshimoto, que permanecía a su altura, esperó a dejar los arrabales de la ciudad para abordar a su señor.

—Os ruego me disculpéis, pero no acabo de comprender el motivo de este viaje, a solo un día de acudir al llamamiento del *bakufu*.

Muneaki se giró hacia su fiel comandante con rostro relajado.

—Una vez que no está en nuestra mano influir en lo que ha de venir, poca importancia tiene la forma en la que esperamos lo inevitable.

—Tal vez procurar una buena disposición mental sería lo correcto.

Muneaki sonrió abiertamente.

—Siempre has sido el modelo de samurái de las canciones de hazañas guerreras. Estoy seguro de que tu recomendación es pasar la noche meditando en un apartado monasterio de la montaña, rezando a los antepasados para encontrar el equilibrio necesario para aceptar con dignidad la peor de las noticias.

El viejo samurái no respondió.

—Sabemos que mañana nos espera un mal trago en el castillo de Edo —continuó Muneaki—. Sin embargo, prefiero la compañía de una mujer que haga la noche más corta y soportable.

—No habléis así, es un mal augurio. Al fin y al cabo, aún no sabemos nada de lo que se comunicará en la reunión.

—Todo apunta a que el favor del sogún nos será retirado definitivamente. Es un secreto a voces. Pronto estaremos a merced de los caprichos del Consejo de Ancianos. No podemos esperar nada bueno.

—No soy yo quien debe dar lecciones a mi daimio.

—Ah, Toshimoto, ¿me das la razón por deferencia o por principios?

—¿A qué os referís?

—Bien podrías dejar de defender tu postura por la obediencia debida de un vasallo, lo cual corrobora mi afirmación de que eres inflexible en la observancia del Camino del samurái. Recuerda que demasiado yin es yang.

—Pretendéis confundirme.

—Solo intento relajarte lo suficiente para que no amargues mi velada con la nueva *tayū* de Edo. Que haya aceptado verme entre tantos pretendientes es todo un privilegio.

—Esa Jōki no merece el honor de vuestra atención. Por muy encumbrada que pueda estar, no deja de ser una mujer del mundo flotante.

—Eso lo dices porque ya has superado las tentaciones del ego, pero los que no somos tan sabios ni hemos alcanzado el final del Camino nos complacemos en las trivialidades que la vida puede darnos. Dicen que Jōki es un bocado exquisito, solo apto para paladares sensibles.

Toshimoto no insistió, pensando que, al fin y al cabo, prefería a su señor alegre ante la adversidad que doblegado por el infortunio. En cierta forma, era también una expresión de fortaleza interna. Al parecer, no era el momento de insistir en la grave situación de la casa Akamatsu, así que Toshimoto evitó expresar en voz alta sus propios temores. Como bien había dicho Muneaki, del llamamiento al castillo para el día siguiente solo podían esperar malas noticias. La forma en la que Muneaki había sido citado no correspondía a la de un apellido que había apoyado a los Tokugawa en la guerra civil que los aupara al poder. En la asamblea que decidiría el futuro de los Akamatsu ni siquiera estaría presente el sogún Iemitsu, una forma de mirar hacia otro lado y evitar involucrarse.

—Déjalo ya —pidió Muneaki, adivinando el motivo de su silencio.

—¿Tan transparente soy? —protestó Toshimoto.

—En absoluto, pero llevo toda mi vida adulta a tu lado y he aprendido a escuchar lo que ni tu boca ni tu rostro dicen.

Siguieron cabalgando sin perder de vista la bahía y las velas blancas que la recorrían plácidamente. Cuando el cielo empezaba a oscurecer, bajaron la montaña hacia la playa, evitando las pequeñas poblaciones cercanas. Estaban muy cerca del lugar de la cita con la cortesana.

Desde la era Heian, había sido muy popular celebrar la contemplación de la luna llena que daba paso al otoño, la más bella del año. Nobles y samuráis de alto rango subían a embarcaciones recreativas para beber sake y componer poemas al reflejo de las aguas. Con el paso del tiempo, la costumbre había ido perdiendo popularidad entre la clase aristocrática y ahora quienes la celebraban eran mayoritariamente campesinos agradecidos a los *kami*⁵³ y a los dioses por las

buenas cosechas pasadas y futuras.

Al llegar a la playa, la cabalgada y la brisa marina reconfortaron a los samuráis. Muneaki apreció con satisfacción que los tres hombres habían relajado sus hombros y que la posición sobre sus monturas no era tan protocolaria.

Los cuatro se detuvieron frente a los reflejos del rojo encendido del cielo, permitiendo que las olas llegaran hasta los cascos de sus cabalgaduras. En silencio, contemplaron la inmensidad de la bahía y la quietud de sus aguas.

—Mucho después de que el polvo de nuestros huesos se haya fundido con la tierra, las olas seguirán lamiendo esta playa —declaró Muneaki.

Tomando aire con una larga y profunda inspiración, improvisó un haiku en voz alta:

Ola rompiente,

belleza efímera.

El mar, eterno.

Cabalaron siguiendo la arena hasta un promontorio entre las rocas y la vegetación. Un camino entre árboles serpenteaba hacia la cima. Los dos samuráis de la escolta se quedaron cuidando de los animales mientras Muneaki y Toshimoto ascendían por las escaleras labradas en la piedra. Al llegar arriba, descubrieron una casa de dos plantas, invisible desde la playa. El tejado superior era de tiras de bambú y el de la fachada, de láminas de madera trenzada. Los gruesos tabiques, sin pulir, no permitían atisbar el interior.

Se detuvieron a la entrada, donde un criado los esperaba en una congelada inclinación de cabeza.

—Ahí dentro no puede esconderse un ejército —dijo Toshimoto—, pero una sola daga es suficiente para quitar la vida. Me quedaré aquí fuera, por si me necesitáis.

El daimio sonrió, asintiendo. Después, se dirigió al sirviente:

—Mi nombre es Akamatsu Muneaki.

—Bienvenido. Os esperan dentro. Por favor, os ruego que honréis este establecimiento con vuestra presencia.

El hombre lo guio a través de la cortina que colgaba sobre la entrada y Toshimoto se quedó solo.

El viejo samurái permaneció atento a los sonidos, tanto del interior de la casa como de los alrededores, pero no detectó nada que rompiera la quietud de la primera hora de la noche.

Cuando una *tayū* acudía a atender a un cliente era todo un acontecimiento. La procesión, de entre diez y veinte asistentes, avanzaba con lentitud por las calles de Yoshiwara. Sin embargo, Toshimoto no veía el menor rastro de la *yarite* ni del resto de las sirvientas que normalmente la hubieran acompañado hasta allí. Tampoco había caballos, palanquines o carros a la vista.

El deber de Toshimoto lo obligaba a recelar, pero la prudencia de la cortesana o su dueño podían justificarlo todo. Al fin y al cabo, relacionarse con un clan caído en desgracia ni siquiera estaba bien visto en el mundo flotante.

El veterano samurái recordó que los otros guerreros Akamatsu custodiarían la subida desde la playa, mientras él controlaba la zona más próxima a su señor. Nadie podría acercarse sin ser visto.

Dispuesto a soportar una larga espera, se sentó bajo el alero de la casa con la espalda a la pared y el sable largo sobre el regazo. Pasaría la noche sin dormir, atento y vigilante.

El ritual que siguieron Muneaki y Jōki para su primer encuentro recordaba al de una ceremonia matrimonial. Impregnados por el silencio de la casa, solo intercambiaron un saludo formal al comenzar la velada. El resto del tiempo no despegaron los labios. A solas, en el amplio salón que daba a la terraza, compartieron sorbos de sake de la misma taza, sentados de tal forma que evitaran estar enfrentados. La cortesana servía a Muneaki con movimientos pausados y precisos, manteniendo la inexpresiva máscara pétrea de su rostro. Parecían dos personas solitarias que cruzaban breves y pasajeros momentos de reconocimiento. La más mínima emoción en ella o el menor comentario del daimio hubieran sido interpretados como una falta.

Muneaki estaba interiormente dichoso. Aunque también reprimiera cualquier atisbo de emoción y actuara como si Jōki no estuviera allí, se mantenía expectante, impresionado tanto por la belleza de la cortesana como por sus maneras.

Bajo el largo *uchikake*⁵⁴, el kimono externo de Jōki era de seda color lavanda. La parte superior de la prenda que cubría el pecho estaba bordada en un patrón de motivos auspiciosos, con tres dobladillos que permitían vislumbrar las capas interiores de blanco y verde. Su cabello estaba recogido al estilo de Kioto, en intrincadas formas bajo ocho peinetas de nácar. El *obi* de seda era de grandes dimensiones, anudado en la parte frontal.

Los polvos blancos de su rostro y el pigmento de intenso rojo del labio inferior y los ojos estaban aplicados con inigualable maestría. Salvo el criado que recibiera a Muneaki y dos sirvientas, no había nadie más en la casa. Seguramente, tras el viaje hasta allí, había sido ella misma quien se aplicara el maquillaje.

Cuando terminaron de beber, la cortesana se incorporó para invitarlo tácitamente a salir a la terraza. Mientras la seguía, Muneaki admiró el maquillaje de la parte posterior de su cuello y la blanca piel de sus pies sin cubrir. Jōki deslizó las puertas *shōji* del fondo de la sala y accedió a una zona que hasta ese momento había permanecido oculta. La terraza, ahora, sin la separación de los paneles, formaba un único espacio con el resto de la estancia.

Fuera, la vista era magnífica. El promontorio creaba la ilusión de encontrarse suspendidos en la oscuridad que hermanaba el cielo y el mar. Las estrellas, asomando entre las nubes, esperaban resplandeciendo la salida del astro nocturno. Cuando se sentaron en los cojines previamente preparados, Muneaki se dejó envolver por la brisa y la palpitante frescura de la noche. Dejó exhalar un suspiro de satisfacción.

—En verdad, es un momento propicio —manifestó el daimio.

—Los dioses nos bendicen —respondió Jōki, inclinándose respetuosamente.

Una luz carmesí brotó del horizonte, por encima de la lejana orilla del otro extremo de la bahía. Extasiados, contemplaron la escalada de una luna arropada por tenues jirones de niebla. Al despuntar por encima de la bruma, empezó a brillar con mayor intensidad, abandonando su vestido encarnado y tornándose de un blanco níveo. Su tamaño y luminosidad alcanzaron su cenit al reunirse con las estrellas del cielo. Muneaki improvisó el inicio de un *waka*⁵⁵:

La tierra calla.

Aparece la luna,

reflejo de mar.

Jōki, siguiendo el antiguo juego de completar el poema, contestó:

Camina en la noche,

calma el espíritu.

La cortesana trajo sake y el ambiente fue mucho más relajado. Jōki realizó una danza cómica como agradable contrapunto a la perfecta imagen de comedido equilibrio y serenidad. El daimio aplaudía, animando la interpretación, maravillado por la nueva personalidad pícara y desinhibida de la cortesana.

Hubo más bailes, hasta que Jōki, agotada, se reunió de nuevo con Muneaki. Ese fue el momento de proponer un juego de adivinanzas, algunas de alto contenido sexual, que hicieron reír a Muneaki.

Los pesares del mundo cambiante quedaron apartados. El pasado y el futuro desaparecieron con el soplo del viento y el empuje de las olas rompientes. A la hora del buey, la de mayor esplendor de la luna, dejaron los juegos para regresar a la calmada contemplación del firmamento.

Permanecieron en silencio, percibiendo más allá de los sentidos aquella maravilla.

—Tal vez mi señor desee que amenice este momento con una humilde interpretación musical —sugirió la cortesana.

Muneaki asintió con una sonrisa. Compartir aquel mágico momento había hermanado sus espíritus.

Jōki tomó un *shamisen* y tocó una pieza al nuevo estilo *naga-uta*, muy popular en el teatro kabuki. Su voz, suave y modulada según los requerimientos de la música, fue adquiriendo un eco cada vez más sentido y emocionado, pese a que la letra hablaba de una historia trivial usada para hacer más llevaderos los interludios de las largas obras teatrales.

Al terminar, la cortesana necesitó unos segundos para recuperar su máscara de serenidad. Muneaki fue sensible a aquella imprevisible variación de su ánimo.

—¿Sois desgraciada? —apuntó—. Soy consciente de que hasta hace muy poco erais una afamada estrella de la interpretación. Quizá mi compañía no sea suficiente para acallar las apenadas voces de vuestro corazón.

Jōki lo miró directamente por primera vez. Muneaki, desconcertado, detectó miedo en sus ojos.

—Decidme, mi señor, ¿cuál es el pecado del venado que sucumbe a la destreza del cazador?

—¿Pecado? No os entiendo.

Bajo el maquillaje, la cortesana se ruborizó, consciente de su falta. En un solo instante había echado a perder el encuentro.

—Os ruego me disculpéis. Solo soy una hoja de otoño arrastrada por una caprichosa corriente de aire.

—Una bella hoja que lamenta abandonar la rama, ¿no es eso? ¿Qué os aflige? Olvidaos de vuestras obligaciones. Ya me habéis dado suficiente placer por una noche. Como todos los seres de este mundo, yo también arrastro inquietudes y miedos. Escuchar los ajenos servirá para hermanarme con otro espíritu, al igual que la luna hoy es acompañada por las estrellas.

Jōki, azorada, dejó a un lado el *shamisen* y miró el firmamento como si buscara en él la fuerza necesaria para hablar.

—¿Quién soy yo, triste hoja, para inmiscuirme en los propósitos del viento?

Muneaki supo interpretar que la cortesana deseaba imperiosamente confiarle una información, pero que no tenía permiso para ello. Ignoraba de qué podía tratarse, pero lo inapropiado de semejante planteamiento durante la primera cita con un cliente no hizo más que despertar su curiosidad. Decidió darle la oportunidad de explicarse en los mismos términos.

—Los roces entre las hojas mecidas por el viento solo pueden interpretarse como un fortuito designio del azar —dijo para dar a entender que la cortesana no había buscado aquella situación y era libre de responsabilidad.

Jōki respondió en un hilo de voz.

—No todos los soplos de aire son fortuitos y una de esas hojas ha sido empujada a una peligrosa ciénaga más abajo.

Muneaki se puso rígido. ¿Esa hoja empujada al peligro era él?

—¿De qué forma podría la otra desviarla de ese aciago camino? —interrogó el daimio.

—Solo uniéndose en el baile de caída, arriesgándose a fracasar y precipitarse juntas al lodo.

—Y, sin embargo —respondió Muneaki—, parece dispuesta a compartir el mismo destino... ¿Qué puede motivar tan desinteresado comportamiento?

—Está en su naturaleza rebelarse a los soplos del viento.

El samurái había escuchado suficiente.

La cortesana estaba allí en contra de su voluntad. Una *oiran* de su posición era libre de elegir a su cliente, aunque su dueño tratara de influir en la elección. Alguien muy poderoso se había tomado la molestia de concertar aquella cita, de alejarlo de Edo hasta un lugar remoto, lejos de sus hombres y de la protección de las autoridades. Era una trampa.

Por otro lado, que Jōki fuera incapaz de hablar claro evidenciaba que otros oídos escuchaban su conversación. Que él hubiera visto, solo estaban allí el sirviente y las dos damas de compañía. ¿Era su persona el objetivo de la amenaza o el peligro estaba en su mansión de Edo? Necesitaba ganar algo de tiempo para interpretar las palabras de la cortesana y decidir qué iba a hacer a continuación.

—Decidme, ¿no añoráis vuestro pasado? —elevó la voz Muneaki en un tono despreocupado.

—Con humildad, acepto la orden del sogún —respondió la cortesana, al interpretar que el daimio había tenido suficiente. ¿Habría comprendido realmente el riesgo al que se enfrentaba?—. Mi nueva vida sigue siendo acomodada y repleta de estímulos.

En ese momento, se descorrió una de las pantallas del fondo de la sala. Las dos damas de compañía inclinaron sus cabezas antes de penetrar en la estancia.

—No os hemos hecho llamar —amonestó Muneaki desde la terraza.

—La noche se torna fresca —justificó una de ellas—. Traemos unas mantas y un brasero para hacer más cómoda la velada.

—Excelente —aprobó el daimio—, acercaos.

La más joven, de mirada cándida y con varias prendas plegadas en sus manos, avanzó en primer lugar.

Muneaki sonreía abiertamente, arrodillado con actitud relajada. Aprovechando que daba la espalda a las mujeres, introdujo subrepticamente una de sus manos entre los pliegues de su kimono.

Al llegar a su altura, la primera de las mujeres se arrodilló a solo dos pasos, inclinando levemente su cabeza. Cuando hizo el gesto de acercar las mantas a Muneaki, las dejó caer a un lado para liberar el sable corto que había mantenido oculto debajo. Con un gesto preciso, buscó la garganta del daimio, al tiempo que mudaba su rostro a una expresión de feroz resolución.

Jōki gritó.

Muneaki estaba preparado. Se puso de rodillas y empujó a la mujer antes de que completara el fatal movimiento. Valiéndose del desequilibrio de su atacante, clavó en su cuello el *tantō* que había sacado de entre su ropa.

La otra mujer dejó caer el brasero y rugió de rabia mientras corría hacia Muneaki con una punta de acero en su mano. El daimio seguía inclinado, en clara posición de desventaja. Ya la tenía encima cuando agarró la muñeca armada de su atacante y tiró de ella para cargarla sobre la espalda. A continuación, añadió su propia fuerza al empuje que llevaba la mujer y la lanzó con facilidad por encima de la baranda de la terraza. La supuesta sirvienta cayó desde el promontorio y murió estrellada contra las rocas.

En ese momento, se escuchó un gran estruendo en la sala. Los oídos de Muneaki y Jōki parecieron estallar, como si un trueno hubiera penetrado en la habitación. El mismo sirviente que lo había recibido al llegar estaba plantado delante de ellos, sosteniendo un objeto humeante de metal y madera.

Muneaki sintió un agudo dolor que mordía la parte superior de su brazo derecho, dejándolo inutilizado. Cuando se incorporó, la sangre manaba en abundancia de una herida abierta.

—¡Perro Akamatsu! ¡Prepárate a morir! —dijo el Hombre del Río antes de arrojar a un lado el extraño objeto.

El daimio pudo apreciar entonces de qué se trataba. Era un *tanegashima*⁵⁶ de solo dos palmos de longitud, mucho más corto que los cañones utilizados por la infantería. El asesino corrió hacia ellos con un sable corto.

Utilizar la mano izquierda era deshonroso para un samurái, pero Muneaki no dudó en agacharse para recoger con ella el *wakizashi* abandonado de la primera mujer. Se sentía extraño invirtiendo su guardia, pero confiaba en que aquel hombre no fuera muy diestro y tuviera alguna oportunidad de defenderse. Al fin y al cabo, no era un samurái. Con esa esperanza, afianzó sus pies en el suelo y esperó la llegada de su enemigo.

En ese momento, apareció Toshimoto desde el pasillo con la *katana* desnuda. El Hombre del Río abortó su avance hacia Muneaki y prefirió enfrentarse a la nueva amenaza.

El viejo samurái recorrió el espacio que los separaba de dos grandes zancadas y cargó hacia delante, sin preocuparse por cubrirse o enmascarar su gesto. Sorprendido por el resolutivo ataque, el asesino no llegó a tiempo de evitar el corte que le entró por la clavícula derecha y cruzó su cuerpo hasta abandonarlo por la cadera. Se convulsionó de forma grotesca y cayó al suelo. Estaba muerto.

—¿Estáis bien, mi señor? —preguntó Toshimoto, al tiempo que limpiaba la sangre de su hoja en las ropas de su víctima.

—Hemos caído en una celada —se limitó a responder Muneaki.

Jōki estaba aún arrodillada, con los brazos cubriendo su cabeza. Al verla, Toshimoto se acercó rápidamente con el sable levantado.

—¡No! —pidió Muneaki—. Ella es otra víctima de las circunstancias. Me avisó a tiempo del peligro y, gracias a eso, no me encontré desprevenido. Podemos confiar en ella.

Toshimoto la estudió con el ceño fruncido, pero bajó su *katana* y relajó la tensión de los músculos. La cortesana miró a su alrededor, aún conmocionada por lo ocurrido.

—¿Qué fue ese estruendo? —dijo mirando al daimio—. Creí que la casa se derrumbaba.

—No era más que pólvora —explicó Muneaki.

—Había escuchado hablar de esa sustancia que mata desde lejos, pero nunca imaginé que su magia fuera tan poderosa.

—¡Estáis herido! —alertó entonces Toshimoto mientras envainaba su sable y acudía a socorrer a su señor—. No tiene buen aspecto. —Se distinguían astillas del húmero destrozado incrustadas en la piel. Arrancó su manga para improvisar un apósito alrededor del brazo de Muneaki y presionar la herida—. Creo que dejaréis de tener movilidad en el brazo o algo peor.

—Suerte que los días de guerra se acabaron. —El daimio forzó una sonrisa. Su rostro empezaba a perder color.

—Sangráis demasiado —intervino la cortesana.

—¿Hay algún otro enemigo? —preguntó Muneaki a Toshimoto.

—No he visto a nadie —respondió este mientras terminaba de inmovilizar el brazo herido anudándolo al torso del daimio.

—Mi señor —intervino Jōki—, debéis huir de inmediato. Vendrán más hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó Muneaki—. Ninguno de los que me atacaron era un guerrero de calidad, pero tenían un *tanegashima*. El régimen Tokugawa no permite su adquisición desde hace más de dos décadas. Se fabrican menos de cuatrocientos al año y son todos para los arsenales del castillo de Edo.

—Me cuesta trabajo creer que el Gobierno esté implicado en esto —respondió Toshimoto.

—No —corroboró la cortesana—, son los Hombres del Río.

—¿Los Hombres del Río? —se extrañó Muneaki—. Jamás escuché hablar de ellos.

—Tienen poder suficiente para conseguir lo que quieran, incluidas armas de fuego. Actúan al margen de la ley Tokugawa, matando y extorsionando para controlar toda clase de actividades ilegales.

—¡Del todo inaudito! —exclamó Toshimoto—. ¿Qué puede tener que ver mi señor con esa gentuza?

—Lo desconozco —reconoció Jōki—. Solo sé que me obligaron a participar en esta trampa. No pude negarme, les pertenezco. Aseguran que me compraron únicamente para atraeros hasta aquí.

—Nuestros hombres están muertos —aseguró de pronto Toshimoto—. De lo contrario, ya

habrían acudido. El estruendo por el disparo de esa arma de cobardes se ha tenido que escuchar en la playa. Eso solo significa que esta mujer no ha mentido. Vienen más enemigos y tienen la única salida tomada.

—Hay otro camino —aseguró Jōki—. Dudo que los Hombres del Río lo conozcan, ellos vinieron después. No había ninguno en el carro que me trajo hasta aquí.

—¿No pasa por la playa? —preguntó Toshimoto, interesado.

—Llega al camino a Edo por otro lugar.

El viejo samurái la miró con intensidad, preguntándose hasta qué punto podía confiar en ella, pero llegó a la conclusión de que, pudiendo haber colaborado en la muerte de su señor, ¿qué sentido tendría que cambiara de opinión después de salvarlo?

—Debéis huir por ahí —aseguró Toshimoto dirigiéndose a su señor—. No estáis en condiciones de luchar. Necesitáis un médico urgentemente.

Muneaki estuvo a punto de contradecir a su fiel samurái, pero era consciente de que tenía razón. En poco tiempo ni siquiera sería capaz de andar. La percepción del dolor había remitido, lo que, unido a la sensación de que toda la casa se mecía de un lado a otro, no presagiaba nada bueno.

—¿Pretendes quedarte atrás?

—Cubriré vuestra huida, mi señor —corroboró Toshimoto con orgullo—. El momento que he esperado toda mi vida por fin ha llegado.

—Me conmueve que, llegados a este punto, entregues la vida por un señor desacreditado por el *bakufu* —declaró Muneaki con gesto grave—. Mal corresponde al sacrificio de toda una vida de un fiel servidor.

—Mi señor, no cabe un honor mayor para un guerrero que perder la vida defendiendo a su daimio. Demasiado tarde llega la oportunidad, cuando la flor es ya marchita.

Muneaki sabía a qué se refería. La flor arrancada por el dueño del jardín siempre era elegida entre las más bellas. Toshimoto daba las gracias por la oportunidad de que su sacrificio fuera valioso, aunque hubiera sobrepasado con creces el momento ideal para dar la vida por su señor, en plena juventud.

—Tu lealtad es digna de encomio, Toshimoto. Jamás hubiera podido desear un comandante más capaz.

En su mente se agolpaban muchas más palabras, pero ambos sabían que el tiempo apremiaba. Tomaron linternas de papel y bajaron a la entrada. Muneaki tuvo que apoyarse en la pared para asegurar sus pasos, pero no pidió ayuda. Una vez fuera, la sensación de mareo fue en aumento.

—Y ahora —se dirigió a Jōki—, muéstrame el camino.

—Nos veremos en la próxima vida, mi señor —lo despidió Toshimoto.

—Tal vez sea entonces cuando pueda compensar tu lealtad —respondió Muneaki. Con un gesto severo de su cabeza, dio permiso para que Toshimoto se inclinara por última vez ante su presencia.

El veterano samurái sacó la *saya* de su *obi* y la sujetó frente a él con las dos manos. Liberó lentamente su *katana* sin dejar de mirar el frío acero que se desplegaba ante él y arrojó a un lado la vaina para demostrar que no volvería a guardar su sable en esta vida.

Jōki no acababa de comprender el gozo con el que aquel samurái buscaba la muerte, pero la rotundidad de sus movimientos y la frialdad con la que avanzó hasta situarse en mitad del claro la sobrecogieron. Jamás había visto a alguien tan seriamente entregado a un objetivo.

—Vámonos o su inmolación habrá sido en vano —pidió Muneaki.

—¿Cómo podéis dejarlo atrás para que dé la vida por vos?

—Él no entregaría su vida si no tuviera que salvar la mía y yo no trataría de vivir si no fuera por su sacrificio. Ambos estamos comprometidos.

La cortesana inclinó la cabeza antes de iniciar su camino, guiando con la linterna.

Toshimoto volvió la vista atrás para verlos avanzar hacia uno de los laterales del promontorio, cubierto por la espesura. En cuanto se introdujeron en la primera línea de árboles, desaparecieron de la vista.

Durante casi treinta años había servido a Muneaki fielmente. Lo había visto crecer, había sido testigo en la ceremonia de su paso a la edad adulta, había sido compañero en el regreso del exilio a la provincia de su padre, había estado de su lado mientras luchaba contra su belicoso hermano por el dominio del clan. ¡Cuánto hubiera deseado seguir a sus órdenes en el momento final de abandonar este mundo sufriente! Pero el karma había decidido que lo precedería a la siguiente existencia, aguardando su llegada. Rezó en silencio para que se le permitiera servir a Muneaki una y mil veces más, por todas las reencarnaciones por venir, hasta alcanzar juntos la Tierra Pura.

—Que los dioses acepten el sacrificio de mi vida en esta hora funesta —rogó en voz baja—, que, a cambio, permitan a mi señor sobrevivir para imponerse a sus enemigos. Y, si no lo hacen, ¡que se vayan todos al infierno!

Volvió adentro para sacar una lámpara, la dejó en el suelo y retrocedió hasta las escaleras de entrada al edificio para evitar ser rodeado. Adelantó el pie izquierdo, retrasó su *katana* a la cadera contraria y esperó. Lejos, en algún lugar entre la espesura, detectaba el jadeo de los hombres que ascendían desde la playa.

La atmósfera a su alrededor parecía latir, confundiendo sus sentidos. Después de una noche en vela, le costaba discriminar entre las formas reales de las cambiantes sombras proyectadas por la luz que titilaba a unos pasos frente a él. El cansancio embotaba su mente, precisamente ahora,

mientras esperaba la que auguraba ser su última prueba en este mundo. Lamentó que a su edad el vigor no fuera el mismo de antaño, pero agradeció que su compromiso con su señor siguiera intacto. No sobreviviría a aquel encuentro y no existía mejor antídoto para la duda que aceptar lo inevitable. Un guerrero no elegía el momento de morir, pero sí cómo hacerlo. Él lo haría sin pestañear, luchando hasta el final, con la dignidad de un samurái.

Los intrusos asomaron por fin al borde de la espesura portando linternas. Al ver la luz abandonada por Toshimoto en mitad del claro, se detuvieron recelosos. En un primer momento, no se percataron de su presencia, aunque estuviera a plena vista. Su completa inmovilidad debió de confundirlos.

—¡Ahí! —alertó alguien al resto de sus compañeros.

Emulando a una jauría de lobos, se abrieron en abanico liberando armas ocultas entre sus ropas. Como Toshimoto había imaginado, ninguno de ellos era un samurái. Vestían al estilo de los estibadores del puerto, con kimonos gruesos y ajustados.

—¡Eh, tú! —pidió uno de ellos—. ¿Quién eres?

—La Muerte —respondió.

Hubo un leve murmullo entre los recién llegados. Eran siete, pero ninguno se atrevía a ser el primero en atacar. El viejo samurái sonrió. Cuanto más tiempo tardaran en decidirse, más oportunidades tendría su señor de escapar.

—¿Qué hacéis, estúpidos? —preguntó alguien que acababa de aparecer tras ellos. Al contrario de los otros, llevaba un sable a la cintura. Su peinado, con la frente sin rasurar, lo identificaba como *rōnin*.

—Ahí delante. —Fue todo lo que se atrevieron a decir.

—¿Os detenéis por un solo hombre?

Los otros no contestaron, todavía plantados a prudente distancia de Toshimoto, como si fueran ellos los que estuvieran amenazados.

El desconocido avanzó hacia el veterano samurái con resolución. Se detuvo a tan solo tres pasos y lo miró sin el menor signo externo de cautela.

—Mi nombre es Ude —se anunció.

—Komorebi te presenta sus respetos —respondió inclinando levemente su *katana*—. Yo solo soy Toshimoto, quien la empuña.

—Ah, ya veo. Eres de esos que creen que su sable tiene vida propia, a quien rezan y hablan como si fuera un *kami* protector. Pues bien, Toshimoto, hemos venido a acabar con el daimio Akamatsu Muneaki. Supongo que no piensas echarte a un lado para dejarnos pasar.

—Lo siento, pero no.

—Creía que ya no quedaban samuráis dispuestos a morir por su señor, aunque, ahora que te veo un poco mejor, aprecio que tus huesos se quedaron en la época de las grandes guerras, soñando con un mundo que ya hace mucho que expiró. Las heroicas demostraciones de valor ahora solo sirven para los argumentos de las obras teatrales y las canciones populares.

—Este viejo cuerpo conoció tiempos mejores —reconoció Toshimoto—. Sin embargo, comprobarás muy pronto que dentro aún late un corazón fuerte.

—¿Pretendes renacer en el paraíso haciendo algo memorable? No puedo creer que a tu edad creas en esos cuentos.

—Solo deseo abrazar el vacío y llevarme conmigo a cuantos pueda de vosotros. No hay nada más en mi ánimo.

—Lamento escuchar eso. Me obligas a apartarte a un lado.

—Puedes intentarlo, *rōnin*.

Ude no era ningún estúpido. Como los otros, había detectado claramente que se encontraba frente a un hombre resuelto a morir luchando. La inmensa mayoría de los combates que había librado en su vida los había ganado porque su contrincante estaba más preocupado por sobrevivir que por alzarse victorioso; en el resto, había utilizado la sorpresa o medios poco ortodoxos. En esos casos, la destreza y la fuerza perdían su valor a manos de la voluntad. Esta vez era muy diferente.

El *rōnin* había tratado de sondearlo, de encontrar un hueco por el que deshacer aquel apabullante equilibrio, pero no había tenido suerte. Saltaba a la vista que estaba perdiendo el tiempo: aquel samurái no cedería y tampoco se trataba de ningún pusilánime. Tanto su férrea posición como la serenidad de su voz evidenciaban su valía. Quizá pudiera derrotarlo, pero no estaba seguro de poder salir indemne del enfrentamiento.

—Jamás hubiera imaginado que esta noche mediría mis fuerzas con un verdadero guerrero —reconoció Ude al fin.

Toshimoto inclinó ligeramente el rostro, sin apartar la vista. Ude inspiró profundamente una sola vez, resignado, al tiempo que desenvainaba.

No importaba quiénes eran ni a quién motivaba una razón justa. Solo eran dos contendientes y, fuera de su envoltura física, dos manifestaciones del Ser Interno. Ude se concentró en abandonar la consciencia de sí mismo, en eliminar las barreras mentales que lo separaban de todo lo que lo rodeaba: del suelo que pisaba, de los árboles al borde del claro, del resto de los Hombres del Río, del mismo cielo que en breve comenzaría a clarear sobre sus cabezas. Todo era uno, sin propósito, principio o final.

Toshimoto percibió el cambio en su enemigo, la elevación de su espíritu y su correcta disposición para el duelo. En lugar de alargar el momento, debería haberlo atacado a la primera

oportunidad, antes de que aquel *rōnin* estuviera preparado. Lo había subestimado y era demasiado tarde para enmendar su error.

Fue solo un instante de duda, una leve atención a la cadena interminable de pensamientos de la mente y la consecuente pérdida de la vacuidad que había logrado. El tiempo de un parpadeo hubiera sido suficiente para que Toshimoto recuperara su estado de plena consciencia, pero Ude fue más rápido en atacar.

Toshimoto giró la cintura para perseguir con su sable el vertiginoso desplazamiento de Ude, pero este llegó a rasgarle el kimono. No sintió dolor, solo percibió el desgarrón de su ropa cuando el sable del *rōnin* hendió su carne en un profundo corte transversal.

Ude no necesitaba demostrar nada, solo acabar con Toshimoto. Por eso se apartó de su alcance rápidamente, sabedor de que la herida infligida era mortal y que, pese a ello, aquel testarudo samurái era muy capaz de lanzarle una cuchillada antes de abandonar este mundo.

Toshimoto apretó los dientes, tanto para soportar el dolor como para contener la rabia por aquel comportamiento innoble.

—¡Ven aquí! —pidió entre estertores—. Aún no hemos acabado.

—No, gracias. Tengo en alta estima mi vida y prefiero no perderla inútilmente.

—¡Cobarde! —escupió Toshimoto antes de lanzar su sable hacia él.

Ude se apartó a un lado, evitando el filo. Komorebi quedó sin vida, en el suelo. Toshimoto, después de aquel último esfuerzo desesperado, se derrumbó.

—¿A qué estáis esperando? —increpó Ude a los otros—. Ya podéis dejar de esconderos. No queda nadie que defienda a ese daimio. ¡Buscadlo!

Los hombres corrieron hacia la casa. Ude sacó un paño del interior de su kimono y se puso a limpiar su hoja junto al agonizante Toshimoto. Sus padecimientos debían ser terribles e irían en aumento según pasara el tiempo.

—Tu amo no está en la casa, ¿verdad? —dijo Ude. Toshimoto no respondió—. Tu silencio me dice que no me equivoco. Es obvio que te has quedado aquí para proteger su huida. En cualquier caso, estoy seguro de que hallaremos alguna pista sobre su paradero en breve.

Ude envainó su sable y esperó. Los pájaros empezaban a abandonar sus nidos, los contornos del mundo se definían con mayor claridad, el día comenzaba. De vez en cuando, Toshimoto, tirado en el suelo, resollaba, apabullado por el dolor.

Los Hombres del Río regresaron.

—Solo hemos encontrado a una de las mujeres y a Kyū —informó uno de ellos—. Están muertos, no hay nadie más.

—¿Alguna idea de lo que pasó?

—Había mucha sangre y Kyū había disparado el *tanegashima*.

—Así que es posible que Muneaki esté herido... Buscad entre los árboles —ordenó Ude. Los hombres se apresuraron a obedecer. Acabada la demostración con el sable, había ganado su respeto—. Esto sí que es una sorpresa —se dirigió a Toshimoto—. No solo tu señor Muneaki ha volado, sino que también lo han hecho una de nuestras chicas y Jōki. Dime, ¿dónde están todos?

El samurái lo miró desde el suelo sin despegar los labios.

—¿No piensas decir nada?

Ude se levantó el kimono para orinar. Su forma y tono despreocupado enmascaraban el incesante tumulto de ideas en su cabeza.

—Te propongo un trato, samurái: me dices algo interesante sobre el paradero de tu señor y te procuro una muerte rápida. He visto muchos cortes como ese. Créeme, la agonía puede ser larga.

—Moriré con honor —contestó Toshimoto con voz ronca—. No pediré clemencia, y mucho menos hablaré.

—Bueno, me quedará un rato, por si cambias de opinión.

Uno de los Hombres del Río regresó al poco. Habían encontrado un estrecho camino, oculto entre los árboles. Era obvio que Muneaki había huido por él y el resto de los mafiosos emprendieron la persecución.

Ude se acercó a Toshimoto.

—Tu señor no tiene escapatoria —manifestó—. Ya no te necesito, samurái. —Con gesto desabrido, escupió sobre el cuerpo de Toshimoto—. Encontraré a tu señor. Lo único que has logrado es retrasar lo inevitable. ¿Qué pasa? ¿No tienes nada que decir a eso?

Pero el viejo samurái ya estaba muerto. Se había ido de este mundo silenciosamente, como la bruma de la mañana. A Ude no le gustó que lo hubiera hecho sin saber que habían descubierto el rastro de Muneaki, mas ya nada podía hacerse.

—Enséñame esa senda que habéis visto entre la maleza —pidió al Hombre del Río.

Estudiando con detenimiento el suelo y las ramas bajas al borde del angosto camino, Ude descubrió rastros de lo que podría ser sangre.

—¿No nos unimos a los otros? —preguntó el mafioso. Era alto y corpulento.

—Nos saca ventaja —objetó Ude—. Tenemos que anticiparnos al siguiente movimiento de Muneaki. Busquemos en el camino a Edo. No hay otra forma de regresar y se desplaza a pie, solo y herido. Lo alcanzaremos si acortamos por la playa.

Cuando llegaron junto a los cadáveres de la escolta Akamatsu, Ude montó en uno de los caballos. El Hombre del Río se quedó plantado en la arena, indeciso.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —Se impacientó el *rōnin*.

—Solo los samuráis tienen permitido montar a caballo —objetó— y estos, además, son robados.

—Ese maldito daimio puede encontrarse con cualquiera dispuesto a ayudarlo. Esta es la manera más rápida de dar con él. ¿O es que no sabes cabalgar?

El otro ni siquiera se molestó en responder, mirando con recelo a las monturas.

—Está bien —se rindió Ude—, reúnete con los demás y dividiós en dos grupos para buscar por los alrededores. Puede que se haya refugiado en alguna casa. Yo iré hacia la ciudad.

—¿Y si lo encontramos?

—Dejáis el cadáver en mitad del camino, que parezca obra de salteadores.

Ude abandonó la playa galopando con los primeros rayos del día a su espalda. No tardó en llegar a la ancha pista que conducía de regreso a la ciudad. Un poco más adelante, distinguió el carro de Jōki, iluminado por el suave resplandor del amanecer. Dos hombres conducían al buey que tiraba de él.

Después de ordenar que se detuvieran, Ude descorrió las cortinas con el sable desenvainado.

—¿Qué es lo que quieres? —interrogó Jōki desde el interior.

Ude recorrió rápidamente el habitáculo con la mirada antes de hablar.

—¿Dónde está?

—Puedo pasar por alto tu indiscreción y el insulto que supone esta violación de mi intimidad, pero soy incapaz de responder. ¿A quién esperas encontrar aquí?

—Al daimio Akamatsu Muneaki. No me negarás que pasaste la noche con él.

—Como bien dices, tuve que obedecer tus órdenes y venir hasta este agreste lugar para rebajarme a atender a un cliente en una casa abandonada sin la debida servidumbre.

Ude no contestó. Volvió a cerrar la cortina de bambú y buscó la puerta de entrada al habitáculo. Tuvo que agacharse para penetrar en él. Dentro, no había ningún lugar donde esconderse. Todo estaba a la vista: los kimonos de la cortesana colgados de los percheros, el espejo bruñido y los afeites, el suelo cubierto con esteras. Abrió un pequeño baúl, pero solo encontró más ropa.

—¿Por qué no nos esperaste antes de regresar a Edo?

—Me dijiste que, al amanecer, nos encontraríamos junto al pino retorcido antes de la bajada a la playa —contestó Jōki—, pero, al no ver a nadie, iniciamos el regreso.

—Ya veo... ¿Y por qué no me dijiste que había un camino secreto que ascendía a la casa evitando la playa?

—¿Camino secreto? No sé nada de eso. Pregunta a los boyeros que contrataste para traerme hasta aquí. Como puedes apreciar, las ventanas están cerradas. Apenas puedo ver algo del paisaje que nos rodea.

Había sido una pregunta estúpida, reconoció Ude. Ella, al igual que los Hombres del Río, no había estado allí antes.

—¿No crees que ya es momento de envainar tu *katana*? —se burló la cortesana.

A regañadientes, Ude guardó su sable.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Muneaki?

—Me despedí antes del amanecer. Se quedó en esa casa del peñasco y prometió solicitar un nuevo encuentro.

—¿No ofreciste tu cuerpo? Lo lógico es que, terminado el combate florido, hubieras esperado hasta el amanecer en su lecho.

La cortesana lo miró escandalizada.

—¿Por quién me has tomado? Soy una *tayū* —declaró desafiante—. Deberías saber que hasta el tercer encuentro ningún cliente puede acceder a mi alcoba y que soy libre de elegir cuál de entre mis pretendientes tiene ese derecho.

—¿Y el hombre y las mujeres que se quedaron contigo?

—Allí los dejé también. ¿Qué ocurre? ¿Los has perdido a todos?

—No juegues con mi paciencia, mujer —la amenazó. La gélida expresión del *rōnin* estremeció a la cortesana. Por un instante, temió haber ido demasiado lejos.

Ude recordó a tiempo que aquella mujer había costado una fortuna. No convenía destruirla en un estúpido arrebato de ira. Por muy bello que fuera su rostro y por muy alta su jerarquía en Yoshiwara, seguía siendo una simple mujer. ¿Qué le importaba a él lo que pensara o lo que dijera? Solo era carne, una mercancía.

Esbozó una sonrisa burlona antes de responder.

—Está bien. —Había recuperado su aplomo con la misma rapidez que lo había perdido—. Volveremos a vernos, espero que en mejores circunstancias. En este momento, ando algo ocupado.

La cortesana no tuvo tiempo de responder, confundida por el súbito cambio de humor de aquel hombre.

—¡Podéis iros! —anunció Ude a los asustados boyeros cuando regresó al camino. El carro se puso de nuevo en marcha lentamente, en dirección a Edo.

Ude montó en su caballo y los adelantó a la carrera. No entendía cómo Muneaki había logrado escapar tan rápidamente. ¿Había conseguido un caballo? ¿Había partido hacia otro lugar imaginando que lo buscarían viajando a Edo? No encontraba ninguna respuesta mientras espoleaba inmisericorde a su montura.

Jōki había descorrido la cortina lo suficiente para ver lo que ocurría. Cuando Ude se alejó, la cortesana suspiró aliviada. Esperó todo lo que sus nervios le permitieron y ordenó detener el carro.

Había prometido a los dos hombres que la acompañaban un caro kimono de su ajuar a cambio de su ayuda. Posiblemente podrían venderlo y obtener el sueldo de un año, por lo que habían accedido.

—Rápido, sacadlo —solicitó en cuanto bajó.

Los hombres deshicieron los nudos que ataban un baúl lacado de gran tamaño a dos listones de la estructura del carro. Aunque estaba entre las ruedas, bajo el habitáculo, quedaba claramente a la vista. Gracias a su ofensiva actitud, que había sacado de quicio a Ude, Jōki había logrado que el *rōnin* no reparara en lo que estaba delante de sus ojos. En ese arcón era donde la cortesana guardaba habitualmente los largos ropajes que colgaban ahora expuestos en las perchas del interior del carromato.

Sacaron el baúl con esfuerzo y lo abrieron a continuación. Muneaki estaba dentro, sin sentido. Había perdido mucha sangre.

—Necesita un médico con urgencia —declaró Jōki.

—Señora, hay un monasterio cerca de aquí —dijo uno de los hombres—. Los monjes suelen tener sanadores entre ellos.

—Llevadnos allí, ¡rápido! —pidió.

⁵² Dos días antes de la primera luna llena de otoño, a finales del mes de septiembre del calendario gregoriano.

⁵³ *Kami*: según la religión sintoísta, una especie de dios o espíritu oculto en la esencia de las manifestaciones de la naturaleza y de los objetos depositarios de devoción humana.

⁵⁴ *Uchikake*: kimono de seda ornamentado que lucían las *oiran* y también las mujeres comunes en sus bodas.

⁵⁵ *Waka*: forma poética consolidada en Japón el siglo VII gracias a la transmisión oral y de sílabas fijas: 5-7-5-7-7.

⁵⁶ *Tanegashima*: nombre con el que eran conocidas las armas de fuego introducidas por los portugueses en el Japón feudal.

EL ESPECTRO COBRA VIDA

Los Hombres del Río habían vendado los ojos y atado las manos de Masume antes de meterla en un palanquín cubierto. La muchacha los había escuchado hablar entre ellos, insultarse con descaro y a alguien que ordenaba llevarla a la *casa de arena*. El reducido habitáculo estaba diseñado para una persona, pero había alguien más a su lado. De vez en cuando, algún vaivén hacía que sus cuerpos se tocaran, pero su guardián mantenía un completo y opresivo silencio. Masume sentía un miedo feroz, físico, que entorpecía su respiración y agarrotaba su cuerpo. Ahora que tenía tiempo de pensar en la gravedad de su situación y la de su familia, se sentía perdida. Pasado su arrebató visceral, aquella heroica resolución que había decidido aceptar las condiciones de aquellos malhechores, se veía con los ojos de su hermano y de su padre, como una niña consentida que contradecía las órdenes y traicionaba la piedad filial para satisfacer su orgullo. Aquello no era un juego, se había entregado voluntariamente a unos extorsionadores y asesinos. Y su única tabla de salvación era la patética carta dirigida a Tsuyoi.

Había escrito movida por una ridícula esperanza, por un anhelo infantil. Ahora lo veía claro. En el mensaje pedía que la rescatara de los Hombres del Río, explicando que la habían secuestrado para extorsionar a su padre y que su vida estaba en peligro. «Es hora de que el Fantasma de los Nanjō cobre vida», le decía. ¡Qué desafortunada ocurrencia le parecía ahora! ¿Qué habría pensado Tsuyoi al leer aquella petición? ¿Habría pensado que estaba loca, que todo era una broma?

El transporte se detuvo. El hombre que la acompañaba la agarró de la muñeca y tiró de ella para obligarla a bajar. En ningún momento le dirigió la palabra. La condujeron por una larga fila de tablas toscamente unidas, con huecos en los que tropezaba. El olor a agua estancada inundó su nariz. Confirmó que estaba en algún canal cuando alguien la tomó de la cintura y la dejó caer sobre algún tipo de embarcación, pues el suelo se mecía rítmicamente. Sin saber qué otra cosa hacer, se sentó y rodeó sus rodillas en un gesto de protección.

—¡Vámonos! —pidió una voz. Era la misma del que había estado en su casa, el hombre que había amenazado a su padre. Intentó hacerse más pequeña, encogiéndose su cuerpo, como si eso pudiera hacerla invisible a la malignidad de aquellos hombres.

Sintió el suave contoneo de la embarcación al soltar sus amarres y dejarse llevar por la corriente.

—Si quieres vivir —le susurró alguien—, no se te ocurra hacer el menor ruido. Nos delatarás a la policía del sogún, pero antes de que nos alcancen te rebanaré el pescuezo como a un pez fuera del agua. ¿Me has entendido?

Masume no tenía forma de saber a qué velocidad se desplazaban ni hacia dónde se dirigían. En la quietud de la noche, tuvieron que dejar atrás barrios y puentes, sin que los controles habituales de las fuerzas del orden los detuvieran. Nadie hablaba. Solo se escuchaba el rítmico bogar de varios remos. Con aprensión, Masume entendió que abandonaban Edo remontando el río Sumida hacia el interior.

El tiempo pareció dilatarse hasta límites imposibles. Masume tuvo la sensación de que llevaba toda la vida arrinconada en un extremo de la embarcación, hasta que finalmente chocaron con algo y se detuvieron. Los pies descalzos de varios hombres trajinaron por la cubierta haciendo gruñir las tablas. Una vez más, la arrastraron por una pasarela. Los sonidos de la urbe habían sido sustituidos por el rozar del viento entre las hojas. Estaban en algún lugar lejos de la ciudad. La llevaron por un camino irregular, lleno de piedras y ondulaciones que la hacían tropezar constantemente.

Cuando ascendieron por unos peldaños de madera, supo que estaba en alguna casa de campo, quizá de los aristócratas que tanto gustaban del ambiente bucólico.

—¿A quién traes, Sakon? —dijo alguien.

El ambiente del interior del edificio estaba muy cargado, como si nunca se ventilara. El calor que se respiraba era asfixiante.

—Una palomita de un admirador —respondió Sakon.

Hubo varias risas y alguien pataleó ruidosamente. Masume sintió que le quitaban las cuerdas que sujetaban sus manos. Le hicieron subir una escalera y caminar por lo que supuso un pasillo, hasta que escuchó descorrer una puerta. Después, la empujaron sin miramientos al interior de una habitación. Volvieron a cerrar tras ella, pero tardó mucho en atreverse a quitarse la venda de los ojos. Lo que vio a su alrededor solo fue una sala en penumbra, sin muebles ni ventanas, con varios futones arrinconados.

Ahora que estaba sola, pudo dar rienda suelta a su desesperación y lloró como nunca había hecho en su vida. Su padre no podría reunir el dinero a tiempo. Había sido una estúpida al entregarse libremente a aquellos hombres. ¿Qué iba a ser de ella?

La luna brillaba con fuerza, dotando al bosque de un fulgor inusual que dibujaba los contornos y suavizaba las sombras. Los dos vigilantes de la entrada a la *casa de arena* guardaban silencio, siempre atentos a los sonidos del bosque y a la posible llegada de alguna fuerza hostil, ya fueran hombres del *bakufu* o de las bandas rivales.

—No me gusta estar aquí —confesó uno de ellos con voz queda. Era el más corpulento de los dos, con pelo largo y recogido con una sencilla cinta.

—Cállate, idiota —respondió el otro, más bajo y cejijunto.

—No, de verdad, lo digo en serio. He nacido y vivido en Edo toda mi vida. Siempre hay ruido, siempre hay alguien por la calle. Esta soledad da miedo.

Como si quisiera contradecirlo, llegó hasta ellos un golpe sordo, proveniente de la parte posterior del edificio. Allí vigilaban otros dos hombres.

—¿Y qué me dices de lo que tenemos alrededor? —insistió el que protestaba.

—¿Qué quieres decir?

—Eso de talar todos los árboles que rodean la casa...

—¿También te da miedo ver las estrellas?

—En Edo, las calles son estrechas; los tejados, altos. Tanto espacio libre me hace sentir como si estuviera asomado a un precipicio.

—No entiendes nada. Si el terreno no se hubiera despejado, sería imposible ver quién llega. Aparecería delante de nuestras narices en un suspiro. Deja de quejarte por todo.

Tras refunfuñar palabras ininteligibles, el mafioso guardó silencio.

Llamaban a aquel lugar *casa de arena* porque había sufrido el envite de varios terremotos en los últimos años. Reconstruida en cada ocasión, servía muy bien a los propósitos de los Hombres del Río. Allí se guardaba y distribuía el opio que llegaba desde el otro lado del mar, además de otros artículos de primera necesidad que, de vez en cuando, acaparaban y retenían para subir los precios de venta. Estaba a la distancia y en el lugar ideales para eludir el férreo control de las autoridades y facilitar las comunicaciones con Edo.

Hacía frío. El viento agitaba las hojas de la línea del bosque más cercana. El rumor llegaba hasta los dos vigilantes, hipnotizados con las formas cambiantes que creaban las sombras de las ramas. Dentro de la casa no se escuchaba nada. El resto de los Hombres del Río dormía. Hasta el amanecer, nadie les daría relevo. Adormilados, pasaban las horas mecidos por la quietud de la noche.

—¿Qué es eso? —preguntó el que había protestado antes.

—Deja ya de molestar —respondió su compañero con voz ronca.

—Mira, allí delante. ¿No ves la silueta de un hombre?

—Es tu imaginación. Allí no hay nada. Déjame en paz.

—No es eso. Al principio, yo también lo creí, pero no se mueve.

—Será la sombra de un tronco.

—Todas las siluetas cambian de forma, menos esa. Te digo que es un hombre. Lleva allí plantado demasiado tiempo para ser una ilusión.

Molesto, el otro vigilante apartó su manta para incorporarse. Atisbó en la oscuridad, buscando por donde señalaba su compañero. En efecto, un perfil algo más oscuro que su entorno tenía la apariencia de una forma humana, aunque no se distinguieran ni brazos ni piernas.

—La verdad es que parece un hombre.

—Está allí plantado. Nos mira...

—Pero ¡si ni siquiera se distingue un rostro! ¿Cómo puedes ver unos ojos? ¿Y qué iba a hacer

allí quieto? ¡Bah! No le demos más vueltas. Ve a ver qué es.

—¿Yo? ¿Y si es un espíritu del bosque? Eso explicaría por qué nos espera. Podría ser una estrategia para que nos acerquemos y atraparnos para arrastrarnos al inframundo.

—Maldita sea, Haba. Eres tú quien me ha despertado. Ve a ver de una vez o cierra la boca.

—No iré —se opuso—. Si no nos movemos, no puede hacernos nada. Aquí estamos seguros.

—Pues, entonces, no incordies más. Basta de espectros y sombras.

Volvieron a cubrirse con sus mantas, pero esta vez no lograron relajarse. Ninguno de ellos podía apartar la mirada de aquella forma al límite del bosque.

De pronto, la sombra cobró vida caminando con decisión hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó Haba.

Al escuchar su grito de alarma, desde la parte trasera acudieron los otros dos.

—¿Qué ocurre?

—Alguien viene —respondió Haba asustado.

Los cuatro observaron con incertidumbre cómo se acercaba un hombre arropado con una capa y un sombrero que ocultaba su rostro, al estilo de los monjes itinerantes. Lo hacía en completo silencio, como si sus pies no tocaran el suelo. En lugar de reflejar la luz de la luna, daba la sensación de emitir un aura ominosa que cargaba el ambiente a su alrededor de una tonalidad irreal y vibrante. A medio camino, se detuvo.

—¡Eh, tú! —le gritó uno de ellos—. ¿Qué es lo que quieres?

El visitante no respondió. Su rostro y sus manos seguían ocultas.

—¡Lárgate de aquí o te daremos una paliza! ¿Me has oído? ¡No sabes con quién estás jugando!

Confiados por su número, avanzaron hacia él. Iban armados con lanzas y garrotes. Cuando el primero de los Hombres el Río extendió una mano para quitar el sombrero del desconocido, hubo una turbación en el aire. Sus compañeros retrocedieron un paso, sorprendidos. El cuerpo del hombre cayó al suelo como un fardo arrojado desde gran altura. Su cabeza rodó varios pasos más allá.

Antes de que supieran exactamente qué era lo que estaba ocurriendo, un rayo de luz centelleante se abatió en el espacio que los separaba de la extraña aparición. Un quejido agónico antecedió a la caída del segundo mafioso. Haba, el asustadizo vigilante que tanto había temido a aquella sombra, sintió un líquido caliente salpicar su rostro. Era la sangre del segundo de los vigilantes.

—¡Es un *kami* maligno! —gritó aterrado antes de dejar caer su bastón al suelo y huir hacia la casa.

El visitante nocturno cortó la garganta del tercero de los vigilantes antes de que Haba llegara al edificio. El mafioso entró y atrancó la puerta detrás de él, gritando como un loco y poniendo en pie a todos. Se encendieron varias lámparas y los hombres tomaron sus armas.

—¡Deja de gritar y dinos qué está pasando! —exigió Sakon.

—¡Fuera... todos muertos! —tartamudeó Haba entre sollozos.

—¿Quién está muerto?

—¡Mis compañeros! ¡Todos ellos! ¡Ha sido un demonio!

Pese a que Haba le sacaba más de una cabeza, Sakon lo zarandeó con violencia.

—¡Deja de decir sandeces! ¿Quién nos ataca?

—Es un espectro, un demonio del bosque. ¡Vamos a morir todos!

—Tonterías —atajó Sakon—. Ahí fuera solo hay hombres. Deben ser los últimos de Takai buscando venganza o quizá la banda del este del Sumida. Quieren nuestro opio. ¡Preparaos!

Superada la conmoción inicial gracias a la seguridad de su jefe, los hombres se dispusieron para salir fuera y enfrentarse al enemigo.

Haba se arrodilló en una esquina con las manos juntas sobre la frente y los ojos cerrados.

—¡Tú también! —le gritó Sakon—. ¡Intenta comportarte como un Hombre del Río!

Pero Haba ni siquiera lo escuchó, parecía estar poseído por una especie de trance. Sakon lo dio por perdido cuando escuchó la penosa letanía de invocaciones a Amida Buda que repetía.

Cuando desatrancaron la puerta, salieron en tropel vociferando y blandiendo sables y bastones, pero no vieron a nadie.

—¡Sacad los faroles! —pidió Sakon.

En cuanto alumbraron el claro, descubrieron a sus compañeros asesinados. Aquello no era fruto de la calenturienta imaginación de Haba.

—¿Qué hacemos? —preguntó un *rōnin* nervudo entre susurros.

Todos miraban alrededor con creciente inquietud. Sakon sabía por experiencia que un enemigo desconocido infundía mucho más temor que un ejército a la vista.

—Escuchad —pidió—. Sin duda, quienes nos atacan tienen miedo de nosotros. De lo contrario, se mostrarían. Mantienen la esperanza de que nos dispersemos y puedan cazarnos, así que todos de regreso a la casa. Nos haremos fuertes allí y, al amanecer, daremos una buena batida por los alrededores.

Los Hombres del Río asintieron, aliviados por la perspectiva de volver a la seguridad de la casa. Pero, cuando regresaban, descubrieron que estaba sumida en la oscuridad. Se habían apagado todas las linternas.

—¿Están dentro? —preguntó alguien con temor.

—¡Vamos! —exigió Sakon. Si les daba tiempo para pensar, los perdería—. Yo iré delante.

Animados por su ejemplo, corrieron a la entrada. Una vez más, gritaron para infundir temor en sus enemigos. Confiaban en su número, pues eran nueve hombres en total.

Sakon se apartó a un lado nada más rebasar la puerta, pegando su espalda a la pared para dejar que los demás lo adelantaran. Con la poca luz que daban las linternas de mano, nadie se percató de su maniobra y se quedó el último. Sin embargo, su prudencia fue excesiva. La planta baja, diáfana, estaba vacía.

—¡Maldita sea! —gritó alguien—. ¡Dejad de jugar y mostraos, perros!

No había terminado de hablar cuando algo se les vino encima. Protegido por la escasa visibilidad y la sorpresa, los empujó unos contra otros, haciendo inútiles sus intentos por defenderse. Un hombre fue acuchillado y otro más cayó muerto a los pies de Sakon.

—¡Cuidado!

Varias linternas se precipitaron y el aceite de su interior se derramó por el suelo. Hubo gritos de angustia, sorpresa y dolor. El pánico cundió entre los Hombres del Río. Como un banco de peces atacado por un tiburón, se separaron entre empellones.

—¡Replegaos a la puerta! —ordenó Sakon. Si se dispersaban por la casa, los cazarían uno por uno.

Los hombres cerraron filas, manteniendo sus armas preparadas.

—¿Cuántos estáis aquí? —preguntó Sakon. Después de escuchar sus nombres, sumó cuatro supervivientes. Con él, quedaban cinco. El fuego empezaba a lamer uno de los tabiques, alumbrando la estancia, pero no había el menor rastro de los atacantes—. ¿Quién ha visto algo?

—Eran tres —respondió alguien.

—De eso nada, era solo uno —contradijo otro.

—Estáis todos locos —intervino el último—. Eran una jauría. Estaban por todas partes, aguijoneando con sus lanzas.

—Si eran tantos, ¿cómo han desaparecido tan rápido? —objetó Sakon.

—¡No es de este mundo! —intervino Haba desde una esquina. Lo habían olvidado. Seguía en el mismo lugar, arrodillado con las palmas pegadas frente a su rostro—. ¡Ha venido a arrastrarnos a todos al infierno! Rezad pidiendo la intervención de Amida Buda antes de que sea tarde.

—¿Cómo es que a él no lo han matado? —preguntó alguien.

—Quizá es un traidor y está con ellos.

—¡Allí! —interrumpió otro.

En mitad de la sala, entre el humo, había un hombre.

—¿Quién eres? —preguntó Sakon.

El otro, por toda respuesta, dejó caer su sombrero. El rostro que reveló sobrecogió a todos.

Sus ojos resplandecían llenos de furia, pero el resto de su cara carecía de vida. De una blancura imposible, refulgía, alimentada por el resplandor de las llamaradas que subían hasta el techo. Ajeno a la amenaza de ser consumido por el fuego, la aparición avanzó hacia ellos atravesando el denso humo con un sable goteando sangre.

—Soy el Fantasma de los Nanjō —declaró sin mover los labios. Su voz parecía manar de algún lugar muy lejos de su cuerpo.

Los hombres se quedaron inmóviles, sin acabar de comprender qué era realmente lo que tenían delante.

—¡A por él! —gritó Sakon tratando de impregnar autoridad a su orden.

Uno de ellos, empuñando un sable, se adelantó a grandes zancadas. El Fantasma se echó a un lado en el último momento y le cortó el brazo armado limpiamente. Giró sobre sí mismo para tener el empuje suficiente para cortarle la cabeza, que salió rebotando hasta las llamas a su espalda.

Los demás seguían petrificados; unos, arrobados por aquel rostro demoníaco que parecía cambiar a un rictus más imposible a cada momento y otros, espantados hasta la médula por la facilidad con la que había acabado con su compañero. Desde su rincón, Haba no dejaba de salmodiar.

—¡Yo soy tu servidor, noble Fantasma! ¡Haré que todos te teman, juro que proclamaré tu llegada y rezaré con devoción a tu nombre!

Sakon empujó a uno de sus hombres contra la aparición con la intención de proteger su huida. El desgraciado, sorprendido, ni siquiera tuvo tiempo de levantar su garrote. Impotente, abrazó el acero de la *katana* del Fantasma. Ensartado a la altura del pecho, se sacudió con una sonora aspiración de garganta. Aprovechando el momento, Sakon llegó a una pared sin ser visto y empujó con fuerza una de las tablas. Como por encanto, una parte del tabique se hundió, descubriendo un estrecho pasillo de la anchura justa para que alguien pasara. En un instante, se coló dentro y la pared volvió a cerrarse tras él.

Los demás trataron de rodear al Fantasma, pero la aparición saltó hábilmente a un lado para evitarlos, dando un chillido similar al de un jabalí. Les dio la espalda y corrió escaleras arriba dejando una estela de humo tras él. Ninguno de ellos se atrevió a seguirlo.

—¿Qué hacemos?

Buscaron a Sakon, pero no había el menor rastro de él.

—La casa está ardiendo —tomó la palabra un hombre de barba descuidada y con escasa dentadura—. Se vendrá abajo con nosotros dentro si no escapamos. Sea lo que sea lo que nos ha atacado quedará sepultado bajo los escombros. ¡Vámonos de aquí antes de que sea tarde!

Corrieron afuera, sin preocuparse por Haba, que seguía rezando en voz alta para pedir el perdón del Fantasma y jurarle obediencia perpetua.

En la primera planta, uno de los Hombres del Río estaba agachado en el pasillo, tratando de respirar el poco aire que quedaba en la casa. Empuñaba una *katana*, pero la dejó caer cuando el Fantasma surgió a su lado.

—No me mates —imploró.

—Te conozco —respondió el espectro—. Tus ropas afeminadas te han delatado. Tú eras el *rōnin* que se entendía con Ritoru.

Boqueando y con los ojos irritados, el Hombre del Río lo miró sin comprender.

—No sé a qué te refieres...

—Hablo de la sirvienta de la primera dama de la mansión de los Akamatsu. Tú rondabas por allí y la abordabas cuando salía a algún recado para darle instrucciones. Ella hacía lo que le pedías a cambio de regalos. Le ordenaste que provocara el aborto de la dama Hinode y luego que la asesinara. Es inútil negarlo.

—Recuerdo a esa chica —confesó—, pero yo no tuve nada que ver con la muerte de la dama o con su aborto. Solo soy un pobre diablo. No me decían qué era lo que pasaba y yo no preguntaba. Iba a verla y le transmitía mensajes cifrados que me hacían aprender de memoria, pero no sé qué es lo que hizo esa chica. ¡Lo juro!

—Así que no puedes decirme nada más de lo que ya sé. No me sirves de nada.

—¡No, no! Puedo decirte dónde está. Ella podrá contestar a tus preguntas.

—¿Ritoru sigue viva?

—Claro que sí, escondida en un templo a las afueras de Edo. Se llama Chīku-ji. Por favor, te he dicho lo que querías saber. Déjame ir.

El Fantasma pareció dudar, lo que alentó las esperanzas del *rōnin*. Se atrevió a sonreír, solícito, mientras practicaba rápidas reverencias desde el suelo una y otra vez. Pero el Fantasma acercó el filo del sable a la garganta del *kabukimono* y se la cortó de lado a lado. El asombro y el horror desdibujaron el rostro del hombre mientras trataba inútilmente de contener el torrente de sangre que abandonaba su cuerpo.

—Gracias por tu información —se burló el Fantasma antes de dejarlo atrás.

La humareda que se filtraba entre los huecos de las paredes y el suelo hizo toser al espectro, desmintiendo su supuesta condición sobrenatural. Ahora que nadie lo veía, no estaba obligado a mantener el engaño, por lo que no dudó en alargar una mano para poder orientarse en el cada vez menos visible corredor. Sabía que su tiempo se agotaba, no solo por la falta de aire. Toda la casa se vendría abajo en cualquier momento.

Con rapidez, recorrió las diferentes estancias, buscando. Finalmente, encontró a Masume hecha un ovillo en uno de los rincones de la última habitación.

—¡Masume!

La muchacha estaba cegada por el humo. Sus ojos, enrojecidos por la irritación, fueron incapaces de fijar la vista en la persona que tenía delante.

—¿Quién es? —pidió saber. Quizá fuera uno de aquellos hombres, dispuesto a matarla antes de que todo se acabara.

—Soy yo, Tsuyoi.

—¿Tsuyoi? ¡Has venido a salvarme! —gritó alborozada.

—Leí tu carta y aquí me tienes. Pero ya hablaremos de ello, ahora no hay tiempo. Debemos salir de aquí.

—No puedo ver nada —protestó Masume.

El Fantasma se acercó hasta ella y la tomó en brazos. La muchacha se dejó llevar, enterrando el rostro en su pecho para tratar de eludir aquel espantoso aire que costaba tanto respirar.

—Yo te sacaré de este infierno —prometió Tsuyoi tras la máscara.

Sin pérdida de tiempo, corrió hacia las escaleras que conducían a la planta baja, tratando de ver a través del humo que lo inundaba todo. Golpeándose con la baranda y temiendo tropezar en cualquier momento, siguió deshaciendo el camino que lo había traído hasta allí.

Cuando llegó abajo, estaba definitivamente cegado. La falta de ventilación había retrasado la propagación del fuego, pero, a cambio, había mantenido una espesa y negra concentración de humo. Tratando de imaginar dónde estaría la puerta de entrada, continuó, hasta que se golpeó dolorosamente contra un tabique. Masume protestó, pero se agarró con más fuerza.

Desorientado y con los pulmones contraídos por el esfuerzo y la falta de oxígeno, el Fantasma empezó a recorrer la sala manteniendo uno de sus hombros junto a la pared para no perderse en aquel caos. La puerta de entrada no aparecía en el lugar que había esperado, ni tampoco más allá. Si no encontraba la forma de salir de allí de inmediato, morirían ahogados.

Las llamas ya lamían su espalda cuando sintió que el tabique cedía levemente al apoyarse en él.

Esperanzado, retrocedió y pateó con todas sus fuerzas los listones en el punto aproximado donde había detectado la falta de solidez.

Después de repetidos intentos, logró quebrar la madera y despejar un espacio lo suficientemente grande para pasar. Al límite de sus fuerzas, salió al exterior sin dejar de proteger a Masume con su cuerpo. Afortunadamente, no había rastro de los Hombres del Río.

No podía quedarse allí, por muy agotado que estuviera. Con paso inseguro, se alejó hacia la primera línea de árboles. Masume tosía descontroladamente, pero aquello solo significaba que había sobrevivido. En cuanto entraron en la espesura, la dejó sobre un lecho de pinaza y se sentó junto a ella, extenuado. Pasaron unos momentos boqueando, agradecidos por disfrutar del aire puro.

—¿Dónde estamos? —pronunció Masume en voz baja. Parpadeaba mientras se frotaba los ojos con los puños.

El Fantasma se incorporó con rapidez, con el único propósito de ofrecer la mejor stampa posible cuando Masume pudiera verlo.

—Estás a salvo —respondió.

Masume, aún conmocionada tras aquel terrible trance, se apoyó sobre los codos, mirando a su alrededor con ojos irritados. Tardó unos momentos en localizar al Fantasma, definido gracias al fuego que devoraba la *casa de arena* a su espalda. La figura, embutida en oscuros atuendos y con salpicaduras de sangre sobre su rostro níveo, era aterradora. La muchacha dejó escapar un grito y retrocedió arrastrándose por el suelo.

—No tengas miedo —pidió el Fantasma agachándose, al tiempo que retiraba su máscara—. Soy yo.

El desconcierto sustituyó al miedo.

—¿Tsuyoi? —No acababa de creerse que fuera el mismo muchacho que conocía. Parecía muy diferente a la imagen que había guardado de él—. Pero... la máscara...

—Ahora soy el Fantasma de los Nanjō. Por fin soy merecedor de su atención. Cuando recibí tu llamada, en un arrebato, probé a colocarla sobre mi rostro una vez más. Sin saber cómo, se ajustó perfectamente. ¡Se había transformado para adaptarse a mi cara! Pero aún hay más, Masume, ¡algo increíble!

Tsuyoi la miraba con ojos febriles, emocionados.

—Esa no es la misma máscara que me enseñaste cuando buscabas que mi padre la modificara para ti —señaló Masume—. Es como... Ha cambiado. Ahora es el rostro de un monstruo. Y tú tampoco pareces el mismo.

—De eso quería hablarte —respondió Tsuyoi, poseído por una alegría desbordante—. La máscara tiene un poder inimaginable. En cuanto me la puse, mi entendimiento, mi mente, se

ensanchó. Pude ver mis siguientes pasos con diáfana claridad. Sabía lo que la máscara esperaba de mí y, a cambio, ella estaba dispuesta a ayudarme en tu búsqueda.

Masume seguía sin reconocer a Tsuyoi. Era otra persona, tanto en su forma de hablar como en sus gestos.

—Salí a la noche —prosiguió Tsuyoi atropelladamente—. Me fue muy fácil superar los controles de los barrios saltando por los tejados. Interrogué a la gente de peor calaña de la ciudad. La sola visión de la máscara los aterrorizaba y nadie se atrevía a negarme una respuesta. Muy pronto supe dónde encontrarte.

—¿Dónde están los Hombres del Río de la casa?

—Acabé con todos los que trataron de detenerme. Los demás huyeron cobardemente.

Aquella revelación provocó en Masume un terror aún mayor que la visión de la máscara.

—¿Has matado? —preguntó.

—¿Qué ocurre? —Se extrañó Tsuyoi—. Eso era lo que querías. Me dijiste que el Fantasma de los Nanjō debía regresar para hacer justicia en Edo. Afirmabas que era mi responsabilidad hacer que eso fuera posible. Me pediste ayuda, que volara hasta aquí y te salvara de esos indeseables. ¿Qué es lo que censuras ahora?

—Yo no te pedí que acabaras con la vida de nadie. Es... terrible.

Tsuyoi se incorporó y retrocedió un paso. Su semblante mudó a una furia hostil, primigenia, desesperada.

—¡Yo soy el elegido! ¡Yo soy el digno merecedor del favor de la máscara! He estado ciego todo este tiempo. Creí que tú... —Dudó un instante, lo suficiente para dejar entrever a un alma atormentada.

—¿Qué fue lo que creíste? —se atrevió a intervenir Masume.

—Creí que tú y yo... Sentí que algún día podríamos amarnos.

Masume se acercó a él, conmovida por aquella inesperada confesión. Tomó su mano. Tsuyoi mantenía la máscara en la otra, aparentemente olvidada.

—Aún podemos labrarnos nuestro propio futuro —empezó Masume—. Apenas nos conocemos, pero tu amor te ha traído hasta mí. Has arriesgado tu vida para salvarme. Aún soy joven, no sé nada del mundo, pero reconozco los sentimientos de las personas que tienen un espíritu puro. Tú eres una de esas personas. Lo sé.

Tsuyoi la miró desconcertado, olvidada ya su furia. Sus labios temblaban, pero no se atrevía a pronunciar palabra.

—Quédate conmigo —pidió Masume—. Olvida lo que te dije, olvida al Fantasma de los Nanjō y

aléjate de esa máscara maldita.

—¿De qué hablas?

—No es una talla en madera pintada con un rostro humano. Algo demoníaco anida en ella, algo que amenaza con poseerte y destruirte. ¿No lo ves? Mira lo que has hecho. Allí arde una casa y dentro se queman los cuerpos de muchos hombres.

El joven la miró fijamente, contraído por un súbito dolor. Juntos, agarrados de la mano, siguieron inmóviles, frente a frente. Masume sonrió, esperanzada, pero justo en ese momento se escuchó el ruido del edificio venirse abajo. Sobresaltada, soltó su mano.

Miró hacia la enorme pira, que elevaba su ígnea destrucción al cielo, tratando de alcanzar el firmamento. Cuando volvió la cabeza, Tsuyoi había desaparecido. En su lugar, la escudriñaba la máscara, amenazante. Entre sus labios parecían asomar los colmillos de un animal.

—¡No! —gritó una voz desconocida. Provenía de la máscara, pero Masume no podía relacionarla con Tsuyoi. Si no lo creyera imposible, hubiera jurado que alguien había tomado su lugar—. Ahora puedo verte, Masume. Tratas de desviarme de mi camino, de apartarme del destino fraguado para mí. De entre todas las personas que conozco, tú eras la única que podría entenderme. Me has defraudado.

—¿Quién habla por tu boca, Tsuyoi? ¿Quién dicta tus acciones? Tú no eres así. Aquel día, junto al canal, dejaste entrever un corazón sincero que buscaba la paz y la verdad. ¿No ves en lo que te estás convirtiendo?

—No importa lo que digas, no daré la espalda a mi sagrada misión. ¡Yo soy el Fantasma de los Nanjō!

Con furia, Tsuyoi se dio la vuelta y se perdió corriendo en las sombras del bosque. La muchacha se quedó sola, angustiada por el dolor. El temor y la compasión hacia Tsuyoi retuvo su mirada en la oscuridad que había dejado el Fantasma tras de sí.

Sakon fue testigo de la extraña conversación en el primer piso entre el Fantasma y el *kabukimono*. Había recorrido los pasillos secretos tras los tabiques persiguiendo al Fantasma, tratando de desentrañar la identidad de aquel poderoso enemigo con la seguridad de saberse invisible. Desde un agujero disimulado entre las vetas de la madera, Sakon había visto y escuchado, tomando buena nota del especial interés del Fantasma por los asuntos de los Akamatsu y su deseo de encontrar a Ritoru. Cuando el *kabukimono* fue asesinado, no tuvo más remedio que buscar la forma de escapar del infierno en el que se había convertido la casa.

El fuego corría por el techo y el mismo suelo parecía hervir. El humo lo inundaba todo y empezó a toser incontroladamente. Los ojos le escocían y le era imposible respirar. Temiendo que en cualquier momento el Fantasma lo descubriera al otro lado de la pared, descendió por los pasadizos ocultos.

Cuando llegó abajo, abrió de nuevo la pared y cruzó corriendo hacia la entrada cubriéndose con las manos por encima de la cabeza. Tropezó con el cuerpo de uno de sus hombres, pero no se

molestó en comprobar si estaba vivo o muerto. Salvar su vida era mucho más importante.

Sakon salió al exterior. Solo pudo dar una decena de pasos antes de caer arrodillado, boqueando y escupiendo bilis en un intento de volver a respirar con normalidad.

Espirales incandescentes ascendían hacia el cielo detrás de él, alumbrando aún más aquella noche clara.

En cuanto recuperó el aliento, corrió hacia el embarcadero. Los Hombres del Río supervivientes y otros dos, que vigilaban la barca que los había traído hasta allí, discutían acaloradamente.

—¡Os digo que hay que escapar de aquí de inmediato! —gritaba uno de ellos.

—¡Nadie se va a ir de aquí! —se presentó Sakon.

Los hombres enmudecieron, algunos de ellos visiblemente asustados.

—¿Quién es...?

—¡Maldito estúpido! Soy yo, Sakon. ¿Qué es eso de que os marcháis? Yo no he dado la orden. Solo sois un hatajo de cobardes.

—Pensábamos que habías muerto —se justificaron.

—¿Y qué soy, un espectro maligno que ha tomado su forma? —se burló—. Si estoy vivo no es por vuestra ayuda, precisamente. Os ha faltado tiempo para dejarme atrás, pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora hay otros asuntos más acuciantes de los que ocuparse.

—¿Y... y el Fantasma? —tartamudeó uno de ellos.

—Ahora mismo estará consumiéndose en aquella bola de fuego que dejamos atrás. Debemos regresar en cuanto amanezca y salvar lo que podamos del opio.

—Todo estará perdido. El fuego lo habrá consumido para entonces.

—Te recuerdo que el opio está en el sótano, en un *kura*⁵⁷.

Un ruido a sus espaldas volvió a poner a todos en alerta. Temiendo una nueva aparición del Fantasma de los Nanjō, desenvainaron *katanas* y prepararon sus lanzas.

—¡Haba! —Lo identificó el más cercano—. Nos has dado un susto de muerte.

El aludido avanzó hasta llegar a la altura de los demás. Llevaba las manos juntas, en gesto de plegaria, con una mirada cargada de regocijo.

—He sido elegido —soltó con piadoso tono.

Sus ropas ennegrecidas y su rostro cubierto de cenizas atestiguaban lo cerca que había estado de perecer en el incendio.

—¿Y la casa? —preguntó Sakon.

—Se ha venido abajo.

—¿Viste a ese... Fantasma?

—Oh, sí. Recé a su espíritu para que me permitiera vivir, y aquí estoy. Ni el fuego ni el humo me tocaron. Él se encargó de protegerme. Ahora debo corresponder a mi juramento. Debo servirle, extender su palabra, renunciar a mi vida pasada.

Viendo la inquietud que despertaba en el resto del grupo, Sakon se lo llevó aparte.

—¿Qué fue lo que viste cuando todo ardió? —le preguntó—. ¿El Fantasma sobrevivió?

—Así es. Cuando abandoné la casa, esperé afuera, mientras se consumía. El fuego lo devoraba todo, era imposible que un ser humano pudiera sobrevivir. El calor era tan intenso que tuve que alejarme. Al cabo de un rato, vi la figura del Fantasma saliendo por un lateral de la casa, destrozando con su fuerza la pared. Entre sus brazos llevaba un cuerpo.

—¿Un cuerpo? ¿Era la chica? ¿Estaba viva?

—Sí, sí. Ella se abrazaba a su cuello. La sacó de allí y la llevó al bosque. Lo llamé, pero no debió oírme.

—Así que no nos atacó para robarnos ni tampoco actuaba en nombre de ningún grupo rival... —rumió Sakon—. Todo fue por la hija del maestro carpintero.

—Él es un fantasma, está por encima de las tentaciones o los intereses de los humanos.

—Ya, ya. Comprendo... Ven, sentémonos un rato y me cuentas más sobre lo que viste esta noche. A cambio, te liberaré de tu juramento de servicio a los Hombres del Río. De esa forma, podrás marcharte y servir al Fantasma. ¿Qué te parece? ¿No es lo que quieres?

⁵⁷ *Kura*: almacén a prueba de fuego que usaban los templos, residencias y, sobre todo, los mercaderes para proteger sus productos de los habituales incendios que asolaban Edo.

EL HONOR DE UN DAIMIO

Muneaki despertó sobre un jergón de paja. La luz que se filtraba a través de las celosías cerradas formaba gruesas líneas que descubrían el polvo suspendido en el aire. Durante un tiempo, se entretuvo observando aquellas suaves e hipnóticas ondulaciones, hasta que sintió el dolor de su brazo. Fue entonces cuando recordó los últimos acontecimientos que habían puesto su vida en grave peligro. Incluso en ese momento, no escapó de aquel extraño abandono de sí mismo, como si fueran las imágenes robadas a otra vida. Estaba cansado, muy cansado.

—Mi señor. —Rompió el hechizo una voz a su lado—. Estáis despierto, al fin.

El daimio no tuvo más remedio que regresar al mundo consciente, a las tribulaciones y sufrimientos de la existencia mortal. Miró a su alrededor. El esfuerzo le supuso un punzante dolor en un lado de la cabeza.

Allí estaba el subcomandante Kita y también Ishi, el viejo médico que había abandonado la mansión Akamatsu.

—¿Estamos en mi castillo? —preguntó con un hilo de voz.

—No, señoría. —Era Kita quien hablaba—. Os encontráis en el templo de Tōchi, cerca de Edo. Llegasteis hasta aquí hace solo unas horas. Os trajo una cortesana llamada Jōki y, después, envió a un mensajero a la mansión para alertarnos de lo sucedido. Vine aquí de inmediato con varios de nuestros samuráis. Estáis a salvo.

—¿Qué ha pasado?

Kita se irguió, grave.

—Os prepararon una trampa. El servicio de la casa donde pasasteis la noche con la cortesana era, en realidad, un grupo de sicarios. Os hirieron de gravedad en el brazo. Los demás... no sobrevivieron.

—¿Toshimoto?

—Perdió la vida frente a la casa. Encontramos a los otros samuráis en la playa, acuchillados.

El daimio suspiró, sintiendo en sus entrañas el dolor profundo por la muerte de su mejor hombre, su amigo.

—Ya recuerdo... Todos ellos dieron la vida para que pudiera escapar. También se arriesgó la *tayū* Jōki. Me condujo hasta su carro, que nos llevaría de regreso a Edo, pero en algún momento perdí el sentido.

—Temí que murierais, por lo que os trajo aquí, pensando que habría algún médico entre los monjes. Después de eso, os abandonó —censuró Kita.

—Ella no es samurái —respondió Muneaki—. Tampoco está a mi servicio. Obedece a los mismos que me tendieron la trampa.

—¡Entonces, debe morir!

—Debes ver más allá, subcomandante —negó el daimio—. Es solo una mujer. Si se hubiera negado a obedecer, estaría muerta. Ha arriesgado todo por salvarme, debo agradecer su decisión. Sin ella y sin el sacrificio de mis hombres, no hubiera sobrevivido. Todos y cada uno de ellos fueron indispensables.

—Pero os abandonó aquí —insistió Kita.

—¿Crees que podía hacer algo más? No, subcomandante. Hizo lo único que restaba por hacer: avisaros y regresar a Yoshiwara. De esa forma, mis enemigos no sospechan cómo escapé ni dónde puedo encontrarme.

Kita guardó un frío silencio, acusando la contradicción de su señor.

—¿Y qué hace aquí Ishi? —preguntó Muneaki—. Creía que se había marchado.

—Mi señor —respondió el viejo médico entre lágrimas—. Doy gracias a los dioses por permitirme ofreceros un último servicio. El karma me condujo hasta este lugar. Cuando los monjes me hicieron llamar con el anuncio de que un herido había llegado hasta aquí, jamás pude imaginar que seríais vos. Os atendí lo mejor que pude, pero me temo que no podré salvar vuestro brazo. Si no lo corto, moriréis. —Inclinó la cabeza hasta tocar el suelo.

—No te aflijas por algo tan nimio —pidió Muneaki—. Has salvado mi vida, eso es lo importante. Hubiera sido un insulto no presentarme esta mañana a la llamada del sogún.

—¿Cómo? —Se asombró Kita—. ¿Pretendéis atender la solicitud del *bakufu*? No estáis en condiciones de llegar hasta el castillo.

—Así es —corroboró Ishi—, vuestro brazo está perdido, pero el mal que lo consume se extenderá rápidamente por el resto del cuerpo. Si no lo apartamos de inmediato, mañana será demasiado tarde.

—Necesito mi brazo para ofrecer una imagen digna, Ishi. No lo cortarás hoy.

—En cualquier caso, habéis perdido demasiada sangre —insistió el médico—. No deberíais moveros, el viaje puede mataros.

—No seríais buenos vasallos si no hablarais en estos términos —asintió Muneaki, complacido—, pero no acudir a la cita en el castillo solo repercutiría en el nombre de nuestra malograda casa. No podemos permitirnos el menor desaire, ofrecer la más leve oportunidad para ser criticados. Cualquier excusa sería suficiente para que nuestros enemigos nos aplastaran. Los Akamatsu nos enfrentamos a nuestra hora más sombría y esos samuráis que perecieron anoche han dado sus vidas por su daimio. ¿Cómo podría yo ahora mancillar su nombre y menospreciar su sacrificio quedándome aquí tumbado? La única forma de cumplir con mi deber como señor de los

Akamatsu y, al mismo tiempo, agradecer el gesto de mis hombres es presentarme hoy en el castillo de Edo.

Kita tomó aire, satisfecho por las palabras de su señor. Ishi, sin embargo, bajó la vista al suelo.

—Esto ha sido una declaración de guerra —aseguró, rabioso, Kita—. Nuestros enemigos han recurrido a vulgares asesinos que cobardemente han atentado contra vuestra vida.

—Nuestros enemigos no tienen todavía rostro, subcomandante —respondió Muneaki—. Tal vez no podamos enfrentarnos a ellos honorablemente, como anhela tu corazón. Pero cada cosa, a su tiempo. En este momento, la única victoria posible es llegar al castillo.

—¡Daré mi vida para que así sea! —declaró Kita.

—Por mi parte —intervino Ishi—, haré lo posible para que soportéis el dolor. Afortunadamente, tengo lo mejor de mis medicinas aquí, conmigo. Supongo que saldréis en breve...

—Así es. Subcomandante Kita, llama a los hombres. Que venga desde la mansión un séquito con el que presentarme ante el *bakufu*. Iremos directamente al castillo de Edo.

—¡Sí, mi señor! —respondió Kita antes de abandonar la estancia a la carrera.

Cuando Muneaki se quedó solo con Ishi, la campana del templo vibró. Su eco se perdió en el bosque.

—Es la llamada de los dioses. Me piden un gesto digno de su favor —declaró Muneaki. El daimio guardó silencio unos momentos—. Viajaré a caballo —dijo finalmente.

—Debéis disculparme, pero no lo creo posible...

—Que mis enemigos me vean llegar a lomos de un caballo de guerra, erguido sobre mi silla. Dame algo para el dolor, pero que no me arrebate la lucidez. Di a mis hombres que coloquen una vara de bambú clavada a la silla para que pueda pasar una tira de cuero atada a mi cintura. De esa forma, no caeré.

—Así se hará, mi señor.

Muneaki necesitó a varios ayudantes para poder ceñirse su armadura. No solo había elegido presentarse de esa forma en el castillo de Edo para recordar su ascendencia guerrera y los pasados servicios a la casa del sogún, también disimulaba la vara atada a su espalda.

Para subirlo a su caballo, usaron un andamio, retirado de las obras que los monjes estaban realizando para reformar la biblioteca de *sutras*. Lívido por el dolor, Muneaki se reunió con la caravana preparada a la entrada del complejo monástico. Veinte samuráis a caballo y treinta guerreros a pie lo esperaban, engalanados con sus mejores armaduras y los pendones de la casa guiando la columna. Kita lo recibió arrodillado.

—Todo está dispuesto —declaró.

Muneaki asintió, satisfecho. A continuación, reparó en Ishi, que aguardaba a un lado, dispuesto a seguirlos.

—Médico —lo llamó Muneaki—, no es necesario que vengas con nosotros.

—Mi señor, debo cuidar de vuestras graves heridas y manteneros despierto también.

—No, ya has hecho más que suficiente, Ishi.

—Mi señor, sabéis que hubiera querido...

—Sé que te aflige la muerte de la dama Hinode, pero ya es tiempo de que sepas que no fuiste responsable de lo ocurrido. Ya aprobé tu renuncia al servicio de mi casa, te liberé de esa carga y de cualquier otra obligación hacia mí. Nada exige que compartas mi destino.

—Mi señor... —habló el anciano con lágrimas de gratitud—. No esperáis regresar del castillo, ¿verdad?

—La trampa de la que he sido objeto no ha sido preparada por vulgares sicarios. Había un *tanegashima* y una *tayū* implicados. Solo alguien muy poderoso podría pagar algo así. Siempre he sospechado que esta llamada del *bakufu* podría ser mi condena definitiva, pero ahora tengo más razones para pensar así. Sin embargo, llegados a este momento, la decisión de si vivo o muero no me pertenece —respondió solemne—. Cumplir con mi deber es lo único que está en mi mano.

El viejo médico inclinó una vez más el rostro, apesadumbrado.

—Perdonad mi atrevimiento, pero, si sospecháis que os espera allí la censura definitiva del *bakufu* o incluso la muerte, ¿por qué no alegáis vuestra indisposición para retrasar o eludir esta nueva celada? Acabáis de sufrir un intento de asesinato.

El daimio sonrió antes de responder.

—Por dos motivos: porque nadie puede escapar de su karma y porque el honor es más importante que la muerte.

Cabalgó hacia la vanguardia de sus hombres sin mirar atrás. El viejo médico empezó a derramar silenciosas lágrimas mientras observaba cómo se alejaban por el camino a Edo.

El puente de Nihonbashi estaba atestado de porteadores. Los había cargados con cajones a la espalda, cestas de bambú a los extremos de pértigas o semidesnudos tirando de carros. Algunos nobles sobre sillas de mano y samuráis a caballo se mezclaban entre ellos. Corría el rumor de que muy pronto pasaría por allí la larga comitiva del daimio de Tosa de regreso a su provincia, lo que cerraría el puente durante varias horas. Ese era el motivo por el que entre aquella frenética actividad se reprodujeran los empujones y los gritos pidiendo paso.

En contraste con aquella locura, un hombre de baja estatura vestido con un kimono verde pino y un cinturón desvaído apoyaba la espalda en la baranda en mitad del puente. Sakon miraba a su

alrededor con una mueca burlona, procurando ocultar su rostro bajo un ancho sombrero. Sus ojos estaban alerta, registrándolo todo con atención. Tenía especial cuidado en controlar a los samuráis del portón del barrio, no muy lejos de la entrada oeste del puente.

Su interés se centró en un carro que se movía lentamente entre el gentío. Estaba tirado por un buey y avanzaba en su dirección escoltado por una docena de samuráis fuertemente armados.

Se dio la vuelta y escupió al canal, señal que sirvió a varios de los Hombres del Río, apostados al otro extremo del puente, para ponerse en movimiento. Se acercaba uno de los hombres más poderosos de Edo, el *rōju*⁵⁸ Sakai Tadakatsu. Había servido bien a los Tokugawa: primero, a Ieyasu en la batalla de Sekigahara y, tras su muerte, a su hijo, el sogún Hidetada. Cuando Hidetada abdicó, Sakai se convirtió en miembro del Gobierno del sogún Iemitsu, el nieto de Ieyasu. Era daimio del *han* de Sakai y administraba también ricas propiedades en las provincias de Kazusa, Shimōsa y Musashi.

Dos samuráis montados a caballo encabezaban la escolta aguijoneando inmisericordes a la muchedumbre con sus lanzas para abrirse paso. Detrás de ellos, había más guerreros, que miraban hostiles a su alrededor con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus sables.

El carro emulaba en ostentación a los antiguos medios de transporte de los miembros de la corte imperial en Kioto, con amplios cortinajes en la parte frontal y adornos floridos y dibujos de paisajes otoñales en los laterales. Dos enormes ruedas giraban bajo ventanas cubiertas por persianas.

Sakon se cruzó de brazos y simuló contemplar el lejano monte Fuji, que se adivinaba perfilado entre el cielo empañado por nubes bajas. Cuando lo rebasaron, siguió a la comitiva, esperando su oportunidad.

De pronto, al final del puente, se produjo una gran confusión. Un carro cargado de fruta acababa de volcar. Otro más, con grandes tablones de madera, se había quedado trabado a su lado. Su carga se había precipitado con gran estruendo. Las quejas y los insultos airados se alzaban entre el murmullo creciente de los viandantes bloqueados.

El capitán de la escolta de Sakai se abrió paso entre la muchedumbre gracias al empuje de su caballo.

—¡Despejad el camino al noble Sakai Tadakatsu, miembro honorable del *bakufu*!

En cualquier otra circunstancia, aquellas palabras hubieran bastado para que todos los *chōnin* se postraran a un lado, pero, entre aquella marabunta, apenas se escuchó la proclama.

—¡Vosotros! —pidió exasperado a varios de sus hombres—. ¡Quitad eso de ahí para permitir el paso de nuestro señor!

Varios samuráis se adelantaron para obedecer la orden. Sakai, más atrás, descorrió las cortinas de su carro.

—¿Qué pasa ahí delante?

El samurái más cercano hincó una rodilla en tierra antes de responder.

—El puente está bloqueado, mi señor.

—Solucionadlo de inmediato —pidió antes de volver a ocultarse.

Se transmitió la innecesaria orden de Sakai al capitán, al tiempo que uno de los samuráis de avanzada regresaba para informar.

—Nadie se responsabiliza de los carros —declaró.

—¡Valiente chusma! —rezongó el jefe de la comitiva—. Deben de temer el castigo por su negligencia y han huido. No nos queda más remedio que apartar nosotros mismos ese muro.

Mientras la mayoría de los samuráis de la escolta se adelantaban, Sakon aprovechó la confusión para deslizarse sin ser visto en el interior del vehículo.

Cuando Sakai lo vio entrar, dio un respingo, temiendo un atentado.

—Calma, viejo amigo —dijo el mafioso con una abierta sonrisa.

—¿Qué haces aquí? ¡Por todos los dioses! Esto es una temeridad. ¡No pueden vernos juntos!

—Vamos, vamos, para ser un hombre tan poderoso, te preocupas demasiado por las apariencias.

El *rōjū*, posiblemente el hombre más influyente en el Gobierno sogunal y del que dependía el destino de miles de personas, se mordió la lengua ante el mafioso.

—¿Qué es lo que quieres?

—No tenemos mucho tiempo, así que iré al grano —respondió Sakon tomando con descaro una uva de un bol—. Te diriges al castillo para recibir al daimio Akamatsu Muneaki. Supongo que ya sabrás que anoche fue objeto de un intento de asesinato.

—¿Fuisteis vosotros?

—Lo importante es que tenemos sospechas fundadas de que sobrevivió, por lo que los recientes acontecimientos nos empujan a pedirte mayor celo en tu labor.

El anciano apretaba su abanico con fuerza, tratando inútilmente de aplacar su ira.

—Si los Hombres del Río siguen tomándose tantas libertades, me veré obligado a evitar más tropelías.

—No lo creo —respondió Sakon, divertido—. Eso sería tu suicidio político y el descalabro de tu clan. Después de tantos años de duro esfuerzo, sería una lástima llegar al final de tu vida sabiendo que todo se deshace. Quizá tu cabeza adornara este mismo puente, clavada en una pica junto a la del resto de criminales que el *bakufu* suele mostrar para aleccionar al populacho. Sería irónico, ¿verdad?

—Algún día pagaréis con sangre vuestro descaro —prometió Sakai, rojo de furia.

—Bueno, hasta ese momento, deberás hacer algo más por nosotros. Como te decía, el asunto pendiente del descrédito y caída en desgracia de Muneaki debe acelerarse. Agradecemos todo lo que has hecho hasta ahora para privarlo del favor del sogún. Con los últimos acontecimientos, el daimio de los Akamatsu es ya una fruta madura, lista para ser derribada del árbol.

—¿Pretendéis que ordene su muerte? ¡Eso es algo inaudito! ¿Bajo qué acusación?

—La de su acercamiento al hermano del sogún.

El anciano palideció.

—¿De qué hablas?

—Estamos muy al corriente de la vieja enemistad entre hermanos, de la división interna de la familia Tokugawa y de los temores del actual sogún. Iemitsu espera que en cualquier momento su hermano Tadanaga dé un golpe de Estado y ya lo hubiera asesinado hace mucho si su padre, el *ōgoshō*⁵⁹ Hidetada, no lo protegiera.

—¡Eso es una acusación infundada! El clan permanece unido y fuerte.

—Ya, ya, no voy a discutir contigo. He venido a comunicarte lo que vas a hacer. —La rotunda seguridad del mafioso y el cambio sutil en su tono frenaron drásticamente las protestas del *rōjū* —. Debes decirle al sogún que Muneaki, viendo que está perdiendo el favor del *bakufu*, aspira a recuperar su antiguo prestigio acercándose a Tadanaga. Deja que el sogún saque sus propias conclusiones, que crea que Muneaki apoyará militarmente el alzamiento de su hermano. Puede que sea incapaz de atacar a Tadanaga directamente, pero no perderá la oportunidad de hacerlo a través de quienes cree que lo apoyan.

—Es una locura —protestó Sakai, aunque su voz había perdido toda autoridad. El asombro por el profundo conocimiento de los asuntos de Estado de los Hombres del Río era pavoroso. La enemistad entre los hermanos Tokugawa era un secreto o, al menos, esa era la pretensión del Gobierno sogunal.

—No lo es y tú lo sabes —aseguró Sakon—. Nadie moverá un dedo por Muneaki. Su clan está acabado, solo vas a acelerar lo inevitable.

—¿A cambio de qué?

—Ja, ja, veo que ya hablas como un verdadero hombre de negocios... Digamos que olvidaremos todas tus deudas.

—¿No os deberé nada más?

—Kakureta te transmite su sincero compromiso de que todas tus deudas de juego serán perdonadas y que tu secreto permanecerá silenciado.

—¿Cómo sé que no volveréis a chantajearme en el futuro?

—Puede que los samuráis presumáis de seguir un código de honor, pero no sois los únicos. En los canales también hay normas. Si bajaras alguna vez de este carro y caminaras por las calles de Edo, lo sabrías. Si prometemos, cumplimos. Ahora bien, si alguna vez perjudicas de alguna forma nuestras actividades, haremos saber a la Metsuke que gastaste una suma desorbitada de las finanzas nacionales en el juego. Menudo escándalo, el artífice de la prohibición de las casas de juego engaña al ministro del Tesoro para acudir a nuestros locales clandestinos y gastar el dinero del Gobierno.

—¡No lo menciones en voz alta! —El anciano estaba ahora aterrado—. Está bien, dile a Kakureta que podéis contar conmigo.

—Muchas gracias, noble *rōjū*.

—No puedo entenderlo. De todas las cosas que podíais haberme pedido, ¿por qué esta obsesión por acabar con el clan Akamatsu?

—Eso no te incumbe, Sakai. Preocúpate únicamente por cumplir tu parte y, así, mantendrás el esplendor de tu apellido. —Tomó una última uva y se asomó entre las cortinas para atisbar el exterior—. Parece que tus hombres están logrando abrir el camino —manifestó sin mirarlo. Dar la espalda de esa forma era un grave insulto a Sakai, pero este se abanicaba nervioso, sin censurarlo—. Espero que tardemos mucho tiempo en volver a vernos. Que tengas un feliz día —se despidió antes de saltar afuera.

La escolta de Sakai había retirado los tablones y movido los carros que impedían el paso y ya regresaban para retomar la marcha. Nadie se percató de la visita de Sakon.

El brazo derecho de Kakureta caminó en dirección contraria a la comitiva, satisfecho con la entrevista. No vio a tiempo que alguien se acercaba por detrás y lo tomaba del brazo.

Se giró como una centella, presto a defenderse de un ataque, pero era Ude quien lo había tocado.

—¿Qué haces aquí? —le espetó—. Creía haberte dicho que nunca me buscaras.

—Tenemos que hablar.

—¿Tú y yo? Has sido incapaz de matar a Muneaki, tienes mucho valor para abordarme de esta manera. Tres de los nuestros murieron por tu culpa.

—De eso quería hablarte —declaró Ude—. Quiero hablar con Kakureta. Tengo derecho a defenderme.

Sakon lo miró, divertido.

—¿Y qué te hace pensar que Kakureta iba a querer escuchar tus lloriqueos?

—Cuidado —advirtió Ude—, no te conviene insultarme.

—¿Crees que soy tu enemigo, *rōnin*? No te creía tan estúpido. Si tanto te interesa, está bien, hablemos. Sígueme.

Sakon lo guio hasta el final del puente. Ude esperaba que siguiera caminando hacia el barrio comercial, pero, en su lugar, descendió al lecho del río, bajo la sombra de la enorme estructura. Allí se apiñaban los vagabundos y la chusma de la ciudad entre mantas roídas y basura.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el *rōnin*.

—Este es el mejor sitio para hablar. Esos estúpidos del castillo buscan enemigos por todas partes menos en las cloacas. Son tan engreídos que piensan que solo los amenazan la aristocracia, los mercaderes ricos y los daimios. Bueno, cuéntame otra vez eso de que no fue culpa tuya.

Ude prefirió olvidar el tono sarcástico de Sakon.

—Si mi futuro está en juego, debo ser yo quien justifique mis acciones. Quiero hablar con nuestro jefe.

—No te lo aconsejo, *rōnin*. Los Hombres del Río no somos un clan samurái, con esas obligadas ceremonias y estúpidas normas de comportamiento. ¿Temes que se te condene a muerte, que se te pida *seppuku*? Eso no ocurrirá jamás, Ude. Si Kakureta te quisiera muerto, no hubieras tenido tiempo de pedir *audiencia*. Tu cuerpo estaría flotando en el canal.

—¿He sido perdonado, entonces?

—No te creas tan importante. Digamos que se te permite vivir, de momento, gracias a que hay otra tarea para la que quizá puedas ser útil. Eso, y ninguna otra cosa, es lo que ha postergado las consecuencias de tu lamentable error.

—En cualquier caso, quisiera hablar con Kakureta —insistió.

—Y yo te digo que Kakureta montó en cólera al enterarse de que Muneaki había escapado y que ni siquiera sabías dónde encontrarlo. Si vuelves a importunarlo con este asunto te expones a que cambie de opinión.

—¿Y qué es lo que espera de mí? ¿Debo buscar de nuevo a Muneaki?

—No, ese asunto está resuelto por otro medio. Podemos enmascarar un atentado, pero otro ataque directo obligaría al *bakufu* a tomar medidas. Los Akamatsu están acabados, a nadie le importa su destino, pero el *bakufu* no está dispuesto a mostrar debilidad a la hora de impartir justicia.

—¿Por eso has abordado a un miembro del Gobierno?

—Ah, ¿has visto lo del puente? Ha sido divertido. Qué fácil es eludir una escolta bien armada, ¿verdad?

—¿El viejo Sakai es uno de los Hombres del Río?

Sakon emitió una estridente carcajada.

—Quieres saber demasiado, Ude. Tu descaro no tiene límites. Me gustas, *rōnin*. Por eso te diré algo: Sakai es ludópata. Su obsesión por ocultar su afición le hizo dictar severas normas antijuego, algo que nos benefició enormemente. Ahora todos los garitos de juego son clandestinos y la inmensa mayoría nos pertenece. Sakai acabó seriamente endeudado. Simplemente he pedido el pago.

—¿Quieres que te diga lo que pienso, Sakon?

—Adelante —lo invitó.

—Nadie tiene permiso para ver a Kakureta, ¿verdad?

—Ese privilegio suele recaer en mi humilde persona. —Sonrió el mafioso.

—Tanto empeño en que no aborde a nuestro jefe me lleva a sospechar que, en realidad, no es necesario, que es otro quien toma las decisiones por él.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que la supuesta existencia de Kakureta no es más que una cortina de humo para proteger al verdadero jefe de la organización. Ese solo puedes ser tú.

Sakon arrugó la frente.

—¿Crees eso realmente? No me gusta.

Ude lo miró extrañado. No era la reacción que esperaba.

—¿Lo confías?

—¡Qué estupidez! —bramó atrayendo las miradas de los mendigos—. Claro que Kakureta existe, pero no es prudente ir pavoneándose por ahí. Mira lo que le pasó a Takai. Lo que me preocupa es que algún otro haya llegado a la misma conclusión que tú. Eso me pondría en una delicada situación. Alguien podría sentirse tentado a rebanarme el cuello pensando que de esa forma acaba con los Hombres del Río. ¡Maldita sea! Hablaré con Kakureta de esto. —El mafioso se sonó la nariz y escupió antes de continuar—: Pero no perdamos más el tiempo. Pensaba llamarte hoy mismo, tienes una oportunidad de redimirte. Aprovechala, pues no tendrás más crédito.

—Si no debo acabar con Muneaki, ¿qué me pedís ahora?

—Tenemos un nuevo enemigo —respondió.

Ude detectó el cambio de humor de Sakon. Se preguntó qué podía inquietarlo de aquel modo.

—¿De qué se trata?

Sakon miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más escuchaba su conversación.

—¿Tienes oídos? ¿Sabes algo del Fantasma de los Nanjō?

Ude se quedó perplejo.

—Conozco su leyenda desde hace tiempo —confesó Ude—, pero escuché algo más esta mañana. Dicen que lo vieron anoche, por los tejados. Al parecer, volaba y su rostro brillaba en la oscuridad. También hay un loco llamado Haba que va por todos los templos de la ciudad proclamando su regreso. Dice que el Fantasma trae la justicia a Edo y que él es su enviado o algo parecido. Algunos ya creen que se trata de una nueva secta.

—Haba era uno de los nuestros.

—¿Le habéis pedido que alimente el rumor? —Ude seguía sin comprender.

—No, Haba ha perdido la razón. He dicho que *era* uno de los nuestros. Pero eso no es lo que importa. El caso es que hay que eliminar a ese Fantasma.

—¿Existe realmente?

—¿Temes a los espíritus?

Ude, como el resto de los habitantes del país, creía en los seres ocultos del bosque, los *kami* y los dioses.

—No me gusta enfrentarme a quien no puede ser herido por el filo de mi *katana* —respondió.

—Bueno, este respira y tiene brazos y pies. Si fuera un espectro, no necesitaría esconderse y usar armas para matar.

—¿Acaso lo has visto?

—Alguien nos atacó anoche, a las afueras de Edo. Se ocultaba tras una especie de máscara y usaba trucos para hacerse pasar por un espíritu. Quemó un importante almacén y mató a varios de los nuestros. Debe pagar. Si quieres que se olvide tu fracaso con Muneaki, tendrás que ayudarnos a cazarlo.

—¿Cómo? Nadie sabe quién es.

—Ya está todo dispuesto. Escucha con atención...

⁵⁸ *Rōjū*: miembro del Consejo de Ancianos y alto cargo del Gobierno, consejero directo del sogún.

⁵⁹ *Ōgoshō*: título de sogún retirado que los Tokugawa adoptaron para asegurar la continuidad de su hegemonía. Esta figura solía ejercer el poder en la sombra.

PÉRDIDA

En cuanto la noticia de la muerte de Toshimoto llegó a la mansión, Tsuyoi abandonó el mundo tangible. Sus sentidos ya no le mostraban la realidad, su espíritu vagaba en la bruma de los recuerdos. Como un borracho o un enajenado, captaba retazos del presente, aparentemente inconexos, como flores marchitas arrastradas por un río de vacío. No recordaba ni siquiera cómo iba de un lugar a otro o quiénes lo rodeaban.

La conmoción por el atentado de Muneaki dio mayor fuerza a los oscuros presagios que habían ido alimentando el temor de los habitantes de la mansión Akamatsu. La muerte de los hijos de su señor, el suicidio de la dama Hinode, la pérdida del favor del *bakufu*... Y, para colmo, cundía el rumor por todo Edo de que el Fantasma de los Nanjō, la mano ejecutora de la maldición que pesaba sobre el clan, había regresado.

A la huida de muchos miembros de la servidumbre y la desertión de algunos samuráis, se sumaba ahora la partida de Muneaki al castillo de Edo. La villa de los Akamatsu estaba prácticamente desierta y, por ese motivo, no se preparó un velatorio apropiado para el comandante Toshimoto. Lo lavaron con agua caliente, lo vistieron de tela blanca y lo calzaron con sandalias de paja, pero no hubo linternas fúnebres, enlutados samuráis desfilando ni tampoco tañido de campanas. El cortejo abandonó la mansión por una puerta lateral hecha de bambú, que se cegaría para que el espíritu del fallecido no encontrara el camino de vuelta. Tsuyoi siguió a la reducida comitiva, sin fijarse dónde ponía los pies ni a qué templo se dirigían para enterrarlo.

La mente del joven estaba perdida en imágenes del pasado. Su maestro lo reprendía por su falta de debida corrección en el *dōjō*, criticaba su trazo inseguro durante las clases de caligrafía o lo obligaba a permanecer por más tiempo sumergido en el agua del estanque de entrenamiento. Había sido duro e inflexible, pero al mismo tiempo perseverante. Pese a todas las censuras, no se había dado por vencido. Siempre regresaba a la mañana siguiente para reanudar la formación de Tsuyoi. Jamás dejó de intentar que fuera un buen caballero. Siempre sería el gran samurái que fuera a buscarlo a Osaka y lo rescatara de un futuro malogrado como comerciante en la tienda de su abuelo. Lo había convertido en samurái, como había sido su padre antes que él, adoptando el papel de protector y maestro.

La vergüenza lo golpeó en ese momento, trayéndolo de vuelta a la realidad. Ya era demasiado tarde para lograr su aprobación. Tsuyoi no había olvidado su repudio final, la pérdida de favor de Toshimoto. No estaba preparado, había dicho. Le concedía la libertad que tanto había anhelado, cejando finalmente en su empeño de modelar su carácter antes de convertirlo en un verdadero guerrero. ¿Cómo podía Tsuyoi remediar su falta? ¿De qué forma lograría que el espíritu de su maestro descansara en paz?

El sol estaba ya alto en el cielo, los monjes se habían ido. Estaba frente al pilar conmemorativo de Toshimoto, al pie de su tumba. Por alguna extraña razón, tal vez por no sentirse merecedor de ello, Tsuyoi no se atrevió a leer su nuevo nombre, otorgado tras la muerte. Con él, renacería en la Tierra Pura o regresaría al mundo doliente en la rueda interminable del karma. En ese instante, se juró que volvería cuando se sintiera digno y leería las letras talladas.

—Amigo —susurró alguien.

Era Oki. No sabía cuánto tiempo llevaba a su lado. En sus manos soportaba una larga vaina lacada con filigranas de oro. Dentro, una *katana*.

—¡Komorebi! —reconoció Tsuyoi al instante.

—Los que trajeron el cuerpo de Toshimoto guardaron el sable venerado por su familia. Nuestro señor no está aquí, pero creo que deberías ser tú quien lo tenga.

Tsuyoi, con lágrimas en los ojos, inclinó el rostro y extendió las manos para recibir el sable.

—Gracias —respondió con voz trémula por la emoción—. Creo que tardaré mucho en ser digno de ceñírmela.

Ambos volvieron la mirada a la tumba.

—Nuestro señor no ha podido estar aquí hoy —empezó Oki—, pero ordenó que se llevaran a cabo los ritos mortuorios. Estoy seguro de que siente enormemente no haber asistido, a tu lado.

—Lo comprendo. Muneaki atiende graves problemas en este momento. No podía eludir su compromiso con el *bakufu*. No existe excusa para no acudir a una llamada del castillo de Edo. Dime, ¿qué dijeron los hombres que trajeron el cuerpo de Toshimoto? ¿Cómo murió?

—Nuestro señor regresaba de una cita con una cortesana de Yoshiwara a las afueras de Edo. Por el camino, fueron asaltados por bandidos. Todos perecieron menos nuestro señor, que quedó gravemente herido. Pudo llegar hasta un templo cercano, donde fue atendido y pudo dar recado al subcomandante Kita sobre lo sucedido. Toshimoto quedó atrás, para detener a los asaltantes. Luchó hasta la muerte.

—No creo que Toshimoto cayera en una emboscada, y menos que pereciera en manos de simples vagabundos armados —Tsuyoi decía en voz alta lo que muchos no se atrevían a insinuar—. Te repito que alguien está atacando a nuestro clan, desde todos los frentes. Han matado a los descendientes de nuestro daimio para que se extinguiera su apellido. Minaron su reputación para que el *bakufu* nos diera de lado. Más tarde, mataron a la dama Hinode y, ahora, esto.

—Hemos recibido órdenes de permanecer en nuestro cuartel, a la espera del regreso de nuestro señor. Tal vez después de eso sepamos más.

—Yo no estoy dispuesto a quedarme sin hacer nada —contestó Tsuyoi con rabia contenida—. Por la memoria de Toshimoto, debo encontrar a sus asesinos; por el honor del clan, debo acabar con nuestros enemigos. Venganza es la única palabra que anida en mi ánimo.

—No actúes precipitadamente. Estás demasiado alterado para ver con claridad. Toshimoto era como un padre para ti. Espera a nuestro señor y cumple fielmente con sus directrices. De esa forma, servirás a la memoria de nuestro comandante.

Tsuyoi no respondió. Se incorporó para juntar las manos en actitud de plegaria e inclinó el

cuerpo respetuosamente hacia la tumba. Rezó unos instantes y se dispuso a emprender el regreso.

—Tsuyoi...

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que has dicho, regresar a la mansión y esperar. Ahora, te agradecería que me dejaras caminar solo.

—Por supuesto. Sabes que puedes contar conmigo. Si me necesitas, no dudes en llamarme.

Tsuyoi se obligó a detenerse y corresponder a la reverencia de Oki. Después, se alejó sin mirar atrás.

Caminó por la ciudad, con el sable de Toshimoto sujetado con la mano diestra, sin atreverse, como había dicho, a ceñírselo.

Tenía suficientes pistas para continuar la búsqueda. Sabía dónde encontrar a Ritoru. Los hombres que habían secuestrado a Masume podían estar implicados, pues había descubierto que el *kabukimono* era uno de ellos, pero la criada desaparecida seguía siendo la clave. Debía averiguar quién le había ordenado que envenenara a la dama Hinode.

Esperaría, sí, pero solo hasta la noche, cuando podría tomar de nuevo la máscara y salir a Edo. Su caza le haría olvidar el desprecio y el desengaño de Masume, le daría una oportunidad de ser digno de la confianza perdida de Toshimoto y lo colocaría en un lugar privilegiado del clan Akamatsu. Con su intervención, los Akamatsu volverían a contar con el favor del sogún.

Con esa esperanza, cruzó las calles de Edo casi a la carrera. Sentía unos deseos irrefrenables de volver a colocarse la máscara, regresar a los tejados bajo el cielo nocturno, ser libre y tener el poder de decidir sobre la vida o la muerte de aquellos que osaran interponerse en su camino.

Al llegar a la mansión, apenas reparó en un monje itinerante sentado en la calle con las piernas cruzadas. Pedía limosna ofreciendo un cuenco agrietado. Iba vestido con un hábito gastado y tenía un cayado sobre sus rodillas. No llevaba calzado y las plantas de sus pies estaban negras como tizones.

—Correr no deja atrás nuestras preocupaciones —le dijo cuando pasó por su lado—. Nos acompañan allá donde vamos.

—No tengo dinero, así que ahórrate tus sermones, santurrón —respondió Tsuyoi, más sorprendido que enojado.

—Reconozco que pronunciar frases elocuentes es gratuito y que no da mayor sabiduría a quien las dice, pero no por ello dejan de encerrar grandes lecciones.

Tsuyoi se detuvo para encararse con él. Hasta ese momento, no se había percatado de que

arrastraba otro sentimiento desde el cementerio: rabia.

—¿Qué sabes tú de la vida, monje?

—Tanto como de la muerte.

—¿La muerte?

—Te vi esta mañana abandonando la mansión Akamatsu. Seguías el féretro de alguien muy querido, pues caminabas sin reparar en lo que te rodeaba. Tu mente estaba muy lejos.

—¿Y qué si lo hacía?

—No hay nada en este mundo que no se convierta en vacío —aseguró—. Todo lo que existe, desde el cielo a la tierra, emerge de la vacuidad y a ella regresa irremediabilmente. No te aflijas por tu amigo; ha regresado al sendero sin retorno, liberado de las cadenas de este mundo. Ha vuelto a su realidad original.

Tsuyoi hizo una mueca despectiva. Cruzó los brazos y afianzó sus pies delante de aquel monje.

—Mi maestro pronto cruzará el río Sanzu a la otra vida —contradijo—. Su espíritu renacerá en la Tierra Pura y vivirá por toda la eternidad en el paraíso.

El bonzo negó, paciente, como si escuchara infantiles desvaríos.

—Crear que la mente y el cuerpo son dos cosas es negar el principio budista de que sustancia y fenómeno son uno. Dividir la carne y el alma, pensando que uno se corrompe y el otro perdura, es una ilusión basada en el miedo a la impermanencia. La mente eterna es una ilusión del ego. Es necesario librarse de ella para, así, comprender que no existe ni nacimiento ni muerte, solo vacío.

Muy a pesar suyo, Tsuyoi sintió que aquellas palabras lo herían y temió que, si trataba de desmentirlas, aquel monje encontraría nuevos argumentos para dejarlo como un estúpido.

—Soy Chūjitsuna Tsuyoi, samurái del clan Akamatsu. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Egao, miembro del templo de Chīsanayama.

—¿Ni siquiera tienes apellido y pretendes sermonearme? ¿Sabes que podría matarte si me sintiera insultado por tu actitud?

Egao no se tomó la amenaza en serio. Siguió sentado tranquilamente, como si charlara con un viejo amigo.

—Ese apellido tuyo significa «fiel». ¿A qué eres fiel, samurái?

—A mi clan. Mi padre ganó este apellido gracias a su servicio, por mediación directa de nuestro daimio. Desde entonces, lo defiende con orgullo.

—Y, sin embargo, haber logrado una meta y un propósito no te han posicionado en un estado de

equilibrio.

—Eso es ridículo. No me conoces.

—Sé cómo caminas, sé cómo hablas, sé cómo miras y respiras, sé lo que piensas. —Sonrió—. Te conozco muy bien. Estás perdido.

—¿No me digas?

—Te consume satisfacer los deseos de tu ego. No estás verdaderamente despierto.

—Llevo toda la vida formándome como samurái. He alcanzado la máxima expresión de destreza en las armas. Ya he alcanzado todos mis anhelos.

Egao negó otra vez, despacio.

—Por más conocimientos que acumules, si no te comprendes a ti mismo, no sabes nada.

Tsuyoi no estaba dispuesto a seguir soportándolo. Aunque su intención no fuera utilizar realmente el arma de Toshimoto, hizo ademán de desenvainar a Komorebi, esperando ver el miedo en el rostro de aquel estúpido, pero el hombre no cambió un ápice ni su posición ni su tono.

—¿Te sientes molesto por las palabras de un triste monje? —le preguntó—. Si te enfadas por cada pequeña cosa, te torturarás a ti mismo y atormentarás tu mente. Si todos están en discordia contigo, debes saber que tú mismo estás en discordia con todos.

Algo en el interior de Tsuyoi acusó aquellas últimas palabras. Como si hubiera sido alcanzado por un mazazo, detuvo su movimiento de desenvaine y se quedó perplejo mirando a aquel extraño monje.

—Tienes suerte —dijo para no sentirse como un bobo—. No morirás hoy.

—Te lo agradezco —contestó el otro con naturalidad—, me hubiera molestado morir sin ver a ese del que todos hablan.

—¿A quién te refieres? ¿No estás aquí para pedir limosna?

—Sacaría mucho más en cualquier otro distrito de la ciudad. No, estoy aquí para ver al Fantasma de los Nanjō.

Tsuyoi se sintió aún más confundido.

—¿El Fantasma de los Nanjō?

—Sí. Todos hablan de él y hay quien asegura que lo vio salir de la mansión Akamatsu anoche.

—Eso es una tontería —respondió Tsuyoi con más vehemencia de lo que pretendía.

—Entonces, ¿no has visto nada? Creía que tú, al vivir dentro de la mansión, sabrías algo.

—No sé nada de esos cuentos de viejas —aseguró—. Y, ahora, debo irme.

Se giró y retomó sus rápidos pasos.

—Estaré por aquí —declaró Egao—. Si quieres volver a charlar o ves al Fantasma, no dudes en volver.

Tsuyoi continuó hacia la mansión sin responder. Aquel extraño encuentro lo había dejado más inquieto de lo que estaba dispuesto a reconocer.

LA AUDIENCIA

Densas nubes grises cargadas de lluvia vigilaban Edo desde el cielo. Un viento frío llegaba desde el mar, sacudiendo los pendones de la comitiva del daimio Akamatsu Muneaki mientras pasaba junto a las obras del tercer foso del castillo de Edo. Pese al descenso de temperatura, Muneaki sudaba copiosamente, avanzando en silencio con un rictus de dolor contenido. La fiebre debía de ser muy alta. A su lado, el subcomandante Kita se mantenía cerca para llegar a tiempo de evitar que su señor cayera del caballo. Era muy consciente de que lo único que lo mantenía sobre la silla era la vara de bambú atada a su espalda. Los padecimientos de su señor debían de ser enormes, pero no había emitido la menor queja durante todo el trayecto desde el templo.

Todos los samuráis cabalgaban en silencio, cargados con el peso de malos presagios. Al llegar a las puertas exteriores del castillo del sogún, hincharon sus pechos y apretaron los labios, armándose de valor para afrontar lo que el destino les tuviera reservado.

Los guardias del castillo los dejaron pasar, pero en la seriedad de sus ademanes se adivinaba que no eran bien recibidos. Ningún funcionario acudió para guiarlos. El silencio que los envolvió después de dejar atrás el primer anillo de fortificaciones contrajo sus corazones.

Avanzaron entre robles y arces, ascendiendo la suave colina. La gran torre que formaba el cuartel general del ejército Tokugawa parecía vigilarlos mientras dejaban atrás las residencias de los altos funcionarios y los daimios más cercanos al régimen, en el barrio intramuros del que habían sido expulsados tras su pérdida de favor.

Al llegar al siguiente portón, una multitud esperaba en una larga fila. Había comerciantes, correos desde las provincias, representantes de religiones y sectas, funcionarios de las administraciones locales... Todos pedían audiencia para ver atendidas sus demandas. Los Akamatsu, aprovechando su todavía condición de *fudai*⁶⁰, se adelantaron a todos ellos. Sin embargo, el capitán de la guardia les salió al paso para pedir sus credenciales y el motivo de su presencia.

—¿Acaso no distingues nuestro *mon*? —preguntó un airado Kita—. Tenemos audiencia con el Consejo de Ancianos. El daimio del clan Akamatsu es quien dirige esta comitiva. Apártate a un lado.

—Lo siento —se disculpó el samurái con una inclinación menos pronunciada de lo debido—. Mis órdenes son comprobar todas las acreditaciones antes de dejar pasar a nadie.

Varios guardias asomaron por los pasadizos cubiertos sobre los muros, pertrechados con *tanegashima*. Cerca del capitán había más hombres con largas *yari*. Aquello no era casual, estaban prevenidos de su llegada y de que podían tener problemas. Los samuráis de ambos bandos aguantaban la respiración, preparados para lanzarse al ataque a la menor señal de sus jefes. La fila de peticionarios se deshizo en un momento, dejando a los guerreros Akamatsu ante los portones abiertos y rodeados de hombres del castillo.

Kita acercó su mano a la empuñadura de su sable, pero Muneaki hizo un gesto para pedir calma.

—Esta discusión es innecesaria. Nuestras órdenes son claras —manifestó sin lograr imprimir a sus palabras la firmeza acostumbrada—. Nada debe impedir que acudamos al *bakufu* esta mañana.

—Tratarnos como si fuéramos uno más de los que vienen aquí cada día es un insulto a nuestra casa —protestó Kita.

—No hay mayor deshonor que no hacer lo posible por obedecer una orden expresa de nuestro sogún —insistió Muneaki.

A regañadientes, Kita alejó su mano del sable y, en su lugar, sacó un salvoconducto con la firma del sogún. El capitán leyó el documento, en el que se identificaba a Muneaki y el motivo de su presencia allí. El samurái suspiró aliviado tras comprobar que todo estaba en orden y que no había ningún motivo para morir ese día.

—¡Pueden pasar! —comunicó a sus hombres.

La comitiva encontró nuevos edificios al otro lado, unidos por pasadizos techados y custodiados por más samuráis. Al terminar el largo ascenso, llegaron a un complejo de edificaciones de madera rodeadas de grava blanca y hermosos jardines. Numerosas patrullas vigilaban la zona.

Muneaki logró bajar de su caballo con la ayuda de varios de sus hombres. Preocupado, Kita se preguntó cómo podrían volverlo a subir de regreso a la mansión Akamatsu.

Juntos, caminaron en dirección al salón de audiencias, dejando a sus hombres atrás. Al llegar a la enorme puerta de acceso, se descalzaron y entregaron sus *katanas*. Con solo el sable *wakizashi*, pasaron al interior. Muneaki se tambaleaba. A los pocos pasos, Kita se percató de que la herida del brazo volvía a sangrar.

—Mi señor...

—Ya lo sé, Kita —se adelantó Muneaki—. Espero que no nos hagan esperar. Temo que pueda perder el conocimiento en cualquier momento. Permanece a mi lado y guíame.

Le costaba enfocar la vista. Las formas se confundían, el suelo parecía oscilar y las paredes, estrecharse y alejarse al ritmo del latido de su retumbante corazón.

Por suerte, un chambelán los condujo de inmediato a una gran sala. Los dos primeros sogunes Tokugawa habían sido significativamente austeros, prescindiendo de adornos ostentosos y alejados de cualquier lujo. Habían vivido de forma humilde para su encumbrada condición, fieles al espíritu samurái, pero el actual sogún, Iemitsu, gustaba de imitar el esplendor del emperador en la capital y de los predecesores de su abuelo como grandes señores del país. Inspirado en el estilo de Oda Nobunaga en su magnífica fortaleza de Azuchi, había engalanado la gran sala lacando las paredes de negro y rodeándola de un gran número de murales que eran sustituidos continuamente para que los paisajes pintados en ellos fueran acordes a la estación del año.

Siguieron al chambelán hasta una larga tarima de varios escalones, situada al fondo. El lugar de honor, el de mayor altura, estaba vacío. El sogún no se había dignado a recibirlos. Al acercarse, distinguieron a los miembros del Consejo de Ancianos, con sus bonetes lacados en negro, sentados a un nivel por encima del suelo. Una nutrida guardia los vigilaba, apostada a los laterales de la sala.

Muneaki se sentó en el suelo con la ayuda de Kita, que tuvo que sostenerlo durante un instante. El subcomandante se alejó unos pasos y se sentó detrás de su señor. Ambos inclinaron sus cabezas hasta tocar el suelo.

El Consejo de Ancianos estaba formado en ese momento por cinco miembros, impuestos por el *ōgosho* Hidetada antes de su abdicación con el objetivo de seguir manejando los hilos del poder. Aquellos hombres eran el máximo órgano consultor del sogún y ostentaban la regencia en el caso de minoría de edad o indisposición. Todos los funcionarios del Estado estaban bajo sus órdenes.

—Daimio Akamatsu Muneaki —tomó la palabra Sakai, el *rōjū* al que había abordado Sakon en el puente Nihonbashi—. Llegas con retraso.

—Os ruego me disculpéis —respondió Muneaki. ¿Había contrariedad o asombro por verlo vivo? ¿El incidente a la entrada del último portón había sido una celada ordenada por el Consejo de Ancianos?

—Te harás cargo de que nuestra entrevista debe prescindir de dilatorias formalidades —continuó Sakai. El resto de los ancianos lo miraba con una mezcla de censura y curiosidad, pero ninguno parecía dispuesto a intervenir—. Por respeto a tu padre, se te ha concedido el privilegio de ser recibido por última vez en esta sala, con el único propósito de serte comunicada la voluntad del sogún.

—No acabo de comprender... ¿Última vez? Si mal no recuerdo, sigo gozando del honor de acceder a audiencia con el propio sogún. ¿Acaso ha cambiado el protocolo del *bakufu*?

—Lo único que ha cambiado es la rescisión de tu favor, daimio Akamatsu —respondió con resentimiento.

Muneaki sintió que la cólera que nacía en su interior le concedía la suficiente energía para recuperar su lucidez. Olvidó el dolor de su brazo y concentró la mirada en aquel viejo decrepito que sostenía un abanico plegado para evitar que su mano temblara. No era un verdadero samurái, se había convertido hacía mucho en un burócrata, un oportunista que había sabido aprovechar los giros de la fortuna. No se sentía amedrentado por su poder ni estaba dispuesto a ser ridiculizado tan fácilmente.

—Tal vez podáis explicarme algo más del motivo de mi requerimiento y de estas desconcertantes palabras.

—El sogún ha sido informado de tu falta de liderazgo, Akamatsu Muneaki. Desde tu provincia llegan informes preocupantes. Se habla de que no recaudas los oportunos impuestos a tus campesinos, de que el porcentaje exigido es muy inferior al del resto de las provincias del país, lo que empobrece a tu señorío.

—No hay nada censurable en procurar que los vasallos disfruten de suficiente alimento para tener hijos sanos. Su bienestar redundará en la tranquilidad del país. No habrá hambrunas ni revoluciones. Los súbditos del sogún agradecerán su calidad de vida con una inquebrantable lealtad.

—Te equivocas. Un daimio que no recauda lo suficiente no puede pagar lo suficiente. Este gran castillo, todas las infraestructuras de Edo, el mantenimiento de los caminos, la creación de nuevos monasterios y exaltaciones a nuestros dioses son el verdadero sostén del país. Para todo ello, se necesita riqueza y los daimios deben contribuir de la mejor manera posible.

Muneaki escuchó una respiración profunda a su espalda. El subcomandante Kita debía de arder de ira tanto o más que él.

—A tu incapacidad para tener hijos varones —prosiguió Sakai—, se suma la maldición que persigue a tu casa. Hasta nuestros oídos ha llegado que tu primera esposa se ha suicidado, incapaz de soportar por más tiempo tamaña deshonra. Por todo Edo se oyen canciones en las que el populacho se ríe de tu apellido. Eso es intolerable. Esas actitudes menoscaban todo el sistema de gobierno, hacen que la paz, tan duramente alcanzada, se tambalee.

—Los hijos pueden ser adoptados. Es una práctica común desde hace siglos. Y, en cuanto a las habladerías de las castas inferiores, ¿desde cuándo deben ser tomadas en consideración? Se trata de un asunto mundano.

Sakai no se dio por vencido; es más, parecía satisfecho de sus respuestas.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar esas chanzas a los salones del resto de los daimios de la nación? Eres uno de los señores cercanos, uno de los apellidos de Sekigahara. No solo se ríen de ti, no solo dudan de tu incapacidad para el mando. Todo ello es extensible al propio sogún. No se puede seguir consintiendo. —El anciano hizo una pausa melodramática antes de continuar—: ¿Crees realmente que puedes engañarnos?

—Os ruego que habléis claro de una vez —pidió Muneaki.

—Sabemos que mientes, que, lejos de hacer oídos sordos a tu descrédito, sufres lo indecible por ello. Hay sospechas fundadas de que mataste a tu propio padre y a tu hermano para tomar el poder de tu casa.

—No tenéis derecho a insultarme de esa forma —se quejó Muneaki airadamente. Al moverse, sintió de nuevo el dolor de su brazo y a duras penas pudo contener un grito.

Kita llegó a apoyarse en una sola rodilla, pero, a medio camino de incorporarse, el sonido inconfundible del roce de las placas de las armaduras de la guardia lo detuvo. Un paso y condenaría a su señor a la muerte más deshonrosa, a manos de vulgares guardias del castillo.

—Ah... Veo que por fin empiezas a revelar tu verdadero rostro —continuó Sakai—. Sabes tan bien como nosotros que un daimio que no es útil es prescindible y que un señor peligroso debe ser eliminado.

Muneaki sintió un nudo en la garganta. Podía soportar cualquier padecimiento, pero no el deshonor.

—He sido fiel al clan Tokugawa toda mi vida, como mi hermano y mi padre antes que yo —se defendió.

—Hasta que tu pérdida de favor, tu caída en desgracia, ha alentado tus ansias de poder —respondió Sakai—. No estás dispuesto a perder tu posición, a soportar el escarnio público. Anhelas con toda tu voluntad volver a ser respetado, que tu apellido recupere la gloria perdida bajo tu liderazgo. Dices ser fiel a los Tokugawa, pero estás dispuesto a traicionar al actual sogún por alcanzar tus pretensiones.

—¿Dónde están las pruebas de mi traición?

—¿Acaso he dicho que la hayas consumado? Sabemos que te has entrevistado en repetidas ocasiones con aquellos que desean sustituir a Iemitsu. La Metsuke es quien me informa. Muy pronto tendremos esas pruebas que demandas. Mientras, el sogún ha sido puesto al corriente de los informes recabados hasta ahora. Como medida preventiva, serás despojado de todos tus bienes, que pasarán a la administración eventual del jefe provincial de tu *han*. Hasta el momento en que se aclare la acusación, permanecerás confinado en tu mansión en Edo, con la prohibición expresa de abandonarla y de ver a nadie. Esa misma restricción es aplicable a todos tus vasallos.

Muneaki dejó de luchar.

Su semblante se relajó, al comprender lo que ocurría. La sala comenzó de nuevo a tambalearse, pero esta vez no era el efecto de la fiebre, el dolor o la pérdida de sangre. El fatalismo era un terremoto que sacudía los cimientos de su espíritu.

La Metsuke no podía demostrar lo que no era verdad, pero no hacía falta. La simple sospecha de traición era suficiente para exigir su cabeza. Era fútil preguntarse por los motivos ocultos que habían llevado a Sakai a buscar su ruina; lo único que importaba era que los Akamatsu estaban sentenciados. Solo restaba que su desaparición tuviera un mínimo rastro honorable.

—Deseo protestar por tamaño insulto a mi casa —anunció con voz firme.

—Habla, Muneaki —pidió Sakai. El líder de los Akamatsu no sabía a quién odiar más, si a aquel deleznable mentiroso o a los otros *rōjū* que seguían con la boca cerrada.

—Pido permiso para cometer *seppuku*, como única forma de demostrar mi lealtad inquebrantable al sogún.

—Que así sea —respondió Sakai, satisfecho.

⁶⁰ *Fudai*: nombre con el que se reconocía a los daimios en el bando de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara y que gozaban de privilegios especiales.

UN NUEVO ENEMIGO

Un monje subió los breves peldaños que conducían a la plataforma techada donde la gran campana del templo de Chīku-ji aguardaba su llegada. Con movimientos pausados y al mismo tiempo enérgicos, tiró de la maroma que abrazaba el gran tronco suspendido horizontalmente junto a ella y lo hizo oscilar. Tuvo que repetir la maniobra dos veces más para lograr que llegara a la campana. El tañido resonó desquebrajando súbitamente el silencio de la noche, manteniendo una larga vibración que se extendió por todo el recinto. Desde la distancia, otras campanas dieron su respuesta, anunciando a coro la llegada de la medianoche.

Las puertas de los distritos ya estaban clausuradas y los peregrinos y fieles que acudían diariamente a Chīku-ji hacía tiempo que habían abandonado el recinto sagrado. La luna se ocultaba tras las nubes bajas, filtrando su luz entre las grietas mudables del etéreo muro. La puerta principal, encajada entre robustas columnas bajo los enormes aleros de tejas, estaba cerrada. Tras las campanadas, el monje se retiró con caminar silencioso y la quietud volvió a adueñarse del mundo.

Durante el día, Ritoru se escondía de los visitantes del templo en el edificio destinado a la residencia de sirvientes y novicios, alejado de las zonas transitadas. Desde su huida de la mansión de los Akamatsu, no había vuelto a ver la luz del sol. Solo de noche se atrevía a salir y caminar por el enorme espacio cercado por gruesos muros.

Incluso con el patio del interior del Chīku-ji desierto, la muchacha sentía miedo. Miraba de un sitio a otro buscando amenazas en las sombras y recelaba de los propios monjes, pues pensaba que cualquiera podría rasurarse la cabeza y vestirse con un hábito para llegar hasta ella.

Después de recorrer la parte interior del muro, tomó un camino rastrillado delimitado por piedras blancas. Siguió hasta un monumental portal custodiado por dos impresionantes deidades. Construidas en dura madera y pintadas de bermellón, se elevaban por encima de la altura sumada de dos hombres.

Accedió al pabellón central sin mirar los fieros rostros, acelerando el paso, y avanzó hasta el corazón del templo. Hasta allí llegaban los fieles diariamente para rezar y ofrecer presentes a la figura del buda del interior del edificio principal del complejo. Ritoru juntó las manos y palmeó tres veces, detenida en el exterior. Pidió por su espíritu, pero también por su vida mortal. Como cada noche, rogó al buda para que la protegiera de todo peligro.

Una lejana letanía llegaba hasta allí desde el pabellón de oraciones, a la izquierda. Un largo pasaje techado lo unía con el templo para permitir el paso de los monjes durante las fuertes nevadas de invierno.

Ritoru tomó el camino de regreso a su habitación. Había pedido refugio a los monjes explicando que había sido secuestrada y obligada a servir en el barrio del placer de Yoshiwara, del que había escapado. Los religiosos no imaginaban sus verdaderos motivos.

Dejó atrás varios edificios y pabellones menores y llegó a uno paralelo al muro, de una sola planta y de construcción funcional y sencilla. Dentro, todos dormían. En silencio, subió los escalones y buscó su habitación por el pasillo. Entró en el reducido espacio acotado por tabiques de madera y papel que ahora le servía de refugio. Su intención era desenrollar el futón para dormir, pero antes de eso se detuvo en seco, aterrada. Recortada por la suave luz del exterior, una forma envuelta en una capa con capucha se había materializado frente a ella. La muchacha, temblando, no se atrevió a moverse.

—¿Eres un *shinigami*⁶¹? —susurró desviando la vista. A su lado, estaba el panel que daba al corredor, pero no intentó escapar. Tenía la seguridad de que sería inútil.

—Soy el Fantasma de los Nanjō —respondió la sombra en el mismo tono.

Muy cerca, dormían sirvientes y acólitos del templo. Un grito y todos se pondrían en pie, pero Ritoru siguió hablando en voz baja, sin reunir el valor suficiente para resistirse a la voluntad del Fantasma.

—¿Has venido a llevarme al reino de los muertos? Por favor... —pidió la muchacha postrándose ante él. Sus ojos comenzaron a derramar copiosas lágrimas—. ¿Es por lo que le ocurrió a la dama Hinode? Yo no quería hacerle nada malo. Lo juro. Ellos me cogieron, me obligaron a entrar al servicio de la mansión Akamatsu. Amenazaron con matar a mi familia si no los ayudaba. Perdóname la vida, te lo ruego.

—¿Fuiste tú quien administró esta sustancia a la dama Hinode? —preguntó la sombra haciendo rodar hasta ella el tubo de cerámica que había encontrado Tsuyoi durante el registro de sus pertenencias en la mansión Akamatsu.

—Sí. Debía verter unas gotas en el desayuno cada día.

—Era un veneno para hacer que perdiera a su hijo.

—Yo no lo sabía. Tienes que creerme. Adoraba a la dama Hinode. Era buena conmigo.

—¿Fuiste tú quien le clavó el cuchillo?

—¡No! —respondió mirándolo directamente por primera vez—. Yo no hice otra cosa que darle ese líquido.

—Alguien lo hizo y simuló después su suicidio. Si no fuiste tú, ¿por qué mentiste? Obligaste a Amai a decir que había sido ella quien la había descubierto.

—Tenía miedo —confesó volviendo a bajar la vista—. Yo no sabía para qué era aquello que le daba, pero imaginaba que no era nada bueno. Temía que, si la encontraban sin vida, pensarían que yo tenía algo que ver con su muerte. Los samuráis me hubieran acuchillado o algo peor. Por eso escapé y vine a esconderme aquí.

—¿Huyes de la venganza de los Akamatsu?

—También de la de los Hombres del Río. Ellos fueron los que me obligaron a entrar en la casa y ganar la confianza de la dama Hinode. Ahora temo por mi familia. Los matarán a todos.

Ritoru se arrastró hasta él y se atrevió a tocar la rodilla del Fantasma.

—Por favor, sálvalos. Hasta aquí ha llegado el rumor de que has regresado de entre los muertos una vez más y que castigas a aquellos que hacen el mal. Protege a los míos. Te diré dónde están y así podrás...

—Basta —la interrumpió el Fantasma—. No he venido hasta aquí para atender a tus ruegos. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Contesta a mis preguntas y tal vez llegues a cumplir catorce. ¿Quién pidió a los Hombres del Río que envenenaras a la dama Hinode? ¿Quién quiere el mal de los Akamatsu?

—No lo sé —respondió Ritoru—. Tienes que creerme.

El Fantasma guardó silencio unos instantes antes de proseguir su interrogatorio.

—¿De dónde salió la sustancia que te dieron?

—Antes de entrar al servicio de los Akamatsu, me llevaron a un almacén, junto a uno de los canales. Fue allí donde me la dieron y amenazaron con hacer daño a mi familia si no obedecía.

El Fantasma se inclinó hacia ella, dejando caer la capucha. Su diabólico rostro heló la sangre de Ritoru.

—Dime dónde se encuentra ese almacén.

La joven temblaba y tardó en responder.

Después de que Ritoru balbuciera la dirección, el Fantasma salió al pasillo, dejando sola a la aterrada muchacha.

Corrió por el patio sin hacer ruido hasta el muro encalado. Agachado para no sobresalir por encima de la oscura madera que lo adornaba hasta media altura, se dirigió a la puerta principal del templo. Una vez allí, escaló con habilidad felina por una de las columnas y saltó el muro para caer al otro lado.

El terreno alrededor del templo estaba despejado: una ligera pendiente hacia una hilera de casas. Atravesó la explanada para acercarse a la primera de ellas con la intención de encaramarse a su tejado. Tal como había hecho para llegar hasta allí, se desplazaría por encima de las calles de la ciudad para eludir a las patrullas policiales y cruzar las puertas cerradas de los distritos.

Sin embargo, antes de lograr su objetivo, alguien salió a su encuentro. Había permanecido oculto bajo la sombra de los aleros.

—Buenas noches, Fantasma de los Nanjō. Te estaba esperando.

El Fantasma se detuvo. Le bastó una mirada para recordarlo: era el mismo monje itinerante que pedía limosna frente a la mansión Akamatsu.

—¿Qué quieres, monje? —preguntó todavía cubierto por la capucha.

—Ya sabes que te buscaba. Te he seguido desde tu salida de la mansión Akamatsu. Dime, ¿qué has venido a hacer aquí?

El Fantasma lo miró, perplejo. No se había percatado de nada.

—Lo que haga o no haga te importa muy poco, bonzo —respondió airado.

—Oh, sí, Tsuyoi. Me importa mucho. De hecho, es el motivo de mi presencia en Edo.

—¿Sabes quién soy? —preguntó alarmado.

—No ha sido muy difícil. Ya sabíamos que la máscara se ocultaba entre los Akamatsu y, al verla abandonar la mansión, por fuerza debía de utilizarla uno de sus ocupantes. Solo tuve que esperar en la puerta y observar.

—¿Sabíais? ¿Quién te envía? ¿Sois los mismos que habéis utilizado a los Hombres del Río para atacarnos?

—No sé nada de un enemigo de los Akamatsu ni tampoco de los Hombres del Río. Mi presencia aquí es por otro motivo. —El monje se apoyó en su bastón con ambas manos antes de proseguir—. Soy miembro de la comunidad del templo de Chīsanayama, como ya te dije. Mi orden ha asumido la sagrada misión de proteger al mundo de los hombres de la influencia maligna de la máscara. He venido a pedirte que me la entregues.

El Fantasma levantó la mirada al cielo y rio a carcajadas.

—¿Qué estás diciendo? Ni siquiera un ejército podría arrebátarmela. Ahora me he unido a ella. Somos uno. Nuestra fuerza combinada me hace invencible. Un samurái con poderes sobrenaturales. ¿Quién podría oponerse a mi voluntad? Eres tú quien está en peligro. Si conoces mi verdadera identidad, debes morir.

Egao negó, despacio.

—Crees que posees la máscara, pero es ella quien te posee a ti. Las imágenes que te muestra son un engaño. Se alimenta de tu energía vital y de la muerte que te exige provocar. Es ella el verdadero enemigo de tu clan, el artífice de su maldición. Nosotros os libramos de su influencia y asumiremos la misión de custodiarla. Llevamos años preparándonos para ello.

—Mientes. Ambicionáis su poder.

—No seas necio, Tsuyoi. Has perdido el sentido de la realidad. La máscara te muestra un mundo distorsionado donde siempre habrá amenazas y enemigos a quienes derrotar. Te obligará a que la

coloques sobre tu rostro una y otra vez. Te pedirá sangre, consumirá tu espíritu. Y, cuando haya terminado, te abandonará como un caparazón inútil para buscar otro huésped. De esa forma, se perpetuará en este mundo, adquiriendo más y más poder.

—No lograrás asustarme con esos cuentos.

—Tu padre la utilizó antes que tú —continuó Egao—, además de otro gran samurái antes que él. Ambos fueron empujados a matar por una furia asesina ajena a su verdadera naturaleza. Los dos acabaron pereciendo, condenados por su maligna influencia.

—¡Yo sé controlar a la máscara! Nada de eso me ocurrirá a mí.

—Si es verdad que eres quien manda, retíratela para hablar conmigo. Ahora.

Tsuyoi dudó. Tenía que reconocer que no podía detenerse. Necesitaba la máscara para continuar su labor. Él solo sería incapaz de lograrlo.

Por un momento, se planteó que aquel monje estuviera en lo cierto. Aquello explicaría sus cambios de humor, su atrevimiento al desafiar a Toshimoto, su nuevo anhelo por ser alguien importante, su obsesión por salvar al clan, su rechazo a Masume...

—Toshimoto custodió la máscara durante demasiado tiempo —prosiguió, implacable, el monje—. Era alguien de gran valía, capaz de oponerse a la tentación de entregarse a ella. Durante muchos años, mantuvo presa la energía de la máscara, confinándola, pero acabó agotado. Por eso la máscara pudo revelarse y escapar de su control. En lugar de tentar a Toshimoto y descubrirse, te eligió a ti porque aún no has alcanzado el dominio de tu espíritu, de tus pasiones. Estás anulado por tu ego. Por eso la máscara te ha inundado de deseos egoístas, para ofrecerte la forma de colmarlos. Pero todo es una ilusión, pues es ella quien crea esas necesidades en tu mente. Nunca acabará. Solo se detendrá cuando te deje vacío de energía vital.

—¿Me estás diciendo que la muerte de la dama Hinode es un engaño? ¿Crees que la maldición de los Akamatsu y nuestra caída en desgracia es una invención en mi cabeza? Eso es ridículo.

—Los fenómenos se suceden en el mundo sin ninguna intervención —respondió Egao—. Los acontecimientos son manifestaciones inocuas, pero somos los hombres quienes tratamos de darles una intencionalidad. Si la semilla de la separación crece en tu interior, solo verás a tu alrededor enemigos y oposición a tus deseos. Debes librarte de la máscara ahora, antes de que sea tarde.

El monje alargó su brazo hacia él.

Tsuyoi sintió miedo por primera vez. Hasta ese momento, la máscara le había dado una inmensa sensación de poder, clarividencia y confianza. Nada parecía imposible mientras la tuviera puesta, pero algo en aquel hombre amenazaba con acabar con todo eso.

—¡No! —Se rebeló—. ¡La máscara me ha elegido!

—Lamento escuchar tus palabras —confesó Egao—. Si no me la entregas voluntariamente,

tendré que arrebatártela.

—Inténtalo si te atreves —lo retó.

El Fantasma echó su capucha hacia atrás, descubriendo la imagen de la máscara, pero esta vez la persona que tenía delante no se amedrentó. Egao permaneció impasible, contemplando sin parpadear los cambios imposibles en el rostro níveo del Fantasma. Ni los largos colmillos que asomaron de su boca, ni el fuego en las cuencas vacías o la perspectiva de su semblante mudable influyeron en él.

—La máscara debe desaparecer —volvió a exigir el monje.

A partir de ese instante, enmudecieron, inmóviles frente a frente. El Fantasma aguardaba con los brazos extendidos a ambos lados, consciente del lugar que ocupaba su sable envainado. El monje seguía sosteniendo su cayado, sin apartar la mirada. La tensión se hizo insoportable para Tsuyoi, pero justo en el momento en el que se preparaba para atacar, se abrió la puerta de una casa.

—¡El Fantasma de los Nanjō! —gritó alguien.

Se recorrieron ventanas, se encendieron linternas.

Tanto el Fantasma como Egao abandonaron su anhelante espera, suspendiendo su pulso de voluntades y la inminente confrontación.

—¡Ha venido a acabar con los maleantes de las calles! —afirmó alguien.

—¡Acabará con la injusticia! —gritó otro.

En breve, se armó un gran revuelo, nadie quería perderse el regreso del Fantasma.

—Se acerca una patrulla —advirtió una mujer.

Varios policías, armados con lanzas y sables, llegaban a la carrera.

—¡Alto! —pidió el oficial que los guiaba.

—Volveremos a vernos, bonzo —se despidió el Fantasma.

Se cubrió de nuevo y corrió a una de las fachadas para encaramarse al tejado, ante el asombro de los reunidos. Uno de los samuráis trató de imitarlo, pero cayó de espaldas desde el primer piso. Nadie más lo intentó.

—¡Coged al monje! —pidió entonces el oficial.

Pero, cuando se volvieron, Egao había desaparecido.

—¿Hacia dónde ha huido? —preguntó la patrulla.

Nadie supo contestar.

⁶¹ *Shinigami*: ente sobrenatural que arrastra a los seres humanos a la muerte.

EL DESTINO DE LOS AKAMATSU

La mente y el ánimo de Tsuyoi mudaban en una inestable confusión. Aun así, no tuvo dificultades en saltar por los tejados, evitando salientes y listones. En poco tiempo, dejó muy atrás a la patrulla y al bonzo que lo había descubierto. Se dejaba llevar por una voluntad ajena que controlaba los movimientos de su cuerpo, sin prestar apenas atención a lo que hacía.

Cuando llegó cerca del templo de Yagenbori Fudō-in, en el distrito de Nihonbashi, se detuvo. El ancho canal frente a él le impedía continuar sin bajar al nivel del suelo. En ese momento, se percató de que había corrido sin rumbo fijo con el único propósito de huir de aquel monje, asediado por las dudas.

Se sentó sobre la paja de uno de los tejados. Más abajo, las tablas flexibles a prueba de terremotos que se cruzaban para formar el conocido como techo de varilla crujió bajo su peso. Una rata asomó, curiosa, olisqueó al visitante desde una distancia segura y escapó a la carrera.

Tsuyoi quiso quitarse la máscara para respirar el aire de la noche y despejar su mente, pero le costó más de lo que hubiera imaginado. Era como extirparse una parte profunda de su ser, la seguridad y el valor que necesitaba para mantener su equilibrio emocional.

Logró arrancarse el rostro maldito con un movimiento brusco cargado de ira. La máscara cayó a varios pasos de él, vuelta hacia abajo. La mano de Tsuyoi temblaba.

Levantó la vista. La ciudad dormía. ¿Cuánto tiempo había pasado por los tejados?

Gracias a que el cielo se abría y la primera luna de otoño brillaba con intensidad, distinguió las líneas serpenteantes de las rutas Nakasendō y Tōkaidō, dos de las principales arterias de comunicación del país. Buscó el Fuji, aún más lejos, pero no pudo distinguir su cumbre nevada. De regreso a la ciudad, recorrió con la mirada los grandes almacenes de la familia Mitsui, que se había enriquecido negociando al por mayor. ¿Quién hubiera imaginado que en esta nueva era de paz los comerciantes y plebeyos pudieran acaparar más fortuna que los señores feudales? Ni siquiera eran dueños de un pedazo de tierra ni contaban con un apellido ilustre, pero eran inmensamente ricos.

Tsuyoi observó la lonja central, cerrada a aquella hora. Los pescadores aún no habían amarrado sus barcos a la orilla tras subir por el canal procedentes del mar y quedaba mucho para que los comerciantes, criados de las mansiones y dueños de los restaurantes acudieran en masa para pujar a gritos por el género. Desde la distancia, brillaba el suelo de la gran nave, resbaladiza por el limo y los restos de escamas. Incluso con los almacenes vacíos, el hedor a pescado llegaba nítidamente hasta allí.

Aunque la máscara estaba lejos de su rostro, Tsuyoi escuchaba su llamada. Había permitido que entablara contacto con su yo más profundo y estaba impregnado de su embrujo. Era como el olor del pescado ausente de la lonja. De nada servía apartarla físicamente, ya era demasiado tarde: formaba parte de su ser.

¿Tenía razón el monje? ¿Había sido anulado por la máscara?

Se cubrió el rostro con las manos y respiró hondo.

Aún seguía siendo Tsuyoi. Poseía todos sus recuerdos, sabía quién era y lo que se esperaba de él. Era un samurái Akamatsu, tenía una misión. Debía salvar a su clan y vengar la muerte de Toshimoto.

¿Eso era todo?

Recordó a Masume con una punzada de inquietud.

La había rechazado violentamente cuando había dicho que ya no era el mismo. Se había percatado antes que él de que la máscara influía en su comportamiento. Debía explicarle que no debía preocuparse, que seguía manteniendo el mando. ¿Acaso no acababa de quitarse la máscara?

De pronto, sintió deseos de volver junto a Masume, verla una vez más. ¿Qué habría sido de ella? Avergonzado, recordó que la había abandonado en medio de la nada, a las afueras de Edo. ¿Sería merecedor de su perdón?

Tsuyoi escuchó de nuevo en su cabeza a la gente que había gritado el nombre del Fantasma de los Nanjō mientras hablaba con el monje. Apenas había empezado a salir a la noche y ya corría su leyenda de boca en boca. Tal y como había pedido Masume, era un héroe, una inspiración para los *chōnin*. Cuando derrotara a los enemigos del clan, seguiría haciendo justicia. Acabaría con los Hombres del Río, salvaría a Masume y a muchos otros de sus extorsiones.

¡Sí! No podía dar de lado la máscara. Encontraría esa fuerza de voluntad que el monje había asegurado que se necesitaba para dominarla, sería digno sucesor de su padre y de Toshimoto.

Para empezar, solo la utilizaría cuando fuera necesario.

Se incorporó y se acercó hasta la máscara. La tomó y la guardó dentro de los pliegues de su kimono sin atreverse a mirarla. Intuía que su rostro habría cambiado, que estaría contrariada.

—Esta noche el Fantasma de los Nanjō no es necesario —manifestó en voz alta antes de buscar la mejor manera de descender hasta la calle.

Ya abajo, se echó atrás la capucha que había ocultado su rostro. Con paso medido, se dirigió de vuelta a la mansión Akamatsu por la ciudad desierta. Solo cuando divisó el puesto de control que daba acceso al distrito de Kōjimachi recordó que no tenía ningún pase que le permitiera deambular por la ciudad después del toque de queda. Los samuráis Tokugawa no lo dejarían pasar. Estaba atrapado en el barrio de Nihonbashi hasta el amanecer.

Sintió la poderosa tentación de volver a subir a los tejados como el Fantasma. Solo tendría que hacerlo durante un breve espacio de tiempo, pues no había más controles hasta la mansión Akamatsu. Le vino la imagen de sí mismo saltando el muro, otra vez poderoso, vivo, libre de restricciones y dudas.

Tuvo que hacer acopio de voluntad para mantenerse firme en su propósito de no utilizar la máscara esa noche. Lo ayudó el sentimiento de culpa. Deseaba castigarse, como Toshimoto hubiera querido, de seguir siendo su maestro. Esa era la forma de perfeccionar su carácter, se dijo.

Ya estaba buscando el mejor rincón para taparse con su capa y pasar la noche cuando la campana de la torre de incendios más cercana empezó a repicar de forma frenética.

Los samuráis que custodiaban la entrada al distrito salieron de la caseta de vigilancia, alarmados. Uno de ellos corrió en dirección a la torre, claramente visible por encima de las casas. Tardó muy poco en regresar.

—¡Es la mansión de los Akamatsu! —comunicó al oficial al mando.

Tsuyoi sintió un vuelco en el corazón. Mientras empezaban a asomarse los curiosos desde las ventanas de las casas más cercanas, corrió hacia el portón.

—Soy samurái Akamatsu —declaró en cuanto llegó hasta el puesto de control—. Dejadme pasar.

—¿Tienes un salvoconducto? —preguntó uno de los guardias.

—No necesito el permiso de nadie para cumplir con mi deber —declaró con autoridad—. Solo el propio sogún podría persuadirme de no auxiliar a mi clan.

Los hombres dudaron, pues simpatizaban con Tsuyoi. También ellos habían jurado servir a sus respectivos señores y comprendían muy bien la situación.

—Dejadlo pasar —resolvió el oficial—. Desde el castillo no podrán reprocharnos nada. Todas las manos son pocas para evitar la propagación de un incendio. Tendremos que abrir las puertas, de todas formas, cuando lleguen los bomberos.

Los hombres se apresuraron a obedecer y Tsuyoi corrió como nunca en su vida por la amplia avenida que conducía a la mansión. El humo y el inquietante resplandor del incendio se distinguían claramente más allá. Cuando llegó a la entrada principal, la encontró abierta, sin vigilancia. El ominoso sonido del crepitar de las llamas y las pavesas suspendidas en el aire apresuraron aún más su carrera. Cuando llegó hasta el patio, se detuvo, conmovido.

Todos los edificios, sin excepción, ardían por los cuatro costados, elevando sus olas de fuego al cielo nocturno. Por las escalinatas y rincones se veían los cuerpos inmóviles de los últimos sirvientes de la casa. Muchos de ellos estaban sobre sombras oscuras, charcos de oscuridad, de muerte, pues era sangre lo que les servía de último lecho en este mundo. No había nadie luchando contra el incendio, ni rastro de los samuráis de la casa.

El pabellón principal, donde residía el daimio Muneaki, se derrumbó con un estruendo colosal. Tsuyoi despertó en aquella pesadilla y buscó con la mirada a su espalda. Allí había algunos curiosos, sirvientes de las otras mansiones que se habían acercado hasta el portón de entrada.

—¿A qué esperáis? —los increpó Tsuyoi—. ¡Venid a ayudar! ¡Hay que apagar el fuego o no

quedará nada!

—Es la venganza del Fantasma de los Nanjō —escuchó de boca de uno de ellos.

Para desesperación de Tsuyoi, nadie pasó al patio. Unos estaban petrificados por la impresión, otros dudaban y los más numerosos se marcharon corriendo de vuelta a la seguridad de las residencias de sus señores. Ninguno estaba dispuesto a ayudar a los Akamatsu, el clan maldito.

Tsuyoi escupió hacia ellos, loco de rabia e impotencia, y corrió hacia el cuartel de los samuráis del clan. A medio camino, tropezó. Un cuerpo menudo, que no había visto entre aquel caos, había estado a punto de provocar su caída. Era la pequeña Amai, la niña que lo había puesto sobre la pista de Ritoru. Alguien la había degollado. Su mirada congelada parecía dirigirse a él, acusándolo.

Tsuyoi tenía los ojos irritados y la garganta le ardía, pero avanzó entre el humo. Al llegar a la entrada del barracón de los samuráis, lo recibió una larga hilera de cuerpos sin vida. Allí estaban los guerreros Akamatsu, cubiertos de sangre, con sus sables cortos y puñales en la mano. Superando su aprensión, Tsuyoi caminó respetuosamente hacia ellos, como si acabara de entrar en un recinto sagrado. Alguien seguía en pie.

—Eres tú —habló.

Era Oki, sosteniendo una *katana* y con el rostro descompuesto en una mueca demente. Arrastraba la punta del sable por el suelo, dejando tras de sí un reguero oscuro. Al acercarse, Tsuyoi distinguió que era sangre, la misma que llegaba hasta su codo y manchaba el kimono que vestía.

—Por todos los dioses, ¿qué ha pasado? —preguntó Tsuyoi.

—La maldición nos ha alcanzado al fin —respondió su amigo—. Todos han muerto. Solo quedamos tú y yo.

—¿Quién nos ha atacado?

—El *bakufu*, ese corrupto Consejo de Ancianos. Acusaron a nuestro señor de traición al sogún. Ni siquiera tenían pruebas, pero eso no les importó. Nuestro señor, como medida de protesta y para limpiar su honor, practicó *seppuku*. Estaba herido, por lo que no podía usar su mano diestra para rajarse el vientre —manifestó entre lágrimas—. Le costó un enorme sacrificio hacer la incisión y desplazar el filo de un lado a otro, pues estaba muy débil y tampoco tenía la suficiente pericia con su mano izquierda. El subcomandante Kita lo asistió en la ceremonia cercenando su cabeza cuando llegó el momento. A continuación, todos los miembros de la escolta acompañaron a nuestro señor al otro mundo.

Oki tomó aire para continuar con su relato.

—Llegó un enviado del castillo hasta aquí, anunciando la muerte de nuestro señor y exigiendo la entrega de esta mansión y el *han* Akamatsu a la casa Tokugawa. Todos los samuráis estuvimos de acuerdo en que esas alimañas no encontrarían nada cuando volvieran y que debíamos

protestar con la misma firmeza que nuestro señor a semejante insulto. Matamos a todo el servicio y nos reunimos aquí para morir con honor. Me alegra que hayas llegado a tiempo, Tsuyoi. Somos los últimos Akamatsu. Moriremos juntos, como hermanos.

Tsuyoi retrocedió un paso, espantado. Su amigo estaba poseído por la locura de la sangre. No podía imaginar lo que habría supuesto matar a mujeres y niñas inocentes, para luego hacer lo propio asistiendo a sus compañeros durante la ceremonia del *seppuku*.

—Escúchame —pidió Tsuyoi—, debemos pensar en lo que ha ocurrido, dilucidar qué es lo que realmente se espera de nosotros. Hay que ponerse a las órdenes del nuevo jefe del clan. Tal vez haya una solución.

—¿Qué estás diciendo? No hay jefe del clan. Muneaki ha muerto sin descendencia masculina. ¿No lo entiendes? Han aprovechado esa circunstancia para provocar su muerte, primero, con un atentado y, después, acusándolo de traición. Buscabas a los enemigos del clan. Pues ya los hemos encontrado: ¡es el propio *bakufu*!

Tsuyoi no podía creerlo. ¿El sogún en persona era quien había maquinado en la sombra la caída de los Akamatsu?

—Eso no tiene sentido —protestó—. Los Akamatsu hemos sido leales al sogún desde el principio.

—La codicia del hombre no conoce límites —rebató Oki—. La realidad es que no podemos vencer. No solo nos enfrentamos al sogún y, por extensión, a toda la nación; además, no tenemos un líder. No nos queda otra opción que morir con honor. Vamos, yo te asistiré y cortaré tu cabeza cuando te hayas rajado el vientre.

—No...

—¿Cómo? ¿Te niegas a realizar un último gesto por tu señor?

—Tiene que haber otra solución. Yo... Escucha, tengo que confesarte algo. Yo soy el Fantasma de los Nanjō. Tengo una máscara que atesora un gran poder. Puedo hacer cosas vedadas a un samurái. Quizá...

—¡Cobarde! —le escupió Oki—. ¿Acaso no te das cuenta de que no se puede hacer nada más? Ya no puedes luchar contra nuestro enemigo, como decías. Simplemente ya no existe la casa Akamatsu. Muere ahora con honor o vive para siempre como un despreciable *rōnin*. Tú eliges.

Y, dicho esto, apuntó el filo de su sable a su propia boca. Antes de que Tsuyoi pudiera evitarlo, se tiró al suelo con la empuñadura de la *katana* por delante. El sable le atravesó el cráneo con un ruido seco.

—¡No! —gritó Tsuyoi.

Se derrumbó de rodillas, apretando los puños.

Todo a su alrededor se consumía. La muerte y la destrucción se habían adueñado de la mansión.

Cuando llegaron las brigadas de bomberos equipadas con capas y cascos de cuero, aún seguía en el suelo, ajeno al peligro de perecer consumido por las llamas. Los hombres no perdieron el tiempo en apagar el fuego, que ya había condenado la mansión. En su lugar, se dedicaron a echar abajo los muros más cercanos a las otras villas, en un intento desesperado de que el fuego no se propagara por todo el distrito.

Tsuyoi aprovechó el caos para desaparecer. Ninguno de los bomberos o curiosos repararon en él. Muy pronto llegaría al *bakufu* la noticia de que todos los Akamatsu habían perecido devorados por las llamas. Nadie se opondría a que su *han* fuera entregado a otro clan fiel al régimen.

Sin embargo, Egao sabía la verdad. Oculto bajo un portal cercano, observó como Tsuyoi se marchaba por la avenida. En cuanto lo tuvo a prudente distancia, comenzó a seguir al último de los Akamatsu.

LA DECISIÓN DE TSUYOI

Tras el rescate de Tsuyoi y su posterior abandono, Masume no se atrevió a dejar la protección que le daba el bosque. En su lugar, decidió esperar al nuevo día, con la esperanza de que la luz le permitiera orientarse.

Oculto en el bosque, vio a los Hombres del Río regresar poco antes del amanecer para buscar algo entre los restos de la casa. Reconoció entre ellos al hombre pequeño que la había secuestrado, el que decía llamarse Sakon. Parecía enojado, dando órdenes a gritos e insultando constantemente.

Retiraron los escombros, aún humeantes, y levantaron del suelo una trampilla de hierro que parecía muy pesada. Aliviado, Sakon ordenó, de mejor humor, que llevaran la mercancía a la barcaza. Los Hombres del Río se afanaron en sacar grandes fardos y en transportarlos hacia el otro extremo del claro. Masume supo entonces la dirección del río y cómo encontrar la forma de regresar.

Durante todo un día de extenuante camino, huyó dejando atrás su pesadilla, siguiendo el río Sumida y procurando permanecer oculta a la vista, sin que el dolor por las rozaduras en los pies o el agotamiento la detuvieran. El temor a que los Hombres del Río la encontraran le daba alas. Cerca de Massaki, se detuvo para comer unos frutos secos y un poco de arroz hervido, gracias a la caridad de unos viajeros con los que se había encontrado.

No quiso tomar el camino que partía del barrio de Yoshiwara, siempre concurrido, y siguió el cauce del río abriéndose paso entre los matorrales. Al final de la tarde, llegó a Saruwaka-machi, pero no dejó de andar hasta cruzar el puente del río Kanda, la entrada norte de Edo.

Por fin estaba a salvo.

Se apoyó en un melocotonero y dirigió la vista al cielo estrellado, dando gracias a la deidad Daikoku por haberla protegido durante su camino hasta allí.

Cuando recuperó el resuello y salió a la vía de acceso al puente, tropezó con una raíz y cayó al suelo. Ahora sangraba de las palmas de las manos. Por un momento, no tuvo energía para continuar. La turbación y el agotamiento la superaron, aprovechando el breve intervalo en el que había bajado la guardia.

¿Y si los Hombres del Río se habían adelantado en sus barcas y la esperaban al otro lado del puente? Ni siquiera se veía con fuerzas para huir a la carrera. Y, por otro lado, había llegado la noche, ¿cómo iba a superar los controles de los barrios? Los samuráis no la dejarían cruzar las puertas. Sería incapaz de llegar hasta su casa.

Entonces, escuchó los gritos de alarma, las campanas desde las torres de vigilancia. Alzó la mirada y detectó el motivo: al oeste se distinguía un penacho de humo negro, más oscuro que el propio cielo, iluminado por la luna llena.

—Fuego... —musitó. ¿Y si era su barrio el que estaba amenazado? No podía abandonar a su familia en un momento como aquel. Debía llegar hasta ellos.

Reunió la fuerza que le faltaba y se incorporó.

Caminó hasta el puente y lo cruzó decidida, superando el lacerante dolor de las llagas en sus pies.

El sonido de las campanas de alarma había quebrado el silencio de la noche, poniendo en pie a media ciudad. El fuego, el enemigo más implacable y temido, brotaba una vez más para amenazar a los habitantes de Edo. Las puertas de los barrios, infranqueables en cualquier noche normal, estaban ahora abiertas para las brigadas de bomberos y los voluntarios. Masume pudo cruzarlas amparada en la escasa visibilidad y el continuo trasiego de personas acarreado cubos y hachas. En sus rostros se podía leer claramente la tensión. Sabían muy bien que solo se podía doblegar un incendio en los primeros momentos. En poco tiempo, se propagaba con temible voracidad de una casa a otra y nadie estaba a salvo.

Masume avanzó hasta Hatchōbori y comprobó, aliviada, que el fuego estaba más al norte, cerca del castillo, en los barrios samuráis. Se abrió paso en sentido contrario al de la marea de voluntarios. Cuando llegó al taller de la familia, el personal de servicio se repartía entre el patio y la puerta de entrada.

—¡Alto! —la detuvo una voz cuando trató de entrar.

Masume se vio frente a un *rōnin* espigado de pelo largo y desgredado.

—¿Quién eres? —preguntó la joven.

—Eso a ti no te importa. Largo de aquí.

—Es Masume —intervino una sirvienta que había sido testigo de la escena—, la hija de nuestro señor.

—¿Masume? —preguntó el hombre, perplejo.

—Así es —corroboró ella misma—. ¿Quién eres, que te atreves a negarme la entrada a mi propia casa?

El aludido mostró una sonrisa aviesa que reveló unos dientes ennegrecidos por la suciedad y la caries. Su aliento apestaba a sake.

—Mi nombre es Kodomo. Soy el nuevo encargado de la seguridad. Creía que te habían secuestrado.

Aquel hombre le pareció repulsivo. La miraba con ojos lascivos y en su tono no había la más ligera muestra de respeto. La muchacha sintió miedo, que disimuló lo mejor que pudo.

—Debo ver a mi padre de inmediato —manifestó.

El *rōnin* no se apartó. Siguió observándola de arriba abajo, como si examinara un pescado antes de comprarlo.

Cuando Masume no lo soportó más, lo sorteó para entrar al taller. No se atrevió a comprobar qué hacía Kodomo. En su lugar, se apresuró para llegar al patio y librarse de su mirada. ¿Cómo era posible que su padre hubiera sustituido al desaparecido Chifu con semejante despojo humano?

Al llegar al patio, encontró a su familia vigilando los progresos del incendio desde la terraza del primer piso de la vivienda. Ninguno de ellos hablaba, absortos en el estudio de la columna de humo que ascendía hacia el cielo nocturno. Sintió una alegría inmensa al verlos a todos allí reunidos, sanos y salvos del fuego y de los Hombres del Río. Con pasos rápidos, entró en la vivienda y subió hasta ellos.

—¡Padre! —llamó.

Su hermano Chōnan le mostró una mueca de disgusto, mientras su madre se adelantaba para abrazarla entre sollozos.

—¡Hija mía! —gritó Jūjun—. ¿Cómo es posible que estés ya aquí? ¿Te han liberado los Hombres del Río?

—No —declaró en voz alta para que su padre y su hermano también la escucharan—. Me han rescatado.

—¿Quién? —intervino Chōnan.

—Fue el Fantasma de los Nanjō. Las leyendas eran ciertas. Por fin, ha despertado.

—¿Es eso verdad? —habló su padre.

—Eso es ridículo —objetó Chōnan—. Esta hermana mía ha enloquecido.

Masume relató lo ocurrido, sin mencionar la verdadera identidad del Fantasma. Su padre, con el rostro demudado, explicó que los Hombres el Río regresarían, dispuestos a vengar el duro revés. Las muertes de sus hombres así lo exigirían.

—¡Nos has condenado a todos! —explotó su hermano.

—¡Me salvó el Fantasma de los Nanjō! —protestó Masume—. Nosotros no somos los responsables. Además, él nos protegerá.

—¿Quién es ese Fantasma? —preguntó Chōnan—. ¿Por qué los atacó realmente? Nadie sabía que estabas allí. Tal y como lo has contado, solo era otro mafioso disfrazado de fante. Esos malditos están siempre en guerra. ¿No has oído lo que pasó con Takai en el teatro?

Masume no podía revelar la verdadera identidad del Fantasma y justificar así lo ocurrido. Por otro lado, tampoco estaba segura de que Tsuyoi regresara. Se había marchado airado, trastornado por el poder de la máscara. Sintió miedo.

—Lo siento —se disculpó bajando la cabeza.

—¡Eso no es suficiente! —continuó su hermano, exasperado—. Padre tiene razón. Han muerto muchos de los Hombres del Río por tu culpa. Vendrán aquí y todos pagaremos por ello.

Furui levantó una mano pidiendo calma.

—Haremos todo lo que podamos —pronunció con la mirada baja—. Nos someteremos a todas sus exigencias y rezaremos para que los dioses aplaquen su ira. Nuestra única oportunidad es evitar que crean que ese Fantasma actuó en nuestro nombre.

Masume sintió vergüenza, pero también rabia. Deseó escapar de aquella terraza, donde su propia familia la acusaba y daba de lado. Su mente amenazaba con desmoronarse. Su entrega a los Hombres del Río, su encierro y el rescate de Tsuyoi; más tarde, su largo y penoso regreso a casa. Y todo eso, para nada. Porque su situación y la de su familia no había cambiado. Incluso podría haber empeorado.

Ahora, asediada por funestos pensamientos, Masume se arrepentía de haber aceptado la ayuda de Tsuyoi. ¿Qué es lo que había creído que ocurriría al regresar a casa?, se reprochaba. Jamás volvería a trabajar en el taller, nunca recuperaría su libertad. En el mejor de los casos, los Hombres del Río volverían a demandar su entrega y seguramente el pago de una suma aún mayor de la exigida en un primer momento. El riesgo de acabar en la ruina era ahora más real que nunca.

—¿Qué pasará con el incendio? —intervino su madre para romper aquel ominoso silencio.

—No llegará hasta aquí —respondió Chōnan—. Ya no se distingue el resplandor, por lo que los bomberos estarán luchando contra los rescoldos.

—Puede volver a despertarse —puntualizó Furui.

Jūjun estaba aterrada. Hacía menos de un año que un incendio había acabado con la vida de su hermana y toda su familia.

—Por el tiempo que ha transcurrido, habrá muchas manos trabajando —continuó Chōnan—. Es improbable que permitan que las llamas vuelvan a alzarse.

—¿Estás seguro? —habló Jūjun. Juntó las manos en actitud piadosa—. ¿Tenemos esperanza?

—Claro —la tranquilizó Furui—. No parece haber salido del barrio samurái. Tenemos tres canales entre el fuego y nuestra casa que sirven de barrera a la propagación.

Las torres de vigilancia dejaron en ese momento de hacer repicar sus campanas, corroborando sus palabras. El peligro había pasado.

—Regresemos a nuestras habitaciones —pidió Furui.

Chōnan fue el primero en abandonar la terraza, dedicando antes una furiosa mirada a su hermana.

Masume aprovechó su ausencia para reunir el valor necesario para volver a hablar.

—Padre, ¿quién es ese *rōnin* que vigila ahora nuestra casa?

Furui la miró, abatido. Los recientes acontecimientos también habían hecho mella en él. Pronunciadas ojeras marcaban su rostro y parecía haber encogido en solo un día.

—Nadie más quiso sustituir a Chifu. Ha corrido la voz de que los Hombres del Río lo mataron.

—Padre... —empezó Masume, arrodillándose frente a él e inclinando el rostro hasta el suelo—. Os juro que no pretendía...

—Ya lo sé —la interrumpió—. Los dioses nos han olvidado. Nada pueden hacer los hombres para eludir sus designios.

Y, dicho esto, se retiró.

A Masume, esa actitud derrotada le dolió mucho más que uno de los acostumbrados estallidos de ira de su padre. No fue capaz de moverse hasta pasado mucho tiempo después de quedarse sola.

Mientras las lágrimas escurrían por sus mejillas, caminó hasta su habitación y se tendió, aún vestida, sobre su futón, sin molestarse en encender una lámpara. Permaneció con la mirada fija en el techo, dejándose consumir por funestos pensamientos.

Sonó un leve roce en el pasillo y alguien llamó a la puerta.

—Hija —susurró su madre desde el otro lado del panel—, ¿estás despierta?

Masume no dijo nada. No quería ver a nadie.

Jūjun se marchó, pero al poco tiempo escuchó de nuevo el leve sonido de unos pies descalzos sobre la tarima, al otro lado. ¿Es que nunca la dejarían en paz?

Para su asombro, el panel se corrió y alguien entró en su alcoba sin anunciarse. Dio por supuesto que era alguna de las sirvientas, que, creyéndola dormida, entraba sin su permiso. Se giró airada, pero no llegó a abrir la boca. Asombrada, reconoció a Tsuyoi.

—Masume...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Discúlpame —pidió, al tiempo que se arrodillaba a poca distancia de su lecho para que los susurros fueran suficientes para hacerse oír—. He venido para saber si estabas a salvo.

—¿Cómo te has atrevido a entrar en mi alcoba de esta forma? —soltó sin apenas pensarlo.

Pero, inesperadamente, Tsuyoi se inclinó en una profunda reverencia.

—Te pido humildemente disculpas una vez más, no solo por irrumpir de esta forma en tu

habitación, también por haberte abandonado después de sacarte de aquella casa en llamas. Solo he venido a interesarme por ti. Te juro que, de no haberte encontrado aquí, habría partido en tu busca.

—Me dejaste atrás censurando mis palabras, sin importarte mi destino. ¿A qué viene tu nueva actitud?

—Tenías razón sobre todo lo que dijiste acerca de la máscara —reconoció—. Demasiado tarde me he dado cuenta de ello.

—¿A qué te refieres?

—La máscara está poseída por un espectro hambriento.

Masume se llevó las manos a la boca. Un espectro hambriento era una de las peores reencarnaciones posibles. Odiaban a los seres humanos. Codiciaban su energía y envidiaban su condición corpórea.

La muchacha lo miró en la penumbra, adivinando la gravedad de su rostro, el dolor y el esfuerzo que habrían supuesto confesar aquello. Los samuráis eran orgullosos, tanto que llegaban al extremo de preferir la muerte antes que ceder su paso en una encrucijada de calles. Aquel era un Tsuyoi desconocido.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Masume siguiendo una corazonada.

Tsuyoi tardó en responder, tanto que la muchacha estuvo a punto de repetir la pregunta.

—Todos han muerto —soltó de pronto. Su voz se quebró cuando continuó—: Mi clan ha sido exterminado. El incendio que ha puesto en peligro Edo lo provocaron los últimos samuráis fieles a mi señor, al saber que había sido injustamente acusado de traición frente al sogún. Se han inmolado para restituir su honor. Ya no tengo hogar ni daimio al que servir. Soy un *rōnin*.

Masume no supo qué decir en un primer momento, hasta que comprendió que las barreras del decoro y la costumbre no existían aquella noche.

—Sé cómo te sientes —le aseguró.

—¿Tú? ¿Cómo puedes decir eso?

No había ira en su voz, ni siquiera un atisbo de protesta.

—Yo también he perdido mi posición y mi familia está a punto de desaparecer. He luchado toda mi vida por labrarme un futuro, por escapar de las cadenas de las obligaciones filiales y la costumbre, por ser una persona independiente, libre de elegir. Pero me obligan a casarme, como única esperanza para que mi padre consiga a tiempo el dinero que le exigen los Hombres del Río. Si no vienen hasta aquí para matarnos a todos, pasaré el resto de mi vida enclaustrada en una casa y con el único propósito de engendrar hijos varones. Me quitaré la vida antes de soportar semejante existencia.

—No permitiré que os sigan amenazando —declaró Tsuyoi. Ahora su voz sonó más segura.

—¿Cómo ibas a impedirlo?

—Acabaré con los Hombres del Río. Volveré a usar la máscara, por última vez. Mataré a todos o pereceré en el intento.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Porque no me queda nada, Masume. No tengo señor al que servir ni honor que defender. Mi vida no vale nada.

—¿Los míos y yo tampoco somos nada para ti?

—En eso te equivocas. Ahora tú eres lo más importante para mí...

Masume sintió un fuego desconocido crecer en su pecho. Para su sorpresa, notó que se ruborizaba. Dio gracias a que la penumbra no permitiera que Tsuyoi pudiera percatarse de ello.

—No puedes volver a usar la máscara —resolvió Masume al cabo de unos instantes—. Acabas de decir que ese rostro maldito amenaza tu espíritu, que reconoces que te roba la energía y la voluntad. Volver a utilizarla es un suicidio.

—No me importa arriesgar la vida o la cordura. No, cuando he perdido mi honor. La Vía del guerrero se funda en dos principios: el desprecio a la muerte y la salvaguarda del honor. Estaba a punto de descubrir a quienes procuraban la desgracia de los Akamatsu, pero fracasé. No llegué a tiempo de evitar el desastre. ¿Cómo podría seguir viviendo con esa mancha? Ni siquiera fui capaz de llevar a cabo el *seppuku* con el resto de mis compañeros. Además, ¿por qué te interesa si vivo o muero?

Masume bajó la mirada.

—Tu vida también me importa y no quiero que, para salvar la nuestra, condenes tu espíritu al inframundo. No consentiré tamaño sacrificio.

Tsuyoi alargó una mano. Antes de darse cuenta, Masume la tomó entre las suyas. Sin previo aviso, Tsuyoi se acercó aún más. Masume se sorprendió levantando la mirada, dispuesta a recibirlo.

—¿De verdad te importa mi destino? —susurró Tsuyoi.

—¿Y tú estarías dispuesto a condenarte por salvarme? —preguntó a su vez Masume.

Temblando como hojas de otoño, buscaron con timidez sus cuerpos, torpemente primero y arrastrados por un deseo irrefrenable después.

Se abrieron los kimonos y se cubrieron con ellos para abrazarse. El calor de sus corazones les proporcionó el olvido que buscaban, la paz que anhelaban. Las telas de sus ropas eran el caparazón que los separaba de un mundo hostil. Nada ni nadie podía atravesarlo.

Tsuyoi fue el primero en recorrer el cuerpo de Masume con avidez, pero ella tardó muy poco en corresponder con la misma pasión. Acabaron sobre el futón, enterrados en las movedizas tierras del deseo.

Entre jadeos apenas contenidos, exploraron el placer mutuo acompasando en perfecta armonía sus propias necesidades, hasta ahora ni siquiera imaginadas y mucho menos colmadas. Elevaron su pasión a un lugar lejano, por encima de su conciencia, olvidando quiénes eran y llenándose de un gozo supremo que estalló casi al unísono.

Cubiertos de sudor, respiraron fundidos en un solo ser, recuperándose de la escalada a la cima del placer de los sentidos. Ninguno de ellos dijo nada. Tampoco se miraron. Bastaba con sentirse más y más cerca.

En algún momento, el agotamiento de sus almas se impuso por fin a la resistencia de sus mentes atribuladas y se dejaron llevar a un sueño profundo.

Ya empezaba a clarear cuando Masume despertó. El característico sonido de los trabajadores en el taller se escuchaba nítidamente desde su habitación. Los esperados envíos de madera acababan de llegar y muy pronto lo harían también los clientes. Podía escuchar la fuerte voz de su hermano dando órdenes, como un general en el campo de batalla o un experimentado capitán en alta mar frente a un temporal.

Los envidiaba a todos y cada uno de ellos. Cualquier cosa era mejor que permanecer recluida esperando el regreso de los Hombres del Río. Alargó su mano buscando a Tsuyoi, pero no lo encontró.

Se incorporó para descubrir que estaba sola. A su lado, había una nota manuscrita. Se acercó a la ventana para leerla.

Masume, he partido para enfrentarme a los Hombres del Río. Estoy decidido a encontrar la manera de libraros de su amenaza. No te preocupes por la máscara. Ahora sé cómo imponerme a su voluntad. El amor que siento por ti será la brújula que me guíe por la oscuridad.

Masume sintió un abismo abrirse a su alrededor. Arrugando la nota entre sus manos, las juntó para rezar con fervor por el alma de Tsuyoi.

VENGANZA

El primer sogún Tokugawa había ideado que un tranquilo pueblo de pescadores se transformara en la capital administrativa de la nación. Para la gigantesca ampliación, debía contar con buenas comunicaciones. Por ese motivo, Tokugawa Ieyasu mandó excavar canales por todo Edo. El Dōsanbori y el Onagigawa habían sido los primeros, pero la vía navegable más importante era el río Sumida, que cruzaba la ciudad al este del castillo sogunal. Desde entonces, era la principal entrada de personas y mercancías.

A mediodía, las aguas del río estaban atestadas de barcazas que bajaban perezosamente arrastradas por la corriente. Un junco de estilo chino, con viajeros provenientes de las poblaciones interiores, trataba de abrirse paso entre ellas. En los márgenes, la actividad era frenética. Los estibadores trabajaban sin descanso en las cubiertas de los barcos amarrados en los muelles. La larga hilera de almacenes parecía no tener final. En sus fachadas, lucían carteles con el nombre de los propietarios para facilitar su localización. Muchas de las barcazas esperaban turno para descargar sus productos.

En uno de aquellos almacenes, las puertas permanecían extrañamente cerradas. Los dos estrechos callejones que lo separaban de los otros edificios estaban saturados de grandes sacos de sal que impedían el paso. La única forma de acceder al almacén era por el río. En ese lado, varios hombres se apoyaban indolentes en la fachada, vigilando.

Sakon llegó a bordo de una embarcación de pequeño tamaño, empujada por dos hombres provistos de largas pértigas. Se apeó de un salto en el solitario amarradero y saludó con un gruñido antes de descorrer una gruesa puerta de madera y pasar al interior del almacén.

En la planta baja, había más hombres bebiendo y comiendo alrededor de mesas bajas. Algunos de ellos presumían de los tatuajes de su cuerpo con los torsos desnudos. Las autoridades marcaban de por vida a los delincuentes, pero allí era un símbolo de distinción.

Cuando vieron a Sakon, olvidaron momentáneamente lo que estaban haciendo, acallando risas y adoptando un expectante y respetuoso silencio. Pese a su escasa corpulencia y baja estatura, aquellos hombres, escogidos entre los más peligrosos de los bajos fondos de Edo para formar parte del brazo ejecutor de los Hombres del Río, lo temían.

Varios de ellos se adelantaron para seguir a Sakon a un apartado.

—No hay nada nuevo —confesaron—. Ese maldito Fantasma ha desaparecido, pero estamos seguros de que se oculta en Edo.

Sakon torció el gesto antes de hablar.

—Por el momento, todo el que no ande atendiendo nuestros asuntos o buscando a ese malnacido tiene que estar en alerta y localizado.

—¿Qué hacemos si lo encontramos?

—Kakureta lo quiere vivo.

—¿Cómo vamos a atrapar a un fantasma? —preguntó un mafioso de colosal estatura.

—No se os paga por estar aquí tirados haraganeando —soltó Sakon.

—Ya, ya... Pero una cosa es morder huesos y músculos y otra muy diferente vértelas con seres de ultratumba.

—Me da igual lo que hagáis —insistió Sakon—. Fantasma o mortal, debe pagar. Y recordad que hay muchos ojos y oídos, no solo los vuestros. Sabré si alguien afloja el paso cuando tenga delante a ese fante. Kakureta tiene un especial interés en atrapar al Fantasma de los Nanjō. No tolerará incompetentes. —El gigantón apretó los dientes, pero no dijo nada. Los demás se miraron inquietos, serios—. Quiero a todo el mundo en esto. Nada de borracheras ni de perderse por ahí.

—Tenemos que atender nuestras zonas —protestó otro de los Hombres del Río. Este era casi tan bajo como Sakon, pero su rostro marcado de viejas heridas y sus ojos maliciosos eran los de un rufián peligroso—. Nuestros hombres no son precisamente disciplinados.

—Me hago cargo de que el negocio pueda resentirse momentáneamente, pero no seríais quienes sois si no fuerais capaces de imponer disciplina terminados unos días de falta de supervisión. Nadie se moverá de aquí hasta que hayamos encontrado al Fantasma.

—¿Piensas que pueda venir hasta este almacén? —dijo otro, con cierta aprensión.

—Mucho valor tendría ese espectro para atreverse a visitarnos, ¿no es así? —Los otros forzaron una sonrisa—. Os quiero cerca para ganar tiempo. Sabemos que se mueve muy deprisa. Si llega algún soplo, tenéis que salir de inmediato. ¿Está claro?

Todos asintieron, solemnes. A su modo, aquella chusma también trataba de ser honorable.

—Bien, ahora debo ver al jefe —manifestó Sakon, dando por concluida la reunión.

La mano derecha de Kakureta caminó hacia el fondo del edificio, dando pie a que los mafiosos retomaran su despreocupada actividad. Sakon ascendió por unos estrechos peldaños al piso superior. Allí, el techo de madera era bajo, poco más de la altura de un hombre. No había ventanas a la vista ni ninguna fuente de luz, pero Sakon conocía muy bien la disposición de la larga estancia. A imitación de los castillos samuráis, se había creado un intrincado laberinto que entorpecía el avance de cualquier extraño. Estrechos pasillos delimitados por tabiques de gruesa madera, toneles y otros voluminosos objetos ocultaban puntas aceradas y pequeñas trampas destinadas a dar la alarma y dificultar el camino.

Sakon llegó hasta la puerta de entrada a la residencia privada del líder de los Hombres del Río con los ojos acostumbrados ya a la penumbra. Se disponía a franquearla cuando detectó la inesperada aparición de una figura que lo amenazaba con un sable. Se detuvo en el acto, sorprendido.

—¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Das por supuesto que no soy uno de vosotros.

—Nadie se atreve a subir sin permiso de Kakureta. ¿Sabes dónde te has metido? Estás en la casa principal de los Hombres del Río.

La sombra no respondió. En su lugar, dio un paso hacia él. Un hilo de luz filtrado desde el techo reveló por un instante fugaz el trazo níveo de un rostro demoníaco.

—Tú... —dejó escapar Sakon visiblemente turbado.

—Yo —corroboró el Fantasma de los Nanjō apoyando la punta de la *katana* sobre el pecho de Sakon—. Sé perfectamente dónde estoy. He venido a acabar con vuestro jefe, quien quiera que sea.

—¿Quién te paga? ¿A qué facción perteneces? Podemos doblar la cantidad.

—Nadie me paga, nadie me da órdenes. Actúo solo.

El Fantasma deslizó peligrosamente la punta del sable sobre la ropa de Sakon, amenazando con llegar a la piel.

—Es curioso que andéis buscándome por toda la ciudad para cortarme la cabeza y que ahora me ofrezcas una cuantiosa suma por mi amistad. ¿Te extraña que lo sepa? Muchos de esos a los que habéis prometido oro por revelar mi paradero ahora me informan a mí. Por alguna extraña razón, la gente cree que soy su salvador.

—¿No temen contrariar a los Hombres del Río? ¿A cambio de qué?

—De que acabe con todos los maleantes de Edo.

Sakon se encogió de hombros.

—Dime, ¿cómo has podido superar a nuestros guardias? El edificio está rodeado. ¿Eres realmente un fantasma?

Dentro de la máscara, Tsuyoi luchaba contra la tentación de rebanar el cuello de aquel hombre. Adivinaba que era alguien importante en la organización y que debía pagar por lo que habían hecho a Masume, pero también sabía que el impulso de matar provenía de la máscara, a la que se había jurado dominar. No podía permitir que la furia asesina volviera a tomar el control de sus actos, que su mente consciente fuera apartada y que la máscara dirigiera su voluntad. Una muerte, eso sería todo. Acabaría con el jefe de la organización y, de esa forma, todo se vendría abajo, como había ocurrido con su propio clan. Pero, antes de eso, necesitaba respuestas.

—¿Quién os encargó acabar con los Akamatsu? —preguntó.

—No sé de qué me hablas. ¿Quiénes son esos?

—No juegues conmigo —amenazó el Fantasma produciendo un pequeño corte en el cuello de Sakon—. Sé que enviasteis a Ritoru a la mansión Akamatsu para envenenar a la dama Hinode.

—¿Y cómo es que ahora te preocupan los Akamatsu, Fantasma? Creía que eras el vengador de los Nanjō y el principal interesado en la caída de los Akamatsu. Eso dicen por las calles, lo que cuentan en las tabernas.

El Fantasma no entendió a tiempo la extraña locuacidad de Sakon, su interés por alargar la conversación, hasta que fue demasiado tarde.

Alguien esperaba al otro lado del tabique que impedía el paso hacia la residencia de Kakureta. Una vez alertado por sus voces, había utilizado una trampa oculta para aparecer silenciosamente a la espalda del Fantasma.

Un golpe tremendo estalló en el interior de la cabeza de Tsuyoi. El Fantasma cayó al suelo, inconsciente.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Sakon de malhumor—. Ya no sabía qué contarle.

—Me divertía vuestra charla —respondió Ude saliendo de las sombras. Tiró a un lado el grueso madero con el que había golpeado al Fantasma—. ¿Cómo sabías que acabaría por aparecer?

—Era lo más lógico. Al fin y al cabo, no podía dar un paso en esta ciudad mientras nos tuviera de enemigos.

—¿Y cómo ha superado nuestro sistema de seguridad? Ni siquiera ha sido detectado y tenemos todo el barrio vigilado.

—Utiliza los tejados —respondió Sakon mientras se agachaba para desarmar al Fantasma—. Hablé con los que lo vieron por la ciudad. Al parecer, escapó de una patrulla saltando de casa en casa y eso explica también que pudiera moverse durante el cierre de los barrios.

—Ya veo... —aprobó Ude mientras daba una patada al Fantasma—. Parece que, al fin y al cabo, no se trata de un espectro.

—Desde luego que no. Ya te dije que usa una máscara como disfraz. No es más que un engaño.

—¿Y a qué esperas para quitársela? Veamos quién es.

Sakon dio la vuelta al Fantasma y acercó sus manos al rostro de madera. Curiosamente, ahora no presentaba un aspecto intimidatorio, como si hubiera perdido la vida que parecía animarla.

—Hubiera jurado que era la máscara de un demonio —se extrañó Sakon.

—Pues no es más que el rostro de una mujer —se mofó Ude—, aunque es cierto que muchas de ellas son tan terribles como el peor de los seres del inframundo. Descubre quién es de una vez.

Sakon retiró las sujeciones y separó la máscara.

—Espera —pidió Ude—, encenderé una linterna. Cuando regresó, alumbró el rostro de Tsuyoi —. ¡Es casi un niño! —Se asombró—. ¿Seguro que es el mismo que incendió la *casa de arena* y mató a tantos de los nuestros?

Sakon dudó.

—Dejemos que sea Kakureta quien lo decida. Vamos, ayúdame a llevarlo dentro. ¿Qué pasa? ¿Por qué te quedas ahí pasmado?

—¿Ya soy digno de verlo?

—Parece que sí —reconoció Sakon—. Has cumplido con tu cometido. ¿Qué ocurre? ¿Seguías creyendo que yo era el jefe?

Ude no respondió.

Sakon empezó a reír en voz baja.

—Al final, no vas a ser tan listo como crees. ¡Vamos! Agarra tú por las axilas, yo lo cogeré por los pies.

Tsuyoi no sabe dónde está, perdido entre el olvido y la consciencia. No le importa cómo ha llegado hasta allí, no siente deseos de ir a ningún otro lugar, hasta que recuerda que ha caído en una trampa de los Hombres del Río. Ha sido derrotado, quedando a merced de sus enemigos. Quizá haya muerto ya, ¿cómo podría saberlo? No siente su cuerpo, ningún estímulo llega hasta él. Es como si estuviera enterrado bajo tierra.

¡No!

Algo en su interior le dice que sigue vivo. Ahora lo recuerda todo. Toshimoto lo repudió. Tsuyoi fracasó en su lucha contra los enemigos del clan y ahora todos han perecido, el clan ha dejado de existir. Jamás llegará a ser un samurái respetable. Su padre se revolverá de vergüenza en el otro mundo. Ya no tiene objetivo ni propósito.

¿Y Masume? Acabará vendida en el barrio del placer cuando su padre no pueda encontrarle marido. Muchos serán los hombres que yacerán con ella, que tocarán su piel con manos encallecidas y sucias, mancillando el mismo recorrido que él hizo antes. ¿Se va a dejar arrastrar por la frustración? ¿No va a hacer nada por ella?

Tsuyoi se queja, pide que esos funestos pensamientos paren. Trata de eludirlos, pero lo persiguen, incansables. Son parte de él. ¿No lo comprende? Son como la piel o los huesos. Su humillación, su deshonor han vaciado su sangre, sustituyéndola por un fuego voraz. No puede escapar de lo que ahora es, pero haría cualquier cosa por evitar la tortura que padece su espíritu. No lo soporta más.

Ahora puede ver. La niebla lo rodea, pero se abre al instante. La máscara está frente a él.

¿Qué es realmente?

No importa. Solo debe recordar que es su salvación, lo único que puede ayudar a Masume.

Trata de resistirse a la tentación. No es capaz de hacer memoria, pero cree que debía evitar rendirse de nuevo a la máscara.

¿Es que, acaso, todo ha sido mentira? ¿No ama a Masume? ¿Por qué debería dudar en aceptar la ayuda del Fantasma?

¡Es verdad! Ella es lo único que le queda. El amor de Masume es su último atisbo de esperanza en este mundo, su nave hacia la cordura en un mar tumultuoso de fracasos y remordimientos. Negarse a recibir la ayuda de la máscara es lo que ha provocado su actual situación. Ahora lo sabe. Si hubiera confiado en ella, si se hubiera entregado sin reservas a la máscara, habría detectado al hombre que permanecía oculto en espera de su aparición.

Pero tal vez quede esperanza. Quizá, solo quizá, podría invertir la situación, prevalecer sobre sus enemigos.

Tiene que aceptar al Fantasma una vez más, como hizo antes. Nada ni nadie podrá oponerse a su poder. Tsuyoi debe ser el medio por el que la energía de la máscara se manifieste. Su deber es convertirse en el sagrado receptáculo, por el bien de Masume, por su propio bien.

Una voz pregunta.

«¿Aceptas?».

Tsuyoi volvió en sí con un lacerante dolor en la parte posterior del cráneo que se extendió por sus brazos. Sentía deseos de vomitar y, pese a no ver nada, tenía la angustiosa sensación de que el mundo daba vueltas a una vertiginosa velocidad. Trató de moverse, pero fue incapaz de lograrlo. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una columna, a la que lo mantenían firmemente sujeto unos cordones atados a sus brazos.

—Está despertando —dijo alguien.

El muchacho abrió los ojos.

Estaba al final de un pasillo. A un lado, se sucedían puertas correderas enrejadas, por las que no se filtraba el menor atisbo de luz; por el otro lateral, solo gruesos tabiques. El techo lo formaban tablones cruzados sobre largos listones. Una única lámpara acariciaba tímidamente la oscuridad reinante desde el final del corredor, a tan solo una decena de pasos.

El que había hablado le dio una bofetada. Tsuyoi acabó de despertar. A su lado, estaba el mismo hombre al que había amenazado con su sable antes de perder el sentido.

—Sakon...

El aludido torció el gesto, contrariado. Aquel intruso había averiguado su nombre. Se había acercado tanto como para escucharlo de boca de sus hombres. ¿Cómo lo había logrado sin ser descubierto?

—Veo que sabes mi nombre —dijo el mafioso—, pero a quien no conocerás es a Kakureta. Fantasma de los Nanjō, te presento al líder de los Hombres del Río.

Delante de un *yonkyoku byōbu*⁶² sin adornos, se sentaba una figura sobre un suelo elevado, recortada por la luz a su espalda. Tsuyoi trató de enfocar la vista, pero solo distinguió una silueta humana enfundada en pliegues de ropa oscura junto a otra menuda, de pie a su lado.

—Bienvenido, joven —lo saludó una voz de mujer.

—¿No eres un hombre? —se extrañó.

Una risa cascada y ominosa llegó hasta sus oídos.

—Todos los hombres lo creen. Pensáis que una mujer no puede liderar, que carece de la suficiente visión y capacidad. —La palabra «hombres» sonó como un insulto en sus labios—. Eso solo atestigua vuestra falta de entendimiento y vuestra decadencia. Olvidáis que fue una mujer, Himiko, quien fundó el estado de Yamato, germen de nuestra nación. La deidad que da legitimidad a la Casa Imperial es la diosa del sol, Amaterasu, y hasta hace nueve siglos era común que una de nosotras ocupara el trono dorado. En un matrimonio, el marido era un mero sirviente y los hijos eran criados por la rama materna. La mujer fue la cabeza de familia hasta que las ideas de Confucio y el auge de la clase guerrera lo cambiaron todo. Se abolió el matriarcado y la larga tradición de nuestra tierra por emular a las dinastías del otro lado del mar. —Kakureta resopló, asqueada, antes de proseguir—: Muy pocos conocen quién está detrás de la organización más poderosa en las calles de Edo y, aún menos, los que siguen viviendo después de averiguarlo. Sí, soy una mujer en un mundo de hombres. Un disfraz muy conveniente si se quiere sobrevivir.

La voz de Kakureta era la de una anciana, pero una vitalidad inesperada acudía en su ayuda para elevar su voz de forma intermitente. Parecía una llama fluctuante, en un momento, consumiéndose y, al instante, brotando su ígnea fuerza de nuevo. Entre los cortesanos y miembros de alto rango era común llegar a vivir hasta los noventa años, pero la inmensa mayoría de los ciudadanos de Edo no superaba los cuarenta y cinco, por lo que se encontraba frente a alguien con riqueza y grandes recursos. El joven se preguntó si realmente vivía allí, encerrada entre gruesos muros, alejada de la luz del día, respirando aire viciado. No podía creer que se recluyera de aquella forma voluntariamente. ¿Temía un atentado? ¿Era la única manera de evitar que se descubriera que era una mujer?

Tsuyoi sintió un agudo dolor en los hombros cuando quiso sentarse mejor. Las muñecas, atenazadas por la cuerda, también se quejaron. Estaba seguro de que el líquido que resbalaba por ellas era la sangre de las heridas provocadas por los fuertes nudos que lo mantenían inmovilizado.

—Creo que ya conoces a Ritoru —dijo Kakureta señalando a la figura que permanecía a su lado. Cuando la aludida se adelantó, el joven pudo distinguir su rostro. En él, ya no había el menor rastro de la inocencia y el temor mostrados durante su entrevista en el monasterio de Chīku-ji. Ahora, sus ojos destilaban desprecio y engreimiento. Una aviesa sonrisa dejaba ver sus dientes blancos. Al joven, le recordó a un perro defendiendo su territorio—. Y, detrás de ti, está Ude —

siguió la anciana—. Es el que oportunamente te dejó sin sentido a la entrada de mi residencia.

Tsuyoi trató de girarse para verlo, pero su forzada posición lo impidió.

—Así que tú eras el que se ocultaba tras la máscara —dijo Ritoru al acercarse hasta él—. Sé quién eres. Te he visto muchas veces en la mansión Akamatsu. Eras el favorito de Toshimoto. Tu nombre es Tsuyoi, ¿verdad? Después de irme, escuché que habías sido abandonado por tu maestro y que nadie quería tener tratos contigo.

El joven se puso rojo de ira. Aquella chica formaba parte de una trama que lo había conducido dócilmente hasta los Hombres del Río. Se había dejado engañar por una simple mujerzuela de la calle.

—¿No dices nada? —interrogó Kakureta. Seguía inmóvil delante del biombo—. Parece que tu orgullo samurái se resiente, ¿verdad? Lástima que no vayas a vivir lo suficiente para aprender de tus errores.

—¿Quién os paga? —interrumpió Tsuyoi—. ¿Quién buscaba la ruina de los Akamatsu?

—Los Hombres del Río no están sujetos a las órdenes de nadie —respondió la anciana, colérica—. Yo soy la única que dice lo que debe hacerse. Los Akamatsu debían desaparecer de la faz de la tierra, para siempre, empezando por Muneaki. Ese perro ha pagado bien caro su crimen. Por fin, los espíritus de Chiba y Fujifusa descansarán en paz.

Tsuyoi parpadeó, perplejo y sin llegar a comprender. Siempre había creído que quien estaba detrás de la conjura contra los Akamatsu era un daimio rival o la codicia de algún miembro del *bakufu*. ¿Qué interés podían tener los Hombres del Río por acabar con ellos?

—¿Nombras a los anteriores jefes del clan? —señaló Tsuyoi—. ¿Cómo te atreves a asegurar que defiendes su memoria acabando con su legado? No tiene sentido.

La anciana tardó unos instantes en responder, como si sopesara la conveniencia o no de dar voz a sus motivaciones. Ni siquiera Sakon conocía la razón de aquel denodado esfuerzo por acabar con el clan Akamatsu, una tarea larga y costosa de la que los Hombres del Río no habían obtenido beneficio alguno.

—¿Para qué iba a contártelo? —resolvió al fin, dedicándole un gesto despectivo de su mano temblorosa—. Sin embargo, yo tengo una pregunta que hacerte. ¿De dónde ha salido esto?

Levantó algo que había mantenido hasta ese momento en su regazo. Tsuyoi necesitó solo un instante para reconocer de qué se trataba.

—¡La máscara!

Tsuyoi sintió el deseo de tomarla de nuevo, con la apremiante necesidad del sediento que divisa un caudaloso río. Volvió a removerse, probando a tirar de sus ataduras. No logró despegarse del suelo, pero esta vez no le importó el dolor, solo la imposibilidad de llegar hasta la máscara.

—Sí —reconoció la matriarca de los Hombres del Río, deleitándose en los infructuosos intentos del muchacho por liberarse—. ¿Cómo ha llegado hasta ti? Por lo que yo sé, desapareció hace diez años, en mitad de la ruta Nakasendō.

—Conoces la historia de la máscara... —Tsuyoi estaba cada vez más desconcertado—. ¿Cómo es posible?

—No siempre fui la líder de los Hombres del Río. Antes de eso, era una gran dama, alguien de abolengo. Conocía esta máscara, sí, y también al verdadero Fantasma de los Nanjō. Pero eso se acabó. El Fantasma desapareció, regresó al otro mundo, aplacada su sed de venganza. Si dejó atrás su rostro sería por alguna razón. ¿Qué sabes tú de eso? Habla. Y que sea algo que merezca el precio de conservar tu vida.

—Era de mi padre —respondió antes de darse cuenta de lo que decía.

—¿Tu padre? —Esta vez fue Kakureta quien mostró sorpresa—. ¿De qué estás hablando? ¿Quién era tu padre?

—Su apellido es Chūjitsuna —se apresuró a intervenir Ritoru.

—Lo he oído antes —confesó la anciana—. ¿Me estás diciendo que este es el vástago de Tomoyuki?

La matriarca se incorporó con gran dificultad, empujada por un deseo repentino e irrefrenable. Con pasos vacilantes pero decididos, avanzó hasta Tsuyoi y pidió luz con un graznido agudo. Sakon se apresuró a encender y acercarle una lámpara de aceite.

—¡Eres Tomita, el hijo de Tomoyuki! —gritó Kakureta, triunfal. Había abandonado su actitud inicial, desbordada ahora por una poderosa alegría que nadie a su alrededor comprendía—. ¡No puedo creer que los dioses me hayan dado tanto! Nunca imaginé tanta dicha en vida.

Tsuyoi no supo qué responder. Aquella mujer conocía su nombre de nacimiento, el que había tenido antes de su paso a la edad adulta. También parecía saber la historia de la máscara y del propio Fantasma.

Kakureta empezó a reír sin control, a un volumen imposible. Su pecho se expandía y contraía al ritmo de sus gritos. Parecía enloquecer.

—¡En un día, Muneaki ha muerto humillado, los Akamatsu han dejado de existir y tengo en mis manos la vida del hijo de Tomoyuki! ¡Ya puedo morir tranquila, feliz de haber vivido lo suficiente para cobrar mi venganza! ¡No podía ser más completa!

Sus gritos parecían crecer a cada instante, helando la sangre de todos. Tsuyoi se encogió tratando de eludir el contacto de las manos descarnadas de Kakureta, que cruzaban el aire frente a él sin aparente control consciente de la anciana. Los ojos del líder de los Hombres del Río lo escudriñaban desde un fondo de negrura, rodeados por pálidos pliegues de piel carcomida por la edad y la enfermedad. Era el despojo de un ser humano, arrugado y desgastado, animado por un espíritu empeñado en aferrarse a la vida.

—Ahora sí tendrás la oportunidad de escuchar la respuesta a tu pregunta, hijo de Tomoyuki —soltó la anciana cuando se hubo calmado lo suficiente para regresar a su lugar frente al biombo.

Tomó aire lentamente, se aclaró la garganta y empezó a desentrañar el misterio tras su obsesiva persecución de los Akamatsu.

—Como ya he dicho —recordó—, antes era alguien importante. Yo era Akamatsu Fumiko.

Aquellas palabras hicieron palidecer a Tsuyoi.

—¿La esposa consorte del daimio Akamatsu Chiba?

—Así es —corroboró la jefa de los Hombres del Río—. Éramos un clan bien posicionado por nuestro apoyo al primer sogún Tokugawa. Ieyasu nos había bendecido con su favor tras la batalla de Sekigahara. Mi esposo iba camino de convertirnos en el clan más poderoso de la nación, pero entonces apareció Shinko.

Tsuyoi recordó el nombre. Era la madre de Muneaki.

—Dejé de ser la primera esposa de nuestro señor —confesó Kakureta—. Esa intrigante me arrebató su aprecio y fui relegada a un segundo plano, entregada a Edo como rehén para cumplir con las exigencias de lealtad Tokugawa. Yo era la que soportaba sobre mi garganta un sable que podía sesgar mi vida a la menor sospecha de traición por parte de Chiba, mientras él fornicaba con esa perra. Pero tenía una esperanza: mi hijo.

Fujifusa era el heredero del clan por haber sido el primer hijo varón, en detrimento de Muneaki, el siguiente en la sucesión. Solo tenía que esperar la muerte de su esposo y ella recuperaría su prominente posición, como madre y consejera del nuevo daimio.

—Sin embargo, apareció el Fantasma de los Nanjō.

Todos sabían la historia. Los Nanjō habían sido traicionados por Chiba, aniquilados con el único objetivo de casarse con Shinko, hasta ese momento prometida con uno de ellos.

—El Fantasma acabó con la cordura de mi marido —continuó Kakureta pronunciando las palabras con rabia—. Y, cuando mi hijo tomó las riendas del clan por la incapacidad de Chiba, Muneaki urdió una traición impensable, fruto de su cobardía y su artero corazón. Tomó la máscara, abandonada por el verdadero Fantasma, y se la dio a tu padre para que se valiera del temor que infundía en los Akamatsu.

Tsuyoi temió lo que vendría después.

—¡Ese fue el gran servicio de tu padre! —chilló la anciana—. ¡Él mató a mi hijo utilizando la personalidad del Fantasma de los Nanjō! ¡Solo de esa forma el sucio Muneaki pudo ser daimio! ¡Muneaki y tu padre acabaron con mis esperanzas de recuperar lo que por derecho me pertenecía!

—No puede ser —se atrevió a decir Tsuyoi, temblando—. El Fantasma también mató a Shinko

antes de eso. Muneaki no pudo perdonar al Fantasma por ello.

—Ese no fue tu padre. Fue un antiguo guerrero Nanjō, el hermano del prometido de Shinko, el último de ellos buscando venganza. La muerte de Shinko fue un accidente. El objetivo era acabar con la vida de Chiba.

Tsuyoi estaba atónito. ¿Ese era el gran favor de su padre a Muneaki, el motivo por el que habían recibido un apellido, la deuda de honor que obligaba a Toshimoto a ser su preceptor? ¿Pretendían que él se convirtiera en el nuevo Fantasma de los Nanjō, un asesino a las órdenes de Muneaki?

—No puedo creer que mi señor... —balbució Tsuyoi—. Es imposible.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —gritó de nuevo Kakureta, fuera de sí—. ¿Te dejaste engañar por su rostro angelical, por sus delicadas palabras? ¡Muneaki merecía morir por lo que hizo! Pero, antes de eso, debía sufrir. Debía sentir lo mismo que me había hecho.

La anciana contó que, al morir su hijo, reunió todo lo que le quedaba y abandonó la mansión Akamatsu en Edo. Se escondió en la pujante ciudad, que crecía con inusitado ritmo, al tiempo que las oportunidades para labrarse una nueva vida. Pasó a la clandestinidad, ocultó su nombre, su pasado y hasta su condición de mujer para ir reclutando samuráis expulsados o descontentos con sus señores. Fueron los primeros en extorsionar a los vendedores ambulantes o a las casas de juego antes de que fueran prohibidas. Fue acrecentando su poder, urdiendo la hegemonía de los Hombres del Río con asesinatos y coacciones a los órganos de poder en Edo.

—Cuando estuve preparada, comenzó mi venganza —aseguró—. Primero, fui matando a todos los herederos de Muneaki, para que sintiera el miedo a dejar este mundo sin descendencia masculina, sabiendo que su apellido se perdería para siempre. Al mismo tiempo, moví los hilos del *bakufu*, sembrando la sospecha en la mente del sogún. También mantuve vivo el recuerdo de la maldición de Muneaki, la misma que acabó con mi hijo y mi posición. Sí, yo misma me encargué de que el nombre del Fantasma de los Nanjō no se olvidara, de que todos temieran impregnarse del destino de los Akamatsu.

La anciana tosió, al parecer, poco acostumbrada a hablar con tanta pasión.

—Cuando me dijeron que el Fantasma había regresado —retomó la palabra—, supe que alguien había utilizado la máscara otra vez, aunque no podía saber quién. Debía atraparte, pero era más sencillo que vinieras hasta mí que perseguir tu sombra por todo Edo.

—Y decidiste usar a Ritoru —se lamentó Tsuyoi.

—En efecto, era un señuelo. Habíamos dejado un rastro hasta ella por si alguno de los Akamatsu averiguaba lo de los abortos. Cuando Sakon te escuchó, oculto en la *casa de arena*, y supe que irías a buscar a Ritoru, la aleccioné para que te condujera hasta aquí.

Tsuyoi comprendió entonces que Ritoru dejara en su jergón una muestra del líquido abortivo, que fuera tan sencillo averiguar dónde se había escondido. ¿Cómo había podido estar tan ciego?

—¿Te gustó la historia de mis padres? —intervino Ritoru dejando caer la cabeza a un lado con

un mohín—. Me lo inventé todo. No sé nada de ellos desde que me fui de la aldea.

—Engañaste también a Amai —la acusó Tsuyoi.

—No es más que una niña ridícula. Se cree todo lo que oye. La utilicé.

—Pues debes saber que ahora está muerta, condenada por tus acciones.

La chica se encogió de hombros.

—No significaba nada para mí.

—Me manipulaste en el templo, me engañaste para hacerme venir hasta aquí. Dime ahora la verdad: ¿mataste a mi señora?

—En eso no te mentí. No tuve nada que ver. La muy estúpida realmente se quitó la vida. Pensaba que era ella la que traía descrédito a Muneaki por su incapacidad para tener hijos.

—Como ves, todo ha salido a la perfección —volvió a tomar la palabra Kakureta—. Y, ahora, una vez aclarado todo, te confieso que en ningún momento ibas a salir con vida de aquí. Tras nuestra charla, lo único que ha cambiado es que tu muerte no será dulce. ¿Sabes? Dicen que los espíritus de los muertos utilizan la máscara para regresar a este mundo en busca de venganza, pero eso no ocurrirá esta vez. Yo soy ahora quien la tiene. Tu padre verá desde la otra vida lo que te ocurre y no podrá hacer nada al respecto.

—No eres digna de ella —aseguró Tsuyoi—. No conoces ni su naturaleza ni su poder.

—Estás muy equivocado —negó la anciana—. Al fin y al cabo, es el rostro de una mujer. ¿Quién mejor que una para poseerla? Si en verdad tiene algún poder, aprenderé a utilizarlo. Perpetuaré la hegemonía de los Hombres del Río y acabaré con todo el que se oponga a mi voluntad.

Puso la máscara sobre su rostro, sujetándola con las dos manos, y empezó a realizar una imitación burlesca de los pasos que daban los actores de teatro *noh*.

Tsuyoi volvió a tratar de librarse de sus ataduras. Esta vez, no pudo evitar un grito de angustia y dolor.

—Prepárate para morir, Tomita, hijo de Tomoyuki —declaró Kakureta con voz siniestra, filtrada a través del alma de la máscara—. Yo misma te indicaré el camino. Seré la que acabe con el último de los Akamatsu. Sakon —llamó, al tiempo que se retiraba el rostro maldito—, quédate con nuestro invitado. Yo regresaré en un momento. Ude, espera al otro lado de la puerta de entrada. Te haré llamar cuando termine para darte una nueva misión. Ritoru, regresa al templo. Aguarda allí hasta la próxima vez que te necesite. Lo habéis hecho bien todos vosotros.

Les dio la espalda y pasó al otro lado del biombo para desaparecer. Estaba claro que ocultaba el acceso a otra sala. Por su parte, Ude y Ritoru se marcharon en silencio hacia el otro extremo del largo pasillo.

—Te prometo que no te aburrirás —aseguró Sakon cuando se quedó a solas con Tsuyoi—. Nuestra señora es bastante ingeniosa a la hora de infligir dolor. Estoy seguro de que hoy se esmerará especialmente.

Tsuyoi no dijo nada, con la mirada fija en el lugar por el que había desaparecido Kakureta. No tenía miedo. En su mente solo había una idea que lo mantenía en vilo.

Debía recuperar la máscara o se volvería loco.

⁶² *Yonkyoku byōbu*: biombo de cuatro paneles, muy usados en los periodos Kamakura y Muromachi. Su popularidad resurgió a finales del período Edo.

LA VOLUNTAD DE LA MÁSCARA

Ude y Ritoru caminaron juntos por el largo pasillo hacia la salida. La joven lo hacía exultante, satisfecha de haber servido bien a su señora y de lograr escalar en la jerarquía de la organización tan rápidamente. Kakureta la había recibido en persona, revelando su verdadera identidad y haciéndola partícipe del asunto del Fantasma de los Nanjō. Todavía no podía creer semejante muestra de confianza. Aquel inesperado gesto le auguraba un futuro prometedor. Le quedaban muchos años entre los Hombres del Río; podía aspirar a todo, incluso soñar con sucederla en la jefatura. ¿Quién podía saberlo?

A Ritoru no le extrañó que el *rōnin* anduviera a tres pasos por detrás de ella, en silencio, pese a ser un hombre. La costumbre dictaba justamente lo contrario, pero aquel guerrero no era más que un lacayo. Ella, sin embargo, estaba destinada a trabajos mucho más delicados que necesitaban de inteligencia y amplios recursos. Cualquiera podía acechar a un enemigo de los Hombres del Río tras una esquina para acuchillarlo a traición, pero pocos eran los que podían pasar un año al servicio del clan Akamatsu, como había hecho ella, enmascarando su verdadera personalidad y desarrollando un papel vital para los intereses de la organización. La deferencia de Ude solo atestiguaba el reconocimiento a su nueva posición.

Tras terminar el recorrido por el estrecho corredor, llegaron a la gruesa puerta que protegía la residencia de Kakureta, en la primera planta del almacén de los Hombres del Río. Que ella supiera, solo se tenía acceso al mecanismo de cierre desde el interior. La propia matriarca había franqueado el paso a Ritoru cuando la hizo llamar y, después, le había explicado cómo se abría.

Orgullosa de preceder al *rōnin*, la muchacha tiró del saliente de hierro bajo la aldaba, liberando así el cierre. Al otro lado, no había linternas y el contraste de pasar de un ambiente iluminado a otro en penumbra la obligó a detenerse, en espera de que sus ojos se acostumbraran.

—Asegúrate de que la puerta queda bien cerrada —pidió a Ude sin rebajarse a girarse para mirarlo—. ¿Conoces dónde está la salida?

Ritoru no estaba segura de conservar en su memoria el recorrido que habían seguido hasta allí y no se atrevía a adentrarse en aquel laberinto de tabiques y sombras.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no respondes? —Se dio la vuelta. Frente a ella, Ude empuñaba su sable. No había producido el menor sonido mientras lo liberaba de la *saya*—. ¿Qué te propones? —preguntó dando un paso hacia atrás.

—Solo cumplo con las órdenes que he recibido. Créeme, lamento hacer esto.

—Pero no puede ser cierto —negó Ritoru, aterrada—. Mi señora me aprecia. Tú mismo lo acabas de ver. He cumplido con mi tarea, he acabado con la descendencia de los Akamatsu, he provocado su caída. Y he entregado al Fantasma de los Nanjō.

Ude recordó a Ratto. Al igual que ella, aquella muchacha solo era culpable de obedecer las órdenes recibidas. Una injusta forma de pagar la lealtad, pero una práctica demasiado habitual.

Cualquier día podía tocarle a él, pensó Ude, pero hoy era el turno de aquella joven. De nada servía atender a sentimentalismos, lo único que podía sacar de ello era un temblor de su mano a la hora de cumplir con su cometido.

—Sabes demasiado... —explicó, aunque no había excusa para lo que estaba a punto de hacer—. Kakureta ya no te necesita.

Ritoru comprendió. Saber tanto de su señora no era un privilegio, sino una condena. ¡Qué ingenua había sido!

El pánico que se abrió paso desde su estómago hasta la garganta convirtió sus músculos en piedra. Era incapaz de moverse, de tratar de hacer algo por escapar. Una única lágrima bajó por su mejilla mientras Ude se disponía a cortarle la cabeza.

—Detente, guerrero —pidió una voz.

Ude, sobresaltado, olvidó a su víctima para cruzar su sable frente a su pecho a modo de protección, de espaldas al portón.

De la oscuridad, surgió una figura apoyada en un cayado.

—¿Quién eres? —exigió Ude.

—No soy uno de los Hombres del Río, si eso es lo que quieres saber —respondió el desconocido con calma—. He venido a ver a tu señor.

—No has contestado a mi pregunta —insistió el *rōnin*. Trataba de ganar tiempo, organizando en su mente la mejor estrategia para enfrentarse al inesperado visitante.

—Mi nombre es Egao, monje del templo de Chīsanayama.

—¿Has venido solo hasta aquí?

—Así es.

En ese momento, aprovechando que la atención de Ude estaba centrada en el monje, Ritoru echó a correr, sin rumbo fijo, para perderse en el laberinto de tabiques.

Ude maldijo para sus adentros. Debía evitar que aquella muchacha escapara, pero para ello tendría que librarse antes del intruso. Cualquier otro hubiera atacado en ese momento, pero Ude había pasado por suficientes sinsabores en la vida para no confiar su destino a una primera apariencia. Una persona común no hubiera burlado a los hombres que vigilaban el almacén. Si dejaba escapar a Ritoru sufriría la ira de Kakureta, pero podía pagar muy caro precipitarse. Aún no sabía a qué se enfrentaba.

—Supongo que no me dejarás pasar a tu lado para ir tras mi amiga, ¿verdad? —probó Ude. Al fin y al cabo, no creía que el bonzo fuera capaz de atravesar la puerta de entrada. Podía matar a Ritoru y volver a tiempo de enfrentarse a Egao.

—Si te dejo pasar, la matarás —respondió el monje.

No era una pregunta, sino una justificación, pensó Ude. No, aquel entrometido haría lo posible por evitar que llegara hasta ella.

—¿Qué te importa si vive o muere? ¿Acaso la conoces?

—No puedo permitir que se desperdicie de esa forma una vida. Es demasiado joven para abandonar este mundo.

—Está bien. —Se resignó Ude con un encogimiento de hombros. No perdería el tiempo discutiendo con un santurrón—. Los Hombres del Río acabarán conmigo si no termino con la vida de esa a la que proteges. Sin embargo, la dejo marchar, porque ahora tú eres una amenaza cierta, mientras que mi muerte en manos de Kakureta es una posibilidad futura.

Egao inclinó respetuosamente la cabeza rasurada.

—Es extraño que alguien con inteligencia haya decidido dejar a un lado la moral para dedicarse a menesteres contrarios a la ley de los hombres y de los dioses.

—Te equivocas, monje. Yo no elijo nada. Tener conciencia es un lujo reservado únicamente a aquellos que viven alejados del mundo, en una apartada montaña, sin más preocupación que la de dormir y rezar. Los que nos arrastramos por esta urbe de oro y barro solo tratamos de sobrevivir y, para ello, debemos obedecer a aquellos que tienen nuestra vida en sus manos.

—Siempre se puede elegir.

—No, si quieres ver un nuevo amanecer.

—¿Vivir o morir? —Egao dio dos pasos hacia él—. Nuestra existencia humana no es más que una gota de rocío. ¿De qué sirve negar la evidencia?

—Entonces, ¿qué te importa lo que haga con mi vida? ¿Acaso crees que la Tierra Pura es solo para aquellos que viven como los budas? ¡Bah! No hay más paraíso ni más infierno que este. Esa es la única realidad. Dices que la existencia dura un instante. Probemos si la tuya va más allá del destello de una hoja afilada.

Con una velocidad asombrosa, Ude corrió al encuentro de Egao con la *katana* dispuesta para cortarlo. Se había cuidado mucho de evitar el menor movimiento previo a su salida, esperando sorprender a su enemigo. Se acercó a él con la cadera baja y las piernas ligeramente flexionadas para mantener el filo de su sable dispuesto para la mortal acometida.

Imaginaba que el monje huiría o al menos trataría de evitarlo, pero, en su lugar, lo esperó tomando su vara con las dos manos. ¿Pensaba defenderse con un bastón en un espacio tan bajo? Incluso él tendría dificultades para manejar su *katana*.

Ude llegó a la distancia adecuada para lanzar una estocada ascendente, buscando pasar por la cadera y cruzar hasta el hombro contrario, pero el cayado de Egao desvió la hoja a un lado con

facilidad, sin que el cercano techo lo estorbara.

Aquel movimiento solo demostraba lo que había sospechado: se encontraba frente a uno de los famosos *sōhei*⁶³ de las crónicas guerreras, los mismos que habían amenazado a la capital imperial durante cientos de años, imponiendo su voluntad y enriqueciéndose cada vez más. Oda Nobunaga había acabado con los grandes templos que los albergaban, confiscado sus posesiones y debilitado su poder económico, pero era sabido que muchos de ellos habían sobrevivido a las matanzas y la persecución. Estaba frente a un enemigo formidable, pero al menos ya sabía que le había dicho la verdad: estaba solo.

—Un buen gesto —reconoció Ude mientras se alejaba del alcance de la larga vara. Al contrario de los habituales enfrentamientos con sable, aquel monje podía ser letal desde una distancia mucho mayor. Las restricciones de espacio, diseñadas precisamente para dificultar el uso de armas, no lo incomodaban. Ude debía cambiar de estrategia, lograr acercarse lo suficiente para que su *katana* tuviera ventaja.

—Gracias —respondió Egao, flemático—. Tú tampoco te mueves con torpeza.

Ude esbozó una sonrisa.

—Crees que un *rōnin* no conoce las tácticas de los monjes guerreros, mientras que tú te habrás entrenado toda la vida estudiando nuestras formas, pero estás a punto de descubrir que te equivocas.

—Lo siento.

Ude adoptó una guardia de ataque manteniendo la hoja de su sable paralela al suelo, junto a su rostro, para evitar que la hoja se trabara en el techo cuando se decidiera a realizar el siguiente movimiento.

—¿Lo sientes? —preguntó el *rōnin*.

—Me gustaría charlar sobre filosofía y practicar más el combate contigo, pero tengo prisa. Al fin y al cabo, aún tengo que ver a tu señor por un tema de vital importancia.

—¿Estás loco? ¿No has visto que es imposible abrir la puerta desde este lado?

—Deberías haber atendido a las palabras de esa muchacha cuando te pidió que aseguraras el cierre. Yo estaba junto a la puerta cuando salisteis, oculto por las sombras. Solo tuve que colocar mi flauta en el marco para evitar que se cerrara.

—¿Crees que caeré en una trampa tan burda? Pretendes que mire a mi espalda para comprobar si la puerta sigue cerrada y aprovechar ese momento para atacar.

—Tú has preguntado; yo te he dado una respuesta.

Ude abrió la boca para replicar, pero no tuvo tiempo de pronunciar ninguna palabra. Esta vez fue el monje quien se arrancó a la carrera, solo que sus pasos fueron tan rápidos y precisos que

pareció atravesar el espacio que los separaba en un solo parpadeo. Antes de poder adaptar su guardia, Ude asistió impotente a la llegada a su cabeza de uno de los extremos del largo bastón. Con un chasquido brutal que reverberó en todo su ser, perdió la consciencia y se desplomó con la misma velocidad que si hubiera sido empujado por una mano gigante.

Kakureta reapareció tras el biombo con una *katana* envainada. En su mirada, brillaban unos ojos alimentados por una emoción difícilmente contenida. Sakon, que la conocía bien, nunca la había visto tan llena de vigor. Estaba más erguida, caminaba con decisión, sin la falta de equilibrio que la caracterizaba. Parecía haber rejuvenecido veinte años.

—Hijo de Tomoyuki —llamó la atención de Tsuyoi—, esta *katana* perteneció a los Akamatsu y pasó a mi hijo cuando se convirtió en señor del clan. Ahora será la que rebane tu sucio pescuezo y serán mis manos las que llevarán tu cabeza a los pies de su tumba.

Al parecer, no habría la anunciada tortura que vaticinara Sakon. La matriarca de los Hombres del Río no podía postergar por más tiempo la consumación de su venganza.

—¿Qué tienes que decir a eso? —le preguntó Kakureta cuando llegó hasta Tsuyoi—. ¿No te parece que mi hijo agradecerá mi ofrenda? ¿No crees que tu padre sufrirá en igual medida?

La anciana esperó, anhelante.

—¿Dónde está la máscara? —preguntó Tsuyoi.

Kakureta lo miró desconcertada. El joven no estaba seguro de qué era lo que esperaba escuchar, pero a él no le importaba lo que había ocurrido con los daimios Akamatsu, ni tampoco la vida de su padre o su legado. Solo anhelaba volver a sentir la íntima conexión con el ánimo que lo esperaba en el interior de la máscara.

—¿Eso es lo único que tienes que decir? —retomó la palabra Kakureta—. ¿Acaso crees que la máscara te librará de la muerte? No es más que un trozo de madera.

—Si opinas así, no te costará entregármela —intervino Egao avanzando en silencio hacia ellos por el largo pasillo.

Sakon se apartó de Tsuyoi, interponiéndose por delante de su señora. Kakureta, por su parte, retrocedió sorprendida, sin llegar a desenvainar el sable en su mano.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Ude? —exigió saber la matriarca de los Hombres del Río.

—Mi nombre es Egao y tu hombre no ha podido evitar que llegue hasta aquí. En su defensa, puedo alegar que trató de evitarlo —manifestó el monje, al tiempo que se detenía a una distancia de tres pasos de Sakon.

Kakureta tardó unos instantes en reaccionar. Ude era un guerrero sobresaliente, con amplios recursos, como ya había demostrado sobradamente. Si aquel intruso había logrado doblegarlo sin un rasguño, era una amenaza nada desdeñable. Allí dentro, alejados de los hombres de la planta baja del almacén, estaban en un serio apuro.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Kakureta.

—Perseguí al Fantasma por los tejados —confesó Egao—. De esa forma, ambos burlamos la seguridad de este recinto. Sin embargo, no pude atravesar la puerta por la que lo condujisteis hasta aquí. Tuve que esperar a que ese Ude volviera a abrirla. Como ya he dicho, he venido por la máscara. No me interesan ni tus asuntos ni tu persona. Entrégamela y me iré por donde he llegado.

—¿No has venido a rescatar a Tsuyoi? —se extrañó Sakon.

—Mi sagrada misión es hacerme cargo de la máscara del Fantasma de los Nanjō. Esa es mi prioridad.

—¡Eres tú! —intervino Tsuyoi. Había logrado desplazarse alrededor de la columna a la que estaba atado para poder ver al recién llegado. La sangre que manchaba sus antebrazos atestiguaba que la operación no había sido sencilla—. Desde el principio, quisiste robarme la máscara, pero no podrás obtener nada de ella. ¡Ninguno de vosotros podrá hacerlo! ¡Ella me ha elegido a mí, solo a mí! ¡Soltadme de inmediato o sufriréis su ira!

—El poder maligno del espíritu que anida en la máscara te ha poseído —respondió Egao—. Créeme, es mejor que yo me haga cargo de ella. Es de vital importancia que sea apartada del mundo. Nuestra orden se ocupará de que jamás pueda influir en ningún otro hombre.

—¡Kakureta! —llamó Tsuyoi—. ¡No le hagas caso! ¡No le entregues la máscara!

Sakon miró a su ama, esperando una indicación o una palabra que le aclarara qué debía hacer. Por su parte, Egao permaneció impassible, a la espera de la decisión de la matriarca de los Hombres del Río.

La anciana torció la cabeza, al tiempo que sacaba la máscara desde el interior de los pliegues de su kimono. Tsuyoi se removió, tirando una vez más de sus ataduras en un intento desesperado por librarse de ellas.

—¿Esto es lo único que quieres? —preguntó Kakureta a Egao.

—Así es —aseguró el monje.

—Estás ante la mujer más poderosa de Edo, a la que podrías pedir cualquier cosa, y solo quieres una máscara de teatro *noh*.

—¡Os digo que es mía! —insistió Tsuyoi—. ¡Debéis entregármela!

—¡Silencio! —exigió Kakureta—. No estás en condiciones de pedir nada. En cuanto a ti, bonzo, acepto tu solicitud. Te entregaré la máscara a cambio de que no vuelvas a aparecer por aquí.

Egao inclinó la cabeza sin perderlos de vista, prudente. Sabía que si aceptaba el trato condenaba a muerte a Tsuyoi, pero su misión era más importante que la vida del muchacho y que la de todos los que estaban allí.

—Así será —respondió.

Tsuyoi a duras penas podía contener su ira y su impotencia.

Kakureta hizo un ademán a Sakon, que se apresuró a acercarse hasta ella y tomar la máscara. El mafioso se dirigió después hacia Egao, con las manos extendidas en clara actitud de entrega.

—Sucio monje... —susurró Tsuyoi—. Tanta palabrería y no eres más que un ladrón. Están a punto de matarme. ¿Tampoco vas a hacer nada al respecto?

Egao desvió la mirada hacia Tsuyoi un solo instante, al tiempo que apoyaba su bastón en la pared. Era la oportunidad que Sakon estaba esperando.

El Hombre del Río había entendido la orden oculta en la mirada de su ama y ofreció la máscara con ambas manos. El gesto implicaba una deferencia social muy extendida, que por añadidura enseñaba las manos desarmadas de Sakon, una muestra de buena voluntad que le permitió llegar hasta Egao. Sin embargo, cuando el bonzo ya alargaba las manos para recibir el rostro maldito, Sakon realizó un movimiento mil veces practicado y empuñó una hoja oculta en su antebrazo.

Egao recibió dos cuchilladas en rápida sucesión. La primera penetró en el abdomen y otra más le atravesó las costillas. Consiguió recular lo suficiente para alejarse de Sakon y recuperar su bastón, pero el daño ya estaba hecho.

Sin poder evitarlo, el cayado se escurrió de las manos del bonzo nada más levantarlo. Con un gruñido, golpeó con su hombro derecho contra la pared. Mantuvo la mirada desenfocada unos instantes, mientras la sangre manaba en abundancia empapando su ropa.

—Bien hecho, Sakon —aprobó Kakureta.

El aludido se acercó hasta su ama y le devolvió la máscara. Tsuyoi siguió con mirada anhelante su paso de unas manos a otras.

—¿Crees que puedes venir hasta aquí para pedir algo a la dueña de Edo? —se burló Kakureta—. ¡No te entregaré nada! Me quedaré con tu vida como pago por tu osadía.

Egao no respondió. Por un instante, pareció recuperar la visión, fijándola en Kakureta, pero le fallaron las fuerzas y se escurrió pegado al tabique. Acabó tumbado boca abajo, inmóvil.

Kakureta guardó la máscara entre sus ropas y desenvainó la *katana* antes de volver a Tsuyoi.

—El espíritu de mi hijo no puede esperar más —aseguró—. Prepárate para morir, vástago de Tomoyuki.

Tsuyoi experimentó un torrente de sensaciones al ver la muerte llegar en forma de acero. De pronto, el vínculo con la máscara desapareció. La malsana obsesión que lo había mantenido a salvo del miedo y la duda se esfumó. En un primer momento, sintió el agudo dolor de la separación, de saberse rechazado por la máscara, pero después regresó a su memoria la imagen de Masume. El joven recordó su piel caliente, el sonido de su respiración, las últimas palabras

compartidas...

Siempre había creído que a la hora de abandonar este mundo solo tendría pensamientos para su camino en el arte de la guerra, que su única preocupación sería haber reunido suficientes méritos para ser recordado como un samurái fiel a su clan, pero en ese momento no se sentía como un guerrero. Lo que más lamentaba era no volver a ver a Masume.

Apenado, dejó de forcejear, de luchar ante lo inevitable. Inclino su cabeza para ofrecer una mejor posición para recibir el corte fatal y deseo con los ojos cerrados que Kakureta tuviera la suficiente fuerza y presencia de ánimo para matarlo de un solo tajo.

En ese momento, se escuchó el sonido de un golpe certero y un cuerpo al estrellarse contra el suelo cubierto de esteras.

Cuando Tsuyoi levantó la vista, Egao estaba en pie, cubierto de sangre, pero sosteniendo firmemente su bastón frente a Kakureta. A sus pies estaba Sakon, inconsciente o muerto. El monje había atacado a su cuello.

—Bonzo del demonio —habló la anciana sosteniendo con torpeza el sable frente a ella mientras retrocedía—. No saldrás vivo de aquí.

—Dame la máscara —pidió Egao—. No volveré a repetirlo.

Kakureta pareció empequeñecerse ante la furia desatada del monje. Hasta ese momento, había actuado con cuidado equilibrio, tanto en sus ademanes como en su tono de voz, pero ahora parecía poseído de un odio asesino. La antigua primera dama de los Akamatsu sintió miedo. Aquella amenaza era real, palpable, inminente. Justo cuando estaba a un solo paso de completar su ansiada venganza.

—Los dioses no pueden abandonarme ahora —protestó.

Egao no podía esperar más. Estaba perdiendo mucha sangre y sería incapaz de llevar a cabo una persecución.

Con un rápido movimiento, golpeó con su vara en la mano diestra de Kakureta, arrancándole un grito de dolor y logrando que el sable cayera al suelo.

—No conseguirás la máscara —rugió entre dientes la anciana cuando se vio perdida. Buscó entre sus ropas y la sacó una vez más, mostrándola por encima de su cabeza—. ¿Es esto lo que quieres? —preguntó en el mismo tono.

Egao se encontró frente al rostro del Fantasma, que cobró vida para mirarlo con un odio infinito. Sintió pavor. El monje comprendió en ese momento que había perdido el control de sí mismo, que había descuidado su equilibrio mental permitiendo que el ánima maldita pudiera llegar hasta él por los resquicios abiertos en su espíritu. La vida se le escapaba y no podía permitir que la máscara aprovechara su debilidad para apartarlo de su sagrada misión.

Con toda la fuerza de su voluntad, Egao cerró los ojos un instante, lo suficiente para restaurar el

dominio de sus emociones, para relegar el odio y el miedo a lo más recóndito de su ser.

Cuando volvió a mirar, estaba preparado para enfrentarse a la máscara, pero descubrió que ya no estaba a su alcance. Kakureta, en un alarde inesperado de agilidad, había echado a correr hacia una de las puertas correderas que se sucedían a uno de los lados del pasillo.

—¡Si tanto deseas la máscara, tendrás que ir por ella! —chilló, al tiempo que desplazaba el *shōji* y arrojaba la máscara al otro lado.

La anciana volvió a correr, esta vez para alcanzar el biombo. En un instante, había desaparecido por la puerta oculta. La mujer había dejado atrás la máscara para asegurar su huida, pero Egao le concedió esa victoria.

Con pasos tambaleantes, caminó hacia el *shōji* abierto. Al otro lado, a solo dos pasos, había una pantalla de negro papel. La máscara lo había atravesado. Una intensa luz y el aire fresco que se colaba por la abertura le indicaron que daba al exterior. Alarmado, terminó de romperla con sus propias manos para descubrir una panorámica del río Sumida.

Por un terrible instante, temió que la máscara se hubiera perdido en el fondo del ancho canal, pero entonces la descubrió en el tejado que sobresalía por encima de la planta baja para proteger el acceso desde el embarcadero.

Egao se dispuso a encaramarse sobre el tabique que soportaba la pantalla de papel, pero sintió un fuerte mareo que a punto estuvo de llevarlo al suelo. Tuvo que apoyarse con ambas manos, dejando caer su cayado. Su respiración se aceleró cada vez más, hasta hacerle casi imposible tomar el aire necesario para llenar sus pulmones. Se estaba ahogando.

—¿Qué ocurre? —intervino Tsuyoi—. ¿Dónde está la máscara?

Egao escuchaba su voz, pero parecía un eco lejano que se alejaba cada vez más. No podía flaquear ahora. La matriarca de los Hombres del Río estaría alertando a los mafiosos que abarrotaban el piso inferior para que subieran a por ellos. Si perdía el conocimiento estaba acabado y, con él, su misión.

Se obligó a respirar más despacio, calmar su corazón y hacer caso omiso a todas las alarmas que emitía su cuerpo. Solo así consiguió regular su ansiedad y pudo erguirse de nuevo. Sin embargo, estaba empapado en su propia sangre. No le quedaba mucho tiempo.

—¿Qué has dicho? —pidió a Tsuyoi.

—He dicho que estás demasiado débil. Libérame y te ayudaré a salir de aquí.

—Antes debemos recuperar la máscara.

—Cuando llegué hasta aquí, me hice una idea de la disposición del edificio. Estamos junto al río y eso era una ventana cegada. La máscara está en el fondo del Sumida.

—Te equivocas. Está sobre el tejado que va hasta el embarcadero, pero yo no tengo fuerzas

suficientes para llegar a ella. Si te libero, debes jurarme que la alcanzarás y me la entregarás.

—Puedo hacerlo —aseguró Tsuyoi.

Egao se acercó hasta el sable abandonado por Kakureta, lo recogió y se aproximó a Tsuyoi.

—Hasta hace un momento, estabas poseído por la máscara. ¿Cómo sé que cumplirás tu promesa?

—No sé qué ha ocurrido, pero ya no siento el obsesivo anhelo de entregarme a ella. Justo antes de que Kakureta fuera a matarme, quedé libre.

El monje meditó la respuesta de Tsuyoi. Tenía sentido. Los espíritus demoníacos necesitaban de la energía de los seres humanos, pero nada podían obtener de los muertos. Justo antes de que Tsuyoi fuera asesinado, se había retirado para no ser arrastrada con él lejos del mundo de los vivos.

—Está bien —concedió, al tiempo que cortaba las ataduras—. Date prisa, los Hombres del Río pronto estarán aquí. Y una cosa: cuando llegues hasta la máscara, no vuelvas a mirar su rostro y, por supuesto, no se te ocurra volver a ponértela.

Tsuyoi asintió, corriendo ya hacia el *shōji*. Saltó afuera, sin perder el equilibrio. Las tejas grises eran resbaladizas, aunque se mantenían más o menos alineadas. Muchas de ellas estaban rotas y en algunos espacios no quedaba ninguna, mostrando los listones desnudos que formaban la estructura.

—Ten cuidado —le advirtió Egao asomado a la ventana.

El joven caminó despacio, asegurando cada paso antes de dar el siguiente. Abajo, los Hombres del Río seguían alrededor de la fachada, dedicados a una vigilancia descuidada, confiados en su número y la dificultad para llegar hasta ellos sin ser vistos. Ninguno imaginaba que los intrusos estaban por encima de sus cabezas y no en la calle.

Varias veces los tablones crujieron bajo sus pies, pero Tsuyoi siguió sin detenerse. Cuando llegó hasta la máscara, se agachó para tomarla.

Al incorporarse, recordó la advertencia del monje. No debía mirarla, resistir la tentación de recuperar el vínculo que los había unido, pero al mismo tiempo *necesitaba* verla una vez más, ahora que ese lazo se había roto.

¿Qué descubriría si lo hacía? ¿Sería un simple trozo de madera con forma de rostro femenino o encontraría la cara de un demonio? ¿Cuál era su verdadera naturaleza?

Egao lo vio dudar.

—No cedas a la tentación —pidió.

Tsuyoi levantó la vista hacia él, con la máscara en una mano. Parecía confundido, como si no supiera dónde estaba y qué hacía allí.

Desde abajo, los Hombres del Río escucharon la voz del monje y descubrieron a Tsuyoi encaramado al tejado.

—¡Mirad allí!

—¡Alguien trata de entrar!

—¡Buscad un arco!

Egao apretó los dientes antes de volver a hablar.

—¡Rápido! ¡Nos han descubierto!

Varios de los mafiosos llegaron con largas pértigas y empezaron a empujar el tejado, tratando de derribar a Tsuyoi. Arriba, los zarandeos provocaron que el joven perdiera el equilibrio y acabara apoyado sobre una rodilla.

—¡Corre! —apremió Egao.

Tsuyoi se incorporó de nuevo, pero, justo cuando empezaba a dar el primer paso, uno de los pilares se quebró, arrastrando en su caída una parte del tejado. Los Hombres del Río, abajo, se apartaron precipitadamente para evitar la lluvia de tejas. Toda la estructura osciló peligrosamente. Una vez más, Tsuyoi se hincó de rodillas.

Trató de volver a levantarse, pero su intento fue acompañado por un ominoso crujido. Egao se encontró con la mirada del joven un solo instante, justo antes de que todo se viniera abajo con un estruendo ensordecedor. Tsuyoi se precipitó al agua, donde se hundió junto a gran parte del tejado. Los Hombres del Río esperaron a que volviera a la superficie para atraparlo, pero no reapareció. El Sumida y sus peligrosos remolinos se lo habían tragado.

Egao se dejó caer en el pasillo. Ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando. Ahora no le cabía la menor duda de que los Hombres del Río lo atraparían. Solo esperaba que la muerte lo alcanzara antes que la ira de aquella vieja loca. Sonrió. No quería darle la satisfacción de jactarse de su victoria. ¿Era orgullo?

Recordó las lecciones del abad Kyūri y la última conversación mantenida antes de iniciar aquella misión fallida. Sí, ahora comprendía. Solo eran hombres, con todos sus defectos y todas sus virtudes, ni más ni menos.

Con alegría, se preparó para abandonar el mundo de los sentidos. Cerró los ojos y cruzó las piernas para adoptar la posición de meditación. Ralentizó su respiración, el devenir de sus pensamientos, silenció sus percepciones y se mantuvo en la fina línea que separa el mundo interno de la realidad palpable. Recordó cuál era la esencia del mundo: impermanencia. Repitió la palabra una y otra vez en su cabeza, reconfortado. Otros retomarían su búsqueda. Alguien triunfaría donde él había fallado.

Pudo pasar un instante o un día entero antes de que alguien lo zarandeara.

—¡Despierta, monje! —Egao abrió los ojos, extrañado. Delante de él estaba Kakureta. No había huido ni tampoco alertado a los Hombres del Río—. ¿Quién eres realmente? ¡Dime para qué quieres la máscara!

Egao apenas sentía su propio cuerpo y le costaba mantener la lucidez. Solo deseaba dejarse llevar plácidamente, sin ruptura ni alteración del tapiz de la existencia, pero no lo lograría mientras aquella mujer siguiera allí.

—¿Me dejarás morir en paz si respondo a tus preguntas?

La matriarca de los Hombres del Río chasqueó la lengua, contrariada, pero también fue consciente de que no podía imponer su voluntad amenazando a alguien que sabía que estaba a punto de fallecer. De hecho, no tenía mucho tiempo antes de que la pérdida de sangre le impidiera mantenerse despierto.

—He visto lo que ha ocurrido —confesó Kakureta en tono más conciliador—. La máscara está en el fondo del río y tengo que saber si merece la pena buscarla. Si me dices cuál es su poder, te dejaré solo.

—La máscara no es nada —aseguró el bonzo.

La anciana se agachó para escucharlo mejor, segura de que ya no representaba ninguna amenaza.

—Repite lo que has dicho, creo que no te he oído bien. ¿Cómo que no es nada? Has venido hasta aquí, hasta la guarida de la organización criminal más poderosa de Edo, descubriendo mi identidad, arriesgando tu vida. Y ese muchacho estaba obsesionado por ella. En el pasado, otros condenaron su espíritu por usar esa máscara. ¿Qué es lo que ofrece ese rostro maldito para que todos se vean sometidos a él?

—Nada de este mundo tiene virtud si no hay alguien que le ceda parte de su poder. ¿Acaso crees que algo es bello por sí mismo? Necesita de un observador que lo contemple y que sienta amor por ello. Las cosas y sucesos adquieren realidad en la medida en la que son reconocidos por un sujeto consciente que permite ser influido por ellos. No hay color ni olor si no hay nadie que vea o huela.

—¡Estás delirando! —Se enojó Kakureta—. Dices cosas sin sentido para evitar mis preguntas. ¡No me sirves de nada!

—Esa máscara debe ser alejada del contacto humano —continuó Egao como si no la hubiera escuchado—, de esa forma quedará anulada. No la busques o te traerá la ruina.

La anciana se puso de nuevo en pie.

—No has cumplido tu parte —aseguró con un tono amenazante—. No decidirás cómo morir. Seré yo quien elija la forma de mandarte al otro mundo.

Sus manos temblaban de rabia cuando se giró con la intención de regresar a la estancia oculta detrás del biombo, pero un sobresalto la dejó congelada antes de dar el primer paso. Una figura

se había materializado en mitad de su camino sin hacer el menor ruido.

—¡Ritoru!

La muchacha mantenía una tensa inmovilidad, pero sus ojos parecían arder de furia.

—¿Buscas esto? —preguntó levantando su mano derecha. Empuñaba la *katana* con la que la matriarca de los Hombres del Río había tratado de matar a Tsuyoi, antes de que la intervención de Egao lo evitara.

Kakureta se recuperó de la sorpresa inicial rápidamente y su mente empezó a trabajar para reconducir la situación.

—¿Cómo has regresado? —preguntó mientras buscaba una estrategia—. Creía que te habías marchado con Ude.

—Dime mejor que te extraña verme con vida, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—Ordenaste a Ude que me asesinara.

—¿Yo? —Kakureta mostró asombro, que mudó a una mirada ofendida—. No digas tonterías, niña. Jamás se me hubiera pasado algo así por la cabeza. Sabes que ahora eres mi favorita. De hecho, cuando te dije que fueras a esperar al monasterio ya tenía en mente una importante misión para ti. Pensaba llamarte cuando acabara con este asunto para comunicártela.

—Ya veo... ¿Y por qué Ude iba a arriesgarse a matarme? ¿Qué ganaba con ello?

Ninguna de las dos se movía, a una distancia de tres pasos.

—Ese malnacido de Ude... —se lamentó Kakureta—. Cometí el error de hacerle partícipe de mis planes y de tu misión. Ahora comprendo que pretendía convertirse en mi mano derecha y mi trato de favor hacia ti debió frustrarlo hasta el punto de intentar una locura. ¿Cómo se ha atrevido? Lo cortaré en pedazos por esto. Dime, ¿qué fue lo que hizo y cómo escapaste?

—Trató de acuchillarme antes de salir del almacén, pero ese bonzo lo evitó enfrentándose a él. Yo aproveché para correr, pero no encontré la salida. Deambulé por ese maldito laberinto, hasta que te vi aparecer por una trampilla oculta que evita tener que pasar por la puerta de acceso a este lugar.

—Tenía intención de pedir ayuda a nuestros hombres de la planta baja —aclaró la anciana.

—Pero cambiaste de opinión. Volviste sobre tus pasos.

—Sí, así es.

—Querías continuar manteniendo en secreto tu identidad o pensaste que no te creerían. Necesitabas a Sakon.

—Lo has adivinado, así es. Y tú me seguiste... No me percaté de nada. Veo que aún eres más valiosa de lo que creía. Justo lo que necesito, personas leales en quienes pueda confiar... y a las que pueda premiar.

La anciana se atrevió a dar un paso hacia ella, esbozando una sonrisa cómplice mientras procuraba alejar la vista del sable que seguía en la mano de la muchacha.

—¿Y cuál era esa misión que tenías preparada para mí? —preguntó Ritoru sin hacer el menor intento de impedir que la anciana fuera acercándose lentamente a ella.

—Se trata de la máscara —explicó Kakureta—. Hay que recuperarla y, para ello, debes hacer lo que mejor sabes. Te infiltrarás en la casa del maestro carpintero Furui Daiku como sirvienta.

—¿Ya no tienes la máscara?

—No, Tsuyoi se escapó con ella, gracias a ese maldito bonzo, pero cayó al río antes de que nuestros hombres lo atraparan.

—¿Y recuperaremos la máscara si yo espero en el taller de ese carpintero? —preguntó Ritoru, incrédula.

A Kakureta no se le escapó que la chica había hablado en plural, lo que la animó a seguir avanzando.

—No creo que Tsuyoi haya muerto en las corrientes del Sumida. Tiene la máscara y los Akamatsu han desaparecido, así que no tiene hogar al que regresar. No obstante, también sabemos que rescató a la hija de ese maestro carpintero, una tal Masume, por lo que es fácil deducir que existe una relación estrecha entre ellos. Tarde o temprano, acabará por aparecer por allí. Será entonces cuando tú nos darás el aviso.

—¿Y qué ganaré con ello?

Kakureta llegó por fin a su lado. Puso una mano sobre su hombro, sonriendo.

—Te convertirás en mi más preciada colaboradora, en mi sucesora... ¿No es eso lo que quieres?

—la muchacha no contestó, pero su mirada se suavizó y esbozó un principio de sonrisa—. Y ahora que está todo aclarado, dame esa *katana*.

—¿Para matar al bonzo?

—Me ha ofendido. Debe pagar. Es la ley de los Hombres del Río.

—No, no es su ley. Es la tuya y yo también tengo la mía. No soy tan estúpida como crees. Sé que mientes. Tsuyoi escapó con la máscara después de que me fuera con Ude. No podías saber lo que ocurriría cuando me despediste, así que no había ninguna misión para mí. Era para Ude y no tenía nada que ver con la máscara. Tú le diste la orden de acabar conmigo.

Ritoru dio un súbito empujón a la anciana para tener el espacio suficiente para tomar el sable con

las dos manos y cortarle el cuello. Kakureta se tambaleó, con los ojos dilatados por la sorpresa y el horror. La sangre se derramó por su cuerpo como un torrente mientras retrocedía hacia una esquina en sombras, como si inconscientemente buscara desaparecer de la vista de su asesina. Unos pasos después, cayó al suelo para no volver a levantarse.

La muchacha escupió en su dirección y arrojó la *katana* a un lado. Corrió hasta Egao, que había vuelto a cerrar los ojos. Lo zarandeó sin miramientos.

—¿Qué ocurre? —susurró el bonzo al abrir los ojos.

—¡Debemos irnos antes de que sepan que estamos aquí! —le gritó mientras tiraba de él.

—Déjame —rogó Egao—. Huye tú. Apenas puedo andar.

—Sé la forma de salir de aquí y no es necesario correr ningún riesgo para ello, ni siquiera enfrentarnos a los Hombres del Río.

—Nos descubrieron... Ya deben estar a punto de aparecer...

—Les costará un poco más. Nunca han accedido hasta este lugar. No saben cómo atravesar el laberinto y Kakureta no se atrevió a mostrarse para guiarlos. Lo único que ha hecho es dejar la puerta abierta. Al otro lado del biombo hay un pasillo que lleva al almacén, como habrás escuchado, pero hay otro más, muy estrecho, que conduce por el subsuelo a otro edificio, en el interior de la ciudad. Escaparemos por ahí sin que nadie nos vea. ¡Vamos!

—¿Por qué haces esto?

La joven tardó en contestar.

—¿Por qué alguien tan despreciable como yo arriesga su vida por ti? —respondió con una leve sonrisa—. Quizá porque no me queda nada que perder. Y, ahora, marchémonos de una vez.

Cuando Egao estuvo de pie, se tambaleó, pero Ritoru lo ayudó a caminar.

—¡Deprisa, deprisa! ¡Ya los oigo!

El monje se dejó conducir, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor, hasta que llegaron al biombo y abandonaron la estancia por la puerta oculta a la vista.

No pasó mucho tiempo antes de que llegaran los Hombres del Río.

—¡Mirad! ¡Es Sakon!

Lo sacudieron hasta que volvió en sí. Cuando lo hizo, tardó muy poco en incorporarse por su propio pie. Al no encontrar el cuerpo del bonzo y ver las ligaduras de Tsuyoi cortadas, adivinó lo sucedido.

—¿Dónde están los intrusos? —exigió saber.

—Uno de ellos se ha ahogado en el río. El otro ha desaparecido —informó alguien.

—No perdáis más el tiempo. ¡Buscadlo!

Todos corrieron para cumplir su orden, por lo que Sakon estaba solo cuando descubrió, más allá, el cuerpo sin vida de la matriarca de los Hombres del Río.

⁶³ *Sōhei*: monje guerrero, integrado en los belicosos ejércitos de los templos budistas de los periodos Heian y Kamakura.

TRAMPA PARA UN FANTASMA

La nieve cubría los tejados de los templos y mansiones, inclinando las ramas de los árboles con su peso. Los bordes de los canales estaban helados, lo que ralentizaba el paso de las embarcaciones por las estrechas zonas aún navegables. El incesante trasiego de la marea humana de Edo había convertido la mayoría de sus calles en un barrizal que dificultaba el paso. Un viento gélido barría la ciudad, ahogando los sonidos de la urbe. El cielo, permanentemente gris, ocultaba el sol durante todo el día.

Los *chōnin* salían a la calle protegidos con gruesos abrigos sin mangas sobre los populares *tanzen*⁶⁴. Muchos de ellos, sobre todo ancianos y niños, añadían capas y pañuelos sobre la cabeza y tampoco faltaban los que se cubrían el rostro con telas para protegerse de las bajas temperaturas.

Faltaba menos de un mes para el Año Nuevo y en el taller del maestro Furui Daiku la actividad era frenética. Con un clima tan adverso, la construcción de nuevas viviendas se había suspendido, pero habían aumentado las peticiones de arreglos por los desperfectos ocasionados por las intensas nevadas, en especial en tejados y muros. Al mismo tiempo, muchos templos y santuarios preparaban ya los ritos y celebraciones del último y primer día del año, por lo que no faltaban los encargos de nuevas tallas, muebles religiosos o altares portátiles. Este gran privilegio estaba reservado únicamente a los artesanos de mayor prestigio de la ciudad.

Masume no había vuelto a bajar al taller ni tampoco a la zona dedicada a la atención de los clientes. De hecho, había permanecido prácticamente enclaustrada, abandonando la casa en contadas ocasiones y siempre en compañía de su madre o alguna sirvienta que velara por su reputación. Hoy, sin embargo, estaba dispuesta a hacerlo sola, arriesgándose a sufrir la ira de su padre o su hermano.

Aprovechando que todos estaban ocupados, se cambió de ropa, con colores apagados que no llamaran la atención, y utilizó una tela gruesa para hacerse una capucha que ocultara su cabello y su rostro.

En cuanto salió al patio, se puso un sombrero de paja antes de calzarse sus *ashida*⁶⁵ y se dirigió a la calle. Se escabulló entre los clientes y trabajadores sin que nadie la reconociera. Una vez fuera, su corazón se aceleró, empujado con una mezcla de exultante felicidad y censura por su transgresión.

Mientras caminaba hacia el canal, se cruzó con muchas personas que iban descalzas, otras cubiertas por gruesos gorros o pañuelos, transportistas acarreando pesados fardos, niños persiguiéndose entre risas y otros muchos que limpiaban de nieve las entradas a sus casas y negocios.

Los vendedores de noticias proclamaban a voz en cuello las últimas proezas del Fantasma de los Nanjō. En sus gacetas de ese día, se mencionaba una sala de juego clandestino arruinado y dos asesinos colgados hasta morir frente a uno de los templos de las afueras. El sello del Fantasma

era un corte diagonal en la frente de sus víctimas, tanto para los que enviaba al inframundo como para los que permitía vivir. Los privilegiados eran causantes de delitos menores que, al parecer, no merecían la condena eterna, pero que llevarían una marca de por vida que los convertiría en parias de la sociedad.

La popularidad del Fantasma había crecido imparable en tan solo dos meses, tanto por su atrevimiento y su llamativa puesta en escena como por el esfuerzo de sus partidarios, un grupo de voluntarios autoproclamados como los Servidores, liderados por Haba, un antiguo miembro de los Hombres del Río. Se dedicaban a glorificar la figura del Fantasma en plena calle, rodeados de grandes masas de curiosos. Las autoridades no tenían claro si se trataba de una nueva secta o de un caso pasajero de locura colectiva, pero la Metsuke los investigaba para valorar si suponían una amenaza para la estabilidad del sistema Tokugawa.

Masume llegó hasta el canal, pero no cruzó por el puente. En su lugar, caminó fatigosamente por su vereda, con grave riesgo de perder su calzado entre el espeso manto de nieve. Más adelante, bajo los árboles, la esperaba una figura arropada con una capa que le cubría hasta los tobillos. La joven fue sacudida por una oleada de sentimientos encontrados.

—Masume... —pronunció Tsuyoi cuando llegó hasta él. Se apartó la capucha, descubriendo su rostro. Aunque seguía recogiendo su pelo al estilo de los guerreros, ya no tenía rasurada la parte frontal de la cabeza—. ¡Has venido!

Una carta sin firmar había aparecido en la habitación de Masume la noche anterior. En ella, se señalaba aquel lugar. La joven no había necesitado la firma para adivinar quién la citaba.

—No puedo estar mucho tiempo o me echarán en falta.

—Me alegro de que tu padre pudiera pagar a tiempo su deuda con los Hombres del Río.

Masume titubeó, indecisa. No sabía qué podía esperar de aquel encuentro, pero el tono despreocupado y cercano de Tsuyoi la turbaba.

—Tú...

Tsuyoi adivinó su pregunta.

—Sí, yo soy el Fantasma de los Nanjō. Durante este tiempo, he vigilado tu casa y me he asegurado de que nada os amenazara. Puedes estar tranquila, no volverán a llevarte.

—Yo no te pedí nada.

—Ya lo sé. Es mi compromiso. Juré que acabaría con los Hombres del Río y no dejaré de protegerte hasta entonces.

—Ellos también te buscan. Dicen que Kakureta colmará de oro a quien le lleve tu cabeza.

Tsuyoi movió una mano, restándole importancia.

—Yo la encontraré antes.

—¿«La»? ¿El jefe de los Hombres del Río es una mujer?

—Así es. Ya nos hemos visto las caras antes y volveremos a hacerlo, solo que esta vez será la última.

Masume apartó la mirada.

—¿Qué ocurre?

—Sabes lo que opino de la máscara, lo que vi la noche en la que me sacaste de aquella casa donde me retenían. Sé que acabarás arrastrado por esta espiral de muerte que has desatado.

Tsuyoi sintió que se le encogía el pecho.

—Masume... Lo lamento, pero no puedo dejar de ser el Fantasma hasta que haya acabado con los Hombres del Río. Si no lo hago, tu familia y tú seguiréis en peligro.

—¿Y qué me dices de esos otros a los que arrebatas la vida? Hoy hablan de unos a los que colgaste de un árbol.

—Eran sicarios —respondió Tsuyoi con gesto grave—. Merecían morir. Si no lo hubiera hecho, seguirían asesinando.

—¿Y quién te ha nombrado juez y verdugo?

—¿Quién? —dijo molesto—. Todo Edo me ha suplicado que lo proteja. Soy su única esperanza. Las autoridades son incapaces de mantener el orden en una ciudad tan populosa. Me necesitan.

—¿Tú vales más que todos los guerreros del castillo, los policías, los jefes de los barrios, las brigadas de voluntarios?

—Yo no, es el Fantasma quien infunde terror en el corazón de los criminales, el que inhibe a los jóvenes para que no tomen el camino de la delincuencia, lo que retiene a muchos de caer en la tentación de robar o aprovecharse de los débiles. Temen que una noche el Fantasma de los Nanjō los visite en busca de venganza. ¿No lo entiendes? Es solo un símbolo, pero tan poderoso como para poner en pie a una ciudad entera. Ni siquiera es verdad la mitad de las cosas que dicen, de los logros que me atribuyen, pero eso solo alimenta la leyenda, da fuerza a mi misión.

—¿El Fantasma o Tsuyoi? ¿Quién de los dos me habla? ¿Quién de los dos sueña con la gloria?

El joven la tomó de una mano antes de continuar.

—Masume, no dudes de mí. Ya no estoy poseído por el ánima de la máscara. Un monje me abrió los ojos, me mostró lo que tú ya me habías adelantado. Ahora sé cómo controlar el influjo de ese ser demoníaco que se esconde al otro lado del rostro maldito. Te juro que esto acabará pronto, que, cuando elimine a los Hombres del Río, me libraré de la máscara y regresaré a ti como un simple hombre. Si estás dispuesta a esperarme...

Masume retiró los muros de contención que había levantado alrededor de sus sentimientos. Olvidó sus reproches y tomó igualmente la mano que sostenía la suya.

—No lo comprendes, Tsuyoi. Yo solo temo por ti. No quiero seguir viviendo si eso acarrea tu muerte. Abandona ahora. Olvida al Fantasma, olvida a los Hombres del Río.

—Quiero estar a tu lado. Todo lo demás no me importa.

—Eso no puede ser —respondió Masume, soltando su mano.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes? ¿No sabes de dónde sacó mi padre el dinero para pagar a los Hombres del Río?

—¿Qué tratas de decirme?

—Lo hizo con parte de la dote por mi matrimonio. Estoy comprometida. La boda se celebrará el primer día de primavera.

Tsuyoi no supo qué decir durante un largo espacio de tiempo. El frío había aumentado hasta helarle el alma.

—¿Quién es él?

—¿Qué importa? Escúchame, Tsuyoi, si quieres hacer algo por mí, si de verdad me quieres, quema esa máscara y arroja tu sable al río. ¿No lo entiendes? No estaré para recibirte cuando hayas terminado con tu tarea. Mi padre ha encontrado ese marido que ansiaba, rico e influyente. Es demasiado tarde para nosotros. En breve, estaré lejos de ti, a un mundo de distancia. Nuestro amor será imposible, pero seré feliz si sé que sigues vivo, aunque no pueda volver a verte jamás.

El joven volvió a mirarla con intensidad.

—Aún no está todo perdido —dijo Tsuyoi—. Si acabo con los Hombres del Río, nadie os amenazará y no habrá motivo para celebrar esa boda.

—Ya está formalizada. Solo es cuestión de tiempo.

—Devolveré a ese hombre todo lo que os ha entregado por duplicado. Lo liberaré de su compromiso.

Masume inclinó el rostro.

—Es una locura. Mi padre no se echará atrás, su palabra está en juego.

—No pierdas la esperanza. Antes de tu boda, habré acabado con los Hombres del Río. Te lo prometo.

—Prometes... No puedes asegurar tanto. Cualquier día te encontrarán en una esquina, acuchillado, desangrado hasta morir. Y, en ese momento, mi vida carecerá de sentido. Ese día te

odiaré, Tsuyoi. Te odiaré con toda mi alma por haberme abandonado.

La joven volvió la espalda sin decir nada más, dispuesta a irse.

Tsuyoi, herido en lo más profundo de su corazón, luchaba en medio de la tempestad de sentimientos que lo sacudían. Tal vez no mereciera el amor de Masume, quizá la condena por sus errores estuviera en esta vida y no en la próxima.

—¡Marchémonos! —pidió Tsuyoi de pronto.

—¿Qué? —Masume se detuvo antes de dar el primer paso.

Tsuyoi no estaba seguro de dónde había surgido aquel arrebato, pero, una vez tomada una decisión tan difícil, estaba dispuesto a seguirla hasta el final, sin importarle el resultado.

—Masume, no me queda nada, solo tu amor. Cuando he tomado conciencia de que te perdía, he comprendido que no podría vivir sin ti. Te lo ruego, no me dejes. A cambio, estoy dispuesto a renunciar a todo, a hacer cualquier cosa.

Estaban de nuevo frente a frente. Tsuyoi temblaba, pero su mirada parecía decidida.

—¿Cómo puedo creerte? —preguntó Masume.

—¿Quieres una demostración de mi compromiso? Está bien, renuncio a acabar con los Hombres del Río —aseguró el joven—. Tienes razón, no soy quien el pueblo de Edo demanda. Ni virtuoso ni heroico, solo alguien profundamente enamorado.

Extendió los brazos, en los que Masume descubrió la máscara. ¡Tsuyoi rechazaba el rostro maldito por ella! Una oleada de alegría aceleró el latido de su corazón.

—Lo has hecho... —reconoció la joven, agradecida. Toda la angustia, el dolor y la congoja de los últimos meses desapareció bajo una luz que se abría paso entre las sombras de su zozobra.

Sin embargo, la euforia duró poco. Para su asombro, Masume tuvo la sensación de que la máscara le devolvía la mirada, como si tuviera vida propia. Escuchó una llamada, una petición de ayuda. No estaba frente a un trozo de madera, era una presencia palpitante lo que se escondía en su interior, un espíritu desamparado, asustado, que necesitaba que se ocupara de él. Solo tenía que acogerlo, guardarlo en su pecho para salvar su vida...

Asustada, de un manotazo lanzó la máscara lejos. El rostro blanco quedó semienterrado en la nieve.

—¿Te ha hablado? —Quiso saber Tsuyoi—. ¿Se ha atrevido a tentarte?

—Nunca más... —tartamudeó Masume, sin responder a su pregunta—. Prométemelo... No vuelvas a acercarte a ella jamás. Por nosotros y por...

Masume estaba conmovida.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Estoy embarazada.

Tsuyoi se quedó sin habla. Trataba de comprender, de asimilar, de calmar las dudas y preguntas que se agolpaban en su mente. Pero todas encontraron respuesta en la mirada de Masume.

—Es nuestro. —Comprendió Tsuyoi.

—Nadie lo sabe —confesó Masume—. He podido ocultarlo gracias a las ropas de invierno, pero muy pronto se sabrá y, cuando eso ocurra, traeré la desgracia a mi casa. No podré casarme. Tendré que quitarme la vida o... marcharme contigo. Acepto tu propuesta. Sácame de esta vida, llévame contigo lejos de esta ciudad, de los Hombres del Río, de mi familia... de todo.

—Lo haré, Masume. Tendremos a nuestro hijo, seremos una familia... Empezaremos de nuevo.

Las imágenes brotaban incontenibles en la imaginación de Tsuyoi: buscaría trabajo, no le importaba de qué; construirían una casa en algún pueblo lejano donde nadie supiera de su pasado; tendría un varón, que podría heredar su apellido. Con el tiempo, recuperaría su honor, perpetuaría el legado de su padre.

Tsuyoi la abrazó con tanta fuerza que Masume sintió que la ahogaba contra su pecho. Pero no le importó.

—Vuelve a tu casa y coge lo indispensable —pidió el joven cuando la liberó, jubiloso—. Te espero aquí mismo. Tengo algo de dinero, pasaremos la noche en una posada y, por la mañana, partiremos para no regresar.

Masume no contestó. La dicha era tan grande que no era capaz. En su lugar, corrió por la nieve como una chiquilla ilusionada, de regreso a lo que estaba a punto de dejar de llamar hogar.

Tsuyoi reparó en la máscara, a tan solo unos pasos. Se preguntaba qué iba a hacer con ella. No podía dejarla allí abandonada. Alguien la encontraría y todo empezaría otra vez...

Un grito lo obligó a volver la vista. Alguien con un sable cruzado a la cintura retenía a Masume. Tsuyoi cayó en la cuenta de que era el *rōnin* contratado por el maestro Furui Daiku para proteger su negocio tras el asesinato de Chifu. Debería haberlo sospechado, era un Hombre del Río. Había aceptado el trabajo con el único objetivo de vigilar el taller hasta que Tsuyoi apareciera.

—¡Suéltame, Kodomo! —pedía la muchacha mientras se retorecía tratando de liberar sus muñecas.

El joven corrió en su dirección, pero se detuvo cuando otra figura, mucho más baja, surgió detrás de ellos. Supo quién era al instante.

—¡Sakon! —La rabia se adueñó de él, pero no se atrevió a moverse: tenían a su amada.

—Saludos, Fantasma —dijo Sakon. El mafioso adivinó el objetivo de las miradas de Tsuyoi a su

alrededor—. ¿Buscas a otros? No necesito a más Hombres del Río. Estás cercado, pero no por un millar de guerreros. Tu corazón es el cepo que te ha atrapado.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Tsuyoi. Masume había dejado de forcejear con Kodomo. Parecía asustada, pero mantenía el dominio de sí misma.

—Eso es lo que me dispongo a decirte, Fantasma —contestó Sakon. Su semblante, hasta ese momento burlón, cambió a una expresión amenazadora—. Nos has causado muchas molestias: has matado a nuestra gente, arruinado buenos negocios, desacreditado nuestro prestigio... Suficiente para que debas morir.

Sakon caminó alrededor de Tsuyoi, confiado.

—Kakureta me ha pedido que te diga algo de su parte —continuó hablando Sakon—. Quiere que sepas que no perdona lo que hiciste en el almacén. Lo recuerdas, ¿verdad?

El Hombre del Río se detuvo para estudiar con detenimiento la reacción de Tsuyoi.

—Yo tampoco lo olvido —respondió el joven—. De una forma u otra, acabaré con su vida.

—¿Pretendes matarlo? —se extrañó Sakon.

—Es ella o yo.

Sakon dudó unos instantes, perdido en sus cavilaciones.

—Kodomo —se dirigió al otro—, llévate a la chica adonde podamos verla. Tenemos que hablar en privado.

El otro obedeció; la llevó a una decena de pasos de distancia, sin dejar de agarrarla por las muñecas. Masume ya había comprendido que aquel sucio *rōnin* los había traicionado y que no podía esperar ayuda por su parte, por lo que guardó silencio.

—Así que tú no la mataste... —dijo Sakon cuando estuvieron solos.

—¿Matar? ¿A quién?

—Kakureta está muerta. Alguien la acuchilló el día que escapaste del almacén.

—¿Tratas de confundirme? ¿Quieres que crea que Kakureta está muerta para protegerla?

—Ya has perdido, chico, ¿qué ganaría mintiéndote? —Tsuyoi bajó la vista, derrotado—. ¿Qué ocurre? ¿Lamentas su desaparición? No me lo puedo creer.

—Si llego a saber que había muerto... tal vez no hubiera seguido con todo esto.

—Hubiera sido mejor para todos. Entre tú y yo, podríamos haber acabado con el Fantasma de los Nanjō, ¿no crees?

—Escúchame, estaba a punto de marcharme de Edo, de renunciar a mi venganza. Si nos dejas libres, jamás volveremos a encontrarnos. El Fantasma de los Nanjō quedará enterrado para siempre.

—Estoy aquí por lo que hiciste. El pasado no se puede cambiar con una promesa de futuro; es demasiado tarde para concesiones. Dime, ¿dónde está el bonzo que te acompañaba? Si tú no tuviste nada que ver con la muerte de Kakureta, solo queda él.

—No sé qué fue de ese monje. No estaba conmigo.

—Pero huisteis juntos, ¿no? Podrías saber algo de su paradero. —Tsuyoi permaneció en silencio. El mafioso se encogió de hombros—. Está bien, en cuanto acabe con tu vida, estaremos en paz. No es nada personal. Gracias a ti, ahora soy el nuevo líder de los Hombres del Río, pero tu comportamiento debe ser castigado. Es una lástima. Podríamos haber sido socios.

—¡Nunca! Jamás me hubiera unido a vosotros. Sois escoria.

—Ja, ja. No más que las autoridades o los monasterios. Todos roban, engañan y someten. La única diferencia es que nosotros no estamos legitimados por el emperador ni adornamos nuestras exigencias con leyes escritas y complicados rituales. Somos claros, directos, sin hipocresías. Ese es nuestro único delito.

—¿Qué me impide matarte ahora, líder de los Hombres del Río?

—Baja la voz —pidió Sakon—, no me interesa que se sepa que soy el jefe de los Hombres el Río, es bueno para los negocios, lo aprendí de Kakureta. Y, en cuanto a tu pregunta, si me matas, no llegarás hasta Masume a tiempo de salvarla de Kodomo. Piénsalo.

—¿Y qué gano escuchando tus palabras?

—La vida de Masume está en juego. Dime, ¿quién te ayuda? ¿Cómo has sabido dónde golpearnos? ¿Ha sido Haba y esos estúpidos que lo siguen?

—Todo Edo me ayuda. Solo tengo que preguntar. Miles de voces están deseando revelar vuestros secretos, ayudar a acabar con vuestra tiranía.

—Ya veo... Bueno, es un tema delicado, pero, sin un brazo ejecutor, esas voces se perderán. La gente es cobarde por naturaleza, necesita de otros que hagan realidad sus anhelos. Ahora que confieras que nadie te ayuda a llevar a cabo tus acciones, que en realidad el Fantasma de los Nanjō está solo, resulta muy fácil acabar con sus esperanzas. Basta con terminar contigo.

Tsuyoi no veía la forma de escapar de aquella trampa. Masume, como había dicho Sakon, moriría en manos de aquel *rōnin* mucho antes de que pudiera alcanzarlo.

—¿Prometes que dejarás libre a Masume? —preguntó, impotente.

—Quizá. Lo pensaré más tarde. ¡Ah! Ya ha llegado.

Tsuyoi siguió la mirada de Sakon, fija detrás de él. Llegaba una barcaza por el canal. Un hombre bajó de la embarcación en cuanto tocaron la capa de hielo que separaba la orilla del estrecho margen aún navegable y caminó temerariamente hacia ellos sobre la insegura superficie. Era Ude.

—Yo me marchó —informó Sakon—. Ude ha pedido encargarse de ti. Creo que se lo debo, por su lealtad y todas esas tonterías que tanto apreciáis los guerreros. Personalmente, me da igual la forma en la que mueras. ¡Ah! No se te ocurra huir o esta vez no tendrás oportunidad de rescatar a la hija del carpintero.

—Si te atreves a hacer daño a Masume...

—¿Qué ocurrirá, Fantasma? —lo interrumpió Sakon—. Supongo que intentarás acabar con nosotros, igual que hasta ahora. Me parece que tus amenazas no cambian nada. Alégrate de que puedas tener una muerte digna. Adiós, Fantasma, has sido un digno adversario.

El nuevo señor de los Hombres del Río se dio la vuelta con actitud despreocupada y se alejó silbando. Para desesperación de Tsuyoi, Masume seguía retenida por Kodomo, demasiado lejos de su alcance. No podía hacer nada por cambiar la situación.

—Saludos —dijo Ude deteniéndose frente a él—. Un buen día para morir, ¿no lo crees así? —El *rōnin* desenvainó su *katana* lentamente—. Es la primera vez que tengo la oportunidad de acabar con la vida de un ser de otro mundo. Espero que disculpes mi afán de notoriedad, pero, sin estas alegrías, la vida resulta un tanto insulsa.

⁶⁴ *Tanzen*: también llamado *dotera*, era una especie de kimono, relleno normalmente de algodón o lana, utilizado para combatir el frío invernal.

⁶⁵ *Ashida*: tipo de sandalias de madera, de una altura mayor de la habitual para caminar por terrenos nevados o en días de lluvia.

EL ÚLTIMO VERSO

Pequeños copos de nieve llegaban flotando desde un cielo desvaído para fundirse sobre las dos figuras enfrentadas. El viento helado había dejado de soplar y una extraña atmósfera que amortiguaba los sonidos de la ciudad ralentizaba el paso del tiempo. Un poco más allá, miles de personas pululaban un día más, empujados por la esperanza de un futuro mejor, ajenas a la lucha a muerte que estaba a punto de librarse. Tsuyoi envidió a los *chōnin* por primera vez en su vida. Se habían dejado engañar por las ilusorias promesas del pujante Edo, perseguían un imposible, pero su ignorancia los protegía de la hora más aciaga del espíritu: enfrentarse a lo inevitable. ¿Qué podía hacer para salvar a Masume? ¿Qué alternativas le quedaban para escapar de aquella situación desesperada?

—Toma tu arma —pidió Ude. Pese a sostener su sable a tan solo cuatro pasos de Tsuyoi, aún no había atacado—. ¿A qué esperas? Pobre satisfacción se obtiene de acabar con la vida de alguien que ni siquiera tiene intención de defenderse.

—¿Cómo sé que, si lucho contigo, liberaréis a Masume?

—¿Te refieres a esa joven? —Ude se encogió de hombros—. No es asunto mío.

—No seguiré tu juego si no me aseguras que ella vivirá —declaró Tsuyoi.

—¿En serio? Aún no he conocido a ningún hombre que esté dispuesto a morir sin hacer nada por evitarlo.

—Tal vez estés frente al primero.

—¡Bah! —respondió el *rōnin*—. Solo los locos o los cobardes son incapaces de luchar por sobrevivir.

—No soy un cobarde.

—En eso estoy de acuerdo. Luchar contra los Hombres del Río no es tarea fácil. No te haces una idea de lo que me ha costado convencer a Sakon para que no te despellejara vivo. Nada es gratuito en su mundo, así que ahora estoy en deuda con él.

—¿Su mundo? ¿Te crees diferente por venir aquí con dos sables? Tú eres uno de ellos.

—Bueno, yo soy uno de los míos, defino mis propias reglas y prioridades. Por extraño que parezca, aún conservo algún resto de mis antiguos principios, de cuando servía a una gran casa y debía mantener el honor de mi apellido.

—¿Pretendes hacerme creer que debo estarte agradecido? ¿Qué clase de virtud defiendes? ¿Crees que esto es un duelo justo? Están amenazando a la mujer que amo mientras hablamos.

Ude miró hacia Kodomo y Masume.

—Comprendo... No es justo, eso tengo que reconocerlo, pero estoy tan seguro de acabar contigo que renunciaré a la ventaja que me daba tu falta de equilibrio. Escucha, prometo que, después de nuestro encuentro, esa joven saldrá viva de aquí. No puedo ofrecerte más. Lo que ocurra mañana no será de mi incumbencia. No me arriesgaré más. Si Sakon decide volver por ella, no podré oponerme.

—¿Y si te mato?

Ude dibujó una media sonrisa burlona.

—Eso no pasará.

Tsuyoi, más calmado, estudió por primera vez a su adversario. Ude vestía con ropa ligera, pero el intenso frío no parecía influir en él. Había caminado sobre la capa de hielo con la suficiente pericia para no hundirse, arriesgado su vida con una confianza digna de elogio. No adoptaba ninguna postura marcial, pero de él emanaba una fuerza fuera de lo común, una confianza abrumadora. Estaba seguro de que se encontraba frente a un enemigo formidable. El rumor sobre un asesino implacable en las filas de los Hombres del Río no había sido un cuento para asustar a sus enemigos: se trataba de Ude.

—¿Te decides a desenvainar? —insistió el *rōnin*—. No tenemos todo el día.

Tsuyoi buscó la máscara con la mirada. Estaba muy cerca, en el suelo. No podía ver su rostro, no sentía su llamada, pero no era necesario. Tenía la certeza de que, si volvía a pedir la ayuda del ánima encerrada en ella, podría vencer y encontrar la forma de salvar a su amada y a su hijo.

—¡No! —Era la voz de Masume, que gritaba con desesperación. Había adivinado la intención de Tsuyoi—. ¡No lo hagas! ¡No recurras a la máscara o estaremos perdidos!

—¡Silencio! —exigió Kodomo abofeteándola.

—¡Basta! Lucharé —declaró Tsuyoi volviendo la vista a Ude. La intervención de Masume había logrado que apartara la idea de recurrir al Fantasma de los Nanjō. Debía hacer lo que pudiera por sí mismo para no defraudarla, aunque eso significara arriesgarse a perderlo todo. La rabia por el trato a Masume lo consumía, pero el amor y la confianza de la muchacha le daban fuerzas para afrontar aquella prueba.

Se quitó la capa para tener mayor libertad de movimientos y desenvainó la *katana* para adoptar una guardia alta, claramente ofensiva.

—Espera un momento. —Lo retuvo Ude—. Conozco ese sable; se llama Komorebi.

—¿Cómo es posible que sepas su nombre? —Tsuyoi estaba atónito—. Este era el acero de mi maestro.

—Así que el viejo samurái al que maté era tu mentor...

—¿Fuiste tú quien acabó con la vida de Toshimoto?

—No fue muy difícil. No era nadie, ni siquiera recordaba su nombre, pero su arma era magnífica. Fui un estúpido al dejarme allí esa *katana*, pero es que teníamos mucha prisa. El cobarde de Muneaki estaba huyendo. Parece que la falta de valor es muy común entre los Akamatsu.

Tsuyoi apretó con más fuerza la empuñadura de Komorebi. Se alegraba de que, pese a no considerarse digno inicialmente, se hubiera atrevido a portarla. No podía imaginar mejor muestra de devoción que matar al asesino de su maestro con ella.

—¡Ya es suficiente! No dejaré que mancilles el nombre de Toshimoto —dijo Tsuyoi apretando los dientes—. Prepárate a morir.

—Eso está mejor —aprobó Ude, al tiempo que borraba su sonrisa condescendiente y retrocedía una pierna. Levantó su *katana* perpendicularmente frente a él a modo de protección y esperó.

Tsuyoi mantenía una lucha interior. Sabía de sobra que debía estar sereno, con la mente libre de cualquier pensamiento perturbador, pero la ira por el trato a Masume y el deseo de venganza por Toshimoto y todo su clan lo cegaban. Empezó a respirar de forma incontrolada, desde el pecho; sus brazos temblaban mientras sostenían a Komorebi. Veía a Ude al final de un pozo oscuro, invitándolo a lanzarse contra él.

Ude, en cambio, apenas respiraba, acompasando cada inspiración al lento ritmo de su corazón. Fiel a sus principios, consideraba a todos sus adversarios como grandes esgrimistas, con independencia de su aspecto externo o, como en este caso, su juventud, y por eso se había adaptado con naturalidad a su estado de ánimo, en lugar de tratar de imponerse a él. Muchos opinaban que eso era un signo de debilidad y no faltaban las escuelas del Camino del sable que abogaban por mantener la misma estrategia en todo momento. Estaban convencidos de que un planteamiento fijo, madurado tras largos estudios, debía ser aplicado en cualquier situación de combate y que el mejor sistema se imponía siempre. Sin embargo, Ude no opinaba de la misma forma. Para él, la técnica y la táctica eran necesarias, pero siempre adaptadas al propósito y las circunstancias de su adversario. Había provocado la ira de Tsuyoi con el objetivo de condicionar y prever su intención. Ahora sabía claramente que atacaría de forma atropellada, brutal. Si era capaz de salvar esa primera acción, estaba seguro de que su rival quedaría expuesto, pues se lo jugaría todo a un solo gesto, descuidando cualquier precaución en el caso de fallar.

Los dos sostuvieron sus miradas, sin parpadear. Tsuyoi se preparaba para liberar la enorme energía que lo ahogaba; Ude, con su voluntad centrada en un contraataque. Kodomo y Masume contemplaban la escena sobrecogidos por la intensidad de la lucha interna que se estaba librando.

—¡Mirad! —Se escuchó una voz infantil—. ¡Un duelo!

Masume dio una sacudida, sorprendida. Unos críos habían descubierto lo que pasaba. Mientras unos se quedaban a ver el espectáculo, otros corrieron a vocear la noticia. Muy pronto empezó a acudir la gente, ávida por presenciar uno de los míticos y dramáticos encuentros entre samuráis que pregonaban los vendedores de noticias.

—No te muevas ni se te ocurra decir nada —la amenazó Kodomo. El aliento a bebida del Hombre del Río nunca había sido tan repulsivo como ahora que Masume lo tenía tan cerca.

La joven obedeció, pero en realidad solo aguardó a que el número de testigos aumentara para empezar a gritar.

—¡Ayudadme! ¡Este hombre me quiere matar!

—Maldita —se lamentó Kodomo, mientras trataba de llevársela de allí.

—¡Socorro! —insistió Masume—. ¡Me secuestran!

Un hombre corpulento se adelantó para interponerse en el camino del mafioso.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pasa?

Kodomo se apartó el manto para dejar ver la empuñadura de su *katana*.

—Métete en tus asuntos —respondió con mirada asesina.

El otro retrocedió al instante.

—¡Me están raptando! —chilló Masume una vez más.

Pero nadie daba un paso para ayudarla, incapaz de encontrar el valor necesario para enfrentarse con las manos desnudas a un *rōnin*.

Masume lloraba de impotencia mientras forcejeaba. Trataba de liberar sus manos y dejarse caer al suelo para evitar ser arrastrada, pero no era capaz de superar la fuerza de Kodomo. Le lanzó una patada al Hombre del Río, pero este se apartó a tiempo.

—¡Basta ya! —exigió Kodomo—. La culpa es de tu madre. Te ha malcriado.

—¡Este hombre no es mi padre! —negó Masume—. ¡Salvadme!

Cuando la muchacha ya se veía perdida, apareció un grupo de hombres.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —interrogó una voz autoritaria.

—¡Chōnan! —Masume nunca había sentido tanta alegría de ver a su hermano—. ¡Has llegado a tiempo de liberarme! Kodomo es uno de los Hombres del Río, trata de secuestrarme otra vez.

El aludido estuvo tentado de empuñar su sable, pero cambió de opinión al verse rodeado por una numerosa cuadrilla de obreros del taller con martillos y sierras.

—No le hagas caso —pidió Kodomo, zalamero, mientras sus ojos buscaban un camino por el que escapar—, no sabe lo que dice. Me ha malinterpretado, solo trataba de llevarla a casa. Como verás, ha salido sin permiso, contraviniendo las órdenes del maestro Furui Daiku.

—¿Es eso cierto? —preguntó Chōnan.

Aprovechando que la atención de todos se dirigía a Masume, el Hombre del Río dio un empujón

al aprendiz del taller más cercano y se alejó entre la muchedumbre que llegaba.

—¡Atrapadlo! —exigió el hermano de Masume. Los obreros corrieron tras el *rōnin*—. Y en cuanto a ti... ¿Qué es eso de que trataba de secuestrarte y que Kodomo es un Hombre del Río? ¿Qué haces aquí sola? Cuando nuestro padre se entere de todo esto... Has tenido mucha suerte de que pasáramos por el puente de camino a un trabajo. Escuchamos lo del duelo y...

—¡No hay tiempo!

—¿Cómo te atreves a interrumpirme? ¡Alto ahí! ¿Adónde crees que vas?

Masume se alejaba en busca de Tsuyoi entre la gente que llegaba.

—¡Detenedlos! —pidió la joven a la concurrencia, cada vez más numerosa—. ¡Van a matarse!

Algunos la miraron, incrédulos, pero la mayoría simuló no oírla. Nadie quería ayudarla a terminar con la diversión antes de que empezara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Chōnan cuando la alcanzó. Un nutrido corro de personas envolvía a Ude y Tsuyoi, a apenas unos pasos de distancia—. Te pones en evidencia y haces lo mismo con la imagen de tu futuro marido y con nuestro apellido. ¿Te has vuelto loca?

—Tienes que detener este duelo —pidió, desesperada—. Tsuyoi puede morir.

Masume hizo ademán de abrirse paso entre los espectadores para llegar hasta su amado, pero su hermano la agarró por la cintura para impedirlo.

—¿Quién demonios es Tsuyoi?

—¡Suéltame! ¿No me oyes? ¡Tengo que ayudarlo!

Chōnan no podía dar crédito a lo que descubrió al ver a los duelistas.

—Pero si ese de ahí es el idiota que...

—¡Sí! —contestó enfurecida. Su hermano estaba atónito por aquella súbita explosión—. Vino al taller para pedir tu cabeza por lo que le hiciste, pero cambió de opinión. Renunció a su venganza y ahora está en peligro. Tienes que ayudarlo. ¡Le debes la vida!

Pero Chōnan, después de pararse a pensar, veía la situación de forma muy diferente.

—¿Vino a pedir una restitución? Entonces, será mejor que apostemos por el otro. Si muere, no tendremos nada que temer.

—¡Sigues sin entender nada!

—Eres tú la que no comprende. Te ha engañado. No se puede confiar en los samuráis. Cualquiera día regresará para exigir un resarcimiento con sangre. ¿Eso es lo que quieres?

Masume estuvo a punto de confesar sus sentimientos, de gritar que amaba a Tsuyoi y que él jamás haría eso, pero comprendió a tiempo que solo hubiera conseguido darle a su hermano otra razón más para desear la muerte del joven. Cualquier cosa que pusiera en peligro el acuerdo de matrimonio era un inconveniente muy grave a las aspiraciones de su hermano.

Los hombres del taller regresaron. No habían sido capaces de atrapar a Kodomo. Según ellos, había desaparecido sin dejar el menor rastro. Masume, en cambio, sospechaba que no habían puesto demasiado empeño en la tarea y que Chōnan se alegraba de su falta de éxito. Nadie, salvo el Fantasma, se atrevía a enfrentarse a un Hombre del Río. Masume no podría hacer nada por Tsuyoi mientras su hermano estuviera allí. Horrorizada e impotente, fijó la vista en los contendientes de aquel duelo a muerte. Solo le quedaba rezar a todos los dioses para que Tsuyoi lograra la victoria.

Ni Ude ni Tsuyoi se habían atrevido a desviar la vista, pese a que escuchaban el creciente murmullo de la gente a su alrededor. Estaban obligados a no atender a lo que ocurría fuera del espacio que los separaba, cualquier distracción podía ser fatal.

Contrariado, Ude lamentaba la aparición de aquella multitud. Ya no buscaba la fama y la notoriedad que anhelaba al llegar a Edo. En su nueva profesión, era peligroso ser reconocido por la calle.

A Tsuyoi le angustiaba no saber el destino de Masume. ¿Qué habrían hecho con ella tras la aparición de tantos testigos? Quizá se la habrían llevado o, incluso, podría haber escapado. En cualquier caso, estaba perdiendo un tiempo precioso si quería ayudarla.

Un grito de mujer hizo que Tsuyoi mirara un solo instante a su derecha. Fue un acto reflejo, provocado por el anhelo de comprobar si se trataba de Masume. Ni siquiera llegó a fijar la vista. Antes de eso, comprendió que había cometido un error y trató de recuperar de inmediato la atención en su enemigo. Ude, fiel a su capacidad de adaptación a las circunstancias, atacó. Para él, ya no tenía sentido seguir esperando la iniciativa de Tsuyoi: su oportunidad de resolver el duelo había llegado.

El Hombre del Río levantó su *katana* por encima de la cabeza, dispuesto a realizar un corte descendente al cuello desprotegido de Tsuyoi. El muchacho vio llegar la muerte en forma de acero, inevitable, rotunda. Trató de interponer su sable, pero fue incapaz de lograr que su cuerpo reaccionara a la misma velocidad que su intención. No llegaría a tiempo de desviar la *katana* de su enemigo.

Ude estaba a punto de terminar el único paso que necesitaba para llegar hasta él cuando el pie que quedó atrás y que necesitaba para proyectar su cuerpo hacia delante resbaló en la nieve. Tuvo que hincar la rodilla para no caer, alejando su sable de la trayectoria inicial.

Tsuyoi casi dio un grito triunfal. Su enemigo estaba postrado ante él, con la punta de la *katana* tocando el suelo, indefenso. Levantó sus brazos, dispuesto a cortar la cabeza del *rōnin* de un solo tajo. Ude alzó la vista, pero no había miedo en sus ojos, ni siquiera contrariedad. Aún no se había rendido.

Al tiempo que Tsuyoi bajaba su sable, Ude alzó el suyo. Con inigualable precisión, buscó la cara

interna del brazo derecho de su enemigo y cortó a la altura del tercio superior del húmero. No golpeó con fuerza, puesto que desde su posición y usando una sola mano resultaba imposible, pero fue suficiente. La piel se abrió para dejar paso al afilado acero y solo el choque con el hueso impidió la amputación.

Tsuyoi no sintió dolor, apenas un golpe y un latigazo cuando sus tendones saltaron, como cuerdas pegadas a la carne que se desprendieran súbitamente. Los dedos se separaron de la empuñadura de su arma. La *katana*, en lugar de seccionar el cuello de Ude, resbaló por el hombro de su enemigo y cayó al suelo. El muchacho, viéndose desarmado, retrocedió todo lo rápido que fue capaz, eludiendo un nuevo tajo que estuvo a punto de abrirle el estómago.

Decenas de voces se elevaron en un clamor. Nadie podía apartar la vista, esperando lo inevitable. Chōnan se percató a tiempo de que Masume intentaba socorrer a Tsuyoi. La abrazó desde atrás para impedirlo, pero le costó mucho esfuerzo retenerla. La joven se sacudía con una fuerza sorprendente, fruto de la desesperación.

—¡Déjame, déjame! —pedía mientras las lágrimas brotaban como un torrente. Chōnan trató de llevársela, pero Masume se resistió—. ¡Tsuyoi! —gritó.

El último de los Akamatsu vio a Masume. El recuerdo de las palabras intercambiadas, de sus planes de huir de Edo para disfrutar de su amor recién descubierto, de tener a su hijo en común le produjeron un dolor mucho mayor que su derrota. La compasión que leía en sus ojos se hizo insoportable. Entonces, vio a su hermano, a su lado. La vergüenza fue aún mayor cuando recordó que había sido el primero en humillarlo y que ahora era testigo de su nuevo fracaso. Alrededor de Tsuyoi, los rostros de los curiosos le devolvían una imagen patética de sí mismo.

—La máscara... —susurró, apremiante.

¡Sí! ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¡Jamás debería haberse separado de ella! Volvería a ponérsela, cubriría su rostro y su deshonor, apartaría su identidad del mundo, mataría a Ude y regresaría a las sombras. No se quitaría la máscara jamás. No importaba que solo pudiera mover un brazo, la máscara sabría cómo acabar con su enemigo.

Se puso a buscarla entre la nieve, desesperado. Olvidó que estaba a merced de Ude, que una multitud lo estaba observando, que Masume gritaba su nombre. Se arrastró por el suelo, tirando del brazo inútil que marcaba con un reguero de sangre su recorrido. Jadeaba, mascullaba palabras ininteligibles, sus ojos parecían los de un loco. Removía la nieve con su mano sana, pero no encontraba la máscara. Localizó el lugar donde la había visto caer, pero allí no había nada, solo nieve removida por decenas de pies.

—¡No! —chilló. La concurrencia enmudeció, asombrada por aquel comportamiento sin sentido—. ¿Dónde te has ido? ¡No me dejes! ¡Vuelve!

Ude chasqueó la lengua, asqueado por aquella patética reacción, pero dudó en acuchillar a un hombre desarmado que le daba la espalda.

Masume había dejado de forcejear con su hermano, de llamar a Tsuyoi. Trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo, lo que significaba, pero su mente era una confusión de ideas y emociones

que enturbiaba su entendimiento. Desde que su padre le diera la noticia de su boda, el mundo había palidecido, anulando cualquier motivación para desear seguir en él. Con la reaparición de Tsuyoi, su corazón había vuelto a latir, aunque tratara por todos los medios de hacerse a la idea de que su relación estaba condenada al fracaso. Quizá por ese motivo le había pedido algo que creía fuera de su alcance: renunciar a la máscara. Cuando Tsuyoi lo había hecho y le había propuesto que huyeran juntos, la posibilidad de una vida mejor se había materializado claramente frente a ella, como un regalo de los dioses. Ahora, una vez más, todas sus esperanzas por el futuro desaparecían. Estaba rota, no le quedaba nada. Lo que su amado tanto anhelaba y pedía a punto de abandonar este mundo no era ella, sino la máscara. El rostro maldito le había arrebatado todo.

Se precipitó por un abismo de sufrimiento que la dejó arrodillada y sin fuerzas para levantar siquiera la vista.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Chōnan, a su lado—. Por todos los *kami*, ¡levanta, nos estás poniendo en ridículo!

Masume se dejó aupear, sin la menor oposición. Su espíritu estaba muy lejos de su cuerpo, preso del infierno de su alma. Sí, que la casaran con un viejo, que la encerraran para siempre en una habitación, que anularan su raciocinio, su libertad... ya no le importaba.

Su hermano y la cuadrilla de obreros se la llevaron de allí, de vuelta al taller. Ni una sola vez miró hacia atrás, no quedaba nada para ella.

—¡Vienen los hombres del castillo! —gritó alguien.

Ude tomó una decisión: no mataría a Tsuyoi. Al fin y al cabo, tardaría muy poco en desangrarse. Envainó su sable, justo en el momento en que detectó, en el límite de su campo de visión, que la muchedumbre se apartaba. Se giró para descubrir a un nutrido grupo de policías que llegaban armados con sables y *yari*. Eran demasiados. Cuando se giró para emprender la huida, recordó a Komorebi, la *katana* con la que se había enfrentado en dos ocasiones. No podía desaprovechar la oportunidad de ser el dueño de aquella magnífica arma. Pero alguien se le había adelantado: no estaba en el lugar donde había caído. Algún *chōnin* despreciable haría un buen negocio vendiéndola. Con una maldición, Ude escapó a la carrera.

—¿Qué ocurre aquí? —pidió saber el oficial que comandaba a las fuerzas del orden. Lucía un fino bigote y un *jingasa*⁶⁶ con el emblema Tokugawa.

—¡Por allí se escapa uno! —señaló alguien. Pero Ude ya se perdía de vista, inalcanzable. Jamás lo encontrarían entre las atestadas callejuelas después de darle tanta ventaja.

—Era un duelo —explicó otro—. Dos *rōnin* intentaban matarse. Nadie sabe el motivo. El que ha huido hirió al otro.

El oficial miró alrededor antes de volver a hablar.

—¿Y dónde está el derrotado?

Tsuyoi lloraba en silencio, todavía buscando bajo la nieve. Los policías no tuvieron ninguna dificultad para detenerlo y atarle los brazos a la espalda.

—Llévaoelo para interrogarlo —ordenó el jefe de la patrulla.

La gente se apartó creando un estrecho pasillo por el que los policías escoltaron a Tsuyoi. El muchacho bajó la vista y se dejó conducir.

Sakon formaba parte de la masa de curiosos. Había visto todo, incluido el gesto de Ude perdonando la vida del muchacho. Ya le había advertido antes de admitirlo dentro de la organización que debía obedecer las órdenes dejando a un lado los modos caballerescos de su vida anterior. ¡Necio! Tsuyoi ahora era prisionero de la policía, lo llevarían a la cárcel de Edo, donde, bajo tortura, contaría todo lo que sabía a las autoridades. Entre otras cosas, descubrirían que Sakon era el jefe de los Hombres del Río. No podía permitirlo.

Sin que su rostro o sus ademanes hicieran presagiar sus intenciones, Sakon esperó a que la comitiva estuviera a su altura. En ese momento, se separó del resto para llegar hasta Tsuyoi. El joven lo vio llegar y lo miró, adivinando lo que estaba a punto de ocurrir, pero no hizo nada por evitarlo. Sakon, recurriendo a la punta de acero oculta en su antebrazo, le seccionó la garganta con un certero movimiento. Antes de que los policías supieran qué estaba pasando, el líder de los Hombres del Río se perdió entre la gente.

Tsuyoi se tambaleó. Su cuello y su pecho se empaparon de sangre mientras se preparaba para abrazar el vacío. No tuvo tiempo de completar una plegaria.

Una figura embozada ascendía trabajosamente entre robles en los terrenos del templo de Nakazawa, a las afueras de Edo. Su silueta destacaba en el contraste con el blanco inmaculado de la nevada de la última noche. El caminante, protegido de las gélidas ráfagas de viento de la mañana con una gruesa capa y varias telas alrededor de su cabeza, estaba cubierto de perlas de hielo. Avanzaba con paso lento pero constante, pese a que la nieve en aquel tramo le llegaba casi hasta las rodillas. Jadeaba por el esfuerzo, acumulando nubes de vaho a su alrededor, animado por la proximidad de su objetivo, un chamizo de apenas diez esteras. Los miembros del templo lo utilizaban en los meses cálidos para retirarse en meditación y ayuno.

Localizó la pequeña vivienda, un tejado a dos aguas con unos finos tabiques sin ventanas al exterior. Desde fuera, parecía abandonado: no había huellas de pisadas a su alrededor y nadie había retirado la nieve acumulada en la entrada. Subió los dos peldaños que lo separaban de la puerta y se detuvo unos instantes para recuperar el resuello.

—¿Egao? —preguntó, anunciándose—. ¿Estás ahí?

—¡Adelante! —respondió el bonzo desde el interior.

El visitante tuvo que hacer varios intentos hasta lograr que la puerta se deslizara. Cuando entró en la única sala, le costó unos instantes adaptar su visión a la brusca disminución de luminosidad y localizar a Egao, tumbado en un jergón. A su lado, había un brasero de carbón hundido en el suelo; más allá, surgían unos vapores medicinales de un recipiente de cobre.

—¿Quién eres? —preguntó el bonzo.

—Soy yo, Ritoru. —La muchacha se quitó las prendas que le cubrían la cabeza y se sacudió la capa, sin importarle manchar el suelo—. Aquí hace casi el mismo frío que fuera. No me explico cómo lo soportas. —Después de la dura ascensión, esperaba un ambiente mucho más acogedor.

—Duermo de día, cuando hace más calor. —Fue su escueta respuesta.

—Te traigo noticias —comunicó la joven, acercándose—. También, algo de comida que el abad me ha dado para ti.

—Ah, es muy atento, nuestra orden le debe un gran favor por haberme acogido.

—¿Tienes que estar agradecido por esto? —respondió Ritoru mirando a su alrededor con una mueca de disgusto—. Aquí no hay nada.

Egao se apoyó sobre un codo con evidente esfuerzo, sin llegar a sentarse. Todavía se recuperaba de sus terribles heridas. Había perdido peso y una barba descuidada y sucia cubría gran parte de su rostro macilento.

—Aquí estoy a salvo de los Hombres del Río —aseguró—. Es todo lo que puedo pedir.

—Desde luego —reconoció Ritoru con tono de sorna—, nadie creería que estás tan loco como para vivir aquí en pleno invierno. —La chica dejó un hatillo con comida a los pies de Egao—. No hay mucho. Ese abad, al que tanto agradeces su hospitalidad, es un tacaño. Por el volumen de su panza, yo diría que tienen la despensa bien surtida, pero solo te manda unos encurtidos y unas bolas de arroz. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —aseguró el bonzo con una sonrisa—, pronto estaré en condiciones de pasar el día en pie. Los inviernos también son muy duros en Edo. ¿Qué has hecho para comer y guarecerte todo este tiempo?

—Lo mismo que hacía antes de que los Hombres del Río me reclutaran: ratear y colarme en casas calientes para pasar la noche —respondió con un gesto despreocupado para restarle importancia.

—No te esperaba hasta la primavera, ¿qué nuevas me traes? —preguntó Egao.

El bonzo no podía moverse, pero la muchacha continuaba con la búsqueda de la máscara, como agradecimiento por haberla librado del sable de Ude en el almacén de los Hombres del Río. El abad de Egao, Kyūri, hubiera censurado duramente que una ladronzuela de las calles de Edo, que además había formado parte de una organización criminal, estuviera implicada en la búsqueda de la máscara, pero mientras siguiera allí postrado no tenía forma de impedirlo.

Ritoru se sentó junto al brasero sin quitarse la capa. A continuación, empezó a contar un resumen del duelo entre Ude y Tsuyoi, del que había sido testigo directo.

—¿Cómo supiste que Tsuyoi aparecería en el taller del maestro Furui Daiku? —preguntó el

bonzo.

Ritoru aclaró que lo sabía por Kakureta: antes de que Ritoru la asesinara, contó que Tsuyoi había rescatado a Masume, por lo que era fácil deducir que existía un vínculo poderoso entre ellos. El Fantasma de los Nanjō aparecería por allí tarde o temprano.

—Tuve que andarme con cuidado, los Hombres del Río también estaban allí.

Explicó que Ude había herido a Tsuyoi de gravedad, pero que había sido Sakon el que lo había matado cuando la policía se lo llevaba.

—¿Y la máscara?

—Ni rastro de ella —aclaró Ritoru—. El hecho de que Tsuyoi no la usara estando en grave peligro demuestra que él no la tenía. Tal vez la máscara se perdió para siempre en el río.

—No, olvidas que el Fantasma de los Nanjō siguió actuando después de que Tsuyoi sobreviviera a su caída al Sumida —respondió Egao—. Los monjes que suben aquí una vez por semana me han contado las hazañas del espectro.

—Puede ser una invención de la gente. ¿Cómo podría volver sin él?

—Ya te he advertido de lo peligrosa que es la máscara. Tiene formas para seguir en este mundo utilizando a los mortales. Si se separó de Tsuyoi, pudo encontrar a otra persona a la que manipular.

—En cualquier caso —continuó la muchacha mientras empezaba a frotarse las manos heladas sobre el brasero—, sigo pensando que Tsuyoi no tenía la máscara.

El monje arrugó la frente, valorando la posibilidad de que la máscara realmente se hubiera perdido. Pese a su juventud, Ritoru había demostrado ser una chica muy despierta y llena de recursos. Muestra de ello era haber sobrevivido sola en las peligrosas calles de Edo. No tenía motivos para dudar de su información ni de sus apreciaciones.

—Si aceptamos que la máscara tiene un nuevo dueño —pensó Egao en voz alta—, resulta difícil creer que Tsuyoi renunciara a ella voluntariamente, a no ser que el espíritu que la acompaña necesitara otro anfitrión por algún motivo que desconocemos. En ese caso, lo hubiera liberado de su influjo. Ya lo vi en el almacén del río, cuando la máscara supo que Tsuyoi iba a morir. En cualquier caso, ¿de quién podría tratarse?

—Todo el mundo en Edo admira al Fantasma de los Nanjō y hay algunos que darían su vida por ocupar su lugar. Me refiero a los Servidores, los locos que lo veneran como a un *kami* vengador. Tal vez la máscara, como dices, tenga voluntad propia y haya elegido a alguien más fuerte.

Egao se sintió de pronto agotado. Hacía muchas semanas que no hablaba tanto tiempo con alguien y apenas se había movido de su lecho desde que Sakon estuviera a punto de matarlo.

—¿Qué sabes de Masume? —preguntó—. ¿Podría ser ella la nueva dueña de la máscara?

—No lo creo, Masume no es un samurái, no sabe nada del arte de la guerra. Si es verdad que el Fantasma de los Nanjō ha seguido actuando, no tuvo la oportunidad de ejercer como tal. Se casará con Sakai Tadakatsu, nada menos que uno de los miembros del Consejo de Ancianos. Está vigilada día y noche para impedir que abandone su casa; temen que un acuerdo tan provechoso se vaya al traste por el comportamiento de Masume. El día del duelo fue la primera vez que se escapó, disfrazada.

—Tal vez tengas razón, aunque cabe otra posibilidad, que Tsuyoi fuera el Fantasma de los Nanjō y no llevara la máscara en ese momento. Quizá esté escondida en algún lugar, esperando para reaparecer. Dime, ¿ha vuelto a actuar el Fantasma desde que Tsuyoi murió?

—La verdad es que no he escuchado que nadie lo haya visto.

Egao resopló, volviendo la mirada al techo.

—No sirve de nada seguir especulando sobre lo sucedido —declaró—. La máscara reaparecerá de un modo u otro.

Egao pensó que habría que seguir muy de cerca las actividades de esos que se hacían llamar los Servidores. Como había dicho Ritoru, muchos de ellos darían cualquier cosa a cambio de asumir la personalidad del Fantasma de los Nanjō.

—También tengo que contarte otra cosa. —De pronto, Ritoru dudaba cómo elegir las palabras adecuadas—. Hubiera preferido subir hasta aquí cuando la nieve se hubiera derretido, pero no podía esperar más.

Apartó las manos del brasero y adoptó una posición formal antes de seguir hablando.

—Te he ayudado hasta ahora porque no estabas en condiciones de seguir con la búsqueda de la máscara, pero ya no puedo permanecer a tu lado.

—¿Qué ocurre?

—Voy a entrar al servicio de una *ageya*, en Yoshiwara. No es lo que piensas —se apresuró a aclarar—. Se trata de ayudar en el servicio doméstico, nada que ver con vender mi cuerpo. Sin embargo, no podré salir del barrio, es la ley. Por eso he venido ahora, para poder despedirme.

Egao se sintió aliviado al saber que la muchacha abandonaba la búsqueda de la máscara, pero también intrigado. ¿A qué venía aquel cambio? Hasta ese momento, Ritoru estaba tozudamente empeñada en continuar las pesquisas, sin que las objeciones del bonzo hubieran logrado persuadirla.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con cautela—. Si está en mi mano ayudarte...

—No pasa nada de lo que no pueda ocuparme.

—¿Algún problema con los Hombres del Río? Supongo que te vieron durante ese duelo entre Tsuyoi y Ude.

—Así es —contestó Ritoru con cierta incomodidad. No parecía dispuesta a confesar que tenía miedo—. Será mejor que me aleje de las calles una temporada. Además, creo que la máscara se perdió en el fondo del río.

—Entiendo —respondió Egao.

—Lo siento —dijo Ritoru, de pronto azorada. Se incorporó y se ajustó la capa antes de empezar a cubrirse el rostro de nuevo—. Debo irme. ¿Seguro que tendrás suficiente comida?

—No te preocupes por mí. Me alimento con frugalidad. Estaré bien.

—Bueno, entonces, me voy. Puedes estar tranquilo, no diré nada sobre la máscara, guardaré el secreto.

—Muchas gracias por todo, Ritoru. Te deseo mucha suerte en tu nueva vida.

La muchacha no respondió. Salió al exterior atropelladamente y dejó a Egao solo otra vez. El bonzo esbozó una sonrisa. Ritoru no estaba acostumbrada a las despedidas y tampoco a expresar sus sentimientos.

Egao cerró los ojos. En su estado, lo mejor que podía hacer era descansar y recuperar sus fuerzas lo antes posible. Estaba obligado a continuar con la búsqueda de la máscara, pero, lamentablemente, no creía que estuviera en condiciones de volver a Edo hasta la primavera. Sería el momento de asegurarse de que Masume no tenía la máscara y vigilar a los Servidores. Al contrario que Ritoru, tenía muy claro que todavía no había llegado el final del Fantasma de los Nanjō.

A la mañana siguiente, Ritoru abandonaba Edo por la ruta Tōkaidō.

En cuanto dejó atrás el primer control de la vía costera a Kioto, convertida en una enorme arteria de comunicación por Tokugawa Ieyasu, volvió la vista para contemplar Edo por última vez, convencida de que no regresaría jamás. Desde la distancia, sus calles y tejados cubiertos de nieve mostraban una estampa irreal de quietud.

Tenía por delante un largo y arduo camino, pero confiaba en llegar a Nagasaki antes de primavera, a tiempo de embarcarse en alguna de las naves autorizadas por el sello rojo del sogún para comerciar en el extranjero. No sería barato, pero tenía dinero de sobra para eso y para sobornar a todos los funcionarios que encontrara en su camino hasta allí.

Antes de buscar entre los pliegues de su ropa, se aseguró de que la calzada seguía desierta; solo entonces se atrevió a sacar la máscara. Ritoru no tuvo la menor duda de que el rostro maldito le devolvía la mirada, sonriendo abiertamente. Sintió un hormigueo de excitación, feliz de que hubiera sido ella, una mujer, la elegida para ser su nueva dueña.

Testigo oculto del encuentro entre Tsuyoi y Masume, Ritoru había aprovechado la confusión provocada por el duelo con Ude para recoger la máscara del suelo sin ser vista. Poseída por un súbito e irresistible impulso, había hecho lo mismo con la *katana* de Tsuyoi, Komorebi, que ahora se ceñía a la cintura. La mostraba con orgullo como parte de su nueva indumentaria

masculina, a imitación de uno de tantos *rōnin* que deambulaban por el país en busca de fortuna. El objetivo era no llamar la atención y eludir las restricciones del régimen Tokugawa, que prohibía viajar solas a las mujeres.

Anhelaba con toda su alma volver a adoptar la personalidad del Fantasma, dejarse arrastrar por el poder que la había guiado la noche anterior en la casa de juego de los Hombres del Río. De allí era de donde había robado tanto dinero, después de acabar con la vida de todos los mafiosos que se había encontrado. En ese momento, Sakon estaría consumido por la ira; Ude, anonadado, al descubrir que el Fantasma seguía incólume.

La muchacha guardó la máscara y se ajustó la gruesa capa que la protegía del frío. La cellisca y la nieve hasta sus tobillos no impidieron que reanudara su viaje con una sonrisa maliciosa bajo su ancho sombrero de viaje.

Su intención era marcharse lejos, a salvo de la venganza de los Hombres del Río, del régimen Tokugawa y de la búsqueda de Egao y su orden.

Si los dioses y los *kami* lo permiten, algún día escribiré su historia.

⁶⁶ *Jingasa*: sombrero circular de madera o hierro, fijado al mentón con un cordón.

Agradecimientos

Plasmar por escrito esta segunda aventura del Fantasma de los Nanjō ha supuesto una prueba mucho más dura de lo esperado. Muchos inconvenientes y retrasos se han sumado para dilatar su materialización. Durante ese tiempo, las palabras de ánimo y los gestos sinceros de apoyo han sido el agua para mi sediento compromiso con las letras. Y es por eso por lo que, acabado el viaje, es justo recordar los nombres de quienes me acompañaron.

Gracias, en primer lugar, a mi editora, Marga Adobes, por estar siempre presente en todo el proceso creativo, con el aliento necesario y la corrección precisa. Ella es la culpable de que Chidori Books sea mi editorial, ahora y en muchas novelas por venir.

Un reconocimiento a mis amigos y compañeros en el camino del sable y la pluma, David B. Gil y Carlos Bassas.

Más agradecimientos para el apoyo en redes sociales y, en especial, a José Lacueva, Esperanza OS, Imelda Gómez y Bulma Sama.

Una respetuosa inclinación de cabeza para Antonio Cruz, compañero de *dōjō* en la distancia y tesorero del mejor aceite de oliva del mundo.

Citar a Fermín Moreno García, desinteresado e incansable defensor de mis novelas allá adonde lo conduce su mente inquieta, en agradecimiento por alegrar el día de cierta dama en la Feria del Libro de Madrid de 2022.

Gracias a En Mis Libros, por las buenas palabras que ha dedicado al primer volumen de esta aventura, con la esperanza de que continúe disfrutando de la serie.

A Pielo, caballero del *dōjō* y devorador de novelas, por reservar en su librería un lugar de honor para mis garabatos.

Nadie es profeta en su tierra, salvo para amigos como Patricia Tello López, Íñigo Pereyra Urdíroz y Andrés Villanueva Cerredo. Pese a conocer de sobra que no hay magia detrás de mis trucos de salón, siempre tenéis preparado un aplauso sincero al bajar el telón.

Con cariño para mi madre, Clara, por mostrarme cada día que no hay *katana* roma para el guerrero de voluntad afilada.

Gracias también a Pablo Valenzuela Córdoba, por ver *El fantasma de los Nanjō* reflejado en sus aventuras virtuales y como merecedor de regalo para un buen amigo.

¿Y qué me decís de la imagen de portada de la novela? Llegó en forma de regalo a mi puerta, con una dedicatoria sentida y una sincronía maravillosa. Alba Pérez Mansilla trasciende lo tangible y conecta sentimientos más allá del trazo. Mirad los ojos de la máscara y tratad de vaciarlos. Quizá, entonces, entendáis...

Y a Elena, mi modelo de perseverancia, de sacrificio y de lucha, por soportar estoicamente mi obsesión por la escritura. Infusión + dueño.

Facebook: [SergioVega.Escritor](#)

Twitter: [Teppodama28](#)

Instagram: [sergiovegaesteban](#)

Chidori  Books

